

*Selecta*

**Nadia Petru**

*Después  
de Gretna*

*Las Dybron 3*

Después de Gretna

Los Dybron 3

*Nadia Petru*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Capítulo 1

—**A**diós, señorita Prine. Tenga un buen fin de semana.

—Tú también, Gordon. Y cuida de esa rodilla —respondió Jill al portero del edificio donde estaba el bufete de abogados para el que trabajaba.

—Lo haré, señorita Prine. La edad no viene sola y algo me dice que no me estoy haciendo más joven.

—Imposible discutir una verdad tan cierta —contestó mientras atravesaba las puertas y el aire fresco de Back Bay le abofeteaba las mejillas.

Jill Prine trabajaba en Arn, Logf & asociados, una firma de abogados que estaba posicionada entre las mejores de la ciudad y que todos los años buscaba su lugar dentro de la lista AmLaw 100, a veces incluso lo conseguía. También era considerada una de las mejores firmas de asesoría legal corporativa. Pero no se dedicaban solo a grandes empresas y compañías. También hacían impuestos, propiedad intelectual, litigios deportivos de alto perfil mediático y divorcios escandalosos, tanto por las cifras como por los involucrados. En fin, Arn, Logf & asociados era un bufete de abogados multifacético, que no le tenía miedo a la pelea en la corte. La firma tenía como política ser agresiva y se jactaba de ir hasta el hueso, eran famosos por ello. Cuando un cliente acudía a ellos, lo hacía con la plena convicción de que no dudarían en utilizar todo el arsenal legal disponible para cumplir el objetivo. Les gustaba ganar y cobraban buen dinero por ello. Jill era solo un peón, tal vez peón y medio, en el circo de Arn, Logf & asociados. Luego de graduarse de la Escuela de Leyes de Boston hacía unos años, había ingresado como pasante y esperaba convertirse en socia en algún futuro cercano.

El edificio donde se encontraban las oficinas de la firma estaba en el Back Bay, un barrio caro de Boston, a pasos de la zona céntrica. A unas cuadras, sobre la misma calle, se encontraba el Parque de la Comunidad de Boston, el preferido de Jill. Tomó en aquella dirección en lugar de tomar la línea roja del subte para regresar a su apartamento. Había sido una semana infernal. Tanto en lo personal como en lo laboral. «Por fin viernes», pensó con alivio mientras caminaba en dirección al parque y sentía el peso de la semana a cada paso que daba. Paseó un rato por las callejuelas internas del jardín hasta llegar al corazón del parque: un lago emplazado en el núcleo, donde un grupo de niños alimentaba a los patos y gansos y a algunos cisnes de cuello elegante que estaban en el agua. Al otro lado del estanque, bajo la sombra de unos sauces llorones se celebraba

una boda. Las bodas picaban la curiosidad de Jill; siendo abogada especialista en divorcios, era inevitable que se preguntara cuánto duraría la felicidad de aquella pareja. Los observó atentamente. Dada la distancia a la que se encontraba era incapaz de distinguir el brillo en sus miradas o determinar el lenguaje corporal de uno u otro, pero nada le impedía a la imaginación de Jill volar. Allí, mientras ellos se juraban amor eterno en la orilla opuesta, estaba ella haciendo apuestas consigo misma para ver cuánto duraría aquella parejita enamorada.

Lamentablemente, a sus veintinueve años, sabía que el amor tenía fecha de vencimiento. Siempre. Más tarde o más temprano, de una forma u otra, todo ese amor eterno que en un momento se juraron se transformaba en otra cosa mucho más fea y dañina. Justamente, era eso lo que más llamaba su atención y cada vez que recibía un caso nuevo se preguntaba cómo una pareja que durante cierto período de tiempo se llevó tan bien como para casarse, tener hijos y compartir un hogar llegaba al extremo de no ponerse de acuerdo en algo tan básico y simple como las visitas de sus propios hijos o quién se quedaba con qué cosa. Pero lo peor del caso era cuando una de las partes seguía amando y la otra, no. Porque allí metían la cola la saña y el resentimiento. La parte que no quería separarse hacía hasta lo imposible para hacerle la vida un infierno a la parte que sí quería divorciarse. «Tres años y un hijo en común es lo máximo que les doy», pensó desanimada.

Se levantó del césped, ya no le interesaba más jugar apuestas imaginarias sobre posibles fracasos amorosos ajenos. Tenía asuntos propios reales sobre los que hacerse problema. Les deseaba lo mejor, en serio. «Les deseo el mejor de los divorcios. Eso quiere decir que ambas partes se pongan de acuerdo en todo y no hagan una guerra de algo tan simple como una separación. Eso solo arruina a los involucrados y llena el bolsillo de los abogados; créanme, sé de lo que hablo».

Jill sabía que debía volver a casa y, a pesar de estar exhausta, no quería enfrentarse a lo que allí encontraría. Decidió continuar caminando en lugar de coger el metro. No conforme con ese ejercicio físico y mental, tomó el camino más largo. En realidad, se desvió varias cuadras hacia el extremo opuesto de South Boston, el barrio donde vivía. Era que, cuando necesitaba hacer introspección, le encantaba caminar. Algunas personas encontraban sus momentos arriba del auto, lo de Jill era la caminata. Armaba una lista de canciones acorde a su estado de ánimo, que no necesariamente tenía que ser nefasto —como era el caso—, se calzaba los auriculares y escapaba del mundo cotidiano para enfrentarse a uno peor, el suyo propio. Era difícil enfrentarse a uno mismo, pero de vez en cuando había que hacerlo. En realidad, la vida te obliga a enfrentarte a ti mismo de tanto en tanto. Desanduvo el camino recorrido y volvió al Back Bay. Paseó por las calles bordeadas de árboles de magnolias de Soulange. En primavera, se organizaban recorridos por los jardines, calles y parques de la ciudad para admirar las distintas floraciones y aromas.

A Jill le encantaba Boston. La ciudad era espléndida en toda su amplitud. Era un lugar en el que, increíblemente, se conjugaban la modernidad y el tradicionalismo en perfecta armonía. Ella siempre fue de la opinión de que Boston no había perdido ni un ápice de su personalidad a pesar del paso del tiempo y de la incorporación de las distintas corrientes arquitectónicas. Allí se

mezclaban todos los estilos y le gustaba pensar en ella como una damisela que había tenido muchos pretendientes y, como no se había decidido por ninguno, había tomado lo que más le gustaba de cada uno y armado el candidato ideal, por no decir perfecto. Allí coincidían la arquitectura brutalista, la victoriana, el clásico académico, el neocolonial británico y muchas más. Siempre en las dosis correctas.

Boston era toda linda, pero tenía sus preferencias, como el barrio Beacon Hill, con su hilera interminable de casitas de ladrillo y las banderas norteamericanas en las fachadas, o el barrio por el que estaba caminando, donde las tiendas de lujo se mezclaban entre las típicas casas victorianas. Cada vez que caminaba por allí su mente navegaba por mares imposibles de conquistar. «Ya quisiera yo vivir en una casa con jardín muy prolijamente cuidado, sobre la calle Marlborough. Quizá lo consigas en otra vida, muchacha», pensó resignada, pero sin dejar ir la cuestión del todo. «Y tampoco ni aunque trabajara tres vidas. Tal vez si me tocara reencarnar en la nieta de Jeff Bezos o en la heredera de alguna monarquía, podría. Porque en esta vida una casa en este barrio y sobre esta avenida es imposible para ti, Jill Prine, así de simple. Enfréntalo», se regañó. Jill era una mujer de metas y eternas listas; y aun si lograra cumplir con todas sus metas laborales a corto y mediano plazo, no arañaría ni siquiera para el depósito inicial necesario para una propiedad como aquellas. Continuó andando y sonrió ante el recuerdo que asaltó su mente. Una vez, hacía varios años, concertó una cita con un agente de bienes raíces líder en la zona solo para curiosear el interior de esos hogares. Era un señor maduro, con edad suficiente para el retiro y sobrada experiencia en el rubro. Él enseguida –digamos que a los cinco segundos de conocerla– se dio cuenta de que no aplicaba como cliente en su cartera. Sin embargo, y Jill le daba crédito por ello, le siguió la corriente. Siempre se preguntó el porqué. Tal vez le había recordado a alguien o a él mismo en sus inicios. Fuera cual fuera la razón, algo sonó en el interior del experimentado agente de bienes raíces, porque no solo le mostró el apartamento por el que lo había citado, sino que añadió al recorrido un par de hogares más que ni se había atrevido a mirar por la cantidad de ceros que figuraban en las cifras. Ese tipo de casas no le gustaban por el valor económico que tenían, sino que eran como una especie de trofeo. A los hombres se les perdonaban las esposas trofeos; a las profesionales exitosas, los apartamentos y casas costosas, ¿cierto? Sin embargo, como certeramente Jill señaló antes, en su caso particular solo eran posibles con la ayuda económica de alguna generación anterior.

A fin de cuentas, todo se resumía en que a Jill le encantaba Boston. No había crecido allí, pero la ciudad latía en su piel. En ella había madurado y se estaba convirtiendo, a fuerza de muchísimo esfuerzo, en la mujer que quería ser. Jill Prine nació y se crio en una pequeña ciudad de Georgia. «Uhh, la conservadora Georgia, que no estaba lista para nosotras», dijo y un estremecimiento recorrió el largo de su espina dorsal. El pueblo en donde pasó la infancia y la adolescencia tenía raíces opresivamente conservadoras, hasta el punto en que hacía casi un siglo que no votaba a un demócrata. Y ella, en cambio, no había votado a un republicano en toda su vida adulta. Jill creía que hasta era considerado pecado siquiera pensar en uno. Los georgianos eran gente sencilla y

directa a la que no le gustaban los problemas. Ahí era donde ellas –Jill, su hermana, Suellen, y su madre, Joanne– habían fallado. La vida familiar y la religión eran pilares fundamentales en una sociedad tan tradicionalista como esa a la que pertenecían. Ella y su hermana lo habían aprendido desde bebés; al igual que su madre, que había nacido en la zona rural del estado. En cambio, Arthur, su padre, al no ser un georgiano de pura cepa, no llegó a comprenderlo nunca. Las abandonó y formó una nueva familia. No hubiera sido tan grave si su madre hubiera logrado superar el abandono seguido de divorcio.

Jill paseó por las calles de los barrios que más le gustaban. Cada tanto se paraba en algún escaparate con ganas de fundir su tarjeta de crédito. Le gustaban las cosas bonitas y sentirse atractiva. Jill tuvo que pasar por muchas limitaciones y necesidades hasta que pudo comprarse cosas sin mirar el precio. Ella decía que eran caprichos, sin embargo, era algo más complejo que un capricho. Le encantaba sentir la seguridad de poder hacerlo y que ello no significara atrasarse con la renta o con la cuota del préstamo estudiantil. Era una lástima que no hubiera nada que le gustara realmente o, bien, lo que le encantaba escapaba ampliamente del crédito disponible en su cuenta bancaria. Vamos, que estaba asentada, pero no nadaba en dinero. Durante la siguiente media hora, vagabundó durante un rato más; se estaba haciendo tarde y el tránsito de la hora pico remitía abruptamente. De pronto, alzó la vista y se encontró con que estaba frente a la boca del subte que la llevaba a casa. Jill se sintió como un perro que volvía a su casa guiándose solo con el olfato. Para su asombro, tenía ganas de postergar indefinidamente el reencuentro con David, su novio; sin embargo, ya era hora de enfrentar la realidad y los problemas. Suspiró, tomó coraje y descendió las escalinatas de la línea roja del metro. Se bajó en la estación de Broadway, que se encontraba a pasos del bloque de edificios donde vivía. South Boston, otrora una zona desprestigiada, con el *boom* de los condominios y urbanizaciones nuevas era la zona *cool* de los jóvenes profesionales, como ella y David. Jill era asidua cliente de varias de las tiendas que vendían productos orgánicos y algunos de los restaurantes *gourmet* que habían copado la zona.

El piso que compartía con David estaba en un edificio que anteriormente había sido una fábrica. La renta no era baja, pero se las arreglaban bien con dos ingresos. El apartamento era el típico de ese estilo, es decir, paredes de ladrillo sólido, techos y pisos de madera antigua con tuberías que cruzaban el largo y ancho. Los pisos eran lo que más le gustaba a Jill. Eran de madera restaurada de la fábrica que antes funcionaba allí. Jill entró al apartamento y arrojó el abrigo en la butaca que estaba a un costado de la puerta de entrada y fue directa a la cocina a beber un vaso de agua. El concepto industrial de su apartamento era abierto, así que no había paredes, salvo las del dormitorio y el baño. Las cortinas estaban a medio cerrar y las luces apagadas. El resplandor suave de las luces de la calle iluminaba la estancia. El lugar estaba en penumbras y habría pensado que David no había llegado aún si no hubiera oído el murmullo del televisor. Jugaban los Red Sox y su, por el momento, novio era fanático de ellos. Una lástima que lo tuviera que interrumpir, pero tenían cosas que solucionar. Hacía una semana que no se veían porque David había viajado por trabajo; al menos, esa fue la excusa que le dio. La verdad era otra.

—Has regresado. Tenemos que hablar ¿Puedes venir a la sala un minuto? —dijo Jill apoyada en la jamba de la puerta del dormitorio, donde David estaba acostado mirando el partido de béisbol.

La fosforescencia del televisor le daba un aspecto tenebroso al rostro de él. Aunque no estaba pálido, así que era evidente que había hecho buen uso de la piscina del hotel. David desvió por solo un instante la vista del televisor para luego volver la atención al partido.

—Hola, cariño, iré cuando termine el partido. Los Soxs la estamos pasando mal aquí.

—Lo lamento, David, lo que tengo que decirte no puede esperar —replicó ella, que dio la vuelta y se marchó a esperarlo.

Se sentó en el sillón que ocupaba gran parte de la sala. Ella lo había elegido, como a la mayoría de los muebles que había en las habitaciones. Era un sillón en L, sumamente cómodo, con una mesita baja que servía únicamente como decoración, ya que Jill no permitía que apoyaran las tazas, copas o vasos para no mancharla. Demasiado esfuerzo hacía para no gruñir cuando alguien se sentaba en el sillón sin el cuidado que la tela requería. Tenía una especie de protocolo para todos los que visitaban o vivían en su apartamento. Como primera medida, hacía que se quitaran los zapatos. La tapicería del sillón y de las sillas era de tono pastel, así como la alfombra del dormitorio. Solo se podían apoyar vasos y copas en la mesa del comedor —que tenía una cubierta de vidrio— y sobre las mesadas de la cocina. Estaba totalmente prohibido el ingreso al dormitorio de cualquier clase de alimento o bebida; en la cocina no se podían cocinar alimentos fritos o comidas que despidieran mucho olor. Y en el baño no se podía dejar la ropa sucia por más de cinco minutos después de terminada la ducha. No había colgado carteles como en las tiendas, pero tuvo que admitir que pensó en hacerlo. Ella era así, no era una maniática ni tampoco tenía un TOC; por lo menos, no uno muy marcado. Simplemente, le gustaban el orden y la limpieza.

Miró a su alrededor para comprobarlo. Su hogar estaba exquisitamente decorado y ordenado, así como ella se lo había imaginado la primera vez que fue a ver el apartamento. Había un cuadro minimalista de colores fuertes colgado sobre el respaldo del sillón, que cortaba los tonos claros. Algunos almohadones del mismo color del cuadro, aquí y allí, servían al mismo propósito. La mesa era de madera maciza, pero las sillas eran de acrílico transparente. Una mesa de arrime estilo Luis XV, también de acrílico transparente, se situaba entre las dos ventanas tipo guillotina que había en la pared. Jill contempló el reloj, habían pasado varios minutos y David no había aparecido. Ya se estaba impacientando. Se sentía un tanto culpable por las prisas que le metía a David para hablar cuando ella se había tomado todo el tiempo del mundo para hacerlo. «Una lástima, que le den», pensó irritada.

—David, ¿te tomará mucho más tiempo caminar unos cuantos pasos para hablar conmigo? —le preguntó impaciente.

—Jill, ¿no puede esperar? Los Soxs están dejando todo por dar vuelta la serie. Además, estoy muy cansado del viaje. Por cierto, busca en mi maleta, que te traje un regalo.

—Imbécil —masculló Jill por lo bajo y se fue a buscarlo —. Si piensas que hablar de tu escapada amorosa con tu compañerita de la oficina puede esperar, pues bien, quédate mirando el



partido de los Red Sox. Pero yo me marchó. Incluso ya tengo preparado el bolso —dijo con fingida tranquilidad y atravesó el dormitorio hasta el vestidor, donde había dejado el bolso que tenía preparado desde hacía varios días.

—Espera... Jill... Qué demonios... —suplicó David. Con las prisas por seguirla, se cayó de la cama al piso en cuatro patas. Luego de varios intentos, logró coordinar los movimientos y la alcanzó en el vestidor. No había espacio para ambos dentro del pequeño espacio, así que él se quedó en la puerta bloqueando la salida.

—Muévete —exigió Jill y David, obedientemente, se hizo a un lado para luego seguirla hasta el baño.

—Jill, no es verdad. Estaba en un congreso de negocios, no me fui con nadie.

—Por todos los santos, David. No te atrevas a mentirme. Eso sí que me enfurece —dijo mientras colocaba su cepillo de dientes en una bolsa Ziploc.

—Cariño...

—No, no te atrevas...—interrumpió Jill y colocó el cepillo de cabellos en otra bolsa Ziploc—. David, no me lames cariño. Me irrita.

David se pasó ambas manos por el rostro. Guardó silencio mientras Jill metía sus productos de tocador prolijamente en distintas bolsas para luego guardarlos en su bolso de viaje.

—¿Qué pensabas que ocurriría entre nosotros, Jill? Si hace meses que estamos mal —preguntó David exasperado siguiéndola hasta la cocina.

—No te entiendo, explícate. ¿Tú tienes una amante y la culpa es mía? Si tan mal estábamos como pareja, podrías haber dicho o hecho algo al respecto, no follarte a tu subordinada; lo que, de paso, es una infracción al código de comportamiento que estoy segura de que tiene la empresa en donde trabajas.

—¿Eso es lo que más te preocupa de todo esto? ¿El código de comportamiento de la empresa? Diablos, Jill, esto es peor de lo que pensaba. Bien, ¿quieres la verdad? Lo reconozco, lo hice. Me fui con Holly, que no paraba de tirarme los tejos, y lo pasé de maravillas.

—Eres un imbécil.

—Sí, lo soy. Pero mil veces intenté hablar contigo y hacer cosas para que nuestra relación funcione. Pero tú siempre encontrabas otras cosas más importantes que nosotros. Primero fueron los estudios, luego el ingreso a esa bendita firma de abogados, luego los ascensos, luego, luego y más luego. Siempre había un luego —recriminó David.

Jill se quedó callada, asimilando lo que David le decía. Se habían conocido en el tercer año de la universidad. Él era el compañero de cuarto de Alex, que por entonces era el ligue de Livie, su mejor amiga. Empezaron a salir los cuatro; al cabo de unos meses la relación de Livie y Alex se enfrió, pero la de ellos continuó viento en popa. Jill lo adoraba. David era de lo más divertido y, a pesar de la canallada que se mandó, seguía considerándolo un buen tipo. Pero tenía razón, habían crecido juntos hasta cierto punto y luego, muy lentamente, sus caminos se habían separado. No fue algo que sucedió de la noche a la mañana, más bien había sucedido como el síndrome de la rana

hervida. El cambio fue tan lento, aunque consistente, que ninguno de los dos lo percibió antes de que fuera demasiado tarde para ambos y el daño, irreparable. Si ella tuviera que ponerse a pensar en un punto exacto donde la relación se quebró, le sería imposible encontrarlo porque no existía ese motivo puntual. Bueno, excepto el hecho de que David se follara a su colega.

—Jill... Jill, ¿me oyes? —dijo David y chasqueó los dedos para captar su atención—. Pareces en otro mundo. ¿Tan poco te interesa esto?

—Por favor, David. Te recuerdo que fuiste tú quien se folló a otra. Aquí la que tiene que estar dolida soy yo; no tú.

—Sabes tan bien como yo que lo nuestro está acabado desde hace rato. Y no es por echar culpas, pero tú no te interesas en la relación.

—Pensé que a estas alturas habías perdido la capacidad de sorprenderme, pero tu desfachatez me asombra.

—Jill, es la verdad. Piensa en cómo me siento yo del otro lado. ¿No crees que hieres mis sentimientos con tus actitudes o, mejor dicho, con tu falta de actitudes?

—No te atrevas a victimizarte —le dijo al tiempo que le clavaba el dedo índice en el pecho.

—Me siento una mierda al lado tuyo, Jill. Tú tienes una vida en la que no participo. Tienes tu trabajo y nada más. Ni siquiera te interesa follar. Follar...follar es otra tarea más en tu larga lista de deberes. No lo haces por placer, es una obligación más a tachar. Y lo peor, ni siquiera figura entre los primeros puestos.

—Madura de una vez por todas, ¿quieres? Somos adultos con obligaciones, hace rato que las hormonas no controlan nuestros cuerpos.

—Jill, tienes veintinueve años y la vida sexual de una abuela de noventa.

—En serio, no lo creo. Nunca pensé que pudieras llegar a ser tan desconsiderado. David, tengo una carrera, cuentas que pagar...

—Sí, sí. Todo eso ya lo oí antes —interrumpió David y enumeró con los dedos—. Tienes una carrera ascendente y es tu prioridad, nada ni nadie se interpondrá a eso; tienes un préstamo de estudios, la mitad de una renta, los gastos por los servicios, el veinte por ciento que separas todos los meses en modo de ahorro, la poca vida social que tienes... Ah, y no nos olvidemos de Suellen.

—¿Qué pasa con Suellen? ¿Qué hay con ella? —dijo y Jill sintió que se le encrespaban los cabellos de la nuca cual gata enojada dispuesta a mostrar las garras.

—¿¿¿Qué qué hay con ella?!? Dios, Jill. No eres su madre y ella está en edad suficiente para salir de sus atolladeros sola.

—Yo no la saco de ningún atolladero. Solo la ayudo las pocas veces que lo necesita. No te olvides que, al igual que yo, no tiene nadie más con quien contar.

—Eso dolió, Jill.

—Vamos, no todos tuvimos la suerte de tener unos padres encantadores. Ella me tiene solo a mí y yo, a ella.

—Tiene veintidós años.

—Recuerda lo que hacías tú cuando tenías veintidós.

—Estudiaba y trabajaba, igual que ella.

—Sí, pero con la seguridad de que, si no llegabas a pagar la renta, vendría Diane a pagarla por ti. —Diane era la madre de David. Jill la quería más que a la suya propia. Era la mejor madre que cualquier ser humano o canino pudiera pedir—. Y tu trabajo era de medio tiempo, David.

—No me interesa hablar de tu hermana.

—No lo parece. Pero estoy de acuerdo, hablemos de tu amante.

—Jill, eres tan injusta. Mira... sé que cuando follamos haces un repaso mental de todo lo que tienes que hacer al día siguiente.

—Eso no es verdad —mintió deliberadamente.

—Sí, sí que lo haces. Ahora el que te pide que no mientas soy yo. Jill, me equivoqué. Perdón, pero es que a veces siento que soy un estorbo en tu vida. Oye... —David se acercó hasta ella. No era alto, apenas unos centímetros más que ella. Él la tomó por la barbilla para que enfrentara su mirada—. Quiero que me digas qué planes tienes para nosotros. No es justo que me ates a ti cuando puedes vivir sin mí perfectamente. Jill, me di cuenta de que quiero a alguien que quiera estar a mi lado y no a alguien a quien le dé lo mismo si estoy o no.

—Yo...yo lo entiendo, pero no puedo. En serio. Lo siento, pero no puedo prometer nada.

—Sí, sí. Lo sé. Solo quería que tú me lo dijeras —confesó David ofuscado—. Puedo marcharme cuando quieras. Al fin y al cabo, este apartamento es más tuyo que mío. No hay un solo adorno que hayamos elegido juntos.

«Eso, mi amigo, es la pura verdad», pensó ella a la espalda de él, que se alejaba hacia el dormitorio.

—Te daré un consejo de amigo, Jill. Al fin y al cabo, es lo que somos hace mucho tiempo. Porque a tu madre le haya ido pésimo en el matrimonio no significa que a ti te ocurra lo mismo. Yo me largo, pero soluciono tu mierda. Si no lo haces, te sucederá lo mismo con cualquier otro hombre —dijo mientras sacaba sus ropas de los cajones de la cómoda.

Luego de debatirlo con David durante media hora, llegaron a un acuerdo en común. Jill se mudaría con Livie un tiempo hasta que él consiguiera un apartamento en donde vivir y mudara todas sus cosas.

Livie era la mejor amiga de Jill, una de las pocas que tenía. Se conocieron en una clase durante el primer día en la universidad y la química entre ellas fue instantánea. A la semana parecía que se conocían de toda una vida. Eran opuestas en casi todo: Jill era racional mientras Livie era impulsiva; Livie era un desorden mientras Jill era todo prolijidad; Jill era metódica mientras Livie se aburría rápidamente de las rutinas. Por muy loco que pareciera, esas diferencias se complementaron en beneficio de cada una. Jill le enseñó que la vida puede vivirse a un ritmo más pausado y Livie le imprimió alegría y juventud a una Jill que siempre fue demasiado responsable.

—¿Quién? —La voz de su amiga a través del interfono sonaba más añorada de lo que en realidad era.

—Jack, el destripador, aquí —bromeó Jill.

—Sea bienvenido, señor Destripador —contestó Livie y pulsó el botón para abrir la puerta.

La barriga de su amiga la saludo antes que ella. Livie cursaba el quinto mes de embarazo, pero dada su corta estatura, apenas arañaba el metro sesenta, parecía una bola con piernas flacas. Sus cabellos rubio-cobrizados, característica compartida por prácticamente todos los miembros de la familia van Berg, estaban sujetos en un rodete cuidadosamente despeinado.

—¿Estás completamente segura de que allí dentro no hay trillizos?

—Ojalá pudiera decir que son mellizos, al menos. Pero no, es solo uno, lo demás es comida —dijo y frunció la boca. El médico le había advertido sobre su constante e importante incremento de peso.

Livie había aumentado el doble de lo aconsejado y aún le faltaban varias semanas para la fecha de parto. Sin embargo, nadie se atrevía a retarla como merecía. Todos los que la querían sabían que no lo hacía adrede. Estaba atravesando una situación difícil, por no decir dramática, y la pobre se desquitaba comiendo todo aquello que se había prohibido durante tanto tiempo: azúcar, harinas, mantequilla, chocolates, frituras... En fin, lo que una persona atenta a su salud limita su consumo. Livie lo había hecho hasta que sucedió «el asunto», como lo llamaban entre ellas. Era más, Livie era tan estricta con su dieta que no consumía azúcar desde hacía varios años. Todo eso se había ido por la borda cuando el malnacido, apodo que le pusieron al padre del niño, exigió que Livie se hiciera un aborto porque no quería tener al niño. Hasta ahí se podría decir que era un fundamento válido, «el asunto» fue que el malnacido era el flamante padre de una pequeña niña de tres años y un bebé de cinco meses. Tenía una familia perfecta, una casa de ensueños en West Roxbury y una esposa que lo esperaba cada noche. Aquella decepción fue como un mazazo para Livie. Sin embargo, decidida a continuar con su embarazo, cambió de gimnasio para no cruzárselo ni siquiera en la calle y continuó, como pudo y a su manera, con su vida. Jill estaría en una cruzada legal contra el malnacido si no fuera porque Livie se lo había prohibido terminantemente.

—¿Cuánto aumentaste estas últimas horas? —Jill estaba comenzando a preocuparse—. La última vez que te vi, esa barriga medía dos centímetros menos.

—Ya vale...yo creo que tres —dijo y se hizo a un lado para que Jill pasara—. Será como en los viejos tiempos. Tú y yo, compartiendo apartamento.

—Faltarían varios de tus libros de estudio y ropa tirada por cualquier lado.

—Eso es lo único que ha cambiado. Por lo demás, seguimos siendo un desastre.

—Qué va, tenemos nuestros títulos y unas carreras con futuro.

—No te olvides de mi barriga —dijo Livie y señaló con el índice la pelota que le nacía desde debajo de los senos.

—Jamás podría olvidarla, es lo único que veo.

—Tengo hambre.

—Es tarde, ¿aún no cenaste? —preguntó Jill.

—Mmm, no —mintió Evie, pero su mirada la delató—, solo picoteé unas patatas mientras

esperaba a que llegaras.

—Vamos, yo invito.

Caminaron hasta un local de comidas al paso que estaba a unas cuadas del apartamento de Livie. Ella vivía en el Seaport District, un barrio del South Boston que, para suerte de los agentes de la región, había corrido con la misma suerte que el Southie. Se sentaron en una de las mesas que había en el lugar.

—Te veo devastada, Jill. No sé qué hacer para levantarte el ánimo, amiga —ironizó Livie.

—Me duele haber peleado con David y todas las razones que dio por su aventura, pero no lo siento como una pérdida amorosa. Fueron muchos años juntos, demasiados. Separarnos fue lo mejor —continuó y le contó brevemente la conversación que mantuvieron—. Ahora que lo pienso, ¿estoy errada o David dio vuelta la situación y cargó la culpa en mí? —dijo luego de meditarlo un largo instante.

—Jill, no estuvo bien lo que hizo.

—Lo sé y, créeme, no intento justificarlo. Pero no hubo un gramo de mentira en sus razones. Ojalá hubiera tenido armas para refutar todo lo que me echó en cara, pero, lamentablemente, no pude. Además, me siento mal porque no me duele lo que se supone que debería de dolerme.

—¿No estás un poquitito enojada al menos?

—No, en realidad, siento como si no me hubiera traicionado. Lamento que no voy a tenerlo más en mi vida, David es un buen amigo. Pero, no. —Negó con la cabeza—. No puedo decir que esté enojada, mucho menos, furiosa. Debería estar un poco dolida al menos, ¿cierto? ¿Qué ocurre conmigo? ¿Es que no tengo corazón?

—Yo sé que lo tienes —dijo Livie y apoyó la mano en el pecho de Jill—. Está aquí, solo que no encontraste al indicado para que te lo robe.

—¿Para qué encontrarlo, Livie? Mira cómo estás tú.

—Yo tampoco encontré al indicado aún. Pero no pierdo las esperanzas. —Jill revoleó los ojos, su amiga era una romántica perdida—. Y sé que, cuando lo encuentre, volveré a enamorarme sin remedio. Una mala experiencia no me va a dañar para futuros candidatos.

—Malas experiencias, Livie —le recordó Jill. Su amiga alzó los hombros dejando en claro que no le importaba en lo más mínimo su opinión y le hincó el diente al sándwich relleno que había ordenado.

## Capítulo 2

Otra vez se acercaba el viernes y Jill esperaba con ansias el fin de semana. En serio, necesitaba descansar. La convivencia con Livie era como cuando eran más jóvenes, divertida pero difícil, y tendría que acostumbrarse nuevamente. La suya era una amistad que se veía fortalecida por las notables diferencias que había entre ellas. Sin embargo, cada una sabía hasta dónde podía apretarle las tuercas a la otra y ambas hacían concesiones que con otras personas no harían. La única pega que tenía Jill al respecto, y que no podía negociar, era que dormir con su amiga era todo un desafío. Jill prefería el sofá, pero Livie insistía en que estaría más cómoda si dormía en la cama. Aquello sería cierto si Livie no tuviera la manía de moverse tanto. Jill tenía el sueño ligero como el de una madre de un recién nacido, le molestaba hasta que le respiraran cerca. Livie no solo le respiraba cerca, sino que ocupaba su espacio en la cama, quería pasarle la pierna por arriba de la cadera cual amante enamorada en el primer año de relación y le roncaba en el oído. Todo eso con el agregado de una barriga enorme. Cuando resultaba evidente que no podría conciliar el sueño, tomaba una almohada y una manta y se iba al sillón. Todas las noches había sido lo mismo. Ese fin de semana, tenía planeado no quitarse el pijama salvo para bañarse y ponerse otro limpio. «Aguanta un día más, ya estamos a jueves», se alentó Jill.

Eran casi las cuatro de la tarde. Jill se dirigía a la oficina de juntas a recibir a un potencial cliente para el bufete. Por supuesto, era un divorcio. Revisó su agenda electrónica para corroborar el nombre, se trataba de una mujer. Le resultó raro; a Arn, Logf & asociados no solían acudir mujeres en busca de representación, la mayoría de los casos eran hombres que buscaban una excelente defensa en casos de divorcio que eran prácticamente imposibles de ganar. Aún no entendía el porqué, tal vez por el perfil agresivo del bufete. Las contadas ocasiones en las que le tocaba representar a una mujer, Jill buscaba lucirse por una cuestión de afinidad con el género.

Llegó a la sala donde esperaba la clienta. Antes de entrar, se acomodó la camisa de seda color burdeos dentro de la cinturilla de su pantalón, revisó que todo estuviera en su lugar correcto y entró. La señora Smith pareció no enterarse de que había alguien más en la habitación. Se encontraba parada junto a una ventana, de espaldas a ella, contemplando con expresión ausente a través de los cristales. Dio un respingo cuando la puerta se cerró y volteó la cabeza hacia Jill, claramente irritada por la interrupción de sus pensamientos. Anabelle Smith era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de apariencia refinada. Tenía un aire a Cate Blanchett, pero una Cate

Blanchett menos urbana y más distante. Llevaba un elegante vestido a media pierna, con escote barco y un collar de perlas que adornaban el fino cuello.

—Buenas tardes, señora Smith. Soy Jill Prine —dijo cuando la señora Smith se acercó a ella y la saludó con un correcto apretón de manos.

—Anabelle Smith —contestó. Su voz era un susurro áspero.

—Entiendo que necesita de nuestros servicios, señora Smith. Tome asiento, por favor —dijo Jill y ella misma se sentó.

Anabelle Smith hizo caso omiso a la sugerencia y comenzó a pasearse por la habitación. Sus tacones retumbaban por toda la sala de reuniones. Jill insistió en que tomara asiento, pero nuevamente, la indicación fue desoída. Anabelle Smith había perdido todo rastro de elegancia que daba en la primera impresión y hablaba sin parar, pero siempre con el mismo tono de voz suave, sobre todas las formas en las que quería arruinar a su marido. Algunas de las cuales excedían el ámbito legal y otras bordeaban la ilegalidad. A pesar de considerarse a sí misma una persona capaz de controlar sus emociones en cualquier situación, Jill sentía que se estaba poniendo nerviosa por contagio. Comenzó a mover el pie de un lado a otro como vía de escape, resultándole imposible mantenerse quieta. Esa mujer salpicaba ansiedad con cada taconazo que daba. Cuando Jill tomó consciencia del poder que estaba ejerciendo sobre ella, la detuvo en seco.

—Señora Smith —dijo mientras le daba unos golpecitos a unos formularios y contratos que tenía sobre la mesa—, si no se sienta, se tranquiliza y habla más despacio, no podré ayudarla —afirmó Jill.

—Sí, sí, tiene usted toda la razón —dijo Anabelle Smith y finalmente se sentó.

—Le serviré un vaso con agua —ofreció Jill y se acercó a una mesa lateral donde había dispuesta una bandeja de plata con varios vasos de cristal y un botellón, también de cristal, con agua helada.

—¿No es un poco jovencita para representarme? —oyó Jill que preguntaba a sus espaldas.

—Señora Smith, si usted decide que Arn, Logf & asociados la represente, debe de saber que en esta firma trabajamos en equipos y se seleccionan los integrantes de acuerdo a su pericia en el ámbito. En esta primera entrevista, solo soy la cara visible. Tenga la certeza de que el bufete pondrá a su disposición sus mejores recursos.

Anabelle Smith tomó el vaso que le ofreció con el tipo de gracia que solo se adquiere desde la cuna, sin añadir más comentarios al respecto. Jill echó un vistazo a sus manos, tan discordantes con el elegante aspecto. La laca estaba salida en algunas partes y notó que había pedazos del esculpido arrancados, seguramente con los dientes. Un par de uñas estaban mucho más cortas que otras. Indiferente al escrutinio, Anabelle retomó el tema de su marido y Jill estuvo tentada de corregirla y aclararle que debería referirse a él como su ex marido. Sin embargo, no lo hizo porque no estaba del todo segura de la reacción que obtendría a cambio. La escudriñó, notó la extrema delgadez de los brazos, parecían dos palos de escoba; también se fijó en los marcados tendones del cuello y de las manos. Jill casi sintió lástima por la mujer sentada frente a ella.

Cuando la reunión terminó, Anabelle Smith se marchó segura de que conseguiría todo el daño que quería infligir a su marido, a pesar de que en ningún momento le fue asegurado eso. Ella pertenecía a esa clase de personas que le interesaba más lo que salía de su boca que la respuesta o sugerencia que obtenía a cambio. Pensaba que, dado que lo había verbalizado y quería que sucediera, efectivamente sucedería. Aunque del otro lado había alguien que le decía «Eso no va a poder ser, pero podríamos intentar...». Jill podía fácilmente clasificarla entre esos clientes que entendían lo que querían entender y descartaban todos los demás consejos. Esa clase de clientes eran los más peligrosos porque no se contentaban con un resultado distinto, aunque favorable, al que idearon en sus cabezas. Sin embargo, en ese caso en particular, estaba segura de que sería imposible que alcanzaran la satisfacción total del cliente porque ella no iba a asesinar al señor Smith para contentarla, tampoco lo despojaría de todos sus bienes —solo la parte que le correspondía a su cliente—, ni solicitaría quitarle la tenencia de sus hijos «solo porque eso le dolerá mucho», como había expresado Anabelle en cierto momento.

Luego de que Anabelle Smith se hubo marchado, Jill se quedó unos instantes más en la sala de reuniones. Necesitaba serenarse. Sentía los músculos cansados como si hubiera corrido a todo pulmón, a causa de tanta tensión. Se sirvió un vaso de agua, pero esta ya no estaba tan fría, así que dejó el vaso intacto sobre la bandeja. Paseó por la sala, aunque a un ritmo más pausado que el de la señora Smith. Los taconeos de Jill eran apenas imperceptibles. Mientras caminaba, hacía las respiraciones que le habían enseñado en las clases de yoga. Liberó sus cabellos, peinó el cuero cabelludo con los dedos y volvió a atárselo. Perlas de sudor se le formaron en la frente y en la nuca. Cogió un papel *tissue* y los secó. Volvió a sentarse y sintió que la bilis le subía desde el estómago. De prisa, corrió hasta el baño y entró en uno de los cubículos. Vomitó café, que era prácticamente todo lo que había consumido en el día. Apoyó la espalda contra una de las paredes. Un sudor frío, que recorrió su espina dorsal, la hizo tiritar. De repente, un recuerdo nítido de su adolescencia se le vino a la cabeza.

Suellen, su hermana, estaba sentada a la mesa de la cocina. Jill la ayudaba a terminar sus deberes mientras descongelaba la comida en el horno microondas. Suellen era pequeña, unos ocho años; llevaba un *sweater* de punto a rayas amarillo y blanco. Estaba despeinada, pero aún quedaban vestigios de las dos trenzas que le había hecho Jill esa mañana antes de ir al colegio. Luego de que Suellen terminó la última cuenta de dividir, se acercó a Jill y se la mostró para que la revisara. Ella asintió con una amplia sonrisa en los labios y en sus ojos color azul pálido se leyó el orgullo que sentía por la proeza de su hermana.

—¡Muy bien, renacuajo! Sabía que te saldrían. Solo tenías que dejar de llorar y concentrarte — dijo Jill.

Suellen guardó los útiles en la mochila y ayudó a Jill a poner la mesa para la cena. Ya no ponían un plato para su madre. Hacía meses que no se sentaba a cenar con ellas. Joanne no comía, solo picoteaba de la fuente cuando ellas habían terminado de comer. Decía que no tenía tiempo



para eso. Tenía cosas más importantes que hacer, como despotricar todo el día en contra de su ex marido, el padre de sus hijas, y su amante, quien se convertiría en la segunda señora Prine. Jill oía los tacones de su madre golpear contra la madrea del piso de su habitación a su paso. Toc, tac.

El sonido retumbó en sus oídos y se le puso la piel de gallina. El recuerdo de su madre se mezcló con el de la señora Smith. «Era el mismo horrible sonido, eran los mismos horribles taconazos», pensó asqueada. Se obligó a tragar la saliva que se le había acumulado en la boca, aunque eso no impidió una nueva oleada de náuseas.

Cuando salió del cubículo se refrescó lo más que pudo. Abrió los primeros tres botones de su camisa y salpicó gotas de agua allí y en la nuca. Se enjuagó la boca para aliviar el amargor y acidez de las náuseas y miró su imagen reflejada en el espejo. En la mente de Jill bailaban otros recuerdos, como el día de la boda de su padre. Fue allí cuando se juró que jamás permitiría que un hombre tuviera tanto poder sobre ella como para dejarla devastada. Por eso nunca se había entregado al amor por completo. Ningún hombre –no habían sido muchos, en realidad– había sido tan importante como para que Jill perdiera un solo día de estudio o de trabajo. Mucho menos había despertado en ella el deseo de revisar sus prioridades. Ese fue el día en el que se prometió que jamás dependería de nadie ni emocionalmente ni económicamente. Y estaba orgullosa, cumplía la promesa al pie de la letra.

Tanto esfuerzo había dado sus frutos. En el ámbito académico había conseguido media beca para asistir a una de las mejores universidades del país. Desde que había ingresado en Arn, Logf & asociados no había parado de ascender gracias a su total dedicación y profesionalismo. En el ámbito personal no le estaba yendo demasiado bien, dormía en el sillón de su amiga porque su ex novio se estaba tomando todo el tiempo del mundo en buscar apartamento. «Fue una mala jugada, tontita. Me guie por la culpa», reconoció Jill. Si estuviera hablando por WhatsApp, Jill utilizaría el emoticon de la chica que se tapa la cara con una mano. En lo personal era de lo más patética, se sinceró. David la había engañado y la que sentía culpa era ella. Pero el caso era que David había hecho reclamos que dieron en el blanco. Él quería ser una prioridad, no un segundo plato, y con Jill no lo conseguiría nunca. Se enjuagó la boca una vez más y se marchó.

## Capítulo 3

—Por favor, por favor, por favor —le suplicaba su amiga—. Tienes que hacer esto por mí.

—Livie, ¿no quieres darle un último vistazo a la casa? —Jill trató de persuadirla—. Es la granja de tus abuelos. Después me acusas a mí de que no tengo sentimientos —recreminó ante la tozudez de Livie.

—Nunca dije que no tuvieras sentimientos. Solo que te refrenas en tenerlos.

—No contigo.

—Lo sé, soy una de las bendecidas —bromeó Livie.

—Si no vuelves a verla por una última vez, te arrepentirás. Lo sé —insistió Jill.

—Todo lo que necesito lo tengo aquí y aquí —dijo Livie señalándose la cabeza y el corazón—. Cualquier otra cosa que me pueda ofrecer esa casa deshabitada sería demasiado poco para mí. Nunca la vi vacía, siempre estuvo llena de vida, de olores a comidas casera y a galletas recién horneadas. No recuerdo un solo momento en el que mi abuela no dominara esa enorme cocina o mi abuelo no estuviera yendo y viniendo del granero o el cobertizo con alguna herramienta en las manos. No podría soportar verla como está ahora. ¿Harías eso por mí? Porfís.

Los abuelos de Livie eran de Vermont. Tenían una granja cercana al pueblo de montaña Stowe, a los pies del monte Mansfield. La granja se llamaba Gretna y Livie había pasado los meses de verano allí desde que era pequeña y cuando se hizo mayor se escapaba con sus abuelos cada vez que podía. Cuando se hicieron amigas, Jill se unió a las visitas a los abuelos de Livie. Dos años atrás el abuelo van Berg falleció mientras dormía y unos meses después la abuela van Berg corrió el mismo destino. Ellos le legaron la granja a su nieta predilecta y desde entonces la casa estaba cerrada.

—¿Estás completamente segura de venderla?

—Sí, no hay nada allí que pueda compararse con lo que guardo dentro de mí. Además, estoy segura de que mis abuelos no querrían ver la granja tan descuidada como está ahora. Si espero más tiempo, Gretna solo será un montículo de madera inservible. Además, firmé los documentos de venta la semana pasada. Ya no me puedo echar atrás. Tampoco quiero hacerlo, estoy segura de que es la decisión correcta. Solo tienes que ir y darle las llaves.

—Pero puedes hacerlo aquí en la ciudad.

—No, el comprador quiere que se haga *in situ*. Quiere familiarizarse con el funcionamiento

básico de la granja y recorrer el terreno, y tú, mi amiga, la conoces tanto como yo.

—¿No lo revisó cuando fue a verla con el agente inmobiliario? —preguntó Jill con una de las cejas alzadas. Livie negó con la cabeza.

—¿Puedes creer que compró Gretna sin siquiera verla?

—¿Qué idiota compraría una propiedad sin visitarla antes?

—Un Dybron —dijo simplemente.

—¿Te refieres a un Dybron de los Dybron de Nueva York? —preguntó pasmada Jill.

—Los mismos que visten y calzan.

Los Dybron eran una de las familias más destacadas e influyentes de la Costa Este, por no decir de toda Norteamérica. Bastaba con que uno de ellos simplemente twiteara o hiciera un comentario sobre tal o cual empresa o política de gobierno para que explotara el mercado —en cualquiera de los dos sentidos—. El apellido figuraba en la agenda de todos los políticos y las publicaciones económicas. La cartera de inversiones que manejaban era tan amplia que no podía encasillarse en ningún rubro en particular. Socialmente, la riqueza y el *glamour* de los miembros de la familia acaparaban la atención de la prensa desde hacía décadas y despertaban fascinación entre el resto de los simples mortales. Definitivamente, los Dybron eran la sangre azul de Norteamérica.

—¿Y qué interés pueden tener en Gretna? El lugar es hermoso para gente como tú y como yo, pero carece del glamour al que ellos están acostumbrados.

—Me ofendes, hay un enorme parecido entre Stowe y St. Moritz.

—Sí, tienes toda la razón. Refréscame la memoria, ¿en qué temporada fuiste a St. Moritz? —bromeó Jill y obtuvo como respuesta una sacada de lengua de su amiga—. Bien, lo haré —cedió, finalmente—. Pero que sea durante el fin de semana. Ya sabes que no puedo faltar a la oficina. Preparo un caso muy importante y necesito de todos los segundos disponibles.

—Sabía que irías. Eres la mejor y, como también sabía que dirías lo del trabajo, programé la cita para mañana a las once de la mañana.

—Eres una zorra, lo tenías todo planeado —la acusó Jill.

Jill se despertó un par de horas más temprano que durante la semana. Debía prepararse, le esperaban tres horas y media detrás del volante. Eso si no había ningún accidente. A ella no le hacía gracia manejar con nieve o hielo en la calzada. No era una gran conductora y evitaba hacerlo cada vez que podía. «Mejor debería calcular cinco horas», pensó con una mueca de disgusto en el rostro porque llegaría tarde y detestaba la impuntualidad. Luego de obligarse a salir de la cama, se puso un par de tejanos, un *sweater* de lana color *beige* bien gruesa y fue al armario de Livie en busca de un abrigo porque la mayoría de su ropa estaba esperándola en su apartamento.

—Te preparé café —dijo Livie desde la cama.

Jill se sirvió una taza y volvió al dormitorio. Livie estaba perdida bajo varias capas de mantas. Estaba cubierta hasta la nariz y solo se le veían los ojos. El inocente color verde oscuro de su mirada no lograba enmascarar la energía vibrante que nacía en su interior.

—Exageras, no hace tanto frío —señaló Jill—. Podrías subir la temperatura del termostato y evitarte toda esa cantidad de mantas.

—No quiero, me encanta sentir el peso de las mantas en invierno. Además, ya sabes lo friolenta que soy. No hay nada más lindo que mirar cómo nieva y tener la certeza de que te puedes quedar todo el día en la cama —dijo y señaló su ventana.

—Ja, ja, ja. Muy graciosa —dijo Jill y se marchó después de llenar su jarra térmica con café recién preparado.

Luego de varias cuadras dentro de la ciudad, tomó la I-93 hacia el Norte. No había hielo en la calzada, pero sí había nevado. Las calles estaban prácticamente vacías. Parecía como si todos, lo mismo que Livie, hubieran decidido quedarse a remolonear en la cama hasta tarde y burlarse de los que tenían que salir en un día tan espantoso. El auto de Jill, un Honda prácticamente sin uso, tenía neumáticos de invierno y el tanque de gasolina por la mitad. Ya había pasado la hora más fría del día, esa que paradójicamente es justo después de que sale el sol, pero en la pantalla del automóvil la cifra no aumentaba. Poco después de tomar la I-89, siempre en sentido norte, Jill paró en una estación de servicio. Ya había hecho la mitad del recorrido sin ningún inconveniente. Suspiró aliviada, deseosa por beber otro café. Estaba segura de que los granos no serían orgánicos como a ella le gustaban, pero decidió hacer la vista gorda. El frío fuera del auto era insoportable y necesitaba calentar el cuerpo con algo caliente, fuera cual fuera su origen. Mientras terminaba de llenarse el tanque, se acercó hasta el mostrador a pagar por el combustible y a rellenar su propia taza con café. No le gustaba el sabor de algunos vasos reciclables que solían ofrecer en las cafeterías y estaciones de servicios, así que siempre la llevaba adondequiera que fuera. Terminó de llenar el tanque, revisó el estado de las cubiertas y, luego de darle un buen sorbo a su taza, se subió al auto para retomar el camino por la I-89. A medida que se adentraba más al Norte, las carreteras se volvían estrechas y serpenteantes, y la capa de nieve acumulada a los costados de la ruta se hacía cada vez más alta. Los bosques de coníferas estaban cubiertos por un manto blanco y, a lo lejos, parecía que ondulaban al compás del asfalto. Aguzó la mirada y se concentró en el camino.

Luego de cuatro horas al volante, finalmente, divisó la salida hacia el pueblo de Stowe, aunque la pasó de largo. Gretna se ubicaba varias millas más al norte. Cuando tomó el camino de grava a la granja estuvo tentada de bajar las ventanillas y llenarse los pulmones de aire limpio. En una zona escarpada de colinas, guarecida entre un terreno repleto de árboles desnudos y cubiertos de nieve y una lomada de tierra, estaba la construcción principal de Gretna. Era una casa grande y, desde donde Jill avanzaba, se podía ver solo su costado. Los van Berg eran descendientes de holandeses y habían construido la casa de acuerdo a la arquitectura característica de las zonas rurales de ese lugar. Los techos eran de ángulos obtusos para que la nieve se deslizara con facilidad y no se acumulara en ellos; dos chimeneas, una en cada lateral, se alzaban hacia cielo y calentaban la casa, que era antigua pero sólida; la pintura gris estaba bastante descascarada, pero aun así contrastaba con el oscuro y desgastado azul del tejado.

Jill estacionó frente a la casa. El corazón le palpitaba con fuerza debajo de las capas de ropa. Bajó del auto y, muy a pesar del frío, se tomó unos instantes antes de entrar. De cerca, el paso del tiempo y la falta de una mano hábil eran más notorios. La puerta principal estaba pintada del mismo color que el techo y dos ventanas franqueaban los costados. Jill alzó la vista, tres buhardillas sobresalían del techo; su lugar predilecto era la buhardilla del medio. Detrás de esa ventana se encontraba el pasillo distribuidor donde desembocaba la escalera. Debajo de esa ventana, el señor Van Berg había hecho un asiento de madera, tipo tablón, que la señora Van Berg había decorado con un cómodo almohadón bordado con sus propias manos. A ambos lados del asiento, se alzaban dos estanterías repletas de libros de toda clase y tema. Livie devoraba una y otra vez las mismas novelas románticas mientras que Jill solía aprovechar para adelantar lecturas de la universidad. Aunque, de vez en cuando, también sucumbía a algunos de la colección romántica. Las otras dos ventanas, así como las ventanas que daban al lado opuesto, correspondían a habitaciones. Durante la época de primavera y verano la señora van Berg solía decorarlas con macetas repletas de flores naturales.

Jill introdujo la llave y giró el pomo, pero la puerta no cedió. Hizo varios intentos más hasta que la puerta se abrió con un decidido empujón. En cuanto lo consiguió, Jill soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo. Abrirla no había costado tanto esfuerzo como temió en un principio. Sobre todo, si se tenía en cuenta el tiempo que había transcurrido desde la última vez que alguien lo había hecho. Ni bien traspasó el umbral, encendió las luces y cerró los ojos. Era una tonta, lo sabía, pero tenía pánico de encontrarse con una rata tan grande como un gato o con una araña gigante como la palma de su mano. Paralizada en la entrada respiró hondo varias veces y reunió el coraje necesario para abrir los ojos y entrar.

—La señora Robben se merece un buen regalo. Ha hecho un trabajo estupendo. No sé de dónde saca la energía, pero quiero lo mismo que ella toma —aseguró Jill a nadie en particular cuando abrió los ojos. Livie le había dicho que la señora Robben, propietaria de la granja vecina, venía cada tanto a ventilar y limpiar la casa.

Todos los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas, a salvo del maltrato del tiempo. El piso, de listones de madera de roble oscuro, estaba cubierto por una gruesa capa de polvo, pero no había rastro de arañas ni desechos de ratas ni nada parecido. Jill suspiró del alivio, no era miedosa, pero tampoco una temeraria. Tomó nota mental de agradecerle en persona a la señora Robben todo el esfuerzo. Ella ya era una mujer anciana cuando Jill la conoció por primera vez, «una anciana cascarrabias, pero de buen corazón», recordó. Ella y la abuela de Livie eran muy amigas. En comunidades pequeñas como la de Stowe, los vecinos vivían lejos, pero los vínculos eran estrechos; así había sido siempre y esos valores se mantenían en la actualidad. Todos los viernes la señora Robben se juntaba con la abuela de Livie a jugar a la canasta durante horas. Incluso en los meses del crudo invierno de Vermont se había mantenido la tradición.

Jill fue hasta la cocina, quería asegurarse de que saliera agua por los grifos. Abrió ambos a la vez. Al principio solo los oyó toser, luego de un buen rato salió agua de forma constante. Dejó

correr el agua y fue a verificar el estado del resto de las habitaciones. A pesar del frío, abrió una que otra ventana para que se alivianara el encierro. En el piso superior hizo lo mismo. Con desagrado, Jill se percató de que el techo tenía que ser arreglado en algunas partes. La mayoría de las habitaciones tenía rastros de haber sufrido con alguna gotera y varios de los antiguos muebles estaban arruinados. En la habitación que solía ser la sala de costura y bordado estaban apilados todos los colchones. Habían tomado el recaudo de cubrirlos con mantas gruesas, pero, lamentablemente, ese lugar era el que más estragos había sufrido y los colchones estaban arruinados. Jill cerró las ventanas que había abierto a medida que volvía sobre sus pasos. Se armó de valor y se animó a entrar a los baños para abrir los grifos, aunque no encontró el coraje para hacer lo mismo con las puertas de los clósets. Mientras bajaba por las escaleras oyó el ruido de las cañerías, que chillaban, y le dio un escalofrío. Esperaría a que llegara el interesado para hablarle del sótano y del cobertizo, ella no iría por allí, era una decisión tomada.

De regreso a la cocina, cogió unos pañuelos de papel de su cartera y limpió el polvo de la encimera. Se apoyó contra ella y miró a través de los cristales. Jill dejó que su vista se perdiera en el manto blanco que cubría el césped. Más allá del cobertizo, se extendía un bosque de arces azucareros que habían sido el sostén de la familia van Berg durante incalculables años. En verano, el bosque era tan tupido y alto que apenas dejaba pasar los rayos del sol. Por un breve instante, Jill sintió que el corazón se le encogía. Era la primera vez, desde que iba a Gretna, que no veía los característicos tachos recolectores de savia colgados de los árboles. Se giró y le dio la espalda a la ventana, tratando de olvidar la triste sensación que la invadía. Un rayo de sol de invierno le daba en el rostro y también iluminaba las infinitas motas de polvo suspendidas en el aire. Con la melancolía instalada en su interior miró el interior de la casa. Era una casa de diseño antiguo, diametralmente opuesta al concepto abierto y vidriado de esta época. En Gretna, las estancias estaban separadas unas de otras. Las paredes y los muebles eran robustos, destinados a sobrevivir toda una vida. A través de la puerta de la cocina, se podía ver la sala. La emperatriz del *living* era el hogar y todo estaba dispuesto a su alrededor. Cuando la casa estaba habitada, dos sillones orejeros y un sofá de dos cuerpos custodiaban el crepitante fuego del hogar. Todas las noches después de cenar, se sentaban y hablaban durante horas. La única televisión que había en Gretna estaba en la cocina y se encendía solo durante las comidas. No había señal de Internet y cada tanto, según de donde soplara el viento, se podía obtener alguna barrita de señal de celular. Aunque no hacía falta más entretenimiento que el del regular sonido del chocar de las agujas de la señora van Berg y las anécdotas que el señor van Berg contaba con su característica voz carrasposa. «Tal vez, solo tal vez, Livie tuvo razón en no venir», reconoció Jill.

De pronto, Jill se sobresaltó al recordar que había dejado los grifos abiertos en el piso de arriba. A toda carrera fue a cerrarlos, ya que no tenía la intención de inundar nada. Cuando regresó a la cocina, miró el reloj que estaba colgado en una de las paredes y la sorprendió que estuviera en funcionamiento. Matthew Dybron llevaba veinte minutos de retraso. Ofuscada y con la intención de distraer las manos, Jill comenzó a retirar de una las sábanas y mantas que cubrían

los muebles y los ordenó de acuerdo al esquema que recordaba en su cabeza. Lo malo de la tarea era que el polvo la hacía estornudar y le picaban los ojos. Por otra parte, había logrado sacudirse la angustia y entrado en calor.

—El señor Dybron quiere reunirse en Gretna y no en la ciudad, el señor Dybron quiere entender el funcionamiento de una granja que compró sin verla siquiera, pero hete aquí que el gran señor Dybron no aparece y nos tiene a todos esperándolo, el muy capullo —refunfuñaba Jill mientras recorría las pesadas cortinas de lo que había sido el estudio del abuelo van Berg—. Matthew Dybron me tiene harta y eso que ni siquiera lo conozco. Capullo desconsiderado —dijo indignada hablando solo con ella misma.

Jill intentaba mover el antiguo y pesado escritorio que el señor van Berg utilizaba cuando el sonido de una voz ronca la asustó.

—Señorita van Berg, es un mueble pesado para que intente moverlo sola.

La voz profunda recorrió el largo del cuerpo de Jill; había hablado en voz baja, tanto que Jill creyó que lo había imaginado. Lentamente, se volvió hacia la voz y dio un respingo que casi le hizo perder el equilibrio. Apoyado contra la jamba de la puerta estaba el espécimen masculino más hermoso que sus ojos hubieran visto jamás. Su postura era relajada y la miraba con la cabeza levemente ladeada. «Las fotos no le hacen la suficiente justicia», sentenció Jill. Matthew Dybron era impresionante. Su rostro era peligrosamente atractivo y su figura irradiaba masculinidad por cada uno de sus poros. Si Jill esperaba verlo de traje y corbata, se llevó un fiasco. Matt llevaba unos tejanos raídos, una camisa de lana a cuadros y un abrigo mucho más abrigado que el de ella. No se había quitado el gorro que protegía su cabeza de la nieve y algunos mechones del color del bronce bruñido se escapaban de la lana.

Físicamente, Matt era una rara y perfecta combinación de los Dybron y los Parabel. Había heredado la piel acanelada de la familia paterna, así como el mentón, tan cuadrado y preciso que parecía esculpido en mármol. Su fuerte musculatura también era un rasgo de los Dybron; como lo era su altura. En cambio, el color dorado oscuro de sus cabellos provenía del ADN de los Parabel; Lauren, su madre había tenido exactamente ese mismo color. Así como la nariz, que era recta y pequeña para tratarse de un hombre; sin embargo, en él quedaba perfecta. Pero el rasgo distintivo eran los ojos claros. La familia de su madre se caracterizaba por la mirada clara. Los había grises —como los de su abuela—, azules —como los de su madre—, y verdes —como lo de su tío, al que nunca llegó a conocer más que por fotos—. Los ojos de Matt eran una mezcla de todos ellos juntos.

—Por todos los santos, señor Dybron, me dio un susto de muerte. Podría haber carraspeado antes para evitarme el sobresalto —recriminó Jill, que sabía de quién se trataba.

—¿Y perderme la diversión? Además, señorita van Berg... —Matt insistía en llamarla así, aunque sabía de sobra que no se trataba de ella—. No debería dejar la puerta de entrada abierta de par en par, es peligroso, hay lobos en la zona.

—Estaba ventilando y, para su información, no hay lobos en Stowe desde el siglo XIX —soltó y

se limpió las manos en el repasador que había atado a su cintura. Se acercó hasta donde él estaba y le ofreció la mano—. Soy Jill Prine, vine en lugar de Livie. Señor Dybron —dijo Jill anticipándose y arrebatándole a Matt la oportunidad de presentarse—, llega tarde.

—Lo lamento mucho. Es una mala costumbre adquirida y perfeccionada por años. Verá, generalmente, la diversión no comienza hasta que llego.

«Un capullo hermoso y arrogante», pensó Jill mordiéndose los carrillos para no decirlo en voz alta.

—Si sirve de excusa, traje café —agregó, una de las comisuras de los labios de él se curvó levemente y la miró con un brillo alegre en sus ojos.

—Señor Dybron...

—Matt —corrigió él y le ofreció el vaso con café que tenía en la mano.

—Gracias —respondió Jill y aceptó la ofrenda de paz descartando la reprimenda que pensaba darle sobre el valor de la puntualidad y el respeto por el tiempo ajeno—. Matt, deberíamos darnos prisa.

Al ser unos centímetros más alta que la media, Jill no estaba acostumbrada a levantar tanto los ojos para contemplar el rostro de un hombre. Matt Dybron era alto y cuando se enderezó resultó mucho más alto de lo que le había parecido en un principio. Sin querer perder más tiempo, Jill le enseñó la planta baja, que estaba sin ningún daño aparente. Ella no solía ser arisca, pero él la perturbaba y se descubrió queriendo terminar con la tarea que le habían encomendado lo antes posible. Le contó brevemente sobre Gretna, el señor y la señora Van Berg y también sobre los vecinos. Matt Dybron le pisaba los talones y se adelantaba a ella cada vez que había que abrir alguna puerta o encender las luces. Inspeccionaba cada habitación con meticuloso cuidado y tomaba nota mental de las reparaciones que debían hacerse. A diferencia de ella, él parecía tomarse todo el tiempo del mundo.

—Tengo que enseñarte algo que estoy segura que no te gustará. Pero también estoy segura de que, con unas maderitas nuevas, aquí y allí, lo podrás solucionar fácilmente —dijo Jill cuando llegaron al piso superior. Había abandonado las formalidades y lo había tuteado porque consideró que sería más fácil mostrarle el daño en el techo si lograba que él simpatizara con ella.

—Sorpréndame, señorita Prine —respondió Matt y ella sintió como si estuviera a punto de rendir un examen final de la universidad. Jill le enseñó las habitaciones, los muebles y colchones arruinados.

—Sujeta esto, por favor.

Dybron se sacó el abrigo y se lo tendió. Utilizando uno de los muebles a modo de empuje, Matt se encaramó al techo y lo inspeccionó. Al parecer, las reparaciones serían más complicadas de lo que Jill supuso en un principio o eso entendió, dado que se desconcentró cuando la camisa de Dybron se subió y dejó al descubierto una porción de su abdomen, que resultó ser una sabrosa tableta de chocolate. Sin lograr contenerse, se imaginó recorriendo con las yemas de sus dedos los definidos músculos abdominales. Antes de que él notara su indiscreción, Jill bajó la vista, pero



acabó sintiendo un embarazoso rubor en las mejillas y rogó para que él no lo notara.

Cuando llegó el momento de enseñarle el sótano, Jill bajó por la empinada y angosta escalera rezando para que no se le notara el miedo que tenía de encontrarse con algún bicho raro en el camino. Sus pasos eran vacilantes, tanteaba los escalones antes de avanzar. Casi lo había conseguido cuando pisó algo gelatinoso, pegó un grito y saltó hacia atrás. Algo la frenó en seco. El pecho duro y firme de Matt chocó contra su espalda. Sin poder hacer nada más que sujetarse a la inexistente baranda para evitarlo, Jill se tambaleó varios escalones hacia abajo a la espera de un buen porrazo, pero un par de manos ágiles la aferraron por la cintura y le evitaron la fuerte caída.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado Matt sujetándola por la espalda. La respiración de Jill se había agitado y todos los colores habían huido de su rostro.

—Estoy bien, gracias —gruñó ella y quiso deshacerse del agarre. Pese a su insistencia, él no la soltó, sino que la hizo girar hasta tenerla de cara a él.

Era la primera vez que Jill lo tenía así de cerca. ¡Por todos los santos, qué bien que olía! Era un olor agradable, una fragancia masculina que le nubló la mente confundiendo los sentidos. Cuando alzó la vista y lo miró a los ojos le costó seguir con el hilo de pensamiento; Matt tenía los ojos más asombrosos que ella hubiese contemplado jamás. Eran de un color difícil de encasillar —verdes azulados, se dijo— y Jill juraría que su color cambiaba de acuerdo al clima.

—Está decidido, irás a la retaguardia —ordenó Matt cuando se aseguró de que no le había hecho daño.

El sótano estaba sucio, pero asombrosamente más entero que la planta superior. Por experiencia, Matt sabía que era el lugar al que más atención debía prestarle. Los cimientos de una casa marcaban la diferencia entre una pocilga a demoler y una casa con posibilidad de remodelación. Sin embargo, ante la mal disimulada incomodidad de su anfitriona, decidió que lo inspeccionaría a fondo cuando estuviera solo.

—Estoy segura de que obtendrá excelentes cosechas de savia —pinchó Jill cuando regresaron al punto de partida. Estaba nerviosa y jugaba con una de sus pulseras. No entendía por qué estaba tan a la defensiva con ese hombre, pero tenía las mismas ganas irrefrenables de quedarse a provocarlo que de marcharse pitando de allí—. Aunque debo advertirte que es un trabajo duro.

—No tengo intenciones de unirme al negocio del jarabe. No soy aficionado al trabajo duro, de hecho, me asusta un poco —respondió Dybron.

Aunque Jill no mordió el anzuelo, le había visto las manos y sentido la suave aspereza de sus dedos cuando las apartó de su cintura. Esas no eran las manos de un ocioso. A pesar de que le había picado la curiosidad, no se animó a preguntarle sobre los planes que tenía para Gretna. Estaba segura de que Dybron no se metería en la producción de jarabe de arce, pero se preguntaba qué demonios tenía planeado hacer con esa propiedad. Solo deseaba que su amiga se la hubiera vendido a una familia que supiera valorarla y no a un ricachón engreído como él.

## Capítulo 4

En cuanto se subió al auto para regresar a Boston, Jill soltó un suspiro y la tensión que la había dominado durante el encuentro con Dybron abandonó su cuerpo. Estaba a salvo dentro de esa caja de metal. Sin perder tiempo, salió de Gretna y, cuando tomó la I-89 en sentido sur, había comenzado a nevar de veras. Durante unos instantes dudó por un momento continuar el viaje. Incluso consideró pasar la noche en un hotel y seguir al día siguiente. «Estúpido Dybron», masculló Jill. Y se quedó pasmada cuando un calor suave la derritió por dentro. Al pensar en él, el pulso se le aceleró. Cualquiera suspiraría por un hombre así, se excusó a sí misma Jill. Y, en un claro intento de frivolar la reacción de su cuerpo, enumeró las cualidades físicas del hombre. Era alto, muy alto, y con un cuerpazo delicioso. El pelo era dorado con mechones que se confundían más claros. Lo llevaba largo, tres dedos por debajo de la nuca, decidió. La barba no era una sombra débil que cubría el mentón, sino tupida sin llegar a ser larga y desprolija. Jill dedujo que hacía bastante que no se afeitaba. El color era unos tonos más oscuros que el de sus cabellos. Aunque lo más impactante eran los ojos. Su color era de otro mundo, imposible de definir si eran verdes o azules. Estaban bordeados por abundantes pestañas oscuras y rematados por un par de cejas color castaño del mismo tono que la barba. Aunque le costó, tuvo que admitir que su atractivo no se limitaba a lo físico. Matt Dybron irradiaba un magnetismo peculiar, como si escondiera algo detrás de esa fachada imperturbable que era imposible de revelar. Sus maneras eran suficientes y relajadas. Como si nada le importara en esta vida lo suficiente como para hacerle perder los nervios. Pero a ella no la engañaba, no había nada de improvisado en él. A Jill le llamó la atención la seguridad con la que se movía. Era un hombre seguro de sí mismo, acostumbrado a ejercer el control y rápidamente comprendió que sería un error confundir su actitud despreocupada porque no había rastro de indiferencia dentro de esa cabeza que estaba siempre alerta. Cualquiera que lo subestimara por su belleza o actitud y le diera un tranco de ventaja sería un tonto.

Rápidamente, la nevada se hizo más fuerte. Los copos de nieve golpeaban contra el cristal sin cesar y la impericia traicionó a Jill. No había pasado el pueblo de Stowe cuando perdió el control del auto y chocó contra el montículo de nieve acumulada en la banquina. Como no iba a gran velocidad, el golpe no fue fuerte. Además, los *airbags* del Honda se activaron y absorbieron el impacto. Conmocionada por lo rápido que sucedieron las cosas, intentó serenarse. Encendió la luz

interior del coche y se tocó el rostro y la frente para asegurarse de que no estaba herida. Las manos le temblaban y le entorpecían la tarea. Tras varios intentos logró desabrochar el cinturón de seguridad y se bajó del auto. Ella estaba ilesa, aunque no podría decir lo mismo del auto. En un abrir y cerrar de ojos pasó del pánico a la furia. «Estúpido Dybron», fue lo siguiente que pensó. Su auto estaba completamente estropeado. Tontamente, le dio una buena patada a la rueda, sin prever el dolor que le causaría. Contó hasta diez e intentó volver a tener el control sobre la situación. Probablemente, debería haber contado hasta mil porque estaba que echaba humo por las orejas.

El frío era glacial y le atravesaba la ropa. «No sobreviviré si paso la noche aquí», razonó y se obligó a mantener la calma. Jill se metió en el coche cuando empezó a tiritar. Con un suspiro profundo, se giró hacia el asiento trasero y tomó su cartera. Mientras peleaba con el cierre de su cartera para sacar el celular, una camioneta negra todoterreno pasó a gran velocidad por la peligrosa carretera. Pocos metros más adelante, los faros de frenado se encendieron y la camioneta retrocedió hasta ponerse a la par de ella. El conductor bajó la ventanilla y la miró a través del asiento del acompañante.

—Estupendo —se le escapó a Jill. Matt Dybron estaba al volante de esa bestia todoterreno. Indiferente al sarcasmo de ella, Matt maniobró hábilmente y estacionó a un costado.

—¿Estás herida? —preguntó al bajarse del auto. Se acercó a ella y le cogió el rostro para examinarlo.

—Estoy bien —respondió Jill con tono grosero alejándose de él.

—Sube.

—No, gracias. Prefiero llamar a la grúa —contestó ella irritada.

—Hace frío, te congelarás —replicó Matt con sequedad.

—Esperaré en el auto.

—La grúa tardará años en llegar con este clima. Déjame llevarte. Voy al pueblo a buscar provisiones —terció Matt, que cambió de táctica cuando le resultó evidente que a la señorita Prine no le gustaban las órdenes directas que daba.

Cuando Jill se subió al todoterreno, Matt le dedicó una sonrisa radiante, de esas que muestran todos los dientes. En el caso de Matt eran súper blancos y perfectamente alineados.

—Por lo visto, mamá Dybron no escatimó en ortodoncia —dijo en un murmullo apenas audible mientras ajustaba la hebilla del cinturón de seguridad. La calefacción estaba a toda potencia y el frío que sentía Jill comenzaba a remitir. Se acomodó en la butaca de cuero y cerró los ojos.

—Deberías quitarte las botas. Están mojadas —sugirió Matt.

—Gracias, lamento haberme comportado como una desconsiderada —reconoció Jill y se quitó las botas. Él estaba siendo amable y ella, una verdadera idiota.

—Hasta hace unos instantes creía que el capullo desconsiderado era yo —replicó él.

—Sí, bueno. Lamento que lo hayas oído. Estaba enojada, es de mala educación ser impuntual.

El calor que despedían las rejillas del auto ablandaron los agarrotados músculos de Jill, que

soltó un suspiro agotado y cerró los ojos. El interior de la camioneta estaba inundado por la fragancia masculina. Ese tenue aroma que sintió cuando la sujetó para evitar que cayera escaleras abajo del sótano estaba intensificado en el ambiente cerrado del vehículo. Sin pensarlo siquiera, inhaló profundamente y sintió que se relajaba. La camioneta comía rápidamente metros de la ruta traicionera mientras Jill estaba a punto de quedarse dormida.

—No eres muy conversadora —oyó que Matt decía.

—Estrés postraumático —contestó ella malhumorada sin siquiera abrir los ojos.

Siguieron en silencio y recién cuando Matt apagó el motor Jill abrió los ojos. Estaban en el estacionamiento de Urgencias del pequeño centro de salud de Stowe.

—Ni lo sueñes —objetó ella.

—Podrías tener alguna herida interna.

—No bajaré. No lo haré.

—Sí, lo harás o haré que te revisen aquí mismo —dijo él y ella no dudó de su palabra. Una sonrisa de satisfacción surcó el rostro de Matt cuando Jill bajó del auto.

No había gente en Urgencias, así que prácticamente entraron y salieron. Por alguna broma cruel del destino, el pie con el que le había dado un puntapié a la rueda había resultado herido. Se lo curaron y aplicaron una gasa. Cuando caminaban hacia la salida, la barriga le crujó sonoramente como si hiciera días que no recibía alimento y Jill casi muere de la vergüenza.

—Ya estás curada; ahora es hora de alimentarte, eres como un Tamagotchi.

—¿Qué inmaduro! —dijo Jill y lo miró con el asomo de una sonrisa en sus labios.

—Solo estaba bromeando. Yo también tengo hambre y resulta que no me gustaría privarme de tu encantadora compañía.

—Yo pago —dijo Jill y sintió la mano de Matt en la espalda instándola a subir al todoterreno.

—Yo pago, tú pagas. Resolveremos los detalles luego. Me debes más que una cena por las maderitas que tendré que comprar para arreglar ese techo.

—¿Cómo pudiste comprar una casa sin siquiera verla?

—No nos interesa la casa, nos interesa el terreno.

Y Jill sintió que el alma se le caía a los pies.

Luego de remolcar el automóvil de Jill hasta el único servicio mecánico del pueblo, Matt paró en un restaurante sobre la calle principal. Jill envidió que Matt, en apenas dos maniobras, había logrado estacionar ese trasto enorme en un espacio tan ridículamente chico. A ella le hubiera llevado media mañana, por lo menos. La nevada no cesaba y el abrigo de Jill no era el más adecuado para resguardarla del viento helado. La temperatura había alcanzado mínimos glaciales y no había rastros de alguna mejoría en el clima en un futuro cercano.

Una muchacha pecosa, de cara redonda y sonrisa amable, los condujo a una mesa situada cerca de un enorme hogar que estaba encendido, apartados del sector familiar. Claramente, era una mesa destinada a un par de enamorados: la chimenea crepitaba a un lado, luces tipo guirnaldas iluminaban tenuemente el ambiente y una melodía lenta y sensual sonaba de fondo. Jill estuvo a

punto de decirle a la camarera que prefería el sector familiar, pero el calor de la chimenea acalló cualquier objeción que pudiera tener. Harrison's era un lugar acogedor con una decoración típica de la zona: mucha madera, calor del fuego, aromas de especialidades caseras, cervezas artesanales y una carta de vinos estupenda.

Matt la ayudó a quitarse el abrigo antes de retirarle la silla. La camarera recitó las sugerencias y, luego de que cada uno ordenara la comida, eligió el vino. A Jill no le molestó el atrevimiento, no conocía de vinos. Siempre encontró que era más interesante beberlos que aprender de ellos. Pero sospechó que Matt sí tenía conocimientos en la materia. Igualmente, decidió que no se la iba a poner fácil.

—Si ese vino que elegiste vale más que mis zapatos, conseguirás que me lagrimee —dijo cuando la camarera se retiró con la orden.

—No creo que seas de esas que derraman lágrimas por nada —replicó Matt con una ceja arqueada.

—Solo cuando lo vale —dijo Jill y trató de recordar la última vez que había sucedido.

A diferencia de Livie, ella no era de las que lloraban. No logró recordar ningún llanto reciente, solo alguna lágrima solitaria cuando se graduó. Pero hacía años que no lloraba por nada. Durante una fracción de segundo se paralizó, ¿tan indiferente a los sentimientos se había vuelto? ¿En su vida nada valía lo suficiente para hacerla llorar? Apartó esa clase de razonamientos profundos en un rincón de la mente porque no la llevaban a buen puerto.

—Es un Malbec; si te gusta el vino tinto, este te encantará. La cena correrá por mi cuenta, creo que será una ganga en comparación a lo que saldrá el techo. Dicho sea de paso, tendré una seria conversación con la señorita van Berg para negociar el costo de las maderitas.

—Si la memoria no me falla, creo que es un pelín tarde para eso. Ya firmaste. Y si yo fuera tu abogada, te estaría dando lata sobre la imprudencia que cometiste al comprar algo sin siquiera verlo antes y la cantidad de estafas que hay en el mercado inmobiliario. Este no es el caso —aclaró rápidamente Jill—. Livie no sabía que el techo estaba en esas condiciones. En realidad, deberías de estar agradecido de haber comprado Gretna y no haber pagado una ridícula suma de dinero por algún pedazo de tierra inexistente.

—Una abogada... —afirmó Matt mientras bebía un sorbo de vino y ella asintió con una sonrisa orgullosa.

—Divorcios, principalmente —puntualizó Jill—. Sin embargo, si decides renegociar el precio de Gretna, nos encontraríamos cara a cara en un tribunal —amenazó Jill. Debía disuadir a Dybron de cualquier compensación que quisiera obtener. En su situación, Livie no podía darse el lujo de devolverle un centavo. Necesitaba todo el dinero que había conseguido con la venta de Gretna para comprar un apartamento más grande. Parecía que Jill estaba negociando un acuerdo y, sin querer, dejó de tutearlo—. Le aseguro, señor Dybron, que no quiere verme enojada. El bufete de abogados para el que trabajo, Arn, Logf & asociados, tiene una política muy estricta con respecto a los resultados. Y aunque me encantaría verlo de rodillas pidiendo clemencia, temo que Livie sea

floja y firme cualquier estúpido acuerdo que sus abogados le presenten con tal de sacarse el problema de encima, desoyendo, por supuesto, todos mis buenos consejos. Pero, hasta que llegara ese momento, nos dedicaríamos a pasearlo de aquí para allá.

—Yo no apostaría por eso. Y para que conste, no necesitas llevarme a la corte para verme de rodillas. Conozco algunas maneras más divertidas que sin duda me pondrían de rodillas y a ti, cariño, te dejarían sin aliento —replicó Matt.

Jill tragó saliva. La alusión sexual fue tan cruda y directa que la dejó boquiabierta y sin réplica. Ése no era su terreno. Tomó la copa de vino y la apuró de un trago. Un calor líquido la fundía por dentro y nada tenía que ver con el que salía del hogar y mucho con las imágenes que le poblaron la mente. Lo vio a él de rodillas entre sus muslos, saboreándola y haciéndole perder el sentido del tiempo y del espacio. Sin querer se le escapó un pequeño jadeo y se le endurecieron los pezones. Por suerte, el *sweater* que llevaba puesto era lo suficientemente grueso para disimular las reacciones de su cuerpo. Aunque, a su pesar, Jill se ruborizó. Matt comprendió lo que sucedía y esbozó una sonrisa perezosa capaz derretir un glaciar. «Debo de andar con cuidado, Matt Dybron podría resultar mortífero para un corazón desprevenido», pensó Jill. Era una suerte que el de ella estuviera a salvo bajo siete llaves.

A regañadientes, tuvo que reconocer que el vino estaba delicioso y también la comida. Recién con la segunda copa Jill logró relajarse un poco y disfrutar de la velada. Ya no sentía un nudo en el estómago y, cuando le resultó evidente que Matt sabía jugar el juego mejor que ella, dejó de pincharlo. Para su entera sorpresa, Matt Dybron resultó ser el tipo más interesante que Jill había conocido jamás. Su aspecto era distante y sereno. Era como si estuviera por encima de las emociones, el drama y el estrés de la vida. Pero, por extraño que pareciera, a ella le resultaba ameno. Era pausado para hablar y su tono apenas variaba. Como todo buen conversador era un excelente oyente. Jill advirtió que no le incomodaba el silencio y que ninguno de los dos intentaba llenarlo con cháchara inútil. Era joven, treinta y cuatro según le había dicho, aunque en la mirada se le leía la experiencia de mil vidas vividas.

—¿Qué piensas hacer con la casa? —preguntó Jill de repente.

—Aún no lo tengo en claro —respondió él y se ganó la mirada incrédula de Jill.

—No te creo.

—Chica lista —replicó él sin ahondar más en el asunto y dejando a Jill con más curiosidad que antes.

Cuando le resultó evidente que él no iba a soltar prenda para satisfacer su curiosidad, Jill cambió de tema. Hablaron de las ciudades de donde venían. Jill le contó que era de Georgia, pero que Boston era su hogar. Le habló de su trabajo y de algunos casos importantes en los que había participado. Aunque Matt le habló brevemente de su familia, cuando lo hizo, el rictus de su semblante se suavizó y mostró el afecto que sentía por ellos. Jill percibió que no se sentía cómodo tocando temas personales y no hizo más preguntas, a pesar de que miles le rondaban en la cabeza. Sentía una intensa necesidad de saber más de él. Matt le contó que antes de sentar cabeza había

viajado y vivido en varios países hasta que se hizo cargo del *holding* financiero que llevaba el apellido de la familia, sin muchos más detalles que esos. Pero a ella no se le escapó que sus inversiones no se limitaban a la timba financiera y Gretna era una prueba de ello. Sin pedir la cuenta, Matt sacó unos cuantos billetes de la billetera y se dispusieron a marchar. Cuando estaban saliendo del restaurante, Jill se frenó en seco al pasar por el sector familiar.

—¿Otra vez? Tendrías que tener faros de frenado como los autos, eres un peligro —dijo Matt, que esta vez logró esquivarla antes de golpear contra su espalda. Jill no contestó a su puja y entonces él desvió la mirada hacia donde ella dirigía la suya.

En el televisor gigante colgado en una de las paredes, estaba la imagen de una reportera en una carretera cubierta de nieve. Era el canal de noticias local, que informaba que cerca de ocho mil vuelos habían sido cancelados en varios estados porque se esperaba visibilidad nula en las próximas horas. El alcalde había declarado estado de emergencia climático. Las clases habían sido suspendidas y las autoridades advertían a los residentes que evitaran los desplazamientos innecesarios, ya que los vientos superarían las sesenta kilómetros por hora. Incluso, se esperaba el cierre de vías en todo el estado. En el noticiero, aconsejaban a los habitantes no salir de sus casas.

—Dicen que será una de las peores ventiscas de los últimos tiempos —dijo una de las camareras, que se había parado junto a Jill para ver las últimas noticias.

—Tengo que estar en Boston el lunes a primera hora.

—Lo siento, cariño. No creo que lo consigas —dijo la camarera y le dio un cálido apretón en un brazo para reconfortarla. Jill estaba desolada.

## Capítulo 5

Luego de comprar todas las provisiones necesarias para afrontar una tormenta, y una casa que había estado cerrada durante tanto tiempo, Matt encaró el camino de vuelta a Gretna. Los limpiaparabrisas a toda velocidad eran el único sonido que interrumpía el silencio. Jill aún no salía del aturdimiento y él le daba el tiempo que necesitaba para asimilar la idea.

—Mañana por la mañana tendrás que llevarme de vuelta a Boston —dijo Jill por fin.

Los copos de nieve caían sobre el parabrisas más rápido de lo que los limpiaparabrisas podían limpiarlos y formaba una delgada capa blanca sobre el cristal.

—No, no lo haré. Sería un loco si me aventurara a la carretera con este clima —respondió él cortante con la mirada fija en la sinuosa carretera.

—Tienes que hacerlo, por favor —insistió Jill.

—No es seguro, Jill. Tú misma lo oíste en las noticias.

—Aprecio tu consideración por la seguridad, en serio, pero tengo que estar en la oficina el lunes a primera hora.

—Te llevaré a Boston, pero tendrás que esperar a que pase la tormenta. —Matt no desvió su mirada, aunque sentía que la de ella lo penetraba como si quisiera chamuscarlo y reducirlo a cenizas.

—Pero... pero dicen que esta ventisca podría durar días —consiguió replicar ella a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

Jill no se podía permitir no presentarse el lunes. Había preparado el caso durante mucho tiempo y estaba segura del resultado satisfactorio que lograría. No, definitivamente, no podía dejar en manos de otro el trabajo que le había costado reunir la documentación, los precedentes, todo. Eternas horas detrás de la computadora, estudiando la jurisprudencia, tratando de encontrar ese fallo que virara a su favor la decisión del juez. Hasta que lo había logrado, había encontrado la aguja en el pajar. Imposible. No tiraría por la borda esa oportunidad única por una simple tormenta de nieve. Ese caso era el más importante que había tenido hasta el momento, era el primero en el que estaba a cargo del equipo, esa era su hora para lucirse. Y era el caso que la perfilaría para convertirla en socia dentro de unos años. No podía consentir esa falta de profesionalismo. No ella, no Jill Prine.

Él no contestó y ella dejó de presionarlo. Matt sabía que la cabeza de Jill maquinaba a mil por



hora buscando alguna manera de llegar a Boston. Jill perdía energías y tiempo en una empresa imposible. La miró por el rabillo del ojo y supo que estaba a punto de llorar, pero no lo hizo. El silencio volvió a instalarse entre ellos. Bajaron las compras del auto y, mientras Jill las acomodaba, Matt intentó encender la caldera de gas propano que había en el sótano. Cuando le resultó inútil perder más tiempo en eso, se dispuso a encender el fuego de la chimenea cuando Jill volvió a insistir sobre el tema.

—Tengo...

—Tengo que estar en Boston a primera hora del lunes —la interrumpió Matt con exagerada amabilidad.

—Exacto. Matt, tienes que llevarme o, al menos me prestarme la bestia todoterreno que tienes para que pueda hacerlo.

—De ninguna manera, evidentemente no eres una experta conductora con apenas unos centímetros de nieve, imagina lo que te sucedería en medio de una tormenta como la que pronostican.

Jill cerró los ojos y volvió a tragar saliva. Le costaba respirar y le sudaban las palmas de las manos.

—En serio, aprecio tu preocupación por mi seguridad, pero estaré bien. Además, si algo le sucede a tu camioneta, me haré cargo de la reparación de los daños. Si no crees en mi palabra, puedo redactar un contrato y firmarlo ahora mismo.

—No me importa la camioneta. Jill, con un clima así no llegarías a hacer diez millas —respondió Matt.

—Tienes que ayudarme a resolverlo —exigió Jill y apeló al sentimiento de culpa que Matt no tenía—. Piénsalo, eres responsable de que esté metida en este embrollo. No solo quisiste que te entreguen las llaves en el medio de la nada, sino que, además, fuiste tan desconsiderado de llegar tarde. —Ella esperó a que Matt dijera algo, pero él no se inmutó—. Es mi gran oportunidad y no voy a perderla.

Matt se acomodó en uno de los sillones orejeros que Jill había colocado a un lado de la chimenea. Mientras ella buscaba soluciones inexistentes, la contempló. En un primer momento, no le había llamado la atención. Él era más de las morenas voluptuosas con cuerpo de reloj de arena, esas que estaban tan de moda. Senos enormes, cintura de abeja y trasero grande. Aunque no podría decirse que dicha predilección lo limitara. Morenas, rubias, pelirrojas, era un hombre de apetito sexual marcado. Siempre había sido así y nunca le había costado trabajo satisfacerlo. Se obligó a reconocer que Jill Prine lo ponía. Matt recordó la forma en que se había ruborizado con la insinuación sexual y se sintió como un cazador que acorralaba a su presa. Hasta llegó a pensar que Jill hiperventilaría en el restaurante. Por esa razón, él las prefería expertas. En materia de sábanas era exigente y le gustaba que la mujer en cuestión respondiera con la misma fogosidad que él. Pero bien podría hacer una excepción con ella. La señorita Prine, con su figura menuda y su actitud profesional, había logrado encenderlo. Hasta le pondría unas gafas para completar la fantasía. La

imaginación lo traicionó. Inundaron su mente imágenes de ella jadeando aturrida y respondiendo a sus caricias. Su semblante no varió, solo apretó la mandíbula y hundió los dedos en la tapicería. Esa muchacha con el cabello color café y ojos azul pálido no le resultaba indiferente en lo más mínimo. Con cierta sorpresa, se percató de las suaves curvas que escondía debajo del *sweater*. Jill se había librado del abrigo y el *sweater* arrojándolos en el respaldo del otro sillón. Estaba sentada frente a él y escondía el rostro tras sus manos. Por la postura, Matt pudo ver el sencillo sostén de algodón que cubrían los delicados senos de ella. Le fascinó el color de su piel, tan blanca como el alabastro, en la que se reflejaba el agitado resplandor del fuego. La deseaba; era hermosa aún ese estado, abatida. La mezcla de mujer independiente y confianza en sí misma no lo engañaba. Había podido vislumbrar rastros de una tierna vulnerabilidad y la contradicción que había en ella lo tenía fascinado. Matt dio un trago a la botella de cerveza que tenía en la mano para apagar el repentino calor que lo sofocaba.

En invierno, el sol se ponía minutos después de las cuatro de la tarde. Hacía varias horas que se había escondido. Las luces de la sala estaban apagadas y el fuego de la chimenea era la única fuente de luz. Las llamas iluminaban el rostro de Jill y les arrancaban a sus cabellos matices de distintas tonalidades de castaño. Algunos mechones que eran claros se parecían al color del caramelo líquido y se entremezclaban con otros de tonos más oscuros. Sus delgadas y delicadas cejas contrastaban con su piel. Tenía algunas pecas esparcidas en el puente de la nariz e infinidad de lunares en la piel del valle de los senos. Los labios eran carnosos de un rosa tenue y Matt quiso mordisqueárselos.

Ante el silencio indiferente de él, ella se volvió a mirarlo. Los labios de Matt se curvaron levemente e intentó esconder la sonrisa detrás de sus dedos.

—¿Cómo puedes reírte? —recriminó Jill.

—Es que eres adorable.

—Y tú eres un capullo malcriado que no entiende lo que es trabajar para lograr algo en la vida —replicó Jill sin levantar el tono, pero la voz le vibraba de bronca.

Por el modo en que se ensombreció la mirada de Matt, se podría decir que, si Jill hubiera sido hombre, estarían liados en una pelea callejera.

—¿Siempre reniegas de esa manera? —preguntó Matt al notar que, si ella fruncía más el ceño, se le chocarían las cejas.

Jill no respondió, ni siquiera se dignó a mirarlo. Matt se levantó de la butaca y se acercó a ella muy lentamente acortando la distancia que los separaba. Se puso en cuclillas para tenerla cara a cara. Con suma suavidad, le retiró las manos con las que se cubría el rostro y pasó el pulgar por unas ronchas de tono rosado que estaban saliéndole en la frente. Jill también pasó sus dedos por allí con un movimiento casi mecánico. Reconoció esa textura, le salían esas ronchas cuando se alteraba. Matt la sujetó por los hombros con ambas manos. Esperó a que ella se encontrara con su mirada y, cuando lo hizo, le dijo con seguridad:

—Tendrás otra oportunidad. Incluso hasta puede que resulte mejor que esta. No podrás llegar a

la oficina el lunes. Eso es un hecho, cuanto antes lo aceptes, antes serás capaz de resolver los problemas que sí tienen solución. Como, por ejemplo, avisarle a tu amiga que estás bien y que te quedarás en Gretna. Trata de hacerlo antes de que movilice a toda la fuerza policial. ¿A qué hora tenías planeado regresar?

—Tendría que estar en Boston dentro de media hora —respondió Jill asombrada por el sentido común de Matt y su capacidad de ponerle los pies en la tierra—. Tengo que llamarla, ya mismo —insistió Jill. Livie era un tanto exagerada y si no hablaba con ella, podría pensar que algo malo le había sucedido. Pero él no había terminado y no la soltó.

—Buena chica —dijo él.

Ahora, Matt acunaba con ambas manos el rostro de Jill, que tenía la mirada clavada en los ojos de él. Los pulgares ocupaban casi la mitad de la mejilla y el contraste entre las dos pieles era cautivante. La de él, dorado canela, curtida por el sol, y la de ella, más blanca que la leche. Acarició con un pulgar la boca de ella. Dudó por un instante, pero no pudo resistirse y la cubrió con sus labios. El roce fue tan breve que Jill hubiera jurado que Matt no la había besado si no fuera por el delicioso cosquilleo que sentía. Pasó delicadamente los dedos por su boca, como para asegurarse de que seguía ahí. Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de él y continuó:

—Lo siento —se disculpó él sin mucha convicción—, no pude resistirme. Llama a tu amiga. Dile que estás bien, que te quedarás en Gretna y, por favor, aclárale que no soy un depravado y que estás a salvo. —Matt esperó que ella hablara, pero Jill solo asintió con la cabeza. «Demonios, si ese beso inocente la ha dejado sin habla, no quiero imaginarme lo que sucedería si le hiciera todas las cosas que ha imaginado mi sucia cabeza», pensó Matt—. Luego, llamarás a algún colega, le avisarás que no podrás presentarte el lunes y que debe reemplazarte. Le enviarás todo el material, le dirás que tiene todo el domingo para prepararse; dile que confías en su trabajo y que por eso lo llamas a él. Convéncelo de que puede hacerlo mejor que tú, incluso. Llénalo de confianza, si él la caga, tú serás la responsable absoluta; ahora, si él lo hace bien, compartirán los laureles. El mal menor es que le salga perfecto. Si no puedes darte el lujo de arriesgarte a perder, inclina siempre la balanza al mal menor. En este caso no puedes correr el riesgo de absorber la pérdida porque sería un golpe brutal para tu carrera. Incentívalo, dile lo importante que será para su carrera si esto le sale bien. Pero —Matt hizo hincapié en esta parte— no le darás explicaciones, esas te las reservas para tu jefe, cara a cara. Ahora, señorita Prine, no pierda más tiempo y vaya a hacer lo que es mejor para su carrera.

Jill asintió con la cabeza en punto muerto. Lo observaba con los ojos desorbitados, aún era incapaz de emitir sonido alguno. No le habían dudas de que Matt Dybron había nacido para liderar y que podía llegar ser el mejor en todo lo que se proponía. Sin apartar los ojos de los suyos, aceptó la mano que él le tendió y se levantó dispuesta a buscar su celular. Tardó unos instantes en recordar dónde había dejado el bolso. Luego, como una niña con la lista del mandado, siguió las instrucciones de Matt al dedillo. Tuvo que ir hasta una de las habitaciones del piso de arriba y subirse a un mueble para lograr una comunicación apenas decente. La recepción de la señal del

celular en Stowe era mala, en Gretna era un desastre. Luego de asegurarle a Livie que no necesitaba enviar a ningún bombero a rescatarla, Jill llamó a Stan. Él era su competencia directa y era el único que podría preparar el caso en tiempo récord. Jill tragó saliva y carraspeó para que su voz sonara normal. Cuando colgó con Stan sintió que las rodillas le fallaban y tuvo que sujetarse del mueble.

Jill sentía que en esas últimas dos semanas la vida se desmoronaba. Estaba agobiada y frustrada. Además, para su desesperación, no había nada que pudiera hacer para evitarlo. La respiración se volvió superficial; por muy hondo que inspirara, el aire no le llenaba los pulmones. Cerró los ojos, esperando lo peor. No sufría ataques de pánico, ya había consultado con un profesional. Aunque, cada tanto, cuando la vida escapaba de su férreo control, Jill tendía a somatizar. Le sucedía desde hacía más tiempo del que quería recordar. El primer síntoma eran las ronchas, en la delgada piel de las sienes y en la nuca, justo en el nacimiento del cabello. Pasó los dedos por allí, apenas tocó la piel sintió la leve inflamación, casi imperceptible, enredada entre sus cabellos. Resistió las ganas que tenía de rascarse, sabía que eso era peor. Si lo hacía, se volvían más coloradas, engrosaban la piel al hincharse y tardaban más en irse. «Debes tranquilizarte y darles real dimensión a los problemas», se regañó Jill. A pesar de saber de memoria lo que debía hacer, los pulmones se le achicaron y sentía que en ellos no había espacio suficiente para el aire que necesitaba. Comenzó a hacer respiraciones cortas. Y a ventilarse con las manos. Luego apoyó la cadera en el mueble y se aferró a él. Los nudillos se le pusieron blancos de la fuerza con la que sujetaba el borde de madera. Habían pasado unos minutos, pero a ella le resultaron horas. Cerró los ojos y los apretó bien fuerte. De repente, la voz profunda de Matt se coló en su cabeza. Jill se obligó a recordar cada palabra, incluso cada pausa. El tono seguro y calmo de él fue tranquilizándola poco a poco. Soltó la respiración, que se oyó como un globo que se desinflaba, relajó los hombros y, casi con esfuerzo, se soltó del mueble.

Jill cruzó los brazos a la altura del pecho. Alzó la vista y clavó los ojos en el techo al tiempo que reflexionaba sobre lo que había ocurrido abajo. Permaneció largo rato allí concentrada en los intrincados nudos de la madera. Matt había tomado el control sobre la situación y la había ayudado. Todavía no podía creer que no estuviera enojada, sino todo lo contrario, sentía gratitud. A ella, que siempre le molestaron la clase de hombres que se comportaban de semejante modo; los que consideraban que una mujer estaría perdida sin la correcta guía masculina. Por increíble que pareciera, en el siglo XXI todavía abundaban. Pero este no había sido el caso. Sopesó la situación durante unos instantes buscándole alguna pega para ponerle al accionar de Matt. Por mucho que quiso encontrarla, no lo logró. Jill sonrió, sentía admiración genuina por cómo había manejado la situación. A Matt le calzaban como un guante el pantalón de jeans y la camisa leñadora, pero no le costaba imaginárselo en un traje hecho a medida devorándose a sus oponentes sin rastro alguno de piedad. Puso los ojos en blanco, debía dejarse de hacer tiempo. Tenía que bajar y enfrentarse a él. La había besado, ¿y qué? Ya había sido besada antes así que no entendía por qué hacía tanto alboroto. Además, si lo sopesaba por unos momentos, no había sido un beso en toda regla, solo le

había rozado los labios. En realidad, y aunque no lo reconociera abiertamente, el alboroto radicaba en que Jill se había quedado con ganas de más. Bajó los escalones dispuesta a aclarar todo como una adulta y evitar futuros malos entendidos.

—¿Matt? —preguntó Jill, pero el piso de abajo estaba desierto—. Matt, ¿dónde estás?

Oyó unos ruidos que venían de abajo y masticó una maldición porque debía bajar al sótano.

—Aquí abajo —lo oyó decir Jill. Gracias a que Matt había cambiado la bombilla pudo bajar sin dificultad alguna. Él buscaba una herramienta o algo por el estilo y cuando la encontró encaró la escalera.

—Pero acabo de bajar —se quejó Jill con ceño al ver que subía.

—Ven, necesito tu ayuda. Hay que cubrir el techo antes de que nos congelemos.

Rápidamente, se embarcaron en la tarea de tapar los agujeros del techo como fuera. Las chimeneas estaban encendidas, pero el calor que salía de ellas no era suficiente y hacía frío dentro de la casa. El piso superior tenía cinco o seis grados menos que la planta baja a causa de las filtraciones en el techo. A pesar de que Gretna no era una construcción anticuada, no contaba con los sistemas de aislamiento modernos y había corrientes de aire helado por todos lados.

—¿Crees que es probable que los del servicio meteorológico exageren? —preguntó Jill. Aún conservaba una mínima luz de esperanza de poder volver a Boston al día siguiente.

—No lo sé. Pero no me arriesgaré a esperar a que se equivoquen. La muerte por congelamiento es espantosa. De lo único que estoy seguro es de que hace frío y pronostican más frío —razonó él.

Matt consiguió una escalera de mano un poco desvencijada y más leña del cobertizo. Jill se acercó a sostenerla con firmeza para que no se cayera. Luego de unos intentos en los que solo abrió la boca, se aclaró la garganta para llamar su atención. Él dejó de martillar y con varios clavos sujetos entre los labios se volvió a mirarla desde arriba.

—Quisiera...quiero agradecerte por la ayuda que me diste —se animó Jill e hizo una pausa. Se sentía extrañamente frágil ante la mirada atenta de él. El silencio entre ellos era incómodo y Matt consiguió lo que ninguna otra persona había logrado: que Jill volviera a sentirse vulnerable.

—Lamento haber actuado de la manera en que lo hice —continuó a pesar de los escalofríos que le provocaba tenerlo tan cerca. Él se sacó los clavos de la boca, apoyó los brazos en uno de los peldaños de la escalera y esperó pacientemente a que Jill lograra hilar una frase seguida—. No sé cómo explicar mi comportamiento, lamento... lamento, en serio, que lo hayas presenciado.

—No es necesaria una disculpa, Jill. Cualquiera habría reaccionado como tú —contestó él restándole importancia.

—No suelo actuar así, como... como una loca desbordada. —Ella apoyó la mano en su brazo para impedir que él volviera a martillar—. Mi trabajo es importante para mí, creo que fue por eso que reaccioné de esa manera.

Matt asintió con un leve movimiento de la cabeza y siguió con la tarea. Estaba apurado por terminar antes de que el clima empeorara e hiciera más frío dentro de la casa que a la intemperie. También estaba preocupado por la noche que pasarían. No había logrado encender la caldera y no

contaban con agua caliente ni calefacción, solo con las chimeneas y el escaso suministro de leña que había encontrado. Tendría que ocuparse de eso mañana a primera hora.

—¿Tú habrías actuado como yo?

Esa pregunta captó su atención y sonrió. Momentos antes, había comprendido lo difícil que le habían resultado a Jill las disculpas tartamudeadas. No quería lastimarla, pero no era de los que mentían o adornaban las verdades. Arqueó una ceja dispuesto a dar una respuesta mordaz, pero antes de darle la oportunidad de desplegar su vanidad, Jill se burló, aunque a medias:

—No, por supuesto que no. Cuando sea grande quiero ser como tú.

Él sonrió. Era la primera sonrisa genuina desde hacía largo rato. Continuó clavando las maderas y, luego de unos minutos, Jill volvió a carraspear.

—Y ahora, ¿qué sucede?

—También está el asuntillo ese del beso —dijo ella muy digna.

—Jill, no seas dramática —protestó él como si creyera que ella estaba dándole demasiada importancia.

—Me besaste —insistió— y preferiría que no lo vuelvas a hacer.

—Ven, acércate y sostén esto aquí —indicó Matt, que necesitaba la ayuda de Jill para clavar las últimas maderas. Ella subió por el lado opuesto al que él estaba. La escalera resultó más fuerte de lo que Jill había supuesto, porque aguantó el peso de ambos sin crujir—. Apóyate contra la madera para hacer equilibrio y presiona el tablón bien fuerte. ¿Puedes hacerlo? —preguntó y ella asintió—. Jill, ese fue un beso de apoyo —dijo y, luego de asegurarse de que Jill no se cayera, se estiró por arriba de ella hacia el techo y siguió martilleando—. Listo, creo que aguantará.

Matt la instó a que bajara primero y luego lo hizo él. Ella estaba perpleja y lo miraba con los ojos bien abiertos, como si fuera un espécimen raro. Él estuvo a punto de decir alguna grosería sobre besos castos y vírgenes asustadizas, pero se limitó a menear la cabeza. Cuando acortó los centímetros de distancia que los separaban, el corazón de ella comenzó a latir fuertemente y se le secó la boca. Antes de que Jill diera un paso hacia atrás, la tomó de la barbilla, la miró fijamente a los ojos para que no perdiera rastro de lo que le decía y le aseguró:

—Dulzura, si te hubiera besado realmente, estarías rogándome que lo vuelva a hacer.

## Capítulo 6

Una extraña pero cómoda camaradería había surgido entre ellos en el poco tiempo que había transcurrido estando juntos. En cuanto terminaron con el techo, ella encontró unas sábanas dentro de un armario mientras Matt revisaba los colchones con la esperanza de que hubiera algunos utilizables. Encontró uno pasable –estaba seco, por lo menos– y lo llevó a la habitación que menos daños tenía. Jill también sacó unas mantas de lana que conservaban un resto de fragancia a lavanda y se mezclaba con el característico olor que adquiere la tela, del género que fuere, al guardarse durante mucho tiempo. Con la ayuda de Matt las sacudió lo más que pudo y armó la cama. Mientras Jill se bañaba, Matt subió leña para alimentar el fuego durante la noche.

Llenó la bañera con agua bien caliente hasta el tope. La habían calentado a la vieja usanza, con una olla en el fuego de la chimenea. Jill necesitaba de ese baño tanto como respirar. Estaba exhausta; Gretna era una casa de grandes dimensiones, no como los apartamentos que se limpian en un santiamén. Matt y ella habían ordenado y sacudido el polvo de las habitaciones que usarían durante el tiempo que estuvieran obligados a estar encerrados; es decir, cocina, sala, baño, escaleras y una habitación en el piso de arriba, donde dormirían. Dormir en la misma habitación que Matt la ponía más nerviosa de lo que estaba dispuesta a admitir, pero no quería pensar en eso ahora. El agua estaba caliente y Jill se sumergió por completo, era una delicia poder sacudirse el día que por fin estaba a punto de terminar. Como una niña de ocho, hundía la cabeza y hacía burbujas de aire abajo del agua. Ese día había sido tranquilo como una montaña rusa y, de momento, prefería olvidarlo para concentrarse en la agradable sensación del agua que la cubría por todas partes. Se obligó a poner la mente en blanco y a relajarse, pero no contaba con el tiempo suficiente, Matt también se bañaría y no podía dejar que se enfriara el agua. Se cambió con ropa que él le prestó, olía a limpio y conservaba un dejo de fragancia que Jill ya reconocía como propia de él. Recordó el beso casto que él le dio y se preguntó cómo sería sentir el roce de su barba si lo besaba. En su mente, los besos de Matt fueron deslizándose por su cuello. Pasó la mano por allí a medida que imaginaba el roce de sus labios en la piel. El corazón le palpó con fuerza y se le aceleró la respiración. Con algo parecido a la vergüenza se hundió en la bañera. «Jill Prine, ¿de dónde vienen esos pensamientos lujuriosos?», pensó ofuscada. Seguramente, del mismo lugar que provenía el calor suave que la atravesaba cada vez que estaba cerca de él. Deseó poder decir que Matt era feo o tonto, así el encierro sería mucho más fácil, pero desalentada tuvo

que reconocer que Matthew Dybron no era lo uno ni lo otro. Para su desdicha, el fuerte de Matt no era solo su apariencia, que condenaría a cualquier mujer a violar todas y cada una de las leyes sagradas, sino que poseía una mente astuta y calculadora, y una personalidad más intrigante aún. Jill sacudió la cabeza y salió del baño.

Tomaron la cena que habían comprado en el mercado sentados en la alfombra frente al fuego. Él aún conservaba húmedo el cabello después del baño y a Jill le cosquillearon las puntas de los dedos de las ganas que tenía de tocárselo. Matt abrió una botella de vino, sirvió dos copas y le dio una. Jill tomó un sorbo y dijo:

—¿Matt?

—¿Qué, Jill?

Hubo un silencio durante el cual Matt la contempló mientras Jill trataba de poner en orden sus ideas. Sus ropas le quedaban enormemente largas y sueltas, tenía el cabello despeinado y ni una gota de maquillaje; no debería de haberlo excitado, pero ahí estaba él pensando en la dulzura de sus labios y las cosas que le haría con los suyos. La entrepierna reaccionó y le costó trabajo concentrarse en otra cosa que no fuera el enredo de piernas y jadeos de su imaginación.

—¿Qué piensas hacer con Gretna?

—No era eso lo que ibas a preguntar.

—No, no lo era. Quiero saber si... ¿Realmente piensas renegociarle el precio a Livie?

—¿Tengo alguna chance? —preguntó él, aunque no le interesaba en realidad.

—Nunca se sabe —respondió con total sinceridad—, ojalá fuera como las matemáticas. Pero el derecho no es una ciencia exacta e inciden demasiados factores externos para asegurar un resultado.

—Tranquila —respondió al cabo de unos segundos—, puedes decirle a tu amiga que no haré nada, aunque fui totalmente engañado como un peón de campo.

—Eso no es cierto —dijo ella, ya más aliviada—. ¿Matt? —volvió a llamarlo ella al cabo de unos minutos.

—¿Qué sucede, Jill? —contestó con el cubierto a medio camino.

—¿Qué planes tienes para la granja? Le tengo un cariño especial a Gretna y quiero estar preparada para lo peor.

—¿Y qué sería eso? —preguntó con burla.

—Podrías demolerla para instalar una fábrica ultra contaminante o una refinería de petróleo.

—Primero, Vermont no tiene fama de ser una zona petrolera. Sería tonto siquiera intentarlo. Yo hago dinero, no lo pierdo adrede, Jill. Segundo, no creo que las leyes del condado permitan una industria cerca de una zona protegida como la que linda con la propiedad.

—¿Entonces?

—No se te ocurrió que tal vez quiera vivir aquí. —Jill negó con la cabeza.

—Ni por un segundo. Anda, suéltalo.

—¿Siempre eres tan metiche? —respondió Matt divertido. No había nada raro en lo que haría,



solo le gustaba mantenerla con la intriga—. Gretna tiene una ubicación fantástica, justo a pasos de Stowe y a una atractiva y corta distancia de un centro de esquí decente. Las autoridades locales y algunos capitales privados planean hacer mejoras al centro y llevarlo al siguiente nivel. Van a habilitar pistas nuevas, a modernizar las instalaciones y también se podrá practicar esquí de fondo. Gretna será un hotel de montaña, con las mejores vistas y el mejor acceso, tanto al pueblo como al centro de esquí. ¿Satisfecha?

—Y tú sabes todo eso porque eres uno de los capitales privados —dedujo Jill inteligentemente—. ¿Es legal eso, acaso? Me refiero a que tú sabes de antemano que se harán las mejoras, que las tierras cotizarán más alto y que se necesitarán más plazas para el turismo.

—Es legal y con eso es suficiente. Además, supondrá ingresos extras para los habitantes del pueblo. Todos se beneficiarán con las mejoras.

A Jill no le desagradaba del todo la idea, solo que el exceso de turismo podría hacerle perder el encanto a la zona.

—Con algunas mejoras en el sistema de calefacción y más baños, Gretna sería un hermoso hotel *boutique*.

Matt hizo una mueca.

—Será algo un poquitito más grande que un hotel de unas cuantas plazas, pero, si te deja más tranquila, conservará el nombre —dijo y zanjó el asunto.

Jill hizo un gesto de dolor y cambió de posición acomodándose sobre el pie con el que no le había pegado una tonta patada al neumático. Se había olvidado por completo él, sin embargo, ahora latía como si fuera a explotar. Matt se acercó a ella para tomarle el pie lastimado. Jill se tensó, pero él le hizo un gesto para que se despreocupara y comenzó a masajearle la zona dolorida. Al principio, casi lloró por el dolor que poco a poco fue remitiendo bajo la habilidad de sus dedos.

—Tendrías que haberme dejado parar en la farmacia a comprar algún analgésico.

—No duele tanto, nada que no pueda tolerar.

—No lo dudo. Apuesto a que imaginaste que el neumático tenía mi cara.

—Sabes, si lo hubiera hecho, estaría fracturada, no con un simple golpecito. Nada de esto hubiera pasado si hubieras tenido el sentido común de pasar a buscar las llaves por Boston.

—Pero no lo hice, así que deja ya de darme la lata al respecto.

Jill bostezó y se apuró a terminar la comida. Estaba tan cansada que la tentó la idea de dormir en la alfombra junto al fuego. Luego de juntar las sobras y lavar lo poco que ensuciaron, tocó la temida hora de irse a dormir. No podían malgastar leña así que iban a alimentar el fuego de una sola habitación para pasar la noche. La habitación escogida fue la que usaba Livie, era la que menos daños había sufrido con las filtraciones del techo. Jill se negó en redondo a compartir la cama con Matt, ya era suficiente con toda la intimidad que habían tenido hasta el momento. Él le cedió la cama, pero ella fue tajante en su negativa. Por su altura, Matt no entraba en ningún sillón, en cambio ella, sí. Además, no iba a permitir que durmiera en el suelo. Entre los dos subieron un sillón y lo acomodaron en uno de los rincones.

A diferencia de Jill, Matt apoyó la cabeza, cerró los ojos y se durmió; al menos eso creyó ella mientras daba vueltas y más vueltas buscando la posición correcta para conciliar el sueño. No estaba acostumbrada al frío y le castañeaban los dientes. Alzó la cabeza por arriba del hombro y notó que el fuego se había consumido casi en su totalidad. Jill se paró y arrojó un leño a la chimenea. Iba de vuelta al sillón, pero cometió el error de mirar a Matt. Con mucho cuidado de no despertarlo, se acercó a la cama y se sentó en el borde. La respiración de él era acompasada y profunda, parecía tan cómodo y calentito. Jill lo miró con anhelo; sin dudas, sería una agradable fuente de calor. Rápidamente, descartó la terrible idea de acostarse junto a él. Sin darse más tiempo para pensarlo, se paró como un resorte y volvió al sillón.

—¿Piensas deambular durante toda la noche? —preguntó Matt de repente sin siquiera abrir los ojos.

—Dios, tú y la mala costumbre de asustarme —dijo Jill, a quien aún le tamborileaba el corazón del susto.

—¿Qué sucede? —preguntó Matt, que abrió los ojos y se acomodó contra el respaldo de la cama.

—Tengo frío.

—Lo sé, oigo cómo te castañean los dientes —respondió y se aseguró de que el fuego de la chimenea ardía.

—Soy de Georgia, no sé lo que es el frío.

—Ven aquí, dejaré que duermas conmigo —dijo Matt y abrió la cama para que ella se acostara—. Aunque sé que vives en Boston desde hace años y ya estás acostumbrada al frío. —Jill no estaba segura de hacerlo, aunque la cama parecía estar muy calentita—. Estamos con ropa puesta y resulta que estoy muy cansado para seducirte. Y, cuando eso suceda, la ropa te la sacarás tú solita. Tal vez te ayudaría cuando se te pusieran torpes los dedos por los nervios. Ahora, deja de rodeos y ven a acostarte conmigo.

Jill sonrió y aunque dudó de que el comentario de Matt fuera totalmente una broma, el frío que tenía barrió con cualquier reparo que pudiera tener.

—¿Matt?

—¿Qué, Jill?

—No invadas mi espacio —exigió Jill cuando se acostó en la cama.

Las sábanas estaban caldeadas con el calor corporal de él y no le costó sumergirse en un sueño profundo y reparador.

## Capítulo 7

Matt se sacudió el sueño en cuanto sintió las piernas de Jill enredadas entre las suyas. Habían dormido abrazados. Una vez que ella pensó que estaba dormido, se acurrucó contra su costado y, al parecer, en el transcurso de la noche, él también había buscado alguna fuente de calor, porque estaba pegado a su espalda y rodeándola con los brazos. Levantó apenas la cabeza por sobre el hombro de ella para asegurarse de que estuviera dormida. Aún tenía tiempo, pensó. Debía deshacerse de sus brazos si no quería espantarla. Pero era una empresa difícil. Jill se aferraba a ellos y pegándolos contra su pecho lo acercaba más a ella. Tanto que no había un milímetro de separación entre sus cuerpos y su erección mañanera clamaba por salir. «Dios, Jill me va a capar antes de que pueda darle alguna explicación».

Aún deambulando entre sueños, Jill había comenzado a desperezarse. Matt sintió las suaves curvas femeninas restregarse contra su cuerpo atentando en contra de él. Con una sonrisa perezosa, que escondió tras el cabello de ella, le susurró al oído:

—Quieta, dulzura. Si continúas moviéndote así, esto terminará contigo jadeando mi nombre antes del desayuno.

Jill abrió los ojos de par en par despabilándose de repente. Estupefacta como estaba, sentía que tenía a Matt en todos lados.

—Quítame tus manos de encima —siseó entre dientes.

—Me encantaría. Pero para eso, primero tienes que soltarme. Para la próxima vez, tienes que saber que dormir abrazado no es de las actividades que más me gustan —comentó Matt despreocupado mientras apartaba el cabello de los hombros de ella—. Sin embargo, contigo podría repetir la experiencia cualquiera de estos días.

Jill se revolvió entre sus brazos al ver que Matt no hacía nada para soltarla.

—Bueno, deja ya de moverte, por favor.

La mano de Matt descansaba entre el valle de los senos y Jill la sintió sobre su piel cuando abrió la palma para instarla a que se quede quieta.

—Quita tu mano de entre mis senos.

—Ya me oíste, para eso necesito que me sueltes.

Jill estaba a punto de golpearlo en la entrepierna con cualquier parte de su cuerpo que tuviera buen acceso cuando se dio cuenta que era ella la que se aferraba a la mano que Matt no quitaba de

entre sus senos. Sus piernas estaban enredadas, Jill estaba totalmente pegada a su pecho y su trasero descansaba en los muslos de él. Uno de los brazos de Matt le servía de almohada y el otro la abrazaba y descansaba entre sus pechos mientras ella se aferraba como si fuera a caerse de un precipicio si se soltaba. Aunque quiso, tampoco pudo reclamarle que había invadido su espacio porque era ella la que se había acercado a él y había invadido el suyo. Tan juntos estaban que podrían dormir en una cama de una plaza y sobraría lugar. Se puso colorada como un tomate. Cuando él respiró, movió los cabellos de la nuca y Jill se estremeció; ¿tan cerca tenía la boca?, pensó.

Antes de que Matt pudiera decir otra palabra, se libró del lío de brazos y piernas y se apartó de él. Salió de debajo de las sábanas hecha una furia, más enojada consigo misma que con él. Masticando rabia, fue directo al baño y, mientras se cepillaba los dientes, se encontró ideando una serie de complicadas tomas de judo que terminaban con la imagen de Matt de rodillas y tomándose de la ingle dolorido. Era solo un detalle insignificante que no contara con la destreza suficiente para llevarlas a cabo, pensó mientras se recogía el pelo. Antes de preparar el café, fue al sótano a buscar la ropa que había dejado lavándose durante la noche. Detestaba usar ropa sucia y sin olor a enjuague. Tomó su ropa decidida a encontrarle solución al encierro. De camino a la habitación para cambiarse, pasó por delante de la puerta del baño. Esta estaba entreabierta un poco más que la mitad. Un reflejo en el espejo la hizo detenerse con el picaporte en la mano. Matt se afeitaba en el pequeño ante baño, justo al otro lado del pasillo. Era el único baño en la planta alta, estaba separado entre el baño y el ante baño para que pudieran usarse ambos a la vez. Nunca lo había notado antes, pero las dimensiones eran modestas y él casi parecía un gigante en contraste con el pequeño habitáculo. No llevaba camiseta; solo los tejanos. Jill se detuvo a observarlo mientras estaba concentrado en la tarea de rasurarse. Los músculos de la espalda y de los brazos se tensaban y se movían al compás de la navaja. Los movimientos eran suaves y precisos. Era algo hipnótico y Jill no podía evitar seguir con la mirada el movimiento. De pronto, se encontró con sus ojos a través del espejo. Sin dejar de rasurarse, Matt continuó deslizando la navaja contemplándola fijamente. A Jill le tomó un instante darse cuenta de lo incorrecto de su intromisión. Cuando finalmente lo hizo, se apresuró a entrar en la habitación, no sin antes ruborizarse de pies a cabezas. ¿Acaso había perdido la cabeza?, pensó mientras se vestía.

Cuando bajó luego de cambiarse de ropa, Matt estaba sentado a la mesa de la cocina con los pies cruzados sobre esta. Jill dio un respingo cuando lo vio afeitado; las facciones se le habían suavizado y Jill tuvo que reprimir la chiflada idea de pasar la nariz por el contorno de su mandíbula para sentir la suavidad de esa piel recién afeitada.

—Cariño, tengo que confesarte que eres mejor que cualquier sedante comprado en la farmacia. Creo que no dormía tan bien desde niño. —Matt vio que Jill apretaba la mandíbula para no contestarle y se sirvió café—. Compartimos cama, cepillo de dientes y no follamos. Somos todo un matrimonio, mi abuela puede irse en paz de este mundo. Salud —dijo y alzó la taza de café a modo de brindis.

—¿Cómo puedes bromear con eso? Y, para tu información, no podemos seguir durmiendo juntos, es un tema que tendremos que solucionar. ¿Te das cuenta de lo inapropiado que fue?

—Tranquila, dulzura, que si continuamos a este ritmo, en cualquier momento atravieso el muro de nieve que hay afuera y salgo corriendo. ¿No te parece que vamos un poco rápido? Soy de la clase que le teme al compromiso y me asusta que hoy me pidas una copia de las llaves de mi apartamento.

Jill puso los ojos en blanco y bebió un sorbo de su taza de café bien cargada. Matt la miró con sorna y estiró la de él para que se la rellenara. Pasando de él, Jill apoyó la cadera contra la encimera y miró por la ventana. Nevaba como si el cielo quisiera quedarse sin nieve por varias temporadas y sus esperanzas de partir quedaron sepultadas.

—¿Qué vamos a hacer todo el día encerrados? Estoy casi segura de que esto terminará en asesinato.

Luego del desayuno, y durante gran parte del resto del día, Jill y Matt se ocuparon de colocar en algunas cajas y bolsas que habían encontrado ropa de cama, toallas, utensilios de cocina y demás cosas que irían a parar a algún centro de caridad. Jill apartó algunas pertenencias de los señores van Berg que estaba segura de que Livie apreciaría guardar, aunque aún no lo supiera. Encontró unas mantas tejidas a mano que tenían la medida ideal para una cuna. La llegada del bebé se acercaba y su amiga no había comprado nada necesario aún, salvo tonterías. Los roces entre ellos eran constantes y la tensión sexual se hacía más y más evidente, tanto que se había electrizado el aire. Irritado, Matt lo único que deseaba era abalanzarse sobre ella y tomarla en el piso; casi que quería golpearse por no lograr pensar en otra cosa. Él tenía suficientes mujeres para satisfacer su deseo y allí estaba cual adolescente, tratando de mantener a raya una erección. Estaba decidido, necesitaba follar con alguien. Habían pasado diez días desde el último revolcón y ese período de sequía era mucho para él, evidentemente. Solo tenía que esperar unas cuantas horas más para salir del encierro. Como no andaba con ganas de conquistar, le haría una visita a su buena amiga Anna. Hacía varios años habían salido durante un tiempo y nunca dejaron de verse. Anna tenía el sí fácil cuando se trataba de él, independientemente de si su corazón tenía dueño o no. Era incondicional; Matt la llamaba, la citaba a una hora específica siempre en el mismo hotel, follaban y ambos quedaban contentos y satisfechos. Por lo menos él lo veía así. Anna obtenía a cambio una excelente follada, de esas que cuesta igualar, las atenciones propias de un caballero que sabe seducir y las migajas de cariño que Matt quería ofrecerle. Era un hombre generoso cuando se trataba de lo material. Ya fuera rosas, chocolates, vestidos elegantes, joyas. Lo de ellos era simple, no había lazos de amor ni promesas. Solo un encuentro de pasión y cada cual a su casa. Matt satisfecho porque había dado rienda suelta a su fuerte apetito sexual y Anna con el corazón un poco más chamuscado que antes de entrar a esa habitación de hotel. Lo mejor de sus encuentros era que ninguno de los dos pedía nada a cambio, pensó Matt. Anna ya lo conocía, solo recibía lo que él quisiera darle y, justamente por eso, siempre volvía a ella.

«Sí, llamaré a Anna por el camino y la citaré en el hotel de siempre», pensó decidido Matt.

Debía abandonar la estúpida idea de follarse a Jill. Estaba seguro de que, si se acostaba con ella, se convertiría en un dolor de pelotas. Y uno bien grande. Si Anna no estaba disponible, cosa que dudaba, podía llamar a Jen. Nunca estaba de más un plan B, Jen no era tan buena como Anna en la cama, pero bastaría para sacarlo del paso. Cualquiera era mucho mejor que Jill. A él le gustaban más experimentadas y menos preguntonas. Si se acostaba con Jill, por cómo se ruborizaba, estaba seguro que le pondría pegas a cualquier posición rara que Matt quisiera probar, no la dejaría follarla en cualquier lado y cuestionaría todo lo que le propusiera. En fin, sería todo un aburrimiento, pensó Matt y le dirigió una mirada ceñuda.

Jill revisaba los cajones de una cómoda y él notó que tenía la manía de llevarse todo a la nariz y olerlo. Ella se acercó una manta vieja, que él hubiera tirado a la basura y se la acercó al rostro. La contempló cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás. Era evidente que le había encantado el aroma y el cerebro de Matt conjeturó crueles visiones de su cuerpo desnudo y sus piernas anudadas en su espalda, incluso sintió el cabello de Jill cosquilleándole el pecho, con esa misma expresión de satisfacción tallada en el rostro. Incapaz de discernir entre la realidad y la imaginación, el miembro de Matt se endureció como una roca hasta el punto que pensó que explotaría. Totalmente ajena a los pensamientos tórridos que despertaba en él, Jill continuó ordenando y clasificando las cosas. Mientras que Matt salió dando un portazo hacia el cobertizo. Necesitaba frío y poner espacio entre ellos dos.

Estaba volviendo a la casa, ya más calmado y con todas las partes de su cuerpo relajadas cuando, de pronto oyó un grito. Matt corrió a toda velocidad para llegar junto a Jill guiándose por los gritos de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó agitado cuando llegó a la cocina.

Jill estaba parada sobre una de las sillas y cuando lo vio se lanzó a sus brazos. Él la tomó por la cintura, la bajó y la sostuvo contra su pecho.

—Hay una rata, una enorme rata gigante —dijo y escondió el rostro en el hombro de él.

—¿Estás segura?

—Está aquí abajo. La vi con mis propios ojos. Qué asco, tendremos que tirar toda la comida.

—No, Jill.

—Sí, Matt. Es una rata que convive con nosotros y estoy segura de que por la noche nos vigila mientras dormíamos. Ay, por todos los santos, Matt, las ratas no andan solas, seguro que hay miles de ellas en el sótano.

Mientras hablaba, Jill se aferraba más y más a los costados de su espalda. Ella le tenía pánico y asco en medidas iguales a cualquier tipo de roedor y se encargó de dejárselo en claro. Matt apartó unos mechones de la frente y pasó el pulgar por las cejas tratando de tranquilizarla.

—Lo lamento, no quise gritar, pero las ratas me asustan mucho. ¿Te dije que era enorme?

—Enorme rata gigante —respondió Matt que estaba absorto en sus labios.

—Matt, la atraparás, ¿no? —Él no le contestaba. No lograba pensar con claridad. Continuaba contemplando su boca. Jill se pasó la lengua para humedecerse los labios y fue la perdición de

Matt.

—Matt... Matt, es en serio. Matt, ¿me oyes?

Él asintió con un movimiento deliberadamente lento y con la mirada fija en esos labios masculló una maldición inaudible y la empujó contra la pared de la cocina. Cuando la tuvo donde quería, atrapada entre la pared y su cuerpo, colocó ambas manos a los costados de la cabeza y la inclinó hacia atrás. Cubrió los labios de Jill con su boca y comenzó a besarla como si se le fuera el alma en ello. Los labios expertos de él se movían sobre los de ella presionando para que los abriera. La apretó con firmeza para que sintiera su erección y Jill gimió cuando un cosquilleo se trasladó de una terminación nerviosa a otra como un torrente tibio. Jill se aferró a su cuello mientras que Matt no permitía que dejara de sentirlo y la presionaba con su cuerpo contra la pared mientras jugueteaba con su lengua. Matt intercalaba besos breves y tiernos con otros cargados de contenido sexual. Jill no oponía resistencia, sino que lo saboreaba como si se tratara de un elixir exótico. Él redujo la presión de su boca hasta que sus labios apenas se tocaban. La besó varias veces con mucha suavidad. Muy lentamente recorrió su mejilla y tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes. Matt sopló sobre el punto humedecido y Jill se estremeció. Un cálido vacío conquistó sus entrañas y le debilitó las rodillas. Volvió su rostro al de él para buscar otro de esos besos apasionados que le robaban el sentido.

Matt hacía las promesas más dulces y sucias solo con su boca. También provocaba que Jill quisiera cumplir todas y cada una de ellas. Su erección latía y estaba ansioso por hundirse en la tierna carne femenina. Jill forcejeó primero con su camisa y luego con su camiseta hasta que se la sacó. Tocaba y exploraba la piel y los músculos de él. La tomó a por la cintura y la alzó, ella lo envolvió con las piernas y recostó la cabeza contra la pared cuando sintió las manos de él aliviando sus senos. Contadas veces Matt había experimentado tal urgencia. Siempre le gustaba provocar un orgasmo antes de penetrar. Con la experiencia había aprendido que cuando hacía eso las mujeres eran más receptivas. Pero con Jill no podía. Era como una necesidad vital, tenía que enterrarse en ella, besarla y acariciarla. La asió por las nalgas y la sostuvo mientras ella le desabrochaba el pantalón. Asombrado, a Matt le fascinó la forma en la que Jill respondía a él. Con una pasión que competía con la suya. De pronto había demasiada ropa entre los dos. Jill también tenía pantalones, lo que dificultaba la tarea. Con suma facilidad la subió en volandas, dio unos pasos para atrás y la apoyó sobre la encimera de la cocina. Matt desabrochó la camisa arrancando algunos botones en la urgencia y soltó un taco. El sencillo sostén de algodón de Jill le parecía la prenda íntima más erótica que había visto en toda su vida. Le desabrochó los corchetes del corpiño, que estaban en el valle de los senos, y lo retiró para los costados. Matt la contempló mientras pasaba el dorso de los dedos por los pezones erectos e inclinó la cabeza hacia uno de ellos. Jill gemía al tiempo que él le rodeaba el pezón con la lengua y la saboreaba. Ella enterró los dedos en sus cabellos y se dejó hacer. Estaba por sentir lo que era tener a Matt Dybron dentro de ella cuando cometió el error de abrir los ojos.

Con un esfuerzo sobre humano Matt puso fin a la intensa lujuria desatada en su interior. Apoyó

su frente contra la de ella casi sin fuerzas, su respiración era entrecortada. Giró la cabeza hacia donde miraba Jill y soltó una maldición que nada tenía que ver con la de hacía un momento atrás. Tenían compañía. Le dio otro beso y fue a por algún objeto contundente.

—No se te ocurra moverte de aquí. Y deja de abrocharte —dijo mientras alejaba las manos de ella de los botones de la camisa—. Tú, rata, tendrías que haber esperado un poco más. Ahora serás rata muerta y con saña —gruñó Matt.

Cuando él volvió, ella aún estaba con los labios hinchados por sus besos. Aunque se había abrochado el corpiño y atado la camisa. Ya no quedaba rastro de la pasión que la había conquistado.

—Eso estuvo mal. Muy mal. Eres... eres un atrevido —soltó Jill sin atreverse a mirarlo. El insulto que profirió fue apenas un murmullo y no tuvo el efecto deseado.

—No osaría contradecirte, dulzura —admitió Matt, que lanzó con fastidio un leño al fuego.

Había sentido el roce de los senos de Jill sobre su pecho y el sabor de su piel en su boca. Jill era dulce y no quería conformarse con eso, quería saborearla toda y sentir que su cuerpo arqueándose y contorneándose debajo del suyo. Maldita rata apestosa, pensó frustrado. Para colmo de males, se le había escapado.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué? ¿Besarte?

—No eres un genio.

—Bueno, tuve ganas de hacerlo desde la primera vez que te sonrojaste en el restaurante y a partir de ahí mi imaginación te conoce en todas las posturas y posiciones que puedas imaginarte. Solo es cuestión de tiempo para que las compare con las reales, cariño. —Él la estaba provocando adrede. Jill se volvió a mirarlo con los ojos entrecerrados. Si las miradas asesinaran, ya estaría muerto.

—¿Y tú haces todo lo que te viene en gana? —preguntó ofuscada.

—Sí.

—Pues te parece más a un animal de lo que creí en un principio —dijo y lo dejó solo.

Durante el resto de la tarde ambos evitaron cruzarse. Cuando Jill estaba abajo, Matt estaba arriba y viceversa. Tampoco cenaron juntos, él comió cuando Jill se bañaba y ella, cuando le tocó el turno a Matt. Llegó la noche y estaba orgullosa porque no le había vuelto a hablar desde el beso, tenía una postura que defender. Pero no estaba contenta, por el contrario, estaba enojada. Matt no le había vuelto a hablar tampoco, ni siquiera lo había intentado. Le molestó que no lo hiciera y aún más que extrañara su vulgar sentido del humor o el tacto de sus manos en su cuerpo. Ella había quedado afectada por el encuentro, pero era claro que él no. Deseó tener un poco más de experiencia con hombres como él y borrar lo que él le había provocado a su cuerpo en un santiamén. Desahuciada concluyó que ella no había causado el mismo efecto.

Matt se preparó una habitación en el extremo opuesto de la casa. Dormiría en el piso y sin el calor del fuego. Tampoco era que lo necesitara demasiado. Las imágenes de Jill lo tenían



suficientemente caliente. No podría tolerar dormir nuevamente con ella sin considerar las consecuencias, Jill despertaba en él los instintos más primitivos. Cuando ella subió a la habitación, luego de limpiar la cocina más veces de las necesarias, la encontró vacía. La decepción se le notó en el rostro durante unos segundos y luego se recompuso, transformando el sentimiento en bronca.

«Imbécil», masculló bien fuerte para que Matt pudiera oírla. Mientras tanto, buscó entre las ropas de él alguna camiseta manga larga para dormir. Eligió la que Matt había usado la noche anterior, que aún conservaba la fragancia de su piel.

## Capítulo 8

—¿Matt? —dijo luego de dar vueltas y más vueltas en la cama—. ¿Matt? —insistió en un susurro. Lo más probable era que él no lo oyera ni aunque estuviera despierto.

—¿Qué sucede Jill? —respondió Matt desde la otra habitación con la voz ronca, lo que hizo que Jill se derritiera por dentro.

Jill sonrió como una niña cuando le compran el peluche más grande de la tienda de juguetes.

—¿Duermes?

—No, Jill —contestó él de forma lacónica.

—¿Tienes frío?

—Sí, Jill. ¿Qué sucede, cariño? —preguntó Matt ante el tono de ella.

—Tengo miedo. Creo que la rata está en mi habitación —mintió descaradamente y sin remordimientos.

Matt no contestó. Soltó una maldición y estaba saliendo de entre las mantas dispuesto a cazar y destripar al maldito roedor cuando oyó que Jill decía:

—¿Puedo ir contigo?

Dios, ¿qué quería ella de él?, pensó. Sin dudas, matarlo lentamente.

—No, Jill. Hace mucho frío aquí; además, tengo un problema personal con esa rata y estoy decidido a solucionarlo esta misma noche —masculló.

Matt salió de la habitación. Jill lo esperaba bajo el umbral de la habitación que ella ocupaba. El fuego ardía en la chimenea y derramaba una luz amarillada que acariciaba su figura por detrás. La sudadera de él le cubría hasta la mitad de los muslos y dejaba al descubierto una buena porción de piel. A Matt se le entrecortó la respiración cuando la vio y profirió una maldición inaudible. Apenas sin hacer ruido, caminó muy lentamente a su encuentro, como un depredador a la caza de su presa. Jill no se movió de allí hipnotizada por sus movimientos y el calor de su mirada. Matt estaba guapísimo y la tela del calzón casi no podía contener la erección. Jill sintió un fuerte tirón en vientre. Cuando Matt la alcanzó tenía un aspecto feroz. Sin mediar palabra alguna, atrapó sus labios en un beso hambriento y deslizó las manos por debajo de la sudadera. Matt acarició la piel de su espalda y cuando llegó a la curva del trasero, le arrancó las bragas de un tirón y acarició los tiernos pliegues, como de pasada, antes de subir las manos hacia sus senos. Rápidamente, la tomó por los muslos y, al levantarla, Jill sintió que la erección de Matt la tentaba a través de la tela y

gimió de frustración. Necesitaba tenerlo dentro, necesitaba que la llenara y la colmara. Le rodeó las caderas con las piernas y se apretó contra él. Sin dilación, Matt se deshizo de su ropa y la penetró. Ella estaba tan preparada para recibirlo que casi gritó de lujuria. La carne de Jill se ajustaba a su miembro y le daba placer como no había sentido antes. La embistió con fuerza, pero muy lentamente, haciéndola gemir. Una vez. Dos veces. Matt la empujó contra la pared y hundió los dedos en sus nalgas. Jill besaba, acariciaba y suplicaba más. Le encantaba sentirlo tan adentro. Lo besó con ansias, chupó su labio inferior y se entregó a la fricción de los cuerpos, a los gemidos y a la pasión primitiva y animal que Matt despertaba en ella. Se encontró con ganas de satisfacerlo de todas las formas posibles, deseó contar con más experiencia, quería que él también gozara como lo hacía ella. Jill jadeó su nombre y fue como si le inyectaran una dosis de *brandy* en las venas. Los pechos de ella se aplastaban contra él. Incapaz de resistirse, Matt volvió a hincar los dedos en ese precioso culo. Solo se escuchaban los jadeos y las respiraciones entrecortadas. De la garganta de Jill se escapó un sonido suave y ronco que anunciaba la llegada del clímax. Matt sintió que estaba perdido, totalmente perdido. Aumentó el ritmo de las embestidas y ella se abandonó a la conmoción del orgasmo. Solo entonces, él se dejó arrastrar por la pasión contenida.

Cuando las respiraciones se normalizaron, sin salir de ella, Matt la llevó hasta la cama.

—Te queda preciosa, encanto. Pero no la necesitaremos por el momento —dijo y le quitó la sudadera por la cabeza para arrojarla luego a un costado.

Jill también terminó de desnudarlo y volvieron a hacer el amor. Esta vez lentamente, sin las prisas de la urgencia, tomándose el tiempo para conocerse y explotar al máximo aquello que despertaban en el otro. Jill deseó haber leído algunas de esas revistas que daban consejos sobre esas situaciones. Nunca, ni siquiera cuando era adolescente, le interesó el sexo para satisfacer plenamente a un hombre. Pero allí se encontraba, queriendo ser todo lo que Matt quería y exigía. Sin embargo, no le hizo falta. Él era un gran maestro cuando se trataba del placer y ella era una alumna bien predispuesta. Ambos daban y recibían placer por igual.

Matt yacía a su lado, medio inclinado sobre el cuerpo de Jill. El resplandor del fuego le arrancaba tonos dorados a su piel y ella acarició los músculos de los brazos con la punta de los dedos. Él jugueteaba con la boca sobre sus labios. Sus besos eran largos e invitaban a suponer que nunca acabarían. «Gracias a Dios», agradeció Jill para sus adentros. Ella no dejaba de tocarlo descubriendo con el tacto la dureza de su pecho o la amplitud de su espalda. Seguía con las yemas cada línea de los aceros músculos que encontraba. A Matt le encantaba sentir el roce lánguido de los dedos de ella. Matt cambió de posición y se colocó por encima de ella con cuidado de no aplastarla. El vello de su pecho le cosquilleaba en la sensible piel de los senos mientras él se movía y besaba cada palmo de piel. Era una conquista lenta y erótica. Jill sentía que Matt estaba en todas partes, si no lo hacía con la lengua, reclamaba la piel con dulces caricias y tiernos besos mientras iba derritiéndola de a poco.

Enterró el rostro en el hueco de la garganta de Matt e inhaló su fragancia masculina, exacerbada

por el calor de la pasión. Volvió a hacerlo. Quería grabarse en la cabeza aquel aroma. Lo atesoraría por siempre. Cuando no había más piel por saborear y descubrir, Matt la colocó boca abajo y continuó con la exploración besando y mordisqueando el largo de su columna hasta las nalgas. Eso tomó por sorpresa a Jill, que no sabía que esa parte de su cuerpo también reaccionaba a las caricias. Cuando Matt alcanzó un punto particularmente sensible, Jill casi lloró de placer. Él encontró zonas erógenas que ella ni sabía que tenía. Matt le masajéo la nuca con intención queriendo que sintiera sus manos desarmar los nudos que allí se hacían. Mientras, su boca y su lengua continuaban en su peregrinaje. El contraste entre la dureza de los masajes y la suavidad de sus besos casi la llevó a la locura. Matt le acarició las nalgas con el dorso de las manos, tal como había hecho con los pezones. Poco a poco, se acercó a la hendidura y la penetró con tal lentitud y suavidad que le hizo perder la razón. Jill se dio cuenta de que nunca había sido follada como correspondía hasta ese mismo momento. El placer de Matt dependía en gran medida del goce de su compañera de cama. Matt ansiaba complacer y no se sentiría colmado si no enloquecía a Jill. Estaba atento a cada reacción, a cada imperceptible cambio en la respiración y a cada estremecimiento involuntario de su cuerpo. Tocando, presionando, lamiendo y soplando aprendía y recababa información para darle el placer que necesitaba. Jill se aferró a las sábanas. Tenía el corazón desbocado, a punto de salirse del pecho. Matt la contempló con la mirada turbada por el deseo. Ninguno de los dos aguantaría mucho más, pero él estaba decidido a hacerla delirar. Tomo dos almohadones e hizo que Jill levantara las caderas para colocarlos por debajo. La dejó expuesta para él. En esa postura, Matt podía contemplarla entera y sintió que se le acumulaba saliva en la boca. Sin más dilación, la volvió a penetrar con un dedo y luego dos. Cuando Jill estuvo a punto de explotar los retiró y los sustituyó por su boca. Jill sintió la sonrisa de él en la piel húmeda de su vagina. Primero lamió la tierna carne de su entrepierna para luego separarle los pliegues y acercarla más a él. Le chupó la vulva, al principio con tortuosa lentitud para luego aumentar el ritmo. Su lengua la hizo gemir, retorcer, incluso maldecir. Matt le infligía un sensual tormento y no se detuvo hasta que ella sintió que cada molécula de su ser se desintegraba. Antes de que lograra armarse nuevamente, la penetró de una sola estocada y perduró e incrementó la deliciosa sensación del orgasmo. Matt se aferró con ambas manos a sus nalgas y comenzó a moverse a un ritmo cruelmente cadencioso. Ella movía las caderas acoplándose a él y aumentando el placer de Matt. Ella lo sabía por los gemidos que vibraban en su garganta. Jill jadeó su nombre, pidiéndole más cuando sintió que necesitaba absolutamente todo de él y Matt volvió a perder la cabeza.

—Dios... santo... Jill —dijo con la voz enronquecida y se aferró más a sus caderas mientras la embestía con fuerza y se estremecía extasiado a la par de ella.

Matt apoyó la frente en su espalda, derrotado de placer. Ella sintió el aliento cálido de la respiración de él en la piel y se estremeció. Matt seguía dentro de ella y ambos permanecieron quietos asimilando lo sucedido. Él rodó con ella pegada a su pecho hasta quedar de costado, demasiado exhaustos para lavarse y demasiado saciados para importarles. Matt la acomodó en el

hueco del hombro y ella apoyó la mejilla en su pecho. Jill deslizaba los dedos por el pecho cubierto de vello mientras él acariciaba con los suyos el contorno de sus costillas y la espalda. Estuvieron así largo rato, disfrutándose en silencio.

—Matt...—susurró Jill al cabo de un buen rato.

—Duerme, Jill —contestó Matt antes de que la mente de ella comenzara a darle vueltas a lo ocurrido.

La luz tenue del amanecer se colaba por las desgastadas cortinas floreadas de la que había sido la habitación de Livie. Jill aún estaba con los ojos cerrados y el rostro apoyado en el pecho de él. La súbita tensión de su espalda le hizo comprender a Matt que ella estaba despierta y que todo lo ocurrido la noche anterior le caía como balde. Jill abrió los ojos, contempló al hombre tendido a su lado y se le cortó la respiración. Yacía entre sus brazos, aún con la mejilla pegada a su pecho y la mano apoyada en su corazón. Lo sentía latir debajo de sus dedos y, apenas, levantó la cabeza para mirarlo. A pesar de estar despierto, Matt no había abierto los ojos y no pudo ver que Jill lo miraba con el alma descubierta, aunque le tomó solo una fracción de segundo volver a esconderla.

Con cuidado de no despertarlo, Jill intentó zafarse del abrazo de Matt, pero él la obligó a permanecer quieta entre sus brazos. El brazo de él era largo y la rodeaba por completo. Estaban más pegados que la noche anterior, si eso acaso era posible. Las caricias de él comenzaron a vagar perezosamente por su cuerpo y Jill intentó cubrirse hasta la barbilla con las mantas.

—Es un poco tarde para la timidez, pecadorcilla —dijo y Jill sintió que se moriría de la vergüenza. Matt era prácticamente un desconocido para ella y aquello que durante la noche le había dado placer, a la luz del día, la avergonzaba—. Además, si me niegan algo, lo deseo más. No te olvides que soy un capullo malcriado.

—Iré a preparar café —ofreció Jill impaciente por salir de la cama. Necesitaba unos momentos a solas, sin la distracción que suponía tener a Matt a un lado. Estaba pisando arenas movedizas y, si daba un paso en falso, se hundiría en ellas hasta el cuello. Estaba completamente convencida de eso.

—Tú quédate aquí, yo traeré el desayuno.

Matt bajó y puso a calentar agua en el fuego para el baño; hizo lo mismo con la vieja tetera eléctrica de la señora van Berg. Luego de unos minutos, subió con un magro desayuno y una toalla cruzada por la espalda.

—Nunca más prepararás un desayuno —se quejó ante el café, que estaba intomable—. ¿Qué rayos es esto?

—Eso, dulzura, son mis famosos huevos revueltos —contestó él solemnemente.

—Matt, el café está horrible y ni siquiera vale la pena hacer un comentario sobre los huevos. Prepararé otra jarra y veré qué puedo hacer con la comida. No quisiera que mi chofer se intoxicara. Eres un activo sumamente valioso en estos momentos. Eres mi pasaje de regreso a la civilización. Además...

Jill atropellaba las frases mientras se cubría más y más con las sábanas y mantas de la cama.

—No lo dudo, cariño, sin embargo, creo... —la interrumpió. De un tirón, apartó las mantas y sábanas que la cubrían y sujetándola por el tobillo la deslizó hacia el borde de la cama.

—Matt... Matt, ¿qué haces?

Jill quería olvidar lo que había sucedido entre ellos. «Lo ideal es que finjamos que no sucedió», pensó convencida. Pero Matt tenía otros planes en mente.

—Y estoy completamente seguro de que no me consideras un activo solo por eso —continuó—. Generalmente, me ofende que las mujeres me traten como un objeto sexual, pero con el tiempo me he acostumbrado. Ahora, estate quietecita que el buen Matt se encargará de ti.

Haciendo caso omiso a sus protestas e incluso a los golpecitos que le daba ella para alejar sus manos, Matt volvió a retirar las sábanas y humedeció la toalla que había traído en el agua caliente. Luego de estrujarla para escurrirla se acercó a Jill, pero solo consiguió otro manotazo poco amistoso.

—Puedo hacerlo yo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo. Hazme el favor, tú entretente contando las maderas del techo mientras me ocupo de lo mío.

—Pero es mío eso que estás tocando.

—Lamento decirte que de momento es mío.

—Preferiría un baño, iré a poner el agua —dijo ella y quiso salir de la cama, pero Matt se lo impidió. ¿No se daba cuenta él que lo único que quería ella era huir despavorida? Tal vez sí y lo hacía adrede.

—Ya lo hice. Estás demasiado tensa. Si no hubiera estado presente, diría que te falta una buena follada.

—Qué comentario grosero; grosero y machista.

—Totalmente de acuerdo, sin embargo, no deja de ser cierto.

Colocando una mano en su hombro, Matt la echó para atrás y la obligó a recostarse contra las almohadas. Limpió a Jill con una toalla húmeda; estaba calentita y le escoció al principio, pero lo agradeció para sus adentros. Cerró los ojos, Matt era cuidadoso en sus movimientos, presionaba donde tenía que hacerlo y restregaba donde había que restregar. Él era grande, muy grande, y el tibio calor del paño aliviaba la noche de lujuria. Le llamó la atención que se hubiera dado cuenta del detalle. Casi al instante, se percató de que seguramente no era la primera vez que lo hacía, lo más probable era que lo hiciera con todas las mujeres con las que se acostaba. Jill sintió un dolorcito en el pecho, muy parecido al desasosiego, aunque no lo dejó madurar. La fiel voz de su cabeza le advirtió que lo más sensato era que se mantuviera alejada de ese hombre y siempre le hacía caso a la razón. Matt Dybron era peligroso y pondría su mundo patas para arriba si se olvidaba de que el sexo era moneda de cambio para hombres como él. Ella estaba feliz y satisfecha transitando la vida por el camino seguro, sin sobresaltos ni dificultades. Poco le importaba que no crecieran flores en él. Aunque, en realidad, no sabía que las flores podían ser

tan bonitas.

Las expertas manos de Matt se ocuparon de que Jill no cavilara en todas las complicaciones que implicaba acostarse con él y archivara las objeciones que hasta hace un momento tenía. Jill las ordenó justo entre medio de la lista del supermercado del mes anterior y la clase de gramática inglesa que había cursado en la prepa. Percibió que el familiar aroma masculino la envolvía y emborrachaba todos sus sentidos. Jill atisbó a Matt con ojos entrecerrados y fue incapaz de resistir la sonrisa. La toalla ya no cumplía una función higiénica, Matt la estaba provocando, despertando la lujuria nuevamente. Se demoraba donde estaba sensible para hacerla plenamente consciente del porqué. Esa vez la pasión entre ellos, si bien no había remitido, era más serena. Podría haber sido porque aún estaban amodorrados por el calor de las sábanas o porque querían disfrutar lentamente de sus cuerpos. Matt la trató con mucha delicadeza y suma ternura. Con mucha paciencia, le dio tiempo a ella a perder, una por una, las inhibiciones y a relajarse. Poco a poco, Jill se mostró más segura en sus caricias. Él la alentaba a descubrir sus puntos más sensibles, aquellos que lo volvían loco. Dejó que ella tomara el mando y la tutelaba cuando vacilaba. Guio su mano para que encontrara el ritmo correcto para luego dejarla hacer. Para su sorpresa, Jill descubrió que complacerlo a él la complacía a ella. Y no se sintió menos mujer por ello. Al contrario, jamás se había sentido más mujer, más femenina, ni tan poderosa como cuando le arrancaba gemidos a Matthew Dybron. Jill se sentía sexual y sensual, dos cualidades que jamás hubiera asociado a ella. Cuando estuvieron saciados, tomaron un baño juntos. Él se sentó en el agua con las rodillas flexionadas, Jill dudó unos instantes dónde sentarse, pero la bañera no era grande y no sobraba espacio. Además, ni bien entró, Matt tomó su mano, tiró de ella para que se sentara justo entre sus piernas y atrajo su espalda contra el pecho de él.

Matt había apoyado un brazo en el borde de la bañera y con la otra mano le masajeaba la nuca, pasaba el pulgar por los músculos tensos y los desarmaba con asombrosa facilidad, así como a las defensas que Jill tan eficazmente había erigido durante incontables años. Rendida a sus atenciones, Jill recostó la cabeza en su hombro y las manos de Matt fueron a sus senos. Con la mano enjabonaba seguía el contorno de la aureola de un pecho, luego trazaba una línea hasta alcanzar el otro y jugueteaba con la aureola. Parecía como si no pudiera quitarle las manos de encima, incluso cuando tenía la intención de dejarla descansar hasta el próximo asalto.

—Al fin comprendo por qué eran necesarios tantos lacayos y sirvientes a principios de la Edad Moderna. —Matt rompió el silencio. Solo se escuchaba el viento, que golpeaba la casa, y las respiraciones de ellos, ahora apaciguadas.

—¿Hum? —articuló Jill incapaz de decir palabra. Lo más raro era que no quería salir de ese estado de sosiego. Se sentía liviana como una pluma, abstraída del mundo exterior.

—Estoy un tanto harto de tener que cargar los baldes de agua. Llenar una bañera toma media mañana —continuó Matt, cuyas conclusiones ligeras no se condecían con la intensidad de su mirada. Pero esa era su táctica de defensa. Siempre había sido así, cuando su corazón estaba en riesgo salía con frases y comentarios ligeros, a veces hirientes.

—Sin duda, tú hubieras tenido muchos.

—Por supuesto. Carezco de habilidades domésticas. No sé cocinar, no sé lavar la ropa y deajo todo tirado.

—¿Cómo puedes vivir en el desorden?

—Oh, no, cariño. Detesto el desorden, la mugre y la mala cocina.

Jill soltó una risa ahogada.

—¿Cómo es eso?

—Simple, que sea desordenado, que no sepa cocinar o hacer la colada no significa que pueda vivir así. Por eso necesito una buena esposa sureña que limpie bien, que cocine como los dioses y que tenga mis camisas planchadas para que pueda ir a trabajar mientras ella se queda en casa cuidando a los críos —bromeó Matt.

—Cuidado, machote, estás por desatar una nueva oleada feminista. Sin dudas, eres el sueño de toda mujer del siglo XXI. ¿Qué piensas de la esclavitud? Estoy impaciente por oír tus argumentos a favor.

—Soy del Este. Por si no lo recuerdas, era tu gente la que estaba en contra de la abolición.

Las pullas verbales continuaron durante un tiempo. Luego del desayuno tardío, Matt estaba determinado a acabar con la rata. Mientras tanto, Jill terminó de embalar las últimas cosas que quedaban. Ninguno de los dos fue sincero, ni Matt tenía ganas de matar esa rata ni Jill, de terminar de embalar. Solo necesitaban poner distancia entre ellos.

Matt fue al sótano. Aún estaba aturdido. Jill lo había sorprendido y, aunque él creía que no le quedaba nada más por experimentar, encontró que la inexperiencia de Jill le resultaba de lo más erótica. No hacía falta que le dijeran que no había pasado más que del misionero. Pero le encantaba. Se agitó de solo pensar en las tantas cosas que podía enseñarle, había tantas sensaciones por despertarle que estaba ansioso por volver a follarla. Generalmente, no le gustaba repetir, salvo con las que eran realmente buenas, pero con Jill era distinto. Le encantaba la forma en que lo exploraba tímidamente, como si lo descubrieran por primera vez. Lo hipnotizaba la manera en que gritaba su nombre. Le fascinó saborearla. No debería estar duro nuevamente, pero Jill Prine tenía un efecto afrodisíaco sobre él y se había excitado. «Contrólate, Dybron, que no eres un púber», se recriminó. Esperaba que Jill no llevara el asunto más allá de lo que era. Eso era lo malo con las mujeres de su especie, por eso las evitaba. Por lo que había aprendido, tenían tendencia a complicar las cosas y pensarlas demasiado. Matt esperaba que no lo atosigara para sacarle promesas y compromisos que él no estaba dispuesto a cumplir. No era de los que mentían para acostarse con una mujer; si no era una, era otra. Esas eran sus condiciones y solo esperaba que ella las aceptara porque se moría de ganas de volver a follarla.

Jill Prine le encantaba dentro y fuera de la cama. Esa idea lo asustó más que cualquier crisis de los mercados, pero la desechó rápidamente. Estaba seguro de que llegarían a un acuerdo beneficioso. Decidió que luego de atrapar la maldita rata tendrían una conversación seria. En primer lugar, se había dejado llevar por la pasión; él no se había puesto condón ni se había



retirado a tiempo. También estaba el tema de las enfermedades. Él estaba limpio, pero no sabía nada de ella. Aunque eso le arrancó una mueca de sonrisa, no veía a Jill acostándose con nadie sin antes pedirle un análisis de sangre completo. Y él rara vez se equivocaba al juzgar a una persona. Aunque lo había hecho con él, ¿cierto? Sin dudas, debían tener esa conversación y aclarar las cosas de una vez por todas.

## Capítulo 9

Jill estaba colérica. Caminaba de un lado a otro en la habitación que aún tenía las sábanas revueltas, prueba irrefutable de lo que allí había acontecido. El muy capullo creyó que ella esperaba una propuesta de casamiento. No solo había dejado en claro que él no quería compromisos, sino que esperaba que ella no lloriqueara por los rincones y que pudieran mantener una relación a distancia. No lo dijo con esas exactas palabras, pero fue algo parecido. «El señor Dybron la había pasado tan bien que esperaba que pudieran volver a repetirlo. ¿Acaso el muy capullo estúpido y arrogante pensó que eso era un cumplido?», rumió Jill, que estaba tan furiosa que incluso respiraba con dificultad. Se sentiría menos humillada si le hubiera puesto un billete en la mesa de luz por los servicios ofrecidos. ¿Qué pensaba, que no iba a poder vivir sin él? Era cierto que nunca había tenido tan buen sexo en toda su vida. Pero había sobrevivido bien hasta ahora y ciertamente podría hacerlo en el futuro. «Estúpido engreído», se dijo. Para colmo de males, le habló de los riesgos que habían corrido. A ella, que tomaba la píldora hacía años y que jamás hacía nada sin planearlo de antemano. En realidad, debía darle un punto a favor en ese tema, pero lo haría luego, cuando estuviera más calmada. Ella sabía cuidarse sola y no necesitaba un sermón sobre enfermedades o embarazos no deseados. Se insultó de todas las maneras que conocía. Eso le había pasado por bajar las defensas y sucumbir a los deseos de la carne. Nunca más se dejaría llevar por los instintos primitivos, pensaba mientras negaba también con la cabeza. «No, señor, la carne es débil y tonta», se reprochó. Había sido ella la que lo había buscado, y no podía esperar otra cosa distinta de un capullo engreído y egoísta como Matthew Dybron. No podía ser que la misma persona que la había tratado tan bien y tan tiernamente la insultara de esa manera. Toda una vida escapando de hombres como él para terminar liada en un embrollo como ese. Para colmo de males, no podía irse de allí. Tendría que soportarlo hasta que volviera a Boston. Por suerte, había dejado de nevar y en cualquier momento reabrirían las carreteras. Se obligó a respirar hondo hasta que los bufidos se acompañaron. Sin embargo, no logró deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Jill clavó las uñas en las palmas de las manos cuando se le humedecieron los ojos. No lloraría, ella nunca lloraba y menos por un hombre. Un hombre que no valía la pena más allá de las sábanas, eso era seguro. Desde el principio supo a qué se atenía. Ella también era buena calando a las personas y supo que Matt sería altamente peligroso para cualquier mujer. Era muy fácil caer en

sus redes y enamorarse de él. Se sentó en la cama y se echó para atrás. Estiró los brazos y acarició las sábanas. Volvió el rostro a un lado y las olisqueó. Olían a sexo y a Matt. Otra vez sintió ese tirón en las entrañas. En su rostro se dibujó una sonrisa y se le humedecieron los ojos nuevamente. Son lágrimas nacidas de la bronca, se convenció. Esa vez, no las pudo controlar. Imágenes del asalto anterior acudieron a su mente. Él era endiabladamente apuesto y sabía complacer a una mujer. Aunque no era solo eso, también le gustaba su excéntrico sentido del humor y su mente despierta. Todo oculto detrás de una fachada indiferente que lo hacía de lo más interesante. Sorbió las lágrimas, ella jamás le habría pedido algo más, pero que él quisiera dejarlo claro, tan en claro, le dolió en lo más profundo. Jill cerró los ojos y se preguntó si le había ofrecido lo mismo que les ofrecía a todas. Un escalofrío que la atravesó le heló el cuerpo. Jamás se convertiría en una más de su harén. Su pecho se contrajo en un hipido corto y profundo que la desgarró por dentro. Solo había una razón cruel que justificara la profundidad del dolor, se estaba enamorando de él. Nunca había sido autodestructiva, pero, al parecer, en eso se estaba convirtiendo y era un camino de ida. Por suerte, tenía frescos todos los consejos que le había dado a Livie durante tantos años e iba a ponerlos en práctica. Las manos de Jill no estaban del todo firmes cuando estiraba las sábanas mientras hacía la cama, pero para cuando terminó, sumada una visita al baño para refrescarse, salió como una persona nueva y volvió a blindarse.

Entretanto, Matt encontró que cortar leña era una actividad relativamente efectiva para descargar su temperamento. Estaba surtiendo a Gretna para varias temporadas. ¿En qué momento se le había escapado la conversación de las manos?, se preguntó mientras el hacha bajaba con fuerza y partía la madera. Maldijo en voz baja. Solo había querido dejar las cosas en claro desde un principio. Siempre lo hacía y, si no lo entendían, él pitaba para otro lado. Salvo que esta vez no quería pitar. No podía recordar la última vez que había tenido un sexo tan bueno. Jill lo había sorprendido al punto de que quería volver a verla. ¿Qué había de malo en eso? Las astillas de leña volaban al compás del hacha y Matt recordó trozos de la charla:

—No creo que sea buena idea repetir lo de anoche —había dicho ella cuando él enumeró las excelentes razones que tenían para volver a verse cada tanto. ¿Por qué habían sonado tan bien en su cabeza y tan vulgares cuando las dijo?, pensó Matt cada vez más irritado.

—¿Qué quieres decir, Jill?

—Lo que oíste. La pasamos bien, pero no me gustan este tipo de relaciones. Así que lo mejor es que no volvamos a vernos después de esto —argumentó Jill y señaló con el dedo índice a su alrededor.

—Cariño, esto —contestó Matt haciendo el mismo gesto— puede mejorar. Habrá cenas, cuentas abiertas en las mejores *boutiques*, joyas, todo eso y más. Tengo que ser claro, desayunos, dormir abrazados haciéndonos arrumacos y paseos tomados de la mano, jamás. Tiendo a rajarme antes de eso, así que no esperes eso de mí.

El hachazo se detuvo a medio camino, Matt cerró los ojos y los apretó reconociendo que no habría podido denigrarla más, aunque lo hubiera querido. Recordó la mirada fulminante de Jill

que le hizo cuestionar su derecho a respirar en este mundo. ¿Cuándo se había convertido en un imbécil?

—¿Acaso te pedí algo por el estilo? —preguntó ella con furia contenida—. De lo contrario, me perdí una parte importante de la conversación.

—Me gusta dejar claras las cosas, siempre. No hago promesas que no voy a cumplir —dijo y se acercó a ella con una sonrisa, muy pagado de sí mismo.

—No hay nada que dejar en claro —respondió Jill con una sonrisa tan radiante que rivalizaba con la de él—. Somos dos personas adultas que pasaron unos gratos momentos juntos, nada más.

—Gratos momentos... —repitió él incrédulo y explotó—. Gratos momentos y una mierda. Te quedas corta. Si hay algo de lo que estoy seguro, es de mi desempeño debajo de las sábanas. Y por la forma en que arañabas mi espalda y gemías, creo que tú coincides conmigo.

—Dios, tu vanidad no conoce límites. Claramente, no me necesitas para alimentarla.

—Como quieras.

El aire se había tensado súbitamente, tanto así que habría podido rasgarse con un sencillo suspiro. Ella le dio la espalda dispuesta a marcharse.

—Jill —dijo antes de que se fuera—, espera... Hay otra cosa que tenemos que hablar. No usamos protección. Nunca fui descuidado y estoy limpio. El último análisis lo hice hace tres meses. Necesito saber si usas algún método anticonceptivo y si tú estás limpia.

—Tomo la píldora hace años. Jamás dejaría en manos de un hombre esa responsabilidad. Al parecer, no estaba errada. —Matt arqueó una ceja con sorna—. Y puedes estar tranquilo, nunca había hecho nada parecido a esto.

—Necesitaré más detalles, cariño.

—Y yo necesitaré otros análisis para creerte. Tres meses es mucho tiempo, más para hombres con tu estilo de vida amorosa. Yo estoy sana, que tú resultes más barato que una oferta en Macy's durante el Black Friday no quiere decir que sea la regla general. Solo estuve con dos hombres antes de ti: con mi novio de prepa y con David. Lo primero que haré cuando regrese a Boston serán esos análisis. Te haré llegar los resultados. Espero lo mismo de ti.

Y dejándolo con la réplica en los labios, Jill se marchó y se encerró en la habitación.

Matt golpeó la pared, aunque lo que en realidad quería golpear era su rostro. Su propia hipocresía lo asombró y casi sintió desprecio por sí mismo. Supo que la había lastimado, aunque no había entendido las razones hasta ese momento. Para un tipo con tanta experiencia en el campo, la falta de tacto con la que la trató lo asombró. «Diablos, realmente le ofrecí cenas y vestidos a Jill», pensó Matt. En qué estaba pensando, si hasta había querido pagar ella la cena. Él jamás lo permitiría, pero no debía olvidarse de quién tenía enfrente; Jill era una mujer diferente a las que acostumbraba a tratar.

Jill se concentraba en recordar en cuál de las cajas había puesto los libros. No quería abrirlas todas. «Tendrían que estar en la caja con las mantas que separé para Livie», pensó. Había seleccionado los títulos que a su amiga le encantaban y los había guardado para ella.

Desgraciadamente, necesitaba algún tipo de distracción y bien le vendrían esas novelas románticas que Livie leía una y otra vez. Estaba a punto de abrir una a una todas las cajas cuando sintió la presencia de Matt a su espalda. No oyó nada que se lo advirtiera, no hacía falta; Jill supo que Matt estaba en la habitación por la forma en que un cosquilleo le recorrió la nuca.

—Necesitamos hablar.

—Si quieres saber la marca de pastillas anticonceptivas que tomo o cual es mi diseñador predilecto, tienes que darme unos momentos para hacer memoria.

Jill no quería que él se diera cuenta de cuánto la habían lastimado sus palabras.

—Fui un imbécil.

—Dime algo que no sepa —dijo y fue a por la primera caja.

—¿Qué buscas? —preguntó molesto ante su indiferencia.

—¿Qué te importa?

—Jill, mírame —dijo y se acercó a ella. Rodeó con los dedos sus brazos y la levantó del suelo —. Lo siento, realmente lo siento. Jill...

—Matt, lo entiendo —contestó. Matt estaba visiblemente apenado—. Quiero decir, entiendo que te manejes así y no te juzgo. También entiendo que te resulte extraño que una mujer pueda resistirse a tus encantos. Lo lamento. —Jill saboreó la mueca estupefacta del rostro de él—. Yo también soy clara y esta clase de relaciones y juegos —dijo Jill, que no encontró una palabra correcta para describirlo— no me van. No me levanto tipos en los bares ni follo con mi jefe. Soy de lo más aburridita. Una pésima combinación de mucho aburrimiento y excesivo autocontrol. Ni siquiera me consideran una persona de lo más sexual, dicho por alguien que me conoce y compartió conmigo muchos años. Créeme, mi ex dice que hacer el amor no figura ni entre los primeros cinco puestos; yo diría que se equivoca en una cosa: serían más bien diez puestos en mi vida. Y ¿sabes una cosa? Es verdad. Prefiero que siga así, tengo otras metas más importantes que tener un buen revolcón. Porque eso es en lo que nos convertiríamos. Pero, encanto... —Jill usó la misma expresión cariñosa que tanto usaba él con ella. La voz dulce y cantarina de ella no lo engañaba—. Yo tampoco hago promesas que no puedo cumplir. Y ten por seguro que no estaré disponible cada vez que tengas ganas de una *booty call*. Así que lo mejor es que ambos aceptemos que lo que sucedió en Gretna se queda en Gretna. Y cuanto antes lo hagamos, mejor. ¿No te parece? Aún nos quedan varias horas más juntos y no me gustaría sentirme incómoda cuando no tengo la posibilidad de irme a ningún lado. Así que, si me disculpas —dijo y, soltándose del agarre de un tirón, lanzó por la borda la perfecta actuación que había tenido hasta el momento—, tengo ganas de leer una maldita novela romántica donde no le ofrecen a la protagonista formar parte de un harén bien predispuesto. Así de patética me siento hoy. Eureka —exclamó Jill con una sonrisa satisfecha cuando encontró la caja que buscaba. Cogió dos novelas y se marchó a su ventana predilecta.

—Mierda... —masculló Matt.

Lo tenía merecido, pensó Matt. Eso le pasaba por hacerse el listo con una mujer que usaba las

neuronas. *¿Booty call?* ¿En serio había considerado en convertirla en eso? Quiso golpearse nuevamente. Jill tenía razón, lo ideal era dejar todo así como estaba. Aunque era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo cuando el exabrupto de Jill no había aplacado ni un ápice el deseo que le despertaba. Ella ejercía un extraordinario efecto en él y, en lugar de dejar todo como estaba, se convirtió en un desafío. Jill mantuvo una fría distancia durante gran parte del día; en cambio, la beligerancia de Matt se había esfumado por completo.

—Cariño, ven aquí —gritó Matt desde el sótano.

No esperaba que ella bajara. Sabía de sobra que no movería ese hermoso trasero porque aún estaba furiosa con él. Así que Matt fue tras ella. La encontró recostada en el banco bajo ventana que había en el piso de arriba. Jill tenía un libro entre sus manos y el rostro sereno recortado por la pálida luz del invierno, que se colaba por la ventana. A Matt se le aflojaron las piernas con solo verla. Cuanto más la miraba y compartía con ella, más se encariñaba.

—Aquí estás —dijo ya recuperado—. Por favor, no me mires directamente a los ojos, temo que la furia haya despertado algún poder oculto y me hagas humo con solo echarme una miradita.

—Si tuviera algún poder —replicó ella cerrando el libro y volvió el rostro hacia él con una dulce sonrisa—, sería el de despellejarte y desangrarte, poco a poco, sin mancharme siquiera las manos o el piso, eso es, la sangre se evaporaría antes de mancharlo. ¿Qué quieres?

—Quiero que te acerques y me digas: «Matt, hombre que todo lo puede, te perdono». Y me das un besito, justo aquí mismo —señaló la comisura de su labio.

Jill no pudo reprimir la sonrisa. Los ojos se le colmaron de arruguitas, como pasaba cada vez que sonreía, y él resistió las ganas de acercarse y reclamarla suya.

—No seas ridículo. ¿Abrieron las carreteras? —preguntó ansiosa.

—Por Cristo bendito, Jill. ¿Es en lo único que piensas?

—¿Y bien?

—No, aún no. Pero...

—Entonces, no creo que haya nada que puedas decirme que me interese —lo interrumpió ella, que volvió a abrir el libro para continuar con la lectura.

Jill se mordió los carrillos para no preguntar. Estaba decidida a no sucumbir a la curiosidad. Eso era una lucha de poderes que ella estaba dispuesta a ganar. Matt cruzó los brazos por detrás de la espalda, se paró junto a ella y se dedicó a examinar la cubierta del libro que sostenía ella en sus manos. Sin siquiera inmutarse, no solo dejó que lo inspeccione, sino que, luego de memorizar la página en la que estaba, lo cerró y se lo ofreció para que pueda verlo mejor.

—¿Estas completamente segura de que no te interesa?

—No puedo estar segura sobre algo que desconozco.

—¿Quieres saber de qué se trata?

—¿Te lo he preguntado acaso?

—¿Ni siquiera cuando se trata de agua caliente continua y calefacción central?

Jill abrió los ojos como platos y saltó hacia sus brazos de la alegría.

—¡Lo lograste!

—Por supuesto que lo hice.

Matt la abrazó, le pasó la mejilla por los cabellos, y soltó una carcajada suave.

—Aquí hay tensión sexual acumulada. Tendré que hacer algo al respecto.

Inclinó la cabeza y acarició con la nariz la suave piel de su cuello. Jill suspiró.

—Matt, no creo que....

Las palabras de ella se perdieron en un jadeo cuando sintió el roce de su lengua recorriendo una de sus cejas. El contraste de la respiración sobre ese punto húmedo le causó escalofríos a lo largo de todo su cuerpo. Matt continuó el camino de besos hacia su oreja y, cuando la alcanzó, siguió los intrincados contornos.

—Aún estamos en Gretna —murmuró con voz ronca. Sus susurros llegaban a cada terminación nerviosa de su cuerpo, que se derretían lentamente—. Si lo piensas un momento...

Pero Jill no podía pensar, jugueteaba con su cabello enredando sus dedos en la textura gruesa y suave del pelo de él.

—Lo que sucede en Gretna se queda en Gretna —insistió él con la respiración entrecortada.

Ella gimió y se apoyó contra él. Matt la envolvió con sus brazos y encontró su boca. Jill reaccionó al calor de sus labios y al contacto de sus dedos, que le acariciaban suavemente los pechos. Se besaron apasionadamente e hicieron el amor con igual fervor.

Para Jill, cuya frecuencia sexual variaba de los veinte días a un mes con David, y eso cuando se llevaban bien, lo que vivía con Matt era como una maratón sexual de la que nunca se saciaría. Tenía la manía de ponerle nombre a las cosas, de definir las de alguna manera y lo que experimentaba con Matt era un máster intensivo en las artes sexuales; dicho pensamiento le arrancó una carcajada.

—Sí, lo sé. Mi cuerpo tiene ese efecto. Ya te he vuelto loca.

—No. Estaba pensando en que eres mi maestro *sensei* del sexo.

A Matt se le escapó una de esas carcajadas suaves que tanto le gustaban a ella; rodó hacia un lado sobre la alfombra y se incorporó con un ágil movimiento. Tras ofrecerle la mano a Jill, se recostó en el banco bajo ventana con la espalda contra la pared y la acomodó sobre su regazo. Las piernas de Jill quedaron colgando a un lado sobre las de él y se acurrucó contra su pecho mientras Matt la tapaba con la manta que encontró en el asiento. Sin poder evitar tocarla, Matt le acariciaba con los nudillos la suave piel de las sienes y recorría el contorno de las cejas.

—Explícate.

—Como ya te comenté anteriormente, no soy lo que se llama una persona sexualmente activa.

—Virgen no eras, doy fe de ello. Y, encanto, el fuego que hay en el ambiente no es solo mío. Así que permítame dudar de su afirmación, señorita Prine.

—Hasta ahora —puntualizó Jill, que se ruborizó al darse cuenta de cuánto le costaba hablar de ese tema— nunca había comprendido por qué la gente hacía tanto alboroto por el sexo.

Matt la envolvía en un tierno y cálido abrazo. Ella, perdida en sus caricias, continuó hablando.

—A pesar de que considero que tu vanidad está bien alimentada, tengo que confesarte que jamás la pasé tan bien. Despertaste sensaciones en mí que ni sabía que existían. A veces me sentía mal cuando David, mi ex novio, me lo hacía notar —explicó ella—. Estaba segura de que había algo mal en mí porque no me gustaba de la forma que le gusta a los demás. Me sentía una especie de bicho raro.

—Me alegra haber sido útil en el enfoque empírico de la investigación.

—Tal vez haya sido por el tiempo que estuvimos juntos —continuó Jill en su divague, indiferente a las acotaciones de él—. Aunque no creo haber tenido esta necesidad de sexo nunca antes, ni siquiera al principio de nuestra relación. Sin dudas, el encierro y el aburrimiento jugaron a tu favor, Dybron.

Jill notó cómo el pecho de Matt retumbó suavemente cuando rio.

—Ya quisieras; Jill, habrías terminado entre mis brazos aunque estuviéramos en el medio de Times Square a Fin de Año —comentó Matt muy pagado de sí mismo.

—Dios, confías demasiado en tus encantos. En fin, si tú lo crees así, no seré yo la responsable de pincharte la ilusión.

—¿Por qué terminaron?

—Me engañó con una colega de la oficina. Pero ya estábamos separados hace mucho tiempo. Creo que David tenía razón, más allá de que se comportó como un verdadero gilipollas, hacía tiempo que no compartíamos nada. Nuestros caminos se separaron y llegó un punto en nuestra relación que éramos más compañeros de apartamento que amantes. Por el momento, no hemos vuelto a hablar, él se quedó en el apartamento hasta que encuentre dónde mudarse y yo duermo en el sofá de Livie. Realmente, espero que encuentre algo pronto. El sofá de Livie no es de lo más cómodo. Cuéntame algo de ti —preguntó con modorra mientras disfrutaba de sus mimos.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. A estas alturas, conozco más sobre la anatomía de tu cuerpo que sobre ti.

No era del todo verdad, Jill ya conocía aspectos de Matt que ninguna mujer había logrado conocer. Sabía que era de aquellos que no despertaban hasta después de las ocho. Que no decía mucho hasta después de la primera taza de café y que le gustaba el café bien fuerte, negro y sin azúcar. También que se sentía incómodo hablando de su familia. Lo conocía en varios estados de ánimo y estaba completamente segura de que, si sufriera una situación de emergencia, querría tenerlo como líder de su equipo: él jamás perdería la cabeza. Asimismo, conocía varios de sus defectos, era dominante y podía llegar a ser autoritario. También tenía una habilidad particular para sacarla de quicio. Pero, nobleza obliga, tenía que reconocer que, las veces que se impuso sobre ella, encontró la forma de disfrazarlo. No se había dado cuenta, hasta ese momento, de lo mucho que quería conocerlo y comprenderlo. Sentía una necesidad compulsiva de saber todo de él.

—Jill, conoces mi nombre, que es más de lo que pueden decir varias. Ya sabes que tengo dos hermanos más grandes. Mi padre murió cuando era chico y mi madre, hace unos años...



—Lo siento.

—No lo hagas. Como te decía, mi padre falleció cuando yo era un crío, así que no lo recuerdo mucho y mi madre falleció hace relativamente poco, aunque no se puede decir que la conocí; prácticamente, soy huérfano. Lauren, así se llamaba mi madre, le cedió la custodia a mi padre cuando se divorciaron y cuando él murió, nos criamos con la familia de mi tío Will, el hermano de mi padre, y con mi abuela Marion, la madre de mi madre. Dividíamos el año entre las dos casas. Jake también cumplió la función de padre cuando tuvo la edad suficiente para hacerse responsable de nosotros.

En el breve relato de Matt no había rastro de ningún tipo de sentimiento. Ni siquiera una mínima inflexión en el tono de voz. Parecía un adolescente aburrido que recitaba una lección de memoria frente a un profesor. Era como si la triste historia le hubiera sucedido a otra persona. Su madre podía haber sido irresponsable, pero no se había desentendido de ellas. Por lo menos, no por completo, pensó Jill. Quería saber más sobre él, pero resultaba evidente que le era difícil hablar de temas personales. Matt era muy resuelto y seguro de sí mismo cuando se trataba de finanzas y conversaciones afiladas, pero se cerraba como una ostra cuando se trataba de airear temas personales.

Matt dejó de acariciarle el rostro y ella enseguida extrañó el roce. Jill le tomó la mano y jugueteó con ella mientras él hablaba. Medía las palmas, hacía coincidir sus dedos con los de él. La piel de ella era blanca mientras que la de él era dorada por el sol. Él tenía la fortuna de tener esa clase de piel clara que tan buenas migas hace con el sol. Las manos de ella estaban pulcramente cuidadas. Las uñas tenían el largo correcto, ni muy largas ni muy cortas, y las protegía de los trabajos hogareños con guantes. En cambio, las de él eran manos grandes y ásperas. No eran las manos de un ejecutivo.

—¿A qué te dedicas, Jake?

—Administro la cartera de Stone Capital, el fondo común de inversión de la familia Dybron–Parabel–Standford. Stone Capital invierte en sociedades y acciones de otras empresas o compañías, que van desde salud hasta minería.

A Jill le llamó la atención que Matt dijera «Stone Capital invierte» y no «yo invierto», como si no tuviera el menor deseo de verse asociado a los logros financieros que obtenía. Para ser un fanfarrón era bastante humilde cuando se trataba de sus logros. Stone Capital era uno de los grupos inversores más importantes y conocidos alrededor del mundo.

—Y hotelería —agregó Jill.

—Exacto, aunque, así como tú, yo tampoco tendría que estar acá. Jake es el que se encarga de este tipo de operaciones. Lo de él son los hoteles, centros comerciales, casinos, complejos de viviendas —dijo e hizo un ademán indicando la larga lista de distintas opciones—. Pero, para mi desgracia, está de visita en la Argentina. Fran, su esposa, es de allí. Hace un mes que está fuera recorriendo la Patagonia en caravana.

—¿Hace un mes completo que no trabaja? —preguntó Jill, azorada. Ella era una obsesiva con

su trabajo.

—No, qué va. Mi hermano es un maníaco del trabajo, aunque este último tiempo está más calmado. Trabaja desde donde está y entre Pete, el marido de mi hermana, que también es su mejor amigo, y yo lo reemplazamos en las cuestiones a las que no puede asistir. Como en este caso.

—Me alegro de que hayas venido tú y no el marido de tu hermana. Jamás habría podido acostarme con un hombre casado para matar el aburrimiento.

Matt carcajeó.

—Y créeme que hubiera sido inútil. Me avergüenzo de mis dos hermanos —dijo con fingido pesar—. Carol y Peter llevan casados varios años y aun así no pueden quitarse las manos de encima. Lo mismo sucede con Jake y Fran. Jamás pensé que mi hermano —continuó indignado—, que era un soltero endemoniado al que nunca atraparían, se comportaría de esa manera con ninguna mujer. Aún tengo que fregarme los ojos cada vez que los veo juntos. Por suerte, a diferencia de mis hermanos, soy Dybron de pura cepa. Puedo ser tan fiel como un gato callejero y mi gran amor es Stone Capital. En ese sentido, soy parecido al tío Will.

No creía en el amor. Ella esperó que el alivio la inundara, ya que compartían una filosofía parecida. Jill sí creía en el amor, pero estaba convencida de que tenía fecha de caducidad. Sin embargo, ese alivio no llegó, solo sintió una inquietud extraña, que hizo que se le encogiera el estómago.

Parándose con ella en brazos, Matt dio por finalizada la conversación. La ayudó a vestirse y luego lo hizo él.

—Vamos a celebrar que hay agua caliente, creo que aún quedan dos botellas de agua y un paquete de bizcochos.

Por la mañana, la intensa nevada había cedido por completo. La postal desplegada a través del cristal de las ventanas era sublime. El cobertizo parecía cubierto de glaseado navideño y resultaba muy pintoresco con los carámbanos suspendidos del tejado. Por la ladera de la montaña, casi tan alto que la vista no alcanzaba, el viento había sido severo. Los esqueletos de los abedules, desarropados de hojas meses atrás, y troncos incompletos, que no eran más que restos de árboles veteranos ahora demasiado exhaustos para volver a brotar, resistían estoicos el peso de la cencellada. Invierno tras invierno, las hojas de los abetos eran las únicas sobrevivientes. Sus siluetas triangulares cargadas de agujetas verdes soportaban el peso de la nieve sin inmutarse siquiera. La ventisca se había replegado, no así el frío. Ahora, cuando por fin Matt había logrado poner en funcionamiento la caldera, el contraste entre el calor del hogar y el frío exterior era más evidente. Jill no quería irse de allí. Tal vez era la calidez que sentía en su interior la que la hacía pensar y sentir tan bello. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el pecho de Matt cuando sintió el firme sostén del torso del hombre contra su espalda.

—En cualquier momento abrirán las calles.

Matt apoyó la barbilla en su cabeza contemplando el exterior.

—Siempre supe que eras un aguafiestas.

A pesar de que quiso bromear, el tono lúgubre no daba lugar a la confusión. Ninguno de los dos quería irse. Poco después, las carreteras, aeropuertos y caminos fueron abiertos por etapas. Hasta ahí había llegado la aventura que los unía.

A medida que se acercaba la hora de irse, el ambiente se volvía más y más incómodo. Resultaba inútil que lo intentaran disimular porque era evidente que algo había cambiado entre ellos. Ambos ansiaban terminar con el suplicio de la despedida sin dilaciones. Aquello era peor que ver a una ex pareja sacando sus ropas del armario. Ellos, que hasta hacía un momento parecían conocerse de toda la vida, estaban distantes y tensos. Trataban de no cruzarse, cada cual ocupado en una actividad distinta. Los ánimos alicaídos eran tan palpables que sobraban las palabras. Matt le había dicho que no la llevaría a Boston porque debía quedarse por la zona hasta seleccionar un contratista para hacer las reformas. Cuando Matt se lo dijo, algo dentro de Jill se rompió. Parecía como si quisiera sacársela de encima lo antes posible. Muy a su pesar, Jill no pudo evitar llevarse un recuerdo de Matt. Necesitaba conservar algo palpable de él para creer que lo que había sucedido en Gretna no fue solo un sueño. Metió una de sus camisetas usadas dentro de su bolso, eligió la que recién se había sacado porque era la que más fragancia a él conservaba.

Varias veces estuvo a punto de hablarle, de ofrecer una opción distinta, de retractarse. Con gusto se convertiría en una *booty call*. Sin embargo, las mismas varias veces calló. Jill estaba segura de que era lo mejor. Si le oprimía el corazón de esta manera, no quería imaginarse cómo le dolería, muy adentro, si lo de ellos seguía y fracasaban más adelante. Atesoraría por siempre ese pedacito de paraíso en su corazón. Cuando era pequeña o adolescente, nunca se había atrevido a soñar con quién se casaría, tenía problemas y asuntos tangibles de que ocuparse; pero estaba segura de que, si lo hubiera hecho, si hubiera tenido la oportunidad de soñar como lo hacían las chicas de su edad, Matt sería con quien habría soñado. Había sido hecho a medida para ella. Le alcanzaron los días de una semana para darse cuenta. Sorbió por la nariz las lágrimas que no quería derramar. Jill había sobrevivido aprendiendo a no amar demasiado. Pero se había atrevido a volar cerca del sol y ahora le tocaba curarse las quemaduras.

Matt estaba hosco. Tenía el gesto adusto y era la primera vez que Jill veía ese comportamiento en él. Lo conocía en prácticamente todos sus estados de ánimo. Lo había visto enfadado, divertido, irritado, animado, cachondo. Ella había logrado ver a través de la máscara indiferente solo porque él se lo había permitido. Pero ahora, la máscara había vuelto a su lugar y este Matt era tan arisco como inaccesible. Luego de apilar las cajas que habían armado para la caridad en una de las habitaciones, fue a buscar la camioneta al cobertizo. Trataba las puertas con más rudeza de la necesaria. Cualquiera diría que le costaba asimilar la despedida y rendirse a lo evidente, pero eso no le sucedía a Matt Dybron. Jamás.

Jill cruzó la puerta principal y salió al que una vez fue un bello jardín delantero. Echó un vistazo a Gretna por última vez y sintió que perdía un trocito de su corazón. Cerró los ojos, grabó

en su memoria cada línea brusca de la casa. Sabía que no estaría en pie por mucho más tiempo. También guardó en su interior los momentos compartidos con Matt para saborearlos más tarde en el recuerdo. Cuando volteó su cabeza, Matt bajaba de la camioneta y la miró intensamente, como si intentara desenredar un misterio. Sin decir palabra, pasó a su lado y buscó los bolsos.

Jill agradeció mentalmente no tener que compartir el viaje de cinco horas de vuelta a Boston con Matt. Ella se esforzó por entender la indiferencia de él. Sin embargo, no entendía la razón de esa repentina frialdad. El aeropuerto estaba a media hora y no habían pasado ni tres minutos y ella ya quería lanzarse fuera del vehículo.

—Necesito parar en el taller y averiguar por mi auto —dijo Jill en voz baja cuando atravesaron el pueblo.

—Ya lo haré yo. Hay un vuelo esperándote.

Ella tragó saliva y sintió que se le quedaba atorada en la garganta. Bajó la mirada hacia las manos, que tenía entrelazadas en el regazo. Nunca había sido una carga para nadie y no empezaría a serlo ahora.

—No tienes por qué ocuparte de mi coche —replicó Jill.

—Jill, estaré por aquí un par de horas más, tal vez hasta un día más. Tendré tiempo de sobra para pasar por el taller. Cuando esté terminado, me encargaré de hacértelo llegar.

—No —Jill sacudió la cabeza con determinación—, solo avísame cuando esté listo y vendré a buscarlo.

—Como prefieras.

Hubo un tenso silencio entre ellos. Parecía que hasta la más simple conversación resultaba amarga. Llegaron al aeropuerto y, prácticamente, Jill se tiró del auto en marcha. Abrió el maletero y sacó su bolso. Antes de siquiera dar un paso, Matt se lo quitó de las manos y se lo colgó al hombro.

—Puedes irte. No es la primera vez que subo a un avión.

—Te acompañaré hasta que subas —replicó Matt.

Él apoyó la mano en su espalda guiándola al interior del aeropuerto. Consciente de la suave presión de la mano de Matt, Jill se mordió la lengua para contener una respuesta grosera. El Aeropuerto Internacional de Burlington era más grande de lo que ella había supuesto en un principio. Debido a la cancelación de tantos vuelos, parecía más el aeropuerto de una gran ciudad como Chicago que el de un pueblo de montaña. Jill dudaba conseguir pasaje, pero se abstuvo de comentarlo; esperaría ahí mismo o sacaría alguno para cualquier parte y luego haría una conexión. Matt no apartó su mano de la cintura y, cuando Jill encaró para los mostradores comerciales, él la guio por una zona distinta.

—¿Matt? —dijo Jill a medida que continuaban caminando a la par. Él había ajustado sus zancadas para que ella no quedara relegada.

—¿Qué sucede, Jill?

—Te equivocaste de camino.

—No, no lo hice.

—Te pasaste los mostradores.

—No vamos a los mostradores.

—¿Adónde vamos?

Antes de que tuviera la oportunidad de contestar, Matt se detuvo justo frente a una rubia demasiado perfecta, muy del estilo de Gwyneth Paltrow, que extendió la mano y lo saludó. Ella vestía una falda tubo gris topo hasta las rodillas y la tela elastizada marcaba la curva perfecta del trasero. También llevaba una camisa blanca con detalles en filigrana, que le entallaba la figura y exageraba el ya generoso busto. A Jill le hubiera encantado decir que estaba vulgar o demasiado anticuada. Pero no, la rubia perfecta estaba perfecta. Ella se sintió muy fuera de lugar con sus *jeans* oscuros y su *sweater* extra grande, parecía una adolescente. Le habría hecho bien a su ego contar con alguno de los trajes o vestidos que llevaba a la oficina.

—Buenas tardes, señor Dybron.

—Hola, Catjia. Te presento a Jill Prine —dijo Matt a la azafata que siempre se encargaba de los vuelos de la familia. Jill lo miró para comprobar la reacción ante la bella mujer, pero él parecía inmune a sus encantos—. Jill, ella es Catjia. Resolverá cualquier cosa que necesites durante el vuelo. Será un vuelo corto sin contratiempos, por lo que me dijo Stephen, el piloto, cuando hablé con él.

—Sí, así es, señor Dybron. La señorita Prine no tiene de qué preocuparse; ahora, si me permite una identificación, rellenaré la documentación.

Jill se la dio y la rubia perfecta fue hasta un mostrador cercano.

—Eso es todo, pues —dijo Jill cuando quedaron solos.

—Fue un placer conocerla, señorita Prine —respondió Matt, que acercándose a ella acortó la poca distancia que los separaba. Matt levantó las manos y acunó su rostro. Los dedos pulgares acariciaron la piel rosada de sus labios para luego besarlos. Le dio un beso. Uno, dos, tres, aumentando la duración y acortando los espacios entre sus cuerpos cada vez que la besaba.

Con los ojos aún cerrados, Jill apoyó la frente en la barbilla de él y suspiró. Matt sintió que la respiración de ella le cosquilleó la nuez de adán. No había necesidad de más palabras. No arruinarían lo que había ocurrido entre ellos haciendo planes infructuosos de los cuales se arrepentirían a los diez minutos de despedirse. Esa era una despedida digna. Convencido de eso, Matt apoyó el dedo en su barbilla y le hizo levantar la cabeza. Sus bocas apenas separadas, tan cerca que las respiraciones de ambos se mezclaban y se convertían en una sola. Matt volvió a rozar los labios, incapaz de dejar de paladearla por una última vez. Ella se estremeció al tiempo que también buscaba el refugio de su boca y la caricia experta de su lengua. Se le escapó una lágrima solitaria que él atrapó con los labios, pero no dijo nada. Incapaz de dejarlo ir, de dar por terminada la despedida, Jill le rodeó el cuello; Matt tensó el brazo alrededor de la esbelta figura que lo abrazaba y apretándola amoldó el cuerpo de ella contra el de él. No supieron quién dio por terminado el beso primero; tal vez, los dos al mismo tiempo. Eso era todo para ellos. Sin más

verdad que ese adiós, Jill miró hacia Catjia, que la esperaba varios pasos detrás de Matt con su identificación, el papelerío entre las manos y una expresión inmutable en el rostro.

—Tengo que irme —dijo Jill y él asintió con la cabeza—. Gracias por el vuelo.

Una mezcla de emociones cruzó la cara de Matt cuando la observó atravesar la puerta de embarques particulares: ternura, lujuria y un frío en el pecho al que no le pondría nombre. ¿Qué le estaba haciendo esa mujer?

## Capítulo 10

Jill habría podido disfrutar de su primer y único vuelo privado –menos de 53 minutos, según Catjia–, si no hubiera sido que estaba rota por dentro. Si alguien le hubiera preguntado, no tenía ni la más mínima idea de qué color eran los asientos o qué le habían ofrecido para beber. Gracias al cielo que llevaba las gafas oscuras para ocultar el llanto que la acompañó no bien apoyó su cuerpo traidor en la butaca. «Ahora, toca aguantar con la frente en alto, chiquitina», esas habrían sido las palabras de su abuela.

Durante las semanas que siguieron al «retiro sexual», como lo había titulado Livie, a Jill le resultó fácil distraerse con el trabajo. Habló con su jefa directa, Rachel, y pudo sortear las consecuencias de haberse ausentado sin aviso por tantos días. Pese a sus predicciones más catastróficas, su carrera no se había desmoronado. Si bien Stan había recibido todos los laureles por su arduo trabajo, Jill se alegró de que se hubiera desenvuelto tan bien como lo hubiera hecho ella. Luego de conocer toda la historia, Rachel reconoció, a regañadientes, que Stan había sido la única opción viable. Jill sabía que su jefa veía reflejados sus comienzos en ella, por eso le exigía tanto y había tomado como personal el fracaso de Jill y la victoria de Stan.

Jill se quedaba hasta muy tarde en la oficina e, incluso, ayudaba a las asistentes legales en la tediosa búsqueda de jurisprudencia. Su jefa alardeaba sobre ello y creía que Jill remendaba errores. Sin embargo, la realidad era otra. Jill trabajaba incontables horas por día con tal de no quedarse a solas con sus pensamientos. Todavía le dolía el aguijón de la indiferencia de Matt. Le dolía saber que, para él, ella había sido una más del montón y le enojaba no contar con la experiencia necesaria para descartarlo sin más, tal y como había hecho él. Se repetía constantemente que no debía perder un segundo más de su tiempo pensando en Matt, aunque lograrlo resultaba bastante difícil, a pesar de los esfuerzos que hacía por mantenerse ocupada. La despedida fue definitiva, lo supo desde el comienzo, pero cuando volvió a tocar el tema del auto, Matt simplemente la despachó diciéndole que su secretaria se pondría en contacto con ella. Su secretaria; no él. Tampoco le dio su número ni pidió el de ella. Jill conocía las reglas del juego, ahora debía aguantarse las consecuencias.

Hacía unos días había hablado con David. Livie era su mejor amiga y la adoraba, pero no tenía más ganas de seguir durmiendo en un sofá. Lamentablemente, David no compartía su apuro por mudarse y no había encontrado apartamento en la zona donde le gustaba, así que le tocaba seguir

esperando. Como no estaba con ánimos para la disputa, lo dejó a sus anchas cuando fue a retirar algo más de sus ropas. Ya lo arreglaría luego.

—¿Qué haces? —preguntó Livie cuando entró al apartamento luego de una guardia de un día completo en el hospital. Jill se mordió la lengua para no retarla, estaba enorme y no tendría que hacer guardias, pero Livie necesitaba el dinero.

—Busco jurisprudencia —contestó Jill sin apartar la vista del ordenador portátil.

—Se terminó —ordenó ella. De repente, la pantalla se cerró de golpe y le apretó los dedos que no alcanzaron a salir a tiempo—. Ve a cambiarte, nos vamos de copas.

—Tú no puedes ir de copas.

—Yo no, pero tú sí. Yo solo miraré cómo tomas. Tienes que dejar de trabajar tanto, eso no ayudará a que olvides el buen sexo. Aunque dudo seriamente que se trate solo eso. Para mí, querida amiga —continuó Livie— estás enamorada. Por suerte, estoy aquí y tengo toneladas de experiencia en el tema.

—Soy una afortunada —murmuró Jill.

—Ni que lo digas, no hace falta que me lo agradezcas ahora, tendrás tiempo para agradecerme más tarde. Ahora —continuó Livie mientras la tomaba de la mano y la obligaba a levantarse de la silla—, lo primero que debemos hacer es atiborrarte de margaritas y/o mimosas. Luego buscaremos algún lugar para ir a bailar y, tal vez, encuentres algún muchacho guapo que logre sacarte al machote Dybron de la cabeza por algún tiempito.

—Estoy un poco adulta para eso, Livie.

—Llevas años de retraso, corazón. Pero no importa, tranquila, te cargaré en un hombro cuando no puedas ni sostenerte en pie y prometo no publicar nada en las redes sociales. Ve a cambiarte y ponte lo más sexi que encuentres, ahora.

—Sí, mi general.

Livie se dedicó a musicalizar el trayecto para entrar en ritmo. *Dancing queen* sonó dos veces, por lo menos; *Express yourself*, otras tantas y luego le rindió un merecido homenaje a Rihanna. Gracias a Dios que el viaje no duró más de veinte minutos. El lugar elegido por Livie era la terraza de un hotel de lujo. El moderno edificio contaba con la vista del mejor perfil de la ciudad. Estaba repleto de gente con ganas de pasar un buen rato. La música era buena y los tragos de autor eran mucho mejores. Tardaron apenas dos segundos en encontrar unos sillones cómodos donde sentarse, el hecho de que Livie estuviera tan embarazada tenía sus ventajas.

—Señoritas... —interrumpió la camarera cuando se acercó a su mesa con la bandeja y una botella de *champagne*.

—Lo siento, nosotras no hemos pedido nada. Estoy indecisa entre el zumo de pomelo rosado y menta o el de tónica, jengibre y canela. ¿Cuál me recomiendas? Hoy me siento desatada —bromeó Livie con la mesera.

—Yo iría a por el de pomelo rosado y menta; solo porque no me gusta la canela. —La camarera le siguió el juego a Livie y apoyó la cubitera que contenía una botella de Roederer Cristal. El



vidrio traslúcido de la botella permitía ver el resplandor ambarino del *champagne* y a las diminutas burbujas que pugnaban por evaporarse en el paladar. Sin lugar a dudas, habían logrado embotellar las estrellas. Jill lo había paladeado una sola vez en su vida, cuando habían ganado un caso de los más importantes que tuvo el estudio. Su jefa la llamó a su oficina y brindaron por el éxito de ambas en la corte. Quien regala un Roederer Cristal sabe lo que hace—. Es un regalo del señor que está allí —informó la mesera.

Livie la consultó con una mirada y Jill frunció los hombros a modo de respuesta. Se volteó y escudriñó el lugar sin disimulo. Su mirada al principio continuó el pantallazo, pero casi inmediatamente volvió hacia el jugador estrella de fútbol americano que alzaba su vaso corto a modo de brindis. Sin más invitación que la sonrisa de Livie, el jugador se acercó hasta ellas.

—Señor Anderton, le agradezco la deferencia y el buen gusto, pero temo que no podré aceptarlo —dijo Jill.

—Jill, es un placer verla sin mi ex esposa a su lado —contestó haciendo caso omiso a la cara de pocos amigos de ella y se sentó a su lado.

—Señor Anderton, como bien sabe, represento a su ex esposa. No me comprometa, por favor —insistió.

—No la comprometo de ninguna manera, solo quiero charlar con usted de algo que no sean mis propiedades, mi dinero y de cómo vamos a dividirlo —replicó él con solo el recuerdo de un acento del sur de Alabama.

James Anderton era un hombre apuesto y sumamente encantador. Sus ojos eran del mismo color castaño que su pelo, que lo llevaba con un buen corte y peinado a la moda. Pero lo más agradable de ese bombón sureño era su mirada. Los ojos caídos le daban calidez a ese cuerpo enorme y bien formado. Jill recordaba haberlo visto en varias publicidades de cereales para niños. Podía entenderlo; a pesar de ser puro músculo, su aspecto resultaba familiar e inofensivo.

—Disculpen, Jill, voy al tocador —interrumpió Livie—. No frunzas el ceño, ya sabes que este bebé se ensañó con mi vejiga.

—Estás preciosa —comentó James cuando Livie los dejó a solas.

Jill le había hecho caso a su amiga. Se había maquillado y llevaba un diminuto vestido negro sin mangas ajustado a su figura. El escote redondo era tan alto que podría haberlo llevado a misa, sin embargo, en uno de los costados, el vestido se unía con tiras anchas de piel ubicadas perfectamente para no mostrar de más, pero tampoco de menos.

—Muchas gracias, ahora, señor Anderton, si me disculpa, tengo que buscar a mi amiga.

—No huyas, Jill —dijo y la retuvo con la mano suavemente.

—Señor Anderton, ya le dije que...

—Por favor, llámame Jamie o incluso James. Me haces sentir de cincuenta años cada vez que me dices señor Anderton.

—Solo por hoy —concedió Jill, pero optó por la más formal de las dos opciones—. James, me pone en un aprieto. Hay reglas profesionales que debo respetar y hacer que usted también las

respete. Represento a su ex esposa y mientras tenga una relación profesional con ella no puedo siquiera hablar con usted fuera del ámbito laboral.

—Lo entiendo.

—Me alegra oírlo. Ahora, si me permite... —insistió Jill, que quería buscar y asesinar a su amiga.

—¿Aceptaré una cena cuando mi divorcio quede atrás?

Jill se tomó unos instantes para responder. James Anderton parecía un buen sujeto y le caía bien, mucho mejor que su ex esposa. Si hasta ella hablaba bien de él. Solo que Jill no estaba con ánimos de nada; sin embargo, estaba decidida a no cerrarse ninguna puerta; debía olvidar a Matt como fuera.

—Puede ser. Tendrá que esperar hasta formalizar su divorcio para averiguarlo —dijo y se marchó sin haber probado una sola gota del delicioso y caro *champagne* que le había regalado.

No tuvo que esperar muchos días para averiguarlo. Resultó que James Anderton y su abogado estaban más que ansiosos por conseguir el divorcio y el consecuente acuerdo de división de bienes. Jill estaba en la sala ultimando los detalles del acuerdo con su representada y la contraparte. El caso era fácil para los dos lados. Él no había sido prolijo en sus andanzas y ella tampoco. Su clienta también quería dar por terminado todo cuanto antes para blanquear su nueva relación. Al no haber rastros de sentimientos en el medio, se habían puesto de acuerdo en prácticamente todo, salvo en una propiedad sobre las costas de Orange Beach, Alabama, que ambos querían.

—Mi cliente tiene más derechos sobre la propiedad porque Alabama es su hogar.

—Comprendo, lamentablemente, mi clienta también está muy interesada en ella, a punto tal que está decidida a ceder al señor Anderton el ático de Sutton Place.

—No está interesado.

—Su valor es más del triple que el de la casa de playa de Orange Beach —terció Jill—. Estoy segura de que puede hacerle entender a su cliente que es una excelente oferta.

—Ya lo hemos discutido y no acepta. Su clienta debe comprender que, a pesar de vivir hace varios años fuera del estado, Alabama es y será el hogar de mi cliente y también ese es su lugar de pertenencia.

Jill no podría estar más de acuerdo, el origen de James Anderton parecía marcado a fuego como ganado de un rebaño. Alabama se le notaba en la cadencia de la voz y en su tranquilo andar. Con disimulo alzó los ojos para observarlo. Definitivamente, era un hombre guapo. Al parecer, las feromonas de Jill se habían puesto en funcionamiento de forma tardía, porque James no había cejado en sus intentos de invitarla a cenar. La semana anterior, cuando la llamó por teléfono, volvió a explicarle que solo aceptando la llamada violaba toda ética profesional. A lo cual él respondió que no aceptaría un no cuando diera por zanjado el asunto con Melany, su ex esposa. Jill realmente se sentía halagada y deseaba tener ojos para este buen mozo del sur. Salvo que su

cabeza se encontraba pensando en Matt más veces de las que quería admitir. Y cuando escuchaba la voz de James, a pesar de ese acento tan bonito y sexi ya de por sí, Jill solo ansiaba oír un acento neoyorquino.

—Podríamos extender la cláusula de confidencialidad por cinco años más. Además del apartamento.

Jill no creía que su clienta saliera a ventilar su relación a los cuatro vientos, pero al parecer, para James Anderton mantenerla alejada de los medios era fundamental. Tal vez se lo exigían en los contratos, sopesó ella.

—Continúe, nos estamos entendiendo.

Luego de varias disputas, propuestas y contrapropuestas, finalmente James y Melany se pusieron de acuerdo sobre la casa. James Anderton accedió a comprarle una de igual valor en Grayton Beach, y Melany quedó satisfecha con el arreglo. Cuando no había hijos de por medio, Jill sabía que la cosa era mucho más fácil. Antes de finalizar la reunión y firmar los documentos pertinentes, Debra, la secretaria, interrumpió para informarle que un cliente esperaba verla. Jill se asombró, no tenía ningún cliente en su agenda.

—Iré en unos minutos.

—Dice Rachel que muevas el culo de la silla inmediatamente. Solo quiere hablar contigo, lo más raro es que ni siquiera está casado —murmuró con disimulo a su oído la secretaria cuando se acercó a ella.

—Disculpen, un cliente se adelantó, iré a recibirlo. Volveré tan pronto como pueda. No me llevará más de cinco minutos —aseguró Jill convencida de que era una confusión que aclararía rápidamente.

—Por Dios, Jill, debes pasarme toda la información que tengas sobre él. Un machote así no aparece todos los días. Tuve que googlearlo para ver si tenía una chance.

Debra era la secretaria que compartía todo el equipo. Jill aún no había alcanzado la posición para tener una para ella sola. Por lo tanto, la relación entre la secretaria y los integrantes del equipo era descontracturada y flexible. Además, Debra era un caso particular con su estilo Bettie Page moderno y su personalidad extrovertida.

—Está soltero y es tan bello, pero ni siquiera me mira.

—¿De quién hablas?

—De tu cliente.

—Debe de haber una confusión, no tengo ninguna cita programada.

—Este tipo de clientes no necesitan cita, Jill. Ya lo verás —contestó ante la mirada interrogante de Jill y rodeó el escritorio para sentarse en su puesto.

Jill entró a su oficina sin golpear y se encontró con Matt. Tenía las manos en los bolsillos de los pantalones y miraba a través de la ventana. Se giró en el momento en que la puerta se abrió. Estaba bañado por la luz del sol, como si lo cubriera un halo dorado. El sol de la tarde se desplomaba a través del cristal y con sus rayos acentuaba los rasgos de su rostro. Matt Dybron

parecía un ángel caído que prometía lo mejor del paraíso en el infierno. Estaba cambiado desde la última vez que Jill lo había visto en el aeropuerto hacía poco más de un mes atrás. El cabello había desaparecido casi por completo, rapado casi al cero. Sin el cabello, la atención se centraba en los rasgos de su rostro y en el color de sus ojos. Los tejanos y la camisa a cuadros habían sido reemplazados por un traje que había sido hecho a medida, sin lugar a dudas. El corte acentuaba la altura y la anchura de los hombros. El color azul cobalto del traje hacía que su mirada fuera más turquesa que verde. La camisa celeste disimulaba su porte atlético y la corbata estaba perfectamente anudada. No tenía nada fuera de lugar, pero en vez de parecer almidonado, como sucedía con otros hombres con tanta elegancia, Matt llevaba el traje como si llevara unos pantalones de deporte.

Su jefa también estaba en la oficina y le llamó la atención la risita tonta que le oyó a Rachel. Pero enseguida entendió. Jill jamás había visto que Rachel se pusiera nerviosa por algo o alguien hasta ese momento. Era como si Matt estuviera por encima de todo aquello que provocaba, tanto en hombres como en mujeres. Porque no se limitaba a lo físico, él sudaba la seguridad de saber lo que se quiere de esta vida y estar seguro de obtenerlo. Además, estaba que quitaba el aliento porque no había nada que la distrajera de esa sonrisa de dientes perfectos o de esa mirada impertinente que parecía desnudarla. La escudriñó con la mirada esperando a que ella dijera algo.

—Señorita Prine, qué gusto volver a verla —dijo Matt con toda formalidad cuando ella se paró al lado de su jefa como una alumna aplicada. Él mantuvo el porte serio, ocultando la sonrisa.

«¿Cómo demonios consigue actuar con tanta naturalidad?», pensó Jill. Ella se ponía blanca como un papel o más colorada que el pelo de Livie. Se quedó con la mente en blanco y le dirigió una mirada que duró más de lo que correspondía. Sabía que tenía que decir algo, cualquier cosa, ni siquiera debía de ser coherente. Lo intentó, pero abría la boca y las palabras no fluían, así que optó por cerrarla y no volver a abrirla. Ante la actitud de Jill, Matt le tendió la mano para saludarla, lo que la obligó a dar un paso hacia él y alejarse de Rachel.

—Hola, cariño, estás hermosa con ese vestidito de lana —murmuró en su oído. Jill miró de reojo a su jefa, que estaba distraída diciéndole a Debra que ofreciera bebidas en la sala donde ella había dejado a James Anderton y compañía. A Matt poco le importó que estuviera su jefa y continuó—. Me pican los dedos de las ganas que tengo de arrancártelo y descubrir las braguitas de algodón que hay debajo.

Si a Jill no se le habían subido los colores antes, lo hicieron ahora. Rápidamente, recobró la compostura. Iba a matarlo, definitivamente, lo asesinaría y se lo hizo saber con la mirada.

—Señor Dybron —interrumpió Rachel—, lamento tener que dejarlo, pero tengo una reunión en diez minutos.

—Lo entiendo, me deja usted en buenas manos. Estaremos en contacto —aseguró Matt y Rachel se marchó no sin antes decirle a Jill que no pierda a ese pez gordo solo con la mirada.

Ella ya se conocía todas las miradas de su jefa y sabía que se le hacía agua la boca por ganar un cliente de la talla de Matt Dybron. Y también se le hizo agua la boca por otra cosa, eso también lo

sabía. Cuando su jefa se marchó y cerró la puerta, Jill explotó.

—¡Por dios, Matt, te has vuelto loco!

—Te traje el auto, cariño.

—Por favor, Matt. Vete.

—Por supuesto que no —dijo con una exhalación y se sentó.

—Matt, estoy en medio de algo importante.

—Tomate tu tiempo, Jill. Te esperaré aquí.

—No. Matt, no lo harás. Ambos estuvimos de acuerdo en que no volveríamos a vernos.

—Hoy tengo ganas de pasta, ¿te parece bien un restaurante italiano?

—No iremos a cenar.

—No me obligues a secuestrarte y llevarte a Gretna —advirtió Matt.

—No te atreverías.

—Por supuesto que lo haría. Y, si no lo hago yo, tengo más de diez empleados maltratados dispuestos a hacerlo por mí. Encanto, esto es un suplicio. No puedo acostarme con nadie más. Me dañaste de por vida —Matt bromeaba, aunque no tanto—. Solo pienso en todas las cositas perversas que quiero hacer con esa boquita tuya y me pongo duro. No puedo pensar ni siquiera en un inocente revolcón con otra.

—Gracias por el auto y por tus dulces pensamientos, pero...

—No me gustan los peros, Jill.

—Pero... no hacía falta. Ahora, vete —dijo Jill y señaló la puerta con el dedo índice.

—Ahora mismo, tú estás quejándote, como siempre. —Matt se paró del asiento y continuó indiferente a la súplica de Jill—. Y yo solo pienso en la forma de relajarte, encanto. Claramente, me necesitas. Sé que no es la declaración más romántica de la historia, pero te hablo desde el fondo de mi corazón.

Ella se alejó de él lo más que pudo y estirando el brazo le ofreció la palma.

—Dame las llaves.

Matt puso las llaves en la palma de su mano y tiró de ella con fuerza hacia sus brazos. Su pecho chocó contra el de él, que deslizó las manos por la curva del trasero.

—Dios, no sabes cuánto lo extraño —dijo y le dio un pellizco suave.

Para esas alturas, Jill respiraba con dificultad. Intentó moverse, pero Matt la sujetó por los codos y la hizo caminar hacia atrás hasta que quedó atrapada entre el escritorio y su cuerpo. Le brillaba la mirada mientras sus manos se deslizaban por sus brazos desnudos. La simple caricia despertó el cuerpo de Jill, que sintió que todas las partes de su cuerpo se abrasaban y la derretían de a poco.

—No tienes ni idea de las cosas que voy a hacerte. Te relajaría aquí mismo, Jill. Sujetaría tus muslos, te subiría a este escritorio y abrirías las piernas para mí. Sería lento y me tomaría mi tiempo. A pesar de que hace treinta y siete días que solo pienso en follarte, no tendría prisa alguna; no, cariño. No me importaría que estuvieran esperándote en la maldita sala. Besaría cada

palmo de la piel perlada de tus muslos y me entretendría en el lunar que tienes por allí. Sin prisas. No te quitaría esa braguita de algodón que llevas puesta. La correría con los dientes. Sentiría tu calor, tu humedad... Encanto, olería tu excitación antes de lamerte entera. —A Jill se le abrieron los ojos de par en par cuando Matt susurró al oído con esa voz ronca todo lo que quería hacerle y ella sentía que despertaba una a una todas las partes de su cuerpo que nombraba.

En susurros, él prometía todo eso y más. No se movía ni hacía nada más, solo estaba cara a cara con ella, tan cerca que Jill podía ver las pestañas que nacían claras y se tornaban oscuras.

—No me olvidaría de tus pechos, esos senos pequeños que puedo atrapar fácilmente en mi boca de un solo bocado. Los lamería y besaría hasta que fueran dos guijarros duros. Me gustan tanto que necesitaría darles un buen mordisco y dejar mi marca personal en ellos. —Matt le apoyó los labios en la sien, respiraba entrecortadamente. Jill estaba a punto de perder todo rastro de control. Ella sabía que tenía que volver a la sala, pero estaba anclada a la voz susurrada de Matt, que manipulaba como propias cada terminación nerviosa de su cuerpo y despertaba las fantasías más eróticas de su mente—. Juguetearía con mi lengua en tu clítoris. Te haría suplicar y, créeme, encanto, tendría que atrapar tus jadeos con mi boca porque estarías tan fuera de ti que no te importaría gritar en tu oficina para que las demás escuchen lo bien que estás gozando. Una vez que hayas gemido mi nombre, recién ahí te arrancarías las bragas y me hundiría en ti. De una sola estocada, Jill. —Matt colocó un dedo en la barbilla de Jill y alzó su rostro para que lo mirara directamente a los ojos—. Porque me extrañas. No necesito tocarte para saber que estás mojada para mí. ¿Miento?

Jill negó con la cabeza. Matt hizo una pausa deliberada torturándola con cada segundo.

—Así que ahora ve y compórtate como la buena profesional que eres. Termina tu trabajo y regresa rápido para que pueda cumplir todas esas promesas y otras más que tengo en mente. —Matt la despidió con una palmada en el trasero.

—Lamento la interrupción —se excusó Jill cuando regresó a la sala. Debra ya había impreso el acuerdo que debían firmar y estaban leyéndolo en voz alta.

Jill había perdido todo rastro de concentración, era una suerte para Melany que la negociación de las cláusulas hubiera concluido antes de la interrupción y solo restara la firma, si no, estaba segura de que le habría dado a James Anderton todo lo que pedía y más.

De repente, recordó que tenía las llaves en las manos. Era extraño, esa llave no se sentía como la de ella. Con el índice y el pulgar siguió su contorno. No tenía la parte metálica en la punta. No quiso desviar la atención y faltarle el respeto a su cliente, pero ya se conocía de memoria las cláusulas del acuerdo. Sucumbiendo a la curiosidad, bajó la mirada hacia la mano que estaba apoyada en su regazo.

La palma abierta de su mano sostenía una especie de mini control remoto con *display* digital. El moderno aparatejo no solo informaba la fecha, la hora y la temperatura, sino que indicaba que el maletero estaba correctamente trabado, la alarma encendida y algo sobre los sensores internos que

Jill era incapaz de comprender. Todo coronado con el característico logo de BMW. Esa llave nada tenía que ver con la de su Honda.

Todas las partes resultaron conformes con el acuerdo firmado. En casos como ese, el estudio ofrecía un brindis para festejar los buenos resultados entre los involucrados, pero Jill se saltó esa parte y despachó a todos rápidamente.

Sin embargo, James Anderton no se había olvidado de la promesa. Quiso despedirlo con un firme apretón de manos, pero él no se dio por despedido. Durante los saludos finales, aprovechó cada ocasión para hacer contacto. Se demoraba más de lo necesario en el apretón de manos, le apoyaba la mano en la espalda. Sin embargo, Jill no sentía ni de lejos el cosquilleo que sentía cuando Matt lo hacía. Matt... Matt estaba en su oficina y ella tenía urgencia de reunirse con él. Dejó a Debra despedir a la flamante divorciada y con un profesional apretón de manos se despidió del jugador de fútbol, de su representante y del abogado.

Antes de que consiguiera llegar a su oficina, oyó unos pasos seguros y pesados detrás de ella. Se giró y le dijo:

—Señor Anderton, creo que no tenemos nada más que hablar.

—Ahora no hay ningún tipo de relación profesional que te impida aceptar una cena conmigo, Jill. Habíamos quedado en eso.

—Lo siento, señor Anderton, no podré...

—Jamie.

—James, yo le sugerí que lo intentara. Sin embargo, nunca le aseguré que aceptaría. Desgraciadamente, será imposible —dijo mientras caminaba hacia su oficina a paso apurado—. Me siento sumamente halagada por su interés, pero no podrá ser.

—¿Estás comprometida?

—No es de su incumbencia, señor Anderton —respondió sin siquiera volverse ni aligerar el paso, pero James Anderton la alcanzó y la cogió del brazo para detenerla.

De repente, una voz que tendría que haberse mantenido callada resonó por el pasillo.

—Sí, lo está —gruñó Matt desde la puerta.

Estaba con la misma actitud relajada de siempre, pero de sus ojos salían chispas. El único rasgo en tensión era la mandíbula y la furia en la mirada. Matt tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas, definitivamente, esa no era una buena señal.

—Y apreciaría que quitara las manos de encima de mi mujer.

—Matt, dame un segundo.

—¿Eres su mujer? —preguntó Anderton pasando por alto a Matt.

—No —respondió Jill.

—Sí —replicó Matt casi al unísono.

Jill se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Matt, deja que me encargue de esto.

—No lo estás haciendo muy bien, cariño.

—No soy tu mujer.

—¿Eso quiere decir que va a cenar conmigo? —insistió Anderton.

—NO —gritaron los dos al unísono.

—No soy su mujer, pero lo lamento...

—Jill, no es el momento —la interrumpió Matt y, acercándose a ella, la alejó del otro descarado. No miró a Jill cuando se acercó y apoyó su mano suavemente en su cintura. Solo lo miró a él, esa mano era una declaración de pertenencia en cualquier lado. Sin embargo, el otro no retrocedió ni un palmo.

—Creo que la señorita no está de acuerdo.

Esa vez el acento fue tan marcado como si James Anderton nunca hubiera abandonado nunca su Alabama natal.

—No lo entiende, Jill está enfadada porque no llevé a su padre a pescar la última vez que fui. Cariño, ya te expliqué que no había más lugar. Permítame presentarme —dijo Matt que ofreció la mano libre a modo de saludo. La otra mano continuaba rodeando la cintura de Jill—. Dybron, Matthew Dybron.

Matt pudo ver el momento exacto en que reconoció el apellido. Debía reconocerle al muy cabrón que fue solo un segundo.

—Señor Anderton —intervino Jill antes de que la situación se fuera de las manos. Ya había llamado la atención de algunos de sus colegas que habían volteado la cabeza para ver qué sucedía —. Lo lamento, se lo dije antes y se lo repito, no tengo interés en compartir nada con usted. Ahora, si me disculpa, debo aclarar unas cositas con el señor Dybron.

Jill no esperó la respuesta y agarró a Matt del brazo y lo empujó dentro de su oficina.

—¿Acaso perdiste la cabeza? ¿Ibas a hacer una escena en mi lugar de trabajo? ¿Qué demonios te pasa? —dijo cuando cerró la puerta y apoyó la espalda contra la madera.

—Él estaba tocándote.

—No, no lo hacía.

—Bueno, estaba cerca.

Jill revoleó lo ojos.

—Mira, Matt, dijimos que no volveríamos a vernos y aún creo que es lo mejor. Para tu información, la última vez que vi a mi padre fue a hace cinco años y estoy prácticamente segura de que no sabe lo que es una caña de pescar. No tenemos una relación fluida y, si fuera tu mujer, lo sabrías. Ya expuse lo obvio, ahora, vete.

Él se sentó en el borde del escritorio sin la más mínima intención de irse. Ella se abrazó los brazos y se dirigió a la única ventana que había en la oficina. Necesitaba poner distancia y no parecer que cedía ante la sola aparición de Matt Dybron.

—Matt, ¿qué haces aquí?

—Vine a por ti, cariño.

—¿Por qué?



Matt no contestó porque ni él mismo sabía qué demonios lo había impulsado a ir hasta allí a buscarla. Solo sabía que necesitaba hundirse en ella, oír su risa, conversar con ella. Jill continuaba luchando contra las ganas que tenía de ir a abrazarlo, de besarlo, de tocarlo. No tuvo que pensarlo demasiado porque la orden susurrada con voz suave hizo eco por todo su cuerpo.

—Jill, cariño, ven aquí.

Ella se acercó lentamente como si estuviera yendo a un sacrificio. Matt extendió su mano con la palma hacia arriba y Jill apoyó la suya sobre la de él. Con lentitud, la atrajo hacia él y ella buscó refugio en el hueco de su hombro. Durante largo rato, le acarició el rostro y la contempló para luego besarla con hambre. Las grandes manos de Matt se deslizaron arriba y abajo a lo largo de su columna. Matt quería y reclamaba más de su boca, más de la dulce tibieza de su piel contra la de él, ansiaba oler su esencia de mujer, oírla gemir y llevarla hasta la cumbre. Solo así se sentiría completo nuevamente y podría dormir en paz. Ella desajustó su corbata, desabrochó los primeros botones de la camisa y besó el triángulo de piel expuesta. Los pulgares de él ascendían por las costillas, una a una, con tortuosa lentitud, hasta que llegaron a los senos. El cuerpo de Jill ya había reaccionado y, cuando pasó el pulgar por los pezones erectos, ella soltó un jadeo. Necesitaba penetrarla. Sin más dilación, le dio la media vuelta y la colocó de frente al escritorio. Los dedos de Matt le acariciaron los muslos antes de subirle el vestido de lana. Estaba más que preparado para hundirse en ella cuando unos golpes en la puerta lo arrancaron de la nube de pasión. Matt se detuvo al instante. Muy despacio sacó la mano de debajo de la falda de Jill y le acomodó bien el vestido. La hizo girar nuevamente mientras que, aún aturdida, ella no comprendía por qué Matt se había detenido. Con suma suavidad, le acomodó unos mechones que se le habían escapado de la coleta y la sujetó por los brazos cuando Jill se tambaleó y casi pierde el equilibrio.

—Cariño, tocan a la puerta —explicó Matt y la hizo sentar detrás del escritorio. Él hizo lo propio en el asiento que se encontraba frente a ella y tuvo que cruzar las piernas para ocultar la prominente erección.

La inoportuna secretaria vino con un café que no le habían pedido. «Si será metiche», pensó Jill. Debra se moría de ganas de meter las narices allí y el temblor en la voz de Jill reveló más de lo que quería. La interrupción cambió el clima y la razón prevaleció por sobre las sensaciones que Matt despertaba en ella. Cuando Debra se marchó y volvieron a quedarse solos, Jill no se acercó a Matt para continuar donde lo habían dejado. Ni siquiera se levantó de la silla, sino que apoyó los codos en el escritorio y hundió la cabeza entre sus manos, derrotada. No tenía fuerzas para luchar contra lo que sentía por él. Jill supuso que sería sencillo controlar su corazón, sin embargo, estaba muy equivocada.

—Matt, ¿qué haces aquí?

—Ya lo sabes. Te traje el auto.

—Por cierto, toma. Estas son tuyas. Ahora, dame mis llaves y largo.

—Esas son tus llaves, Jill. El mecánico tuvo un problema con tu carreta.

—¿Qué tipo de problema?

—Se prendió fuego.

—¿¡Qué pasó qué!?

—Lo que oíste, se incendió el taller con la porquería esa que manejabas. Lo más probable es que fuera la causa del incendio.

—Es el auto más vendido del año, Matt—dijo ella entre dientes— y prácticamente es nuevo, aún estoy pagando las mensualidades.

—Que sea el más vendido no quiere decir que sea el mejor.

—Matt, no quiero un auto.

—No te lo regalo, es un préstamo hasta que cobres el seguro por el tuyo.

—Puedes llevártelo, no lo uso en la ciudad.

—Lo discutiremos luego, cariño.

—No hay un luego, Matt.

—Ya lo creo que sí, Jill. Deja ya de dar vueltas al asunto y ven a terminar ese beso.

Jill no creyó conveniente que los vieran salir juntos de la oficina. Tanto por la excusa de Matt para aparecerse en su oficina como por el interés que mostró su jefa. Así que le sugirió que fuera a por el auto mientras ella terminaba de ordenar sus cosas y se iba. Habían quedado en que la esperaría en una intersección a tres cuadras de allí. Una distancia lo suficientemente prudente para evitar miradas chismosas.

Cuando Matt salió del ascensor al subsuelo donde había aparcado, se encontró con James Anderton en el lugar y lo increpó.

—Si no fui lo suficientemente claro antes, lo seré ahora —le soltó ceñudo sin un rastro de su característico sentido del humor—. No vuelvas a tocar a mi mujer. Si vuelves a hacerlo, por más inocente que sea la intención, te despedazaré.

Matt sonaba arrogante, sobre todo si tenía en cuenta a quién se lo decía, y Anderton se lo hizo saber con solo una mirada.

—No dejes que este traje te confunda —aseguró Matt.

Matt sentía unos celos ridículos y la primitiva necesidad de marcar territorio cuando de Jill se trataba. Por su propio bien, no indagó mucho en ello ni perdió ni un segundo de su tiempo en analizar por qué no podía mantenerse indiferente a Jill.

—No me meto con mujeres comprometidas.

—Muy bien, entonces estaremos en paz —dijo Matt, que volvió a adoptar la posición de piernas separadas y brazos cruzados a la altura del pecho.

—Pero aún no estoy convencido de que Jill esté comprometida —replicó Anderton midiendo deliberadamente a Matt. Le había resultado obvio que Jill no tenía ojos más que para Matt Dybron, sin embargo, no era de los tipos a los que le gustaba perder y sacarlo de sus casillas era una tonta forma de revancha.

—Maldito cabrón —dijo Matt y se acercó a James Anderton midiéndose con él. Un destello de

advertencia cruzó su mirada—. Es mía. Está claro.

—Tal vez solo quiera ser su amigo —continuó provocándolo.

—Y una mierda. Si te acercas a ella, te...

—Tranquilo, Dybron —dijo Anderton, la situación le causó risa. Se apoyó contra una columna de concreto y lo miró a los ojos—. Está perdido, amigo. Lo sabe, ¿no?

—Vete a la mierda. Y recuerda lo que dije.

—Lo haré.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Jill salió a la planta baja junto con el primer malón de oficinistas que abandonaban sus puestos de trabajo para comenzar a disfrutar el fin de semana. Se encontró con que Matt hizo lo que quiso, como siempre. Él no estaba esperándola a tres cuadas, tal y como habían quedado, sino que estaba en recepción hablando tranquilamente con Gordon, el portero del edificio, a la vista de todos. Matt era indiferente a las miradas que conquistaba y parecía no darse cuenta de la atracción que despertaba en el sexo opuesto. Era evidente que estaba habituado a la atención.

—Hola, Gordon.

—Señorita Prine, un gusto verla. Tenga un buen fin de semana —dijo el hombre mientras se alejaba para conversar con uno de los de seguridad sobre el último partido de los Red Sox.

—Lo intentaré —saludó y se fue con Matt pegado a su costado. El muy mequetrefe pasó uno de sus brazos alrededor de sus hombros.

—Adiós, Gordon. Ha sido una charla entretenida.

—Un placer, Señor Dybron.

Aparcado a la entrada del edificio había un deportivo foráneo al discreto circuito ciudadano de Boston.

—Por favor, dime que ese no es tu coche —dijo Jill desahuciada. Si no habían captado la atención antes, lo harían ahora y quiso que se la tragara la tierra. A pesar de los abultados cheques que cobraban los grandes del bufete, ninguno podría darse el lujo de tener uno de esos. Matt notó su titubeo y la animó a continuar caminando. Le abrió la puerta para que ella entrara. Un segundo después, él se sentaba ante el volante y arrancaba el coche. Jill aprovechó la ocasión para contemplar el cambio de aspecto. Le gustó lo que vio, pero extrañaría enredar los dedos entre sus cabellos. Como si Matt pudiera leerle el pensamiento dijo:

—Tranquila, crece. Y descuida, podrás guiarme cuando haya encontrado el punto exacto, aunque Dios sabe que no lo necesito. Me alcanzan tus grititos.

—Yo no grito —se defendió.

—Oh, cariño, sí lo haces y son los soniditos más calientes que he oído hasta ahora.

—Bueno, pero no lo hago fuerte.

—Si tú lo dices...

—¿Dónde vamos?

—Vamos a cambiarte, te llevaré a cenar.

—Matthew Dybron, ¿me está invitando a una cita?

—Sí, señora, así es. Más vale que te pongas lo más corto que tengas porque pienso meterte mano mientras cenamos.

—¿Debería ponerme bragas?

—Por supuesto que no —respondió azorado ante la posibilidad.

Jill deslizó su mirada sobre el hombre que tenía a su lado. Matt estaba al volante, perfectamente delineado bajo la luz del crepúsculo y tuvo que resistirse al deseo de montarse sobre él. A pesar de todo lo que habían dicho, él había vuelto a buscarla y ella estaba pletórica de alegría. Una ilusión anidó en su corazón, tal vez él también la estaba pasando mal sin ella. Por primera vez en su vida, Jill no tenía la menor idea de dónde estaba parada y lo mejor de todo era que no le importaba. No sentía que se le cerraba la garganta o le picaba el cuero cabelludo ante la incertidumbre. Se movía en un círculo muy cerrado y tendía a alejar a las personas antes de involucrarse y que ocuparan un lugar en su vida. Sin embargo, con Matt era distinto. Estaba feliz de volver a verlo, de volver a reírse con su característico humor y de las interesantes batallas verbales que mantenían. Había algo que sí tenía claro y era que Matt no estaba hecho para el compromiso. Mucho mejor porque, aunque sabía que corría el riesgo de enamorarse, Matt no necesitaba saberlo. Jill confiaba en que podría mantener a raya sus sentimientos y estaba convencida de que lograría controlarlos y alejarse antes de que se convirtieran en algo intenso. No debería de ser tan difícil, sobre todo para una persona como ella, que estaba acostumbrada a mantener el control de su vida. No lo había hecho mal hasta el momento, ¿cierto?

## Capítulo 11

Matt la acompañó hasta el apartamento de Livie e insistió en conocer a su amiga. Tuvo que reservarse los comentarios que tenía sobre David. No podía creer que aún no le hubiera devuelto el apartamento y Jill continuara durmiendo en un sofá. ¿Qué clase de hombre era?

Mientras Jill se preparaba para salir, Matt conversó con Livie. En realidad, Livie fue como una tigresa protectora de su cría, que se enfrentaba a un gigante.

—Escúchame bien, Dybron, porque te lo diré una sola vez. —Matt contuvo la risa. Era amenazado por una mujer a punto de parir, que hablaba de sangre y escalpelos afilados.

La apariencia de Livie era engañosa. Parecía toda una dama serena con sus cabellos rubio cobrizo, casi pelirrojos, y la sonrisa apacible. Sin embargo, los enormes ojos verdes escondidos detrás de las gafas de montura metálica no lograban disimular la mirada terca y el carácter explosivo de la muchacha.

—No sé qué te traes entre manos, pero te aseguro que, si mi amiga sale lastimada, simplemente te mataré. Tu muerte será lenta y sangrienta. Sé perfectamente en qué órgano vital debo hundir el escalpelo para que sufras un día y medio. Y el exceso de hormonas que este bebé de aquí me obliga a generar me redime ante cualquier jurado.

—¿Hay uno solo ahí? —pinchó Matt, aunque Jill ya le había contado del embarazo de su amiga. La chica le caía estupendamente bien.

—Cada segundo que pasa me caes peor, Dybron.

—Está mintiendo —interrumpió Jill—. Lo siento, Matt, Livie está muy gruñona últimamente.

—Son las hormonas —respondió mientras sacaba un pote de helado de la nevera—. Estás hermosa, amiga. Dybron, hay un montón de perros rondando el hueso. No lo olvides.

—Por todos los santos, Livie. Debes controlar esa lengua —la regañó Jill.

—No podría estar más de acuerdo. Y no tiene nada que ver con lo intimidado que estoy por tus amenazas, Livie. Estás bellísima, Jill —respondió Matt.

Sus ojos la recorrieron perezosamente y la hicieron sentir que cada dólar invertido en ese maldito vestido había valido la pena. Como era de suponer, ella se ruborizó. Jill lucía un mini vestido azul oscuro de mangas tres cuartos que combinaba dos texturas completamente diferentes como el charol y el plumeti. Tenía un profundo escote en V, donde el plumeti no tenía forro y dejaba expuestas las transparencias. En ese vestido de diseñador y en los tacones de infarto, todo

comprado en una liquidación de otra liquidación de otra liquidación, Jill había gastado más de la mitad de su sueldo. Lo había comprado para usarlo en la fiesta de Fin de año del bufete, pero a último momento David le había avisado que no llegaría a tiempo y ella prefirió quedarse en casa trabajando.

—Ahora, largo de aquí —ordenó Livie—, tengo una cita con los señores Häagen–Dazs, que son los únicos que jamás decepcionan. Dybron, no lo olvides, te estoy vigilando. Cuídala.

—Sí, señora. Jamás osaría enfadar a una embarazada tan guapa.

—Ay, Dybron, eres de los incorregibles. Lograrás que me ruborice —respondió Livie, encogiéndose de hombros y batiendo las pestañas adrede.

—No te comas todo el pote, Livie. Por favor, es mucha azúcar —rogó en un susurro Jill a su amiga cuando le dio un beso de despedida.

—No te preocupes. Pásala lindo y no te atrevas a volver esta noche.

A diferencia de ella Livie no tuvo el decoro de decirlo en voz baja.

—No lo hará —aseguró Matt desde la puerta.

Matt la llevó al restaurant del Boston Harbor Hotel. Para ser dos personas que se conocían hacía relativamente poco, comieron y charlaron como si fueran amantes de toda la vida. A pesar de sus amenazas, Matt no se propasó en ningún momento. Solo roces inocentes, varias veces le acarició los antebrazos con suavidad. Poco a poco, a Jill le comenzó a latir el corazón con fuerza hasta que sintió que la desbordaba de una extraña y nueva sensación de anticipación sexual.

—Deja ya de hacer eso.

—¿El qué, cariño?

—Lo haces adrede —lo acusó Jill.

—¿Te aburre mi conversación? Eso es para que te des cuenta de que no solo estoy aquí por tus hermosas y grandiosas tetas.

—Sé bien que no son ni hermosas ni grandotas.

—Son deliciosamente pequeñas, tanto así que no logro apartar los ojos de ellas. —Matt se levantó de la silla y rodeó la mesa. Se acercó a su espalda y como buen caballero que era le corrió la silla para que Jill se parara. Cuando lo hizo, atrapó el pendiente de Jill entre sus dientes y dijo—: Mueve el culo, Jill, que ya no me alcanza con mirarlas.

Matt se alojaba en una suite del mismo hotel. El Boston Harbor Hotel estaba ubicado frente al mar, en la zona de Rowes Wharf. La habitación tenía vistas al puerto de Boston y embarcaciones de todos los tamaños dormían balanceándose a la par de la marea, ancladas en el muelle. La suite era más grande que el apartamento de Livie. Enormes ventanales curvos, que iban de techo a piso y de pared a pared, daban acceso a la terraza privada. El mobiliario era ecléctico. Ningún mueble era exactamente igual al otro, ni siquiera en el color y mucho menos en las formas, sin embargo, la decoración era de revista. Detrás del sillón de dos cuerpos que miraba al ventanal había una especie de escritorio donde Matt había estado trabajando. La *laptop* estaba abierta y había un anotador con algunas cifras y cálculos escritos en él. A un lado, siempre con las vistas al espejo

de agua, había una mesa cuadrada para ocho comensales. En el techo colgaba una enorme lámpara de araña circular formada por incontables lágrimas de cristal. Era una lámpara opulenta y con carácter, pero no podía competir contra el paisaje que se desplegaba a través de los ventanales.

Matt sirvió dos copas de una botella de champagne que los esperaba en la mesa. Jill lo necesitaba, en algún punto del camino se había puesto nerviosa.

—Estás callada.

Ella percibió el olor a limpio, a sándalo y a algo que era inequívocamente propio de Matt, y cerró los ojos. Bebió un sorbo del vino burbujeante.

—Estoy nerviosa.

—Yo puedo hacer algo para tranquilizarte.

—Matt, no todo es sexo.

—No, no lo es —susurró a sus espaldas con voz ronca y le mordisqueó la nuca al tiempo que bajaba la cremallera del vestido.

Sin quitarlo del todo introdujo sus manos por la espalda y la rodeo hasta llegar a sus pechos. Jill contuvo la respiración cuando los rozó apenas, casi sin tocarlos, con el dorso de los dedos. De repente, la tela del vestido la asfixiaba y le lastimaba la piel. Jill ansiaba desprenderse de todo, pero no lo hizo porque el cuerpo no le respondía a ella, estaba bajo el encanto de los susurros y la proximidad de Matt.

—Son increíblemente hermosos.

Matt la acariciaba mientras le decía al oído todo lo que haría con ellos. Susurraba con voz muy ronca y los envolvía a ambos en una excitación abrasadora. Jill era sensible en esa parte de piel del cuello que él lamía, besaba y mordisqueaba. Estuvieron así largo rato, de cara a los ventanales, sin apenas tocarse hasta que él la hizo dar vuelta para tenerla frente a él. Le puso las manos en la cara y rozó suavemente la sien con la nariz. Jill buscó su boca y se deshizo de su corbata; con dedos temblorosos, desabrochó lentamente uno a uno los botones de su camisa. No apartó la mirada de la suya, y cuando hubo desabrochado todos los botones pasó las palmas de su mano por el firme torso. La fragancia de Matt la hechizaba, se acercó a su piel y besó el triángulo del cuello. Se tomó su tiempo, besando cada centímetro mientras bajaba. Cuando llegó a la cintura del pantalón se deshizo del cinturón y bajándolos liberó la erección. Introdujo su miembro en la boca, desde el hinchado extremo hasta casi la base. Se esforzó por tragarlo por completo, pero él era demasiado grande. Los ojos claros de Matt se oscurecieron a tal punto que no se distinguía el iris de la pupila. Jill lo observaba, necesitaba saber que lo complacía, que le regalaba el mismo placer que él le daba a ella. Lo lamió y se ayudó con la mano para intensificar las sensaciones. Cuando él cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, casi derrotado ante ella, Jill se concentró en el glande hinchado. Los dedos de Matt se enterraron entre sus cabellos y deshicieron el peinado. Jill saboreó unas gotas del líquido salado y apuró el ritmo, quería a Matt de rodillas por el placer que ella le proporcionaba. De pronto, él la levantó del piso y la cargó en su hombro.

—Nunca antes que ti, encanto —dijo y le dio un buen mordisco en el trasero mientras la llevaba

en volandas al dormitorio de la *suite*.

Con un movimiento rápido y seguro, la giró y la hizo caer de espaldas contra el colchón. Matt se arrodilló a horcajadas sobre ella y cubrió sus labios con los suyos. La besó profunda y ferozmente. Jill no supo bien en qué momento terminaron de quitarse toda la ropa, si antes, durante o después. Resultó que Matt guardaba varios trucos bajo la manga, algunos incluyeron el champagne que habían dejado a medio tomar. Durante toda la noche disfrutaron de sus cuerpos y bailaron al son de la canción más antigua de todos los tiempos. Al principio, y por el tiempo que habían estado separados, se saciaron de forma salvaje y con prisas, incluso con las ropas a medio vestir. Luego, Matt la llevó a alcanzar el orgasmo más placentero que cualquier mujer podría tener, el del amor. Incluso Jill se oyó rogar cuando alcanzó la cumbre despacio, muy despacio junto a él.

Jill había reconocido que estaba enamorada de Matt Dybron incluso antes de irse de Gretna, pero confirmar que no lo arrancaría tan fácilmente de su corazón como ella creía hizo sonar todas las campanas de su cabeza. «No te olvides de abordar ese temita mañana por la mañana, Jill», se regañó, aunque no lo suficiente porque rápidamente se entregó al sueño entre los brazos de Matt mientras sus dedos trazaban el contorno de su espalda.

Se durmieron con las piernas enredadas. A pesar de lo exhausta que estaba, Jill se despertó de vez en cuando para descubrir que se encontraba envuelta por el calor de Matt. Aprovechaba esos instantes para acariciarlo y seguir el delineado de los rasgos de su rostro mientras dormía y no podía descubrirla. Él debía de estar completamente exhausto porque casi ni se movió durante toda la noche, ni siquiera sintió el roce del dedo de ella. Sabía que lo había extrañado, pero hasta que estuvo nuevamente entre sus brazos no se había dado cuenta de cuánto. A diferencia del día anterior, ahora Jill ya no estaba tan segura de lo fácil que le resultaría moderar sus sentimientos. Le encantaba tenerlo a su alrededor y nadie conseguía hacerla reír como él. Se había vuelto vulnerable, él la había vuelto vulnerable y sabía que era un error.



## Capítulo 12

*Un mes más tarde.*

Jill introdujo el código de seis cifras para ingresar al subsuelo del edificio del barrio de DUMBO donde vivía Matt. Era la tercera vez que iba a su apartamento. Mientras conducía la camioneta prestada por los estrechos pasillos del garaje subterráneo (y rezaba para no abollarla) pensó en aquel fin de semana, un mes atrás, cuando Matt se fue sin dejar ninguna promesa de volver a verse. El orgullo de ella no le había permitido tener la conversación que tanto había planeado en su mente y, justo cuando se estaba haciendo la idea de conseguirse un pijama de franela y una bata haciendo juego para recuperar su corazón a base de azúcar y carbohidratos, tal y como lo hacía Livie, Matt volvió a llamarla. Le había dicho que ese fin de semana no podría ir a Boston, pero que esperaba que moviera ese hermoso trasero y fuera a verlo ella.

La asustó la idea de que esa sola llamada y esa voz con el cálido acento neoyorquino tuviera el poder de hacerla feliz. «Sí, cálido, aunque tres cuartas partes del país esté en desacuerdo conmigo», pensó Jill desafiando a la tribuna imaginaria. Desde entonces se vieron todas las semanas. A diferencia de ella, que no podía escaparse del trabajo, Matt iba a Boston los jueves y se quedaba hasta el lunes a la mañana, cuando se iba directo a la oficina. Y, cuando él no podía ir a verla, era Jill la que se iba directo desde la oficina hasta el apartamento de Matt.

Matt le había avisado que no llegaría temprano para recibirla. Cuando Jill atravesaba el vestíbulo, el conserje del edificio le entregó una nota escrita de puño y letra de Matt. «Espero que este buen señor no la haya leído, no es exactamente la lista del supermercado. ¿No podría haberme mandado un mensaje al celular?», pensó Jill en el ascensor cuando abrió la nota y la leyó.

Querido culito precioso:

Lamento no llegar a tiempo. Encontrarás fácilmente todo lo necesario para esperarme con una cena casera bien calentita sobre la mesa. Desde luego que espero me recibas en cueros, de otra forma, me sentiré sumamente desilusionado. Y, cuando me refiero a cena casera bien calentita (admitámoslo, la cocina no es lo tuyo), estoy pensando en tu cuerpo tendido en la mesa del comedor con alguna que otra cosa por encima. Puede ser chocolate caliente o nata. No soy exigente con las coberturas.

No me decepciones, encanto.

M. D.

Jill sonrió, hasta podía oír la voz burlona de él en su cabeza mientras leía la nota. El elevador se abrió en el último piso de la torre del reloj de DUMBO, que estaba ubicado a orillas del East River, franqueado por los puentes de Manhattan y de Brooklyn. Salió del ascensor al vestíbulo privado, que tenía las paredes y el piso forrados con paneles de madera muy oscura. El ático era de tipo *loft* y, una vez fuera del vestíbulo, una pared con una serie de enormes ventanales, que abarcaban el living, comedor y cocina, ofrecían espectaculares vistas panorámicas del puente de Williamsburg, el puente de Brooklyn y la silueta de Manhattan que, en los atardeceres limpios como ese, era más impresionante que de día. Jill dejó la maleta de mano a un costado de la pared e inhaló la fragancia a Matt que estaba suspendida en el ambiente. Era como si dejara su marca personal en todo aquello que le pertenecía.

El apartamento era sobrio, masculino y muy moderno. No tenía nada que ver con la rústica Gretna. Ocupaba la última planta de la famosa torre por completo. Se podría decir que era el mejor de todo Brooklyn. Además, estaba completamente ordenado y excelentemente decorado por un amigo de la cuñada de Matt. En lugar de pararse a admirar las vistas, Jill contempló el apartamento. Parecía una adolescente queriendo saber todo sobre su *crush*. En la sala había dos sillones de cuero marrón enfrentados entre sí. En el medio de ambos, la mesa ratona oval de mármol de Carrara pulido estaba desprovista de objetos. A un lado, sobre la pared de las ventanas, había dos butacas individuales de terciopelo gris hielo. Por experiencia, Jill podía asegurar que esas butacas eran de lo más cómodas, a pesar de su aspecto. Unos almohadones naranjas le daban la nota de color al lugar. La mesa del comedor era exactamente igual que la mesa de café, solo que a mayor escala. No había un solo objeto de decoración, mueble o pelusa fuera de lugar. Matt contaba con la ayuda de una amable señora que todos los días ordenaba el desorden que él dejaba a su paso. Sin dudas se ganaba cada penique, porque hacía un excelente trabajo.

Jill se quitó los tacos y los acomodó a un lado de su maleta. Lentamente se dirigió a la isla de la cocina, que estaba pegada al comedor. Era de piedra gris y casi tan larga como la mesa. Pulsó una de las puertas de la moderna alacena y cogió un vaso, abrió el grifo y lo llenó de agua. Luego de beberlo, se sentó en una de las sillas de la isla con los dedos entrelazados sobre la mesada sin saber bien cómo actuar ni qué hacer. Si bien quería conocer todo sobre Matt, había descartado husmear entre sus pertenencias o revisar su basura. Aunque esas ideas le resultaron atractivas, sabía que no se sentiría bien consigo misma haciéndolo.

No sabía a qué hora llegaría Matt. Solo le había dicho que tarde. Los minutos y horas tienden a volar cuando hay cosas para hacer, pero parecen de chicle cuando no hay pendientes, pensó Jill tamborileando los dedos contra la fría piedra de la mesada. El sonido que hacían sus dedos, magnificado por el absoluto silencio que reinaba en el apartamento, parecía irreal. Jill se obligó a dejar de hacerlo y el sonido cesó abruptamente, lo que la obligó a dar un respingo. Estaba incómoda, una cosa era estar en el apartamento con Matt y otra muy distinta era estar sola. Intentó entretenerse y revisó los correos electrónicos desde el celular. Evitó los correos que tenían que

ver con el trabajo porque no tenía el material a mano para responder con seguridad sobre ciertas fechas. Cuando metió la mano en el bolsillo del pantalón que había llevado a la oficina, sacó la nota de Matt y consideró seriamente esperarlo como él había sugerido. Pero se le ocurrió algo mucho mejor. Con una sonrisa diabólica en sus labios ideó un plan que, sin dudas, lo espantaría, pero le encantaba meterse con él. Matt pensaba que no sabía cocinar ni una tostada, eso era por Gretna y porque hacía años que no lo hacía. Le gustaba cocinar, solo que no tenía tiempo para hacerlo. Decidió que lo sorprendería.

Miró la hora. Tenía que darse prisa si quería sorprenderlo o, más bien, asustarlo. De repente, Jill había pasado de no saber qué hacer con todo el tiempo que le restaba para que llegara Matt a no tener el tiempo suficiente en la fracción de un segundo. Rápidamente se cambió la ropa de la oficina por un cómodo par de *mom jeans* y una raída camiseta de la Universidad de Columbia, de Matt. New York podía llegar a ser frío como Boston, incluso casi al final del invierno, así que cogió el abrigo que había utilizado para la oficina y salió de allí.

No estaba familiarizada con el barrio, aunque estaba segura de que fácilmente encontraría un mercado para comprar todo. Estaba de camino de vuelta al edificio con varias bolsas de compras, cuando un escaparate de artículos de cocina llamó su atención y cedió al impulso de comprar la frutilla del postre.

A su regreso, Jill abrió y cerró todas las puertas de la alacena y bajo mesada hasta encontrar lo necesario. Matt mal presuponía que ella no sabía cocinar. Bueno, se llevaría un buen chasco. Si bien Jill no había tocado una olla desde hacía más años de los que pudiera recordar, la verdad era que había aprendido a cocinar a la fuerza. Su hermana, su madre y ella algo tenían que comer y la única cocinera dispuesta y con la edad suficiente para encender el horno era ella. Cada vez que su abuela iba de visita, le enseñaba recetas nutritivas y fáciles de hacer. Incluso sabía hacer un sabroso caldo de verduras y jengibre que reservaba para cuando Norah caía enferma. Se puso el delantal que rezaba «Home Sweet Home» para proteger su ropa y no pudo evitar sonreír. Iba a jugar a las casitas y estaba segura de que aquello asustaría a Matt. Jill lo esperaría como una buena esposa con el delantal puesto, la comida casera caliente y con la actitud de reina del hogar. Se dispuso a lavar y cortar todas las verduras. Haría un estofado de carne que sabía que le salía riquísimo, era el preferido de Norah cuando era pequeña. Sin quererlo, su mente retrocedió en el tiempo.

Cada noche, cuando iba al instituto, Jill sentaba a su hermana en la mesa de la cocina y, mientras Suellen hacía las tareas, ella preparaba la cena. Generalmente, su madre estaba descansando, al menos así le decían ellas.

—¿Puedo ayudarte a cortar la cebolla?

—Te hará llorar.

—Entonces los tomates —insistió Suellen, que había levantado las narices del cuaderno de ciencias.

Suellen era pequeña, pero sabía que las cosas andaban mal y, como todos los niños hacen, trataba de amenizar la situación como podía, a su pequeña manera. Comía todo lo que le servían, ofrecía su ayuda para hacer todo hasta que resultaba insoportable y no traía nunca, jamás, una mala nota o una queja del colegio. También se esforzaba por llenar los silencios. Hablaba constantemente de las amigas que tenía y de lo bien que la pasaba con ellas. Aunque más tarde, Jill descubrió que la última parte era mentira.

—Primero termina tus deberes y luego me ayudas. Por lo menos pondrás la mesa.

—Vale.

Se le encogió el corazón ante el recuerdo vívido de aquellos días. Jill cerró los ojos fuertemente, la vieja angustia le revolvió el estómago y se le llenó de saliva la boca. Apartando la sensación a un lado, encendió la hornalla de vitrocerámica y puso a cocinar las cebollas finamente cortadas. De pronto, el humor se le había cambiado y ya no sentía la exultación de antes por la broma a Matt. Sorbió por la nariz la humedad que le había provocado cortar las cebollas —era por eso, ¿no?— y se dedicó a los vegetales duros. Sin quererlo, había abierto una compuerta que debería de haber permanecido cerrada. Estaba segura de que tenía recuerdos lindos de su infancia y adolescencia, pero los primeros y únicos recuerdos que se le venían a la mente eran los más dolorosos. Realmente, esperaba que a Suellen no le ocurriera lo mismo.

—Mamá, la cena está lista. Te hice el estofado de la abuela que tanto te gusta —le había dicho a su madre la primera vez que lo cocinó para ella.

Al principio Jill cocinaba los platillos que sabía que a su madre le encantaban para hacerla sentir mejor y verla comer algo más que comida chatarra a deshora.

—No tengo hambre.

—Mamá, por favor baja. Cuando estaba la abuela de visita bajabas a cenar.

—Era porque me obligaba y quería que se fuera rápido. Pero no tengo ganas, Jill. Tal vez la próxima.

Jill no se movió de la habitación de su madre, que estaba hecha un ovillo en el medio de la cama matrimonial que había compartido con su padre hasta hacía solo unos meses. Aún estaban las fotos familiares en los portarretratos. Su madre ni siquiera la miraba y el aguijón del resentimiento aún no había anidado en su interior, todavía la dominaba la culpa.

Jill escapó del nubarrón de recuerdos y volvió al presente de sopetón. Bajó la vista y contempló el hilo de sangre que escurría por la piel rasgada. Se había cortado el dedo índice. Era apenas un corte, pero sangraba mucho. Cortó varios pedazos de papel absorbente de cocina y los envolvió en él. Cuando la sangre comenzó a menguar, lo puso debajo del agua del grifo para limpiar la

herida. De un tiempo a esa parte, los recuerdos la acechaban más de lo que quería. Los había mantenido a raya durante muchos años y, gracias a las sesiones con la psicóloga, había logrado perdonar a su madre y a su padre. Ya tenía todo superado, al menos eso creía ella. Tal vez David tuviera razón y ella tenía que ordenar toda su mierda.

Desde que había aparecido, Matt Dybron había tenido el efecto de un ciclón y lo había puesto todo patas para arriba. Jill ya no se sentía segura de nada. Y estaba convencida de que era un error continuar con esa relación, si era eso lo que tenían. No lo habían hablado hasta el momento y no sabía cómo abordar el tema con él. Le fue imposible no comparar lo que había tenido con David con lo que sentía por Matt. Matt parecía conocerla más, entenderla más y ella, también a él. Podían permanecer callados, a gusto con aquellos silencios mientras que en otros momentos no paraban de hablar. Matt era capaz de hacerla reír de sus temores infundados, de su mojigatería y de su exagerado sentido de la responsabilidad. Por extraño que pareciera, Matt ocupaba el mismo rol que Livie en su vida. Hasta que conoció a Livie, Jill no había aprendido lo que era la amistad. Y hasta que conoció a Matt, ella no había sabido lo que era amar. Él la liberó de las cadenas que se había impuesto. Hasta que él llegó a su vida, nunca nadie había ocupado ese lugar preponderante en su corazón y en su mente. Si incluso hasta en su ausencia estaba presente más de lo que debería. Ya sabía que estaba enamorada de él. Eso era un hecho, incluso lo había aceptado sin ningún tipo de drama. Sin embargo, lo que no había asimilado aún era que no podía controlar ese sentimiento. Se tranquilizó a sí misma como lo había hecho durante el último mes repitiéndose una y mil veces que Matt no creía en los compromisos y, llegado el momento, le daría la patada. A pesar de que eso la tranquilizaba porque el trabajo sucio le tocaba a él, no pudo evitar sentir un dolorcito en el corazón.

Matt eligió el momento menos oportuno para regresar. Cuando entró y encontró a Jill en la cocina, se frenó de golpe. Muy tranquilo y sin hacer un solo ruido, colocó una caja rosa sobre la mesa del comedor, metió las manos en los bolsillos del pantalón y sentándose en el borde apreció la escena que se desplegaba ante él. Jill no lo había escuchado entrar y estaba midiendo la cantidad de caldo a poner en la cacerola como un científico mide líquidos para una fórmula peligrosamente explosiva. Tanto ella como la cocina eran un completo desastre. El delantal tenía manchas por todos lados, había utilizado casi todos los potes de las alacenas —Matt temió que los del vecino también— y la cacerola era demasiado grande para que allí hubiera comida solo para dos.

—Para ser una obsesiva del orden y la limpieza eres bastante desordenada cuando cocinas —dijo Matt.

—¡Maldición, Matt! —lo retó Jill luego de dar un respingo—. Tienes que dejar de asustarme así.

—No puedo evitarlo, eres muy fácil —explicó Matt con sorna y se acercó a ella.

Sus pasos eran deliberadamente lentos y el corazón de Jill se saltó un latido. Cuando la alcanzó, Matt limpió un poco de salsa que tenía en la mejilla y le dio un tierno beso en la nariz para luego

tomarle la boca mientras que la apretaba contra él. A regañadientes, Jill dio por finalizado el beso para terminar el estofado.

—Encanto, por más que este menjunje que está en la cacerola huele sabroso, me temo que tendrá que esperar. —La voz de Matt era un susurro y el aliento le calentaba la piel de la oreja—. Ahora mismo tengo hambre de otra cosa.

—Ese menjunje es un estofado y te aseguro que te sorprenderá.

—Si tú lo dices —dijo esa vez acariciándole el cuello con la nariz.

—Así es —dijo muy digna.

## Capítulo 13

—Esto está muy bueno, Jill —reconoció Matt zampándose el segundo plato de estofado.

—Me encanta decirlo: te lo dije —aseguró confiada Jill.

—¿Sabes hacer otros platos o solo uno?

—Mi repertorio es bastante amplio. Te sorprenderías con mi pasta.

Luego de hacer el amor, él había cargado el lavavajillas y limpiado la cocina mientras Jill acomodaba todo lo que había sacado de las alacenas y las heladeras. Matt dejó a un lado los cubiertos, la levantó de su silla y la sentó en su regazo. Ella apoyó la cabeza en su hombro y él la abrazó. Con el rostro escondido en el cuello de él, Jill alzó la vista y vio la caja de cartón color rosa que había sobre la mesa del comedor.

—¿Qué es esa caja?

—Es algo para Livie.

—Siempre y cuando no tenga que ver con tu cuerpo, se lo entregaré con gusto.

—¿Cuándo dejarás de venir por mis músculos? —bromeó Matt y le dio un pellizco en la nalga.

—¿Qué puedo decir?, no hay nada más en ti que me atraiga.

—Mentirosa.

Picada por la curiosidad, Jill se levantó del regazo de Matt. La vieja sudadera universitaria de él apenas le cubría la cuarta parte del muslo. Matt pensó que no había visto nada más sensual y glorioso en toda su vida. Jill llegó hasta la caja y volvió la cabeza. Lo miró por arriba del hombro alzando una ceja a modo de interrogatorio. Vio algo en sus ojos, ¿ternura?, pensó ella, pero lo descartó rápidamente.

—¿Qué es?

—Ábrela.

Era una caja llena de *pâtisserie* francesa, dentro de ella había macarrones de varios colores, tarteletas de frutilla, limón, varios cuadraditos de Marquise de chocolate y, lo mejor de todo, muchos *pain au chocolat*. Jill sintió envidia de la dieta a base de azúcares y carbohidratos de Livie.

—Livie no tiene que comer tanto. —La angustia por su amiga se traslucía en su voz.

Matt se acercó, la rodeó con sus brazos y apoyó el mentón en su cabeza.

—Podrías comerlo tú. Prometo no delatarte.

—Jamás podría hacer eso, Livie va a alucinar con todas estas cosas ricas.

—Tranquila, falta poco para que nazca el bebé y, créeme, ni siquiera tendrá tiempo para bañarse.

—¿Qué puedes saber tú de bebés?

—Tengo sobrinos, sé un poco más que tú.

—Estoy segura de que la descendencia Dybron cuenta con niñeras disponibles las veinticuatro horas del día.

—Las hay, solo que mi cuñada y mi hermana no les dejan hacer su condenado trabajo.

Durante un largo rato permanecieron abrazados, en silencio, solo se oían las respiraciones de ambos.

—Matt —susurró Jill.

—¿Sí?

—Creo que estoy un poco celosa.

—Eso tiene arreglo, encanto. Ven —dijo Matt, que esbozó una leve sonrisa y la tomó de la mano para llevarla a la cama—, te haré cositas lindas que jamás haría con Livie.

—Jill, cariño, despierta.

Jill se revolvió entre las sábanas. Abriendo los ojos, rompió el sueño de repente. Yació inmóvil por un momento. Tenía la piel empapada en sudor y las palmas de las manos mojadas. Su respiración era rápida y entrecortada. Miró alrededor de la habitación, era temprano, aún no había amanecido. Respiró hondo. No oyó ninguno de los sonidos familiares. Ni siquiera oía el ruido del tráfico. Una mano le apartó el cabello del rostro.

—No me toques —graznó ella. Tenía la garganta seca como si hubiera gritado hasta quedarse sin voz.

—Tranquila, Jill. Soy yo. Deja que me acerque. Todo está bien —susurró Matt.

Ella intentó incorporarse en la cama y un brazo fuerte la ayudó a hacerlo. Todavía desorientada, tocó el rostro del hombre que yacía a su lado. Le sonrió.

—Fue solo una pesadilla, cariño.

Jill negó con un leve movimiento de la cabeza. Matt le acarició suavemente la espalda.

—No fue un sueño, fue un recuerdo. —La mano de Matt se detuvo.

—¿Quieres hablar de eso? —quiso saber.

—No.

Había vuelto a soñar con su padre.

Matt se inclinó hacia ella y la atrajo hasta acomodarla en su regazo. Jill le rodeó el cuello con los brazos, escondió la cabeza en su hombro y se acurrucó en su calor. Matt la acercó más y le besó la sien. Abrigada por sus brazos y envuelta por su aroma, ya tan familiar, sintió que las hebras de sus músculos agarrotados se relajaban. Protegida por aquellos fuertes brazos, comenzó a hablar. La voz de ella era un susurro, apenas audible.



Nunca podría olvidarse de aquella tarde de agosto. Estaban al final de las vacaciones de verano y con Erin, su mejor amiga de la infancia, decidieron comprar ropa en el centro comercial cercano al pueblo. Ya estaban de vuelta cuando, a lo lejos, vio a su padre en el estacionamiento con otra mujer. Era joven, muy joven y llamativa. Vestía una falda corta ceñida al cuerpo y una blusa que mostraba el ombligo. Era de esa clase de mujer que paraba el tráfico cuando caminaba. Movida por la curiosidad, se acercó a su padre. En su inocencia, aún no lo había comprendido. Ellos tenían esa clase de familia modelo en la que ese tipo de cosas no ocurrían. Iban a la iglesia baptista todos los domingos, cenaban juntos todas las noches, compartían sus problemas. El único defecto que tenía su padre era el de trabajar mucho. «Eso es porque quiere lo mejor para nosotras», repetía su madre siempre que Suellen y ella se quejaban porque los padres de sus amigas iban a verlas a los partidos y obras escolares y el de ellas, no. Mientras se acercaba, creyó que su padre estaba auxiliando a esa mujer. Jill jamás podía pensar nada malo de él. Su padre era su héroe. Sin embargo, poco antes de alcanzarlo, él besó a la voluptuosa mujer tan apasionadamente contra la puerta del auto que usaban para ir a la iglesia que Jill sintió que se le revolvía el estómago del asco. «Esos besos son los que se dan los adolescentes, no los adultos aburridos», pensó Jill. Sin el menor escrúpulo, a la vista de todos y a plena luz del día, su padre le abrió la puerta a la mujer y la ayudó a entrar. Luego rodeó el coche y se metió en él. Antes de poner en marcha el auto familiar, la besó nuevamente, como si no pudiera esperar un segundo, y se metió en el tránsito. Erin, su amiga, se ofreció a seguirlos, pero Jill descartó la idea. Esa misma noche, cuando Suellen ya se había dormido, Jill obligó a su padre a confesar la infidelidad a su madre, convencida de que estaba haciendo lo correcto.

Matt la meció suavemente y le acarició el cabello con los labios. Jill nunca dejó de sentir su toque y el calor de sus caricias reconfortándola continuamente. Era la primera vez en mucho tiempo que compartía su historia con alguien. Ni siquiera David la conocía toda, solo algunos fragmentos.

—Mi padre se fue de casa. Se casó y formó otra familia, le sucedió varias veces a lo largo de su vida, pero esa es otra historia. Cuando nos abandonó, nuestra vida cambió por completo en un abrir y cerrar de ojos. Suellen, mi hermana, era pequeña y yo estaba en la adolescencia. La vida de mi madre giraba en torno a esa familia perfecta y, cuando todo salió a la luz, casi pierde la cabeza. Vengo de un pueblito religioso y tradicional. Fue duro para nosotras. Los vecinos dejaron de saludarnos; las mamás de mis amigas no veían con buenos ojos mi compañía, así que se alejaron de mí y me quedé sola, creían que era una mala influencia; el dinero comenzó a escasear y mi madre nunca volvió a hacer la misma de antes. —Jill parpadeó repetidamente en un intento de eliminar la humedad de sus ojos—. Poco después me enteré de que mi madre ya sabía de las andanzas de mi padre. Lo único importante para ella era que nadie se enterara y continuar con la farsa de la familia perfecta. Me sentí responsable por todo lo que tuvimos que pasar. En realidad, me hicieron sentir responsable. Mi madre me culpaba y yo trataba de aliviarle el sufrimiento como fuera. Cargaba responsabilidades que no me correspondían y fue demasiado para mí. Hasta que

me fui a la universidad y puse distancia, no logré despegarme del vínculo enfermizo que tenía con mi madre. Pasé por todas las etapas: culpa, resentimiento, bronca. La terapia me ayudó a superarlo.

Embebida por aquella conexión que compartía con Matt, alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Temió que Matt no llegaría a comprender la tragedia de todo lo que habían vivido. Los desprecios, el ocaso de su madre, las boletas impagas, el sufrimiento propio y el de su hermana. Todo había sido demasiado para los hombros infantiles de Jill y Suellen.

Cerró los ojos cuando Matt la estrechó entre sus brazos. Acurrucada contra su pecho, con su mejilla pegada en su hombro, inhaló su fragancia y dejó que él la amara. Sus cuerpos encajaban tan gloriosamente que parecían creados y moldeados el uno para el otro.

Cuando volvió a despertarse, el sol de la mañana se colaba por los costados de las pesadas cortinas. A su lado, Matt continuaba durmiendo abrazado a su cintura. Tenía los labios apenas separados y dormía profundamente. Jill siguió con la punta de los dedos el camino de las cejas de él, el puente de la nariz y las mejillas. No quería despertarlo, pero le costaba tantísimo trabajo no tocarlo.

Lo de la noche anterior había sido especial. Luego de que Jill compartiera los retazos más dolorosos de su vida, Matt la había amado con pasión y ella no se había reservado nada. Exhaustos, se durmieron abrazados tal como habían amanecido.

## Capítulo 14

—**P**or todos los santos Jill —ladró exasperado Matt dando un portazo a la puerta de entrada. Habían almorzado en uno de los restaurantes con las mejores vistas de Brooklyn. Luego habían echado una siestita bajo el sol, en el parque. Después, empezaron a pelear—. No te pido matrimonio.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué? —Matt la miró como si fuera una demente.

—Cambiar las reglas.

—¿De qué jodidas reglas hablas?

—No te atrevas a maldecir cuando discutes conmigo, Matthew Dybron.

Matt dejó caer su metro noventa en uno de los sillones como si discutir con Jill y sostenerse en pie supusiera demasiado esfuerzo. Apoyó los brazos en las rodillas y se frotó el puente de la nariz como si intentara resolver una ecuación imposible.

—Escúchame, tengo que ir acompañado. ¿Quieres que vaya con alguien más?

—Por supuesto que no —contestó enfadada—. ¿Quieres ir con alguien más?

—Diablos, no.

—Yo no creo que estés listo para este tipo de compromiso.

Jill estaba siendo irracional y Matt pareció perder el escaso control que tenía. Ya ni sabía por qué discutían. Él solo le había pedido a Jill que lo acompañara a la gala que su familia patrocinaba. Solo eso.

—¿De qué compromiso hablas? He llevado a la gala más mujeres de las que puedo recordar y nunca, jamás, se preocuparon más allá del vestido que tenían que lucir. ¿No podrías hacer lo mismo?

—Pues lleva a una de ellas si eso te hará sentir mejor.

—Yo no dije eso. Solo quise dar un ejemplo. ¿Realmente no te importaría verme con otra mujer, Jill?

—Nosotros no tenemos nada, Matt. Tú mismo me dijiste que jamás podrías ser fiel a una sola mujer.

—¿Eso quiere decir que podemos estar con otras personas?

Jill quería gritarle que no, que lo quería solo para ella, por siempre. Quería preguntarle si cada

mañana él la extrañaba tanto como lo hacía ella. Y si al regresar del trabajo esperaba oír su voz y compartir con ella todo lo que había pasado durante el día. Imaginárselo con otra mujer le pesó en el estómago y podía sentir que las ronchas le lastimaban la piel de solo pensarlo. ¿En qué momento se había convertido en alguien tan importante en su vida? Se asustó tremendamente.

—Si quieres estar con otras personas, lo único que te pido es que me avises —dijo Jill alzando la barbilla y tragándose la angustia.

—Solo quiero que me acompañes a una maldita gala.

—Tendrás que ir solo.

—Jill, no te entiendo. Ayer querías jugar a las casitas y hoy te asusta que te haya pedido que me acompañes a un sitio.

—¿No lo entiendes?

—No, no lo hago. Explícate.

—¿Qué sucederá después? —preguntó Jill.

—¿Después de qué?

—Vayamos a lo fácil, ¿cómo me presentarás? ¿Soy tu novia, tu amiga, una prima, tal vez?

Matt abrió y cerró la boca varias veces, boqueando.

—No lo sé, no lo he pensado aún. ¿Quieres que te presente como mi novia? —preguntó Matt con desagrado.

—No, definitivamente no.

—No te presentaré y listo. —Matt supo al instante que había dado la respuesta incorrecta.

—¿Lo ves? Es mejor que no vaya.

—Esto no se trata de la gala. Tienes miedo.

Por supuesto que lo tenía. Matt era una aplanadora que barría todo a su paso y la dejaría estéril cuando decidiera irse o se hubiera aburrido de ella. Se había hecho a la idea de que eso ocurriría pronto. Podía lidiar con ella destrozada por un Matt cínico y frío, pero no con esto. Matt tendría que darle una patada, no llevarla a galas y presentarla a su familia. Jill estaba convencida de que tenía la fuerza suficiente para volver a levantarse, pero no si él cambiaba las reglas del juego. La verdad se había revelado por fin, pero ella no estaba preparada para aceptarla frente a él. Aunque se consideraba una mujer audaz e independiente, jamás se había arriesgado en sus relaciones. Tendía a alejarse de las complicaciones o de la amenaza de que alguien fuera importante para ella. Elegía estar a salvo.

—Va en contra de tus principios.

—Jill, ¿qué quieres? Dímelo para que logre comprenderte.

—Quiero que las cosas queden como están.

—Eso es imposible, ¿acaso no lo ves?

Ahora fue el turno de Jill de boquear como un pez fuera del agua. Él también se sorprendió. Hasta ese momento, no lo había pensado, pero una relación duradera con Jill le pareció lo más natural del mundo.

—Matt, piénsalo un momento. No estás preparado para un compromiso.

—No hables por mí, Jill. Haces transferencia.

—Muchas gracias, Freud.

—Ya no me conformo con lo que tenemos. Creí que no sería necesario profundizar en ello, pero veo que sí. Es hora de aclarar las cosas, Jill.

Matt la presionaba a propósito. No iba a dejar que los miedos de ella y sus inseguridades los aplastaran. Con él era todo o nada y el momento de dilucidarlo era ese.

—Quiero que digas qué somos —presionó Matt.

—Yo... yo no necesito un título —tartamudeó.

—Lo sé, pero yo sí y quiero oírlo de tu boca.

—Jamás estaría con otra persona.

—Lo sé, pero no estoy hablando de eso.

—¿Qué...qué quieres de mí, entonces?

—Todo.

—No... no, Matt. No podría...

Jill evitaba mirarlo a los ojos. Primero, se volvió hacia la ventana para contemplar el paisaje neoyorquino al otro lado del East River. Con el dedo índice, Jill resiguió una costura del sillón. El corazón le rugía y oía los atronadores latidos como si lo sostuviera en la palma. No quería mirarlo a los ojos, incapaz de lidiar con sus emociones. Él espera, con tranquilidad y paciencia, a que ella enfrentara su mirada. Jill no era una cobarde, así que reunió coraje y alzó la vista hacia Matt. Casi se arrepintió al instante. Él tenía la expresión fría que en nada se parecía a la del hombre que le había hecho el amor y consolado durante la noche.

—Explícame, Matt —dijo Jill decidida a hacerle notar lo complicado de la situación—, ¿cómo lo haríamos? Resolvamos lo más urgente, ¿cuándo te mudarías a Boston?

—Sabes bien que no puedo mudarme a Boston.

—Entonces tendría que mudarme yo aquí.

—Cuando decidamos vivir juntos, sí, creo que sería lo ideal. Pero falta tiempo para eso.

—¿A este apartamento tuyo?

—Si no te gusta, podríamos elegir otro.

Matt contestaba las preguntas que Jill le hacía sobre el futuro que él imaginaba en su cabeza.

—También tendría que buscarme un trabajo aquí. Tendría que rendir el examen para poder ejercer.

—Eres inteligente y, además, una excelente abogada. Estoy convencido de que lo lograrás. Puedes conseguir un excelente puesto aquí en Nueva York.

—Sobre todo, con tu ayuda, ¿cierto, Matt?

—Podría ser. No creo que lo necesites, cariño. Pero, sí, definitivamente podría hablar con alguien.

—Entiendo. Matt, pides demasiado. Pides cosas que yo no te daré nunca.

—¿Se las podrías dar a otra persona?

—¿Te refieres a David? Sabes bien que no es lo mismo.

—Por supuesto que no es lo mismo, Jill. Yo no me conformaría con las migajas que le dabas a él y eso te aterra.

La crueldad de sus palabras fue como un cuchillo. La relación que Jill había tenido con David había despertado de a poco. Primero habían sido amigos; luego, amantes y, por último, desconocidos. Habían sido muchos años de relación y convivencia, sin embargo, ni siquiera en sus mejores momentos, la unión fue total. No el tipo de unión que tenía con Matt. Nunca había sentido esa atracción inmediata por alguien hasta que lo conoció. Las cosas iban demasiado deprisa y, para su asombro, eso no era lo que la frenaba, sino el miedo a que fracasaran.

—No sabes nada de mi relación con David.

—Sé que lo tratas como a tu hermano menor, un hombre totalmente inofensivo. Si hasta te da lástima echarlo de tu apartamento —explotó Matt—, y una relación conmigo sería totalmente diferente. Estás muerta de miedo, Jill.

—Eres un imbécil.

—Bueno, no eres la primera mujer en decírmelo.

—Me ofreces todo aquello que siempre odié y ni siquiera te das cuenta.

Matt se meció los cabellos, resignado. Quería saber en qué momento se había desvirtuado la conversación con Jill y pasaron a hablar de vivir juntos. Le ofrecía en bandeja lo que muchas quisieron que les prometiera y jamás quiso dar.

—Matt...

—Jill —masculló Matt y le puso un dedo en los labios para silenciar sus protestas—, empecemos con la gala. Daremos un paso a la vez. Es simple, podremos con eso y ninguno de los dos necesitará huir corriendo. ¿Te parece, cariño?

## Capítulo 15

Luego de una jornada entera de guardia, Livie entró al apartamento y encontró a Jill concentrada en la pantalla de la computadora. No se habían visto desde el viernes anterior porque esa semana le tocaban horarios espantosos que no coincidían con la mayoría de los mortales. Amagó con ir a la cocina a buscar uno de los deliciosos *pain au chocolat*, pero cuando vio la caja rosa encima del tacho de basura, supo que había llegado tarde.

—¿Te comiste toda la caja? —recreminó Livie.

—Solo quedaban un par.

—Pero eran míos.

—No volverá a ocurrir, lo prometo. ¿Cómo fue tu día?

—Una mierda. Un borracho me vomitó mientras le hacía una sutura en un pie; el idiota del doctor Zimerman piensa, y dice a quien quiera oírlo, que mi barriga gigante es un estorbo; las enfermeras insisten en saber el sexo del bebé; mis pies ya no entran en ningún zapato de tacón alto y, encima, te comiste esas cositas de chocolate que tanto me gustaron.

«Recuerda que el globo con forma de mujer que está delante de ti se comió a tu adorable amiga. Falta poco para reencontrarte con la vieja Livie. Solo resiste un poco más», se alentó Jill y realizó varias respiraciones profundas para no contestar mal.

—Livie, hace meses que no usas nada más que zapatillas.

—Pero hoy quería ponerme zapatos de tacón. Y quiero que sepas —continuó Livie— que, a partir de ahora, rotularé mi comida. Hay cosas que no puedo compartir.

Jill tenía paciencia con su amiga. Durante el último mes, necesitó la paciencia de tres santos para no estrangularla. Ella trataba de complacerla y ayudarla en todo lo que podía. Y, cuando sabía que estaba al borde de perder el aguante, se iba a dar unas vueltas por el barrio. Mientras Jill continuaba concentrada en su trabajo, Livie se dio un baño y se puso ropa cómoda. Cuando volvió se sentó a su lado y se acurrucó contra ella. Livie apoyó la cabeza contra su hombro. Podía sentir en la mejilla los casi imperceptibles movimientos de los músculos del brazo de Jill al volar sobre el teclado.

Suspiró sonoramente una vez.

Suspiró sonoramente dos veces.

Suspiró sonoramente hasta que su amiga dejó la *laptop* a un lado.

—¿Estás bien, Livie?

—La semana que viene entro en licencia —le contestó Livie.

—Lo sé.

—Te juro que estaré de mejor humor cuando no tenga que ir a trabajar.

—Desde luego.

Jill le acarició el cabello y no le creyó un ápice. Estaba casi cien por ciento segura de que eso no era verdad. Al contrario, se hacía cruces ante la perspectiva de Livie aburrida y sin nada para hacer. «Tendré que comprarle algunas novelas románticas para que se entretenga», pensó Jill.

—Lo siento.

Jill se encogió de hombros.

—No te preocupes. Ya me acostumbré a tu lado malvado.

—Pensé que dirías caprichosa o malcriada.

—Eso también. Pero tiendo a medir mis palabras. Metes miedo, Livie.

—Malvado es un tanto exagerado —terció su amiga.

—Si tú lo dices...

—Sabes que puedes comerte todos los dulces que quieras.

—Ya lo sabía. No tomo en serio tus amenazas. Eres como un chihuahua insoportable que solo ladra.

—Por lo que pude ver, también falta un pote de helado. Y no es que los estuviera contando —se atajó Livie antes de que Jill dijera algo.

—Bueno, es que necesitaba algo de tu terapia.

—Humm, la terapia dulce. La mejor de todas.

—Amén.

—¿Tan mal fue el retiro sexual de este fin de semana?

—Bastante —confirmó Jill.

—Ve a por el pote que sobra. Estoy segura de que lo que me contarás me pondrá triste y hará que me baje el azúcar.

Estaban sentadas en el sillón que le servía de cama a Jill, las piernas despatarradas por los lados del sofá. Y, entre cucharada y cucharada, Jill le contó a su amiga la discusión que tuvo con Matt.

—Creo que Matt realmente no sabe lo que quiere.

Livie hizo una mueca que mostró su desacuerdo.

—Jill, Matt sabe bien lo que quiere y también sabe cómo obtenerlo. Deja de ser tan medida. Te mereces un amor de esos que te quitan el aliento. Mereces ser amada, Jill, y, más importante aún, mereces amar con toda tu alma a otra persona.

Las lecciones de vida le habían enseñado a Jill que el paquete de amar demasiado incluía decepciones, despedidas y dolor. Era una forma de supervivencia básica la que la llevaba a distanciarse de las personas para no estrechar el vínculo. Pero temía que esa vez fuera demasiado



tarde para meter mano en el asunto.

—No lo sé, Livie. Tú tienes idealizado al amor. Al fin y al cabo, ¿qué esperas de una relación?  
—preguntó finalmente Jill.

—A estas alturas, me conformo con poco: que no sea casado ni gay.

—No bromees con esto. En serio, ¿qué esperas de la persona con quien quieres compartir tu vida?

—Es una pregunta difícil. Todo depende de la persona que esté a mi lado. Pero, básicamente, que me quiera como soy; que me apoye como yo lo apoyaría a él; que comparta su vida conmigo, incluso los silencios; y, por sobre todas las cosas, que no se espante ante la primera piedra.

—Yo te quiero como eres y no me espanto.

—Y aun así no consideras seriamente mi propuesta de pasarnos al otro bando. Te dije mil veces que haríamos una pareja hermosa.

—Sí, lo sé. Créeme que me encantaría. Pero aún no me llega la llamada.

—Sí, sé de lo que hablas —contestó Livie y tomó otra generosa cucharada—. Sabes, a veces creo que no encontramos al tipo que nos merecemos. Los asustamos. Creen que no podrán con nosotras y es verdad. No pueden. ¿Nos toca esperar a encontrar al que lo consiga?

—O amigarnos con la soledad. No hay nada de malo en estar solas, Livie.

—Pero la soledad no calienta el otro lado de la cama, Jill. Y, a veces, me canso un pelín de luchar sola.

—Saldremos adelante de esta. Te lo prometo. ¿Ya queremos saber el sexo?

—Definitivamente, no.

—¿A la vieja usanza?

—Exacto. Por cierto, hoy fui a ver un apartamento con el agente inmobiliario. No me convenció.

—Livie, le encontraste defectos a todos los apartamentos que visitaste.

—Eso es porque quiero hacer valer mi dinero. Gretna se lo merece y solo voy a comprar un apartamento o casa que me quite el aliento.

—¿Casa? —preguntó su amiga sorprendida. Livie era más del tipo de apartamento con todo a dos pasos de distancia.

—Sí, estoy viendo esa posibilidad.

—¿Casa en los suburbios con perro y todo?

—Aún no llegué tan lejos.

Las amigas estuvieron largo rato sin decirse nada. Los únicos ruidos provenían de las exclamaciones de Livie por el excelente sabor del helado de pote más barato del mercado y del tránsito rezagado de la última hora.

—Jill, yo estoy segura de que Dybron puede contigo.

—Con un hombre como él podría perder todo lo que he conseguido —confesó Jill. Pero se reservó su miedo más importante. ¿Cuánto quedaría de ella cuando Matt se fuera?

—A veces hay que retroceder para avanzar, Jill. Puedes hacerlo aquí, en Nueva York, en Gran Bretaña o en Alaska. Solo tienes que dejar a un lado tus miedos. Además, te conozco y sé que no es eso lo que te frena. Jill, solo porque el hombre que debería de haberte protegido y nunca defraudado lo hizo y de la peor manera, no quiere decir que todos hagan lo mismo y te decepcionen, o se rajen cuando más los necesites.

—Livie, eres demasiado buena para tu propio bien. Y la mejor amiga que pude encontrar. —Jill tomó la mano de su amiga y le dio un sonoro beso—. No estás sola en esto, yo estoy ahí para ti.

—Más te vale. Si no, te traería de los pelos.

Jill caminaba con paso relajado por la calle Berkerley en dirección al parque Boston Common. Había salido a comprar una ensalada para almorzar y comerla en la oficina, pero cambió de idea cuando sintió el calor del sol de abril cosquillearle la piel. Ya habían comenzado a brotar algunas flores y sabía que cuando estallara la primavera Boston sería encantadora, con todos sus jardines florecidos y los cerezos en flor. No había nada como Boston en primavera.

Esa semana había estado más ocupada que de costumbre y se había ganado esos veinte minutos sentada en el parque con su ensalada. Rachel, su jefa, estaba de viaje y Jill debió reemplazarla con varios de sus clientes. Por suerte, regresaba al día siguiente y todo volvería a la normalidad. Era un día tan pero tan soleado que Jill dudó de que no estuvieran ya en plena primavera. El pronóstico anunciaba una regia tormenta para la tarde noche, pero ella estaba segura de que se equivocaba. Alzó el rostro hacia el cielo para que los rayos del sol le dieran de lleno. Estaba completamente feliz.

Matt también se había ido de viaje y era la primera vez que pasaban tanto tiempo sin verse desde que se habían reencontrado. Tampoco tenían la oportunidad de conversar mucho por teléfono. La diferencia horaria hacía que cuando uno tenía tiempo, el otro estuviera trabajando o durmiendo y viceversa. Los pocos contactos que mantuvieron, si bien constantes, fueron escuetos. Sin embargo, los días que había pasado alejada de él le ofrecieron la inmejorable oportunidad de analizar su relación desde otra perspectiva.

Durante la semana que estuvieron sin verse, Jill sacó en limpio varias reflexiones y pasó por varios estados anímicos. Algunos podían competir con los de Livie, incluso. Los primeros días, sintió que su ausencia le pesaba. Le faltaba algo al día, como una comida mal sazonada que le dejaba sabor a poco. Luego, pasó al enfado. Ella no lo llamaba porque sabía que Matt estaría ocupado, pero merecía más que unas cortas videollamadas a las dos de la madrugada y mensajes de texto durante el día. Rápidamente, el estado de disgusto se transformó en irritabilidad, que dispensaba a todo el que estuviera a su alrededor menos a Matt, a quien trataba como una dulce enamorada cuando la llamaba. Eso hizo que se ganara varias miradas de reproche por parte de Livie, a las que ella respondía con unas de su propia cosecha. Ya para el final de la larga espera, eterna si le preguntaban a ella, Jill decidió que no era tan alocado pensar en una relación seria y a largo plazo con Matt. Incluso se imaginó cambiando de trabajo y yéndose a vivir a Nueva York.

Ella lo amaba y, a pesar de ser renuente a aceptar que podría existir entre ellos una relación, tuvo que reconocer que no podía evadirse de la realidad de lo que le pasaba.

Matt no había vuelto a tocar el tema, a pesar de que la atosigaba con sutileza: Jill ya había aceptado acompañarlo a la gala de la familia, y habían establecido que no eran un lígüe pasajero. Al parecer, que ella aceptara esos hechos era importante para él. Varias veces dudó de la intención oculta detrás de todo eso. Incluso llegó a sospechar que él lo hacía para que ella, poco a poco, se hiciera a la idea del tipo de relación que tenían. Aunque ella ya lo sabía. Con Matt Dybron era todo o nada. Y él la estaba llevando al todo sin que ella pusiera la mínima resistencia. Por el contrario, en esos momentos, ansiaba zambullirse al todo con él. Aunque Jill no se hacía esperanzas con un futuro «para siempre juntos y felices» (aún no se animaba a tanto), estaba convencida de que estaban preparados para ese tipo de compromiso. Como no le había pasado antes, Jill confiaba en Matt. Él había logrado quebrar sus defensas, y el anhelo por ser amada y amar con fuerza la invadía poco a poco. También estaba segura de que él la amaba. No se habían dicho las palabras mágicas, pero sus cuerpos se hablaban cada vez que hacían el amor. Esa vez, le tocaba a ella dar el primer paso.

Jill se sentó en uno de los bancos frente al Frog Pond. La pista de hielo que entretenía a los bostonianos durante el invierno había desaparecido hacía semanas y en su lugar había vuelto el espejo de agua verdosa, hogar de los característicos cisnes que aparecían en las postales del famoso parque. Todos los años, el ayuntamiento hacía un acto por el regreso de los cisnes. Aún no lo habían hecho, pero Jill estaba segura de que no se demoraría mucho más. La otra atracción de esa parte del parque era el ornamentado carrusel que giraba cargado de niños (y de padres que sostenían a esos niños) que subían y bajaban, alternadamente, en los asientos caracterizados de animalitos. Nuevamente, la invadió la nostalgia. Hacía varios días que Jill tenía la sensación de que se estaba despidiendo de su ciudad.

El teléfono móvil sonó en el bolsillo y la arrancó, bruscamente, de sus pensamientos.

—Hola, bichejo —saludó a su hermana.

—Detesto que me llames así, me haces sentir de ocho.

—Lo sé. ¿Va todo bien, Suellen?

—Sí, Jill. Solo quería saber cómo andabas.

—Muy bien, hermanita. —Y era verdad, Jill no podría estar mejor.

—No fuiste a casa como habíamos quedado. Dijiste que lo intentarías —le reprochó su hermana.

—Y lo intenté, pero no pude organizarme.

—Eres una embustera.

—¿Cómo anda mamá?

—Igual que siempre, se queja de las mismas cosas, critica a sus amigas de siempre, pero continúa juntándose una vez por semana con ellas. Mi psicólogo dice que no es casualidad que cada una viva en un extremo distinto del país. Nunca nos juntamos las tres. Siempre hacemos todo

por evitarlo, si no faltas tú, faltó yo y, si no, lo hace mamá. No lo podemos evitar, porque si estuviéramos todas juntas en una misma habitación, indefectiblemente volverían los malos recuerdos.

—Suellen, sabes que nuestra vida no fue tan mala. —Jill se sintió una verdadera hipócrita saliendo en defensa de su niñez y adolescencia—. Hay cantidad de gente que la pasó peor.

—Lo sé. Y yo no lo dije, fue mi psicólogo que, por cierto, está buenísimo.

—No puedes tirarte al psicólogo.

—Además, es uno bueno —concedió Suellen.

—Cuesta mucho trabajo encontrar uno con el que tengas afinidad —agregó Jill.

—Lo sé. Por eso descarté la idea de coquetear con él.

—Buena decisión —razonó Jill.

—De todos modos, creo que algo de razón tiene. Y no te echo la culpa a ti porque me dejaste sola en las navidades con mamá y porque no fuiste el mes pasado. Podrás imaginarte lo divertido que fue eso. Es porque realmente deberíamos tratar de hacerlo y superar esa barrera.

—Tienes razón. Te prometo que la próxima vez iré.

—Más allá de eso... tengo cotilleo —dijo su hermana revelando el verdadero motivo de su llamada.

—Lárgalo, ¿qué pasó en el séptimo cielo de Georgia?

—¿Recuerdas a Stacey Buchannan?

—Por supuesto que la recuerdo.

—Su marido se fue con la maestra jardinera del hijo más pequeño. Es todo un escándalo en el pueblo.

—¿Soy tan mala persona que me siento bien por lo que le pasó? —preguntó Jill con menos culpa de la que aparentaba.

—No, si escupes al cielo, te caerá en la cara.

—Es increíble que se sigan escandalizando por las mismas cosas de siempre. Ese pueblo está estancado en el siglo XIX.

—Lo sé. Tengo que dejarte. Habla con mamá, preguntó por ti.

—Lo haré —prometió.

Jill cortó la llamada y contuvo la respiración antes de liberar todo el aire de los pulmones. Su hermana tenía razón, tendría que haber ido para las navidades por lo menos. Se prometió a sí misma que visitaría a su madre tan pronto como pudiera organizar unos días libres en el trabajo. Arrojó el resto de la ensalada en un basurero y emprendió la vuelta a la oficina. Largos años habían pasado, pero, rápidamente, se abrieron camino entre los sonidos de la calle, las bocinas de los autos y las risas de los chicos que bajaban del autobús escolar para una excursión al parque. Jill volvía a tener quince años y estaba a cargo de su hermana y de su madre. Su padre hacía varios meses que no recordaba que ellas comían y Jill tuvo que conseguir un trabajo de medio tiempo en la cafetería del pueblo para pagar la boleta de la electricidad. No permitiría que la

cortaran nuevamente. Suellen usaba la ropa que a ella le quedaba chica y que su abuela se encargaba de remendar. Las tres habían llegado al punto de quiebre; si continuaban así, pronto su madre debería vender la casa y mudarse a una más chica y fácil de mantener. Jill recordaba todo como si fuera ayer y sintió el mismo desasosiego de antaño. Fue incapaz de tragar el agua que tenía en la boca y casi estuvo a punto de escupirla; cuando lo consiguió, parecía que tragaba arena.

«Por supuesto que recuerdo a la odiosa Stacey», dijo entre dientes Jill. Todos los días luego de las clases, trabajaba en la cafetería. Lillian, la encargada, la había mandado a hacer un recado cuando vio a su hermana caminando varios metros por delante. Suellen caminaba pisándose el bajo de los pantalones y apretaba entre sus brazos, a la altura del pecho, sus libros. Jill le había cortado el cabello durante el fin de semana y los delicados rasgos del rostro se advertían más. Detrás de su hermana estaba Stacey Buchanan y las demás chicas que estaban bajo su ala y la seguían como moscas a la miel. Así como su hermana, ellas también regresaban a sus casas luego de las clases. Pero, a diferencia de Suellen, Stacey Buchanan tenía las mejores prendas, el cabello cortado en un estilista de la gran ciudad y a todos los chicos rendidos a sus pies. Ni siquiera tenía una espinilla que dañara su rostro perfecto. Qué injusta que era la naturaleza, sobre todo en la adolescencia. Hablaban entre ellas, pero el tono era tan alto que cualquiera que estuviera en un radio de diez metros podía escuchar lo que decían. Sin lugar a dudas, lo hacían a propósito. Se burlaban de su hermana quien, disimuladamente, apuró el paso para no frenarse en el semáforo. «Bien hecho, bichejo», quiso gritarle Jill. Esperar en el semáforo hubiera sido suicida. Suellen estaba tan indefensa en comparación con las otras chicas que tuvo ganas de golpear a esas niñas, y también golpear a su madre y a su padre por exponerla de esa manera. Al mismo tiempo, pensó que tendría que haberle lavado las zapatillas. Estaban muy sucias.

—Mi madre me dijo que el padre de Suellen es un pecador —decía Stacey.

—Mi madre dice que no debemos hablar con ella. La señora Prine dejó de ir a la iglesia.

—La madre de Suellen está loca —acotó la odiosa de Stacey.

—Dicen que ni siquiera se baña.

—Mira sus ropas —dijo una señalándola.

—Ese pantalón es viejo.

—Mi hermana dice que usa las ropas de su hermana y que en cualquier momento deberán vender esa casa grande que tienen para poder pagar las deudas.

La casa era grande, eso era verdad. Y no podían mantenerla, a pesar del dinero que enviaba la abuela; esa era otra verdad. Pero su madre jamás la vendería. Eso era aceptar la derrota y rebajarse, a pesar de que no era ella la que luchaba las batallas.

Las niñas eran crueles y se la habían tomado con su hermana. Jill continuó detrás de ellas. No intervenía porque quería saber bien a qué se enfrentaba Suellen día tras día. Su hermana le había mentado, noche tras noche hablaba de sus amigas y de lo bien que lo pasaba con ellas. Suellen no se defendía; «Haz algo», quiso gritarle. Pero ella no hizo caso al ruego silencioso y continuó

caminando con la mirada fija adelante. Jill la vio trastabillar y casi cerró los ojos. Pero no lo hizo y distinguió la mueca de dolor que surcó el tierno rostro de su hermana. ¿Cómo podían ser tan crueles con alguien tan bueno?

—Quizá deberíamos dejarla en paz. Se pondrá a llorar —Jill oyó que una de las niñas decía.

«No, no lo haré», pensó Jill. Pero su hermana era pequeña y las lágrimas ya le empapaban el rostro. Lo vio cuando el otro semáforo la obligó a detenerse y Jill se sintió tan indefensa e impotente como ella. ¿Por qué le pasaba esto a ellas? Ellas no eran las culpables de los padres que tenían. Suellen no merecía usar sus ropas viejas ni ella debería estar trabajando para pagar la boleta de la luz. Así no se suponía que debían ser las cosas.

Apuró el paso y finalmente, las alcanzó.

—¡Hey!, demonios, basta. Déjenla en paz —les gritó cuando las alcanzó—. Y no se atrevan a molestarla. Hablaré con tu madre, Lynn, y también con la tuya, Stacey —aseguró Jill apuntando con el dedo a las dos líderes—. Este domingo, tendrán mucho de qué hablar con el reverendo McCarthy, estoy segura de que estas cosas no las aprenden en la iglesia.

Jill sabía que todo lo que decían lo habían oído de sus madres, amigas de su propia madre. Las muy desgraciadas recababan información de primera mano. Pero en ese pueblo la dinámica era esa. Se juntaban a aliviar las penas, pero lo único que hacían era acumular municiones la una contra la otra. Las crueldades que dijeron las niñas las habían escuchado de sus madres, que para lo único que servían era para fabricar y criar mini prototipos de ellas mismas.

Alcanzó a su hermana, le pasó un brazo protector por los hombros y se la llevó con ella. A partir de ese día, le pidió permiso Lilian para llevar a Suellen después del colegio a la cafetería. Su hermana hacía las tareas en un rincón mientras Jill atendía las mesas. Siempre le estaría agradecida a la encargada por todo lo que había hecho por ellas.

Jill limpió una solitaria lágrima que humedecía su mejilla. Gracias al cielo habían dejado todo eso atrás. Seriamente dudó en la verdadera razón por la cual no visitaba a su madre más a menudo. Tal vez no era por su madre, pensó. Ya habían enterrado los malos momentos mucho tiempo atrás. Además, estaba convencida de que esos malos momentos las habían moldeado y preparado para convertirlas en las mujeres en las que se estaban convirtiendo. Tal vez era que Jill no quería regresar a ese maldito pueblo que las apedreó cuando se vinieron abajo. Ninguna de las tartas, ollas con estofados o bolsas de ropa que les ofrecieron, y Jill no aceptó, fue sincera. Ella sabía que, si las aceptaba, significaba que ya no quedaba nada por apedrear. Era algo nimio que simbolizaba todo.

## Capítulo 16

La música flotaba en el salón en penumbras del lujoso restaurante donde se encontraría con Matt. Para la cita se había puesto un vestido rojo plisado con escote en V atado al cuello y un lazo a la altura de la cintura. Luego de varios intentos infructuosos por recogerse el cabello, Jill se decidió por dejarse la melena suelta.

El camarero se acercó a rellenar la copa y revisó la hora en la pantalla del celular por quinta vez. Matt estaba retrasado. Esperó el tiempo prudencial para llamarlo por teléfono. Marcó su número y luego de dos tonos, Matt cortó la llamada. Hacía un par de días que no hablaban, pero Jill supuso que era porque estaba ocupado y luego, en vuelo. Cuando el camarero amagó con rellenarle la copa por cuarta vez, tomó su cartera y tras dejar unos billetes en la mesa, se marchó.

Contra el pronóstico de Jill, el noticiero de la edición matutina había tenido razón y llovía con fuerza. El portero del restaurante le abrió la puerta y el viento, que ululaba desde todas las direcciones, arrastró unas gotas heladas que le mojaron el rostro. Necesitaba salir de allí y, sin importarle la regia tormenta que se cernía tras el reparo de los cristales del restaurante, Jill cruzó la puerta y salió a la acera antes de que ese mismo portero tuviera la oportunidad de buscarle un taxi. Podría haber caminado hasta alguna esquina para evitarse el ridículo, sin embargo, no le importaba. Se quedó allí plantada a la espera de algún taxi o de Matt. «Tal vez le ocurrió algo», pensó Jill y se preocupó. Lejos de la protección del toldo, la cortina de agua caía desde todos los ángulos y la empapó por completo en cuestión de segundos. El vestido le pesaba una tonelada, se le pegaba a la piel y la hacía tiritar del frío.

No había ningún taxi a la vista, así que volvió sobre sus pasos y se refugió en el escaparate del restaurante. Nuevamente, Jill marcó su número y lo llamó. Esperó varios tonos. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuán largos eran, cada uno duraba tres latidos de su corazón. Estaba por colgar cuando Matt atendió.

—Hola, Matt —dijo aliviada.

—Jill, ahora no puedo. —Se oía un murmullo de gente en el fondo.

—¿Ocurrió algo?

—No, Jill está todo bien. Tengo una llamada en espera. Tengo que colgar.

—Matt, espera... —insistió ella con la voz entrecortada porque le castañeaban los dientes—. Me dejaste plantada.

—Mierda, Jill. Lo siento, lo olvidé por completo. Estoy ocupado. Luego te llamo —respondió y colgó, sin más.

No hubo encanto, ni cariño, ni ninguna de esas palabras bonitas que le encantaban usar a Matt; más bien, una fría indiferencia. Cruzó los brazos y los pasó por la cintura para darse un poco de calor. Sin pestañear, miró a su alrededor y, varias cuadras más allá, divisó que un taxi se acercaba en su dirección. Corrió hasta el cordón de la vereda y le hizo señas. Igual que antes, años atrás, sintió la familiar decepción como una ristra de piedras en el estómago.

Eran casi las nueve cuando Jill entró al apartamento. Livie aún no había llegado. Ese día iba a ver unas casas con el agente inmobiliario y, seguramente, a su regreso se había entretenido en alguna pastelería. «Ojalá encuentre pronto la que reúne todas las ridículas condiciones de Livie», pensó Jill. Sin demorarse, se metió en el baño y se sacó el vestido mojado. Tenía planeado estar largo rato bajo el agua caliente de la ducha para arrancarse el frío que parecía habersele instalado en los huesos. Su celular sonó, varias veces, y ella no le hizo caso alguno. Matt las iba a pasar canutas antes de que ella volviera a hablarle. No le molestaba tanto el plantón como la frialdad con la que la trató por teléfono. Salió del baño transformada en una persona nueva; por lo menos, ya no le castañeteaban los dientes. Mantuvo a raya las lágrimas y, en lugar de esconder la desilusión que le había causado Matt, la sopesó y decidió que había salido victoriosa. Recordó que una vez leyó en algún libro que una mujer inteligente capitaliza todo; las experiencias buenas y las experiencias malas. Lo bueno de todo eso era que aún estaba a tiempo de salvar su corazón y su orgullo. De camino a la heladera, por el rabillo del ojo vio que la pantalla de su celular se iluminaba nuevamente. «Eres insistente, Dybron», pensó con sorna. Solo para alimentar su maltratado ego, se acercó hasta la mesa baja donde lo había apoyado y tocó un botón para ver cuántas llamadas le había hecho. Había más de quince llamadas perdidas e incontables mensajes en el buzón de voz. No era Matt el que llamaba. Algunas eran de Livie y otras, la mayoría, de un número que ella no conocía. Estaba desbloqueando el celular con la huella, cuando este comenzó a sonar y el susto hizo que se le cayera al piso. Se agachó para recogerlo y atendió.

—Gracias a Dios... Jill, soy Natalie.

Natalie era una colega de Livie. Al igual que ella, trabajaba en la unidad de emergencias del hospital de Boston.

—Hola, Natalie. ¿Todo bien? ¿Le pasó algo a Livie?

—Jill, tienes que venir. Livie está internada

—¿Cómo? ¿Nació el bebé?

—No hay tiempo, tienes que apurarte.

—Natalie, me asustas ¿Qué le sucedió?

—Te lo explicaré cuando llegues, ven rápido.

Jill no supo cómo, pero en menos de veinte minutos cruzó media ciudad. Se acercó hasta el mostrador y le explicaron a dónde ir. A medio camino, se cruzó con Natalie, que aguardaba su llegada. Su cara consiguió asustarla más de lo que ya estaba.



—Vine lo más rápido que pude. Livie... ¿cómo está ella? Quiero verla, le prometí que estaría a su lado cuando naciera el bebé.

—Livie está en cuidados intensivos.

—¿Cómo?! ¿Qué sucedió?

Según le contó Natalie, Livie esperó hasta ver la última de las cuatro casas que le gustaron con el agente inmobiliario para ir a Urgencias. Desde la mañana que le dolía la cabeza. Pero, como suele suceder con los médicos, cuando los síntomas y dolores les ocurren a ellos mismos, los minimizan y esperan hasta el último momento para ir a hacerse revisar.

—La ingresamos con cefalea y visión borrosa. Cuando le tomé la presión tenía 180/120 — explicó Natalie, pero Jill no comprendió—. Eso es mucho, Jill. La medicamos, pero no logramos evitar la convulsión.

Jill no dijo una palabra. No se esperaba eso. Ellas habían desayunado juntas esa mañana. Livie tendría que haberle dicho que le dolía la cabeza, ella la habría obligado a ir a Urgencias. Tendría una seria charla con su amiga, cuando se recuperara.

—¿Y el bebé? ¿Cómo está el bebé? —quiso saber Jill. Natalie no lo había mencionado.

—Le hicimos una cesárea de urgencia antes de que tuviera otra convulsión.

—Pero está bien, ¿cierto?

—El bebé está fuera de peligro. En cambio, Livie... Jill, no quiero mentirte, Livie está grave. Deberías llamar a la familia.

Jill se quedó inmóvil, clavada en el piso estéril del hospital. Fue como si en un cerrar y abrir de ojos se hubiese convertido en piedra. Sostenía el bolso de maternidad que había llevado para su amiga con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Por fuera parecía de mármol, pero en el interior se desataron tormentas que despertaron sensaciones traicioneras en su cuerpo y su mente. Jill luchó para mantenerlas a raya, Livie la necesitaba entera. Se obligó a respirar, el aire le inundó los pulmones y el miedo que la ahogaba y la paralizaba dejó de dominarla. El pánico, tan primitivo que no podía calmarse con palabras, estaba ahí, pero Jill no le permitió apoderarse de la situación. Hoy no. Percibió la delicada mano de Natalie sobre su hombro y oyó sus palabras como si vinieran desde muy lejos. La vida de Livie corría peligro. Ellos habían hecho todo lo humanamente posible, solo quedaba esperar a que ella respondiera favorablemente al tratamiento.

Livie no la oyó entrar a la habitación de cuidados intensivos. Natalie le había explicado que la eclampsia no ponía en riesgo la salud de la bebé, en cambio, Livie estaba al borde de la muerte. Livie estaba acostada, con su cabello recogido y los ojos cerrados.

—Oh, Livie —musitó Jill, que casi corrió hasta ella y la tomó de la mano. Jill se inclinó hacia Livie y le besó los cabellos

Su amiga no estaba en el estado de inconsciencia plena, pero tampoco estaba del todo consciente. Estuvo un rato tratando de asimilar lo que sucedía. Jill era un lío imposible de desenredar. Comprendía lo que le explicó Natalie, pero se negaba a considerar siquiera la

posibilidad. De repente, una serie de espasmos recorrieron el cuerpo de Livie, tensándolo como una cuerda y luego relajándolo cuando se disipaba la agitación. Natalie le había explicado que sucedería así, sin embargo, no estaba preparada para ver sufrir a su amiga de tal modo. El equipo de médicos trabajaba en el cuerpo de su amiga mientras que dos enfermeras la sacaron de la habitación. Se pegó a la puerta y trató de ver a través del vidrio esmerilado. Al cabo de diez tortuosos minutos, las mismas enfermeras que la habían sacado de la sala salieron para informarle que los médicos lograron estabilizar a Livie. Natalie habló con los otros médicos y le permitieron volver a entrar. Se sentó en la incómoda silla a un costado de la cama. Parecía que Livie dormía tranquilamente y que la convulsión solo había sido producto de su imaginación. Jill se acercó y le acarició la mejilla. «Esto no podrá vencerte, Livie», dijo y se le humedecieron los ojos. Se cubrió la cara con las dos manos y empezó a lagrimear. Sabía que no servía de nada llorar en los malos momentos. Avergonzada por su propia debilidad, se obligó a calmarse. Incapaz de estarse quieta durante mucho rato, se paró y caminó por la habitación. Acomodó las mantas, ajustó la posición de la cama y cuando estaba acomodando la almohada sintió que Livie se movía. Fue casi imperceptible, pero lo había hecho. Se acercó para asegurarse de que estuviera bien. Con suma suavidad acarició la mejilla de su amiga y sus cabellos. A Livie le gustaba que le acariciaran el cabello, decía que la tranquilizaba. Jill se alarmó cuando notó que su amiga trataba en vano de levantar la mano para tomar la suya y la instó a dejarla sobre las sábanas. Livie abrió los ojos y no hubo tiempo para disimular.

—No llores, te necesito fuerte —dijo en apenas un hilo de voz apartando el respirador del rostro.

—Oh, Livie. Te pondrás bien —sollozó intentando reprimir las lágrimas.

Jill quería tirarse al piso y llorar nuevamente. Llorar como cuando era una niña, antes de que sus padres se hubieran divorciado y su única preocupación eran los nombres de sus muñecas. Se contuvo. El rostro de Livie había perdido todo rastro de brillo y se había tornado opaco y cetrino. La sangre parecía haber huido de su cuerpo y, en lugar de la muchacha alegre y rozagante con la que había desayunado, había una mujer frágil que luchaba con todas sus fuerzas solo para hablar y respirar.

—Livie, cariño, no te esfuerces —le imploró.

—¿El bebé? ¿Cómo está el bebé?

—Está bien, es una niña. Tienes una hija preciosa, Livie.

—¿La conoces? ¿Cómo es? —quiso saber Livie.

—Mira, tengo algunas fotos. Pesó dos kilos cuatrocientos cincuenta y las enfermeras de Neo están locas de amor con el color de sus cabellos. ¡Mira el color! Me aseguraron que es de lo más tranquila y que nos dejará dormir a la noche.

Mientras Jill le contaba a Livie sobre su hija, le mostró las fotos que le había sacado cuando las médicas de Neonatología la dejaron cargarla.

—Sabía que sería una niña —comentó Livie con la sombra de una sonrisa aleteando en su

mirada—. Hazme un favor...

—Lo que quieras, Livie.

—Tienes que decirle... Dile... que la quiero. Dile que es perfecta, más perfecta de lo que imaginé.

—Por favor, Livie, estate calladita. Ya tendremos tiempo para hablar.

—No, Jill. No lo tendremos. Debes prometerme... cuidarla por mí. Dile... —A Livie le costaba trabajo decir una frase entera y necesitaba hacer pausas cada pocas palabras—. Dile que la amo con todo mi corazón y... que la cuidaré desde donde esté. Las cuidaré a ambas.

—No digas eso, Livie, por favor. Tú... te recuperarás de esto. Tú vas a criarla.

—No, Jill —continuó Livie, ignorando los deseos imposibles de su amiga y sonrió. ¿Quién hubiera dicho que su amiga era una optimista?—. Eres tú... Jill, debes... hazlo por mí.

Jill cayó de rodillas a un lado de la camilla. Sintió que el mundo se cerraba entre ellas y las aplastaba. Quería respirar por ella. Livie se esforzaba tanto para hablar que necesitaba hacer varias respiraciones hasta completar una frase y eso la dejaba sin fuerzas para abrir los ojos. Se acercó todo lo que pudo, la voz de su amiga bajaba tanto que se perdía y le costaba trabajo entenderle.

—Oh, Livie. No podría, no sé cómo hacerlo. Pero tú sí, tú naciste para ser madre. Y estoy segura de que verás crecer a tu hija.

—Jill, sé cómo termina esto —dijo Livie con fuerza renovada que raspó de lo último de su reserva—. Necesito que le hables de mí, cuéntale que la quise mucho. ¿Me lo prometes?

—Por supuesto, Livie.

—Sé que te pido mucho, pero créeme, no hay nadie mejor que tú para criar a mi hija. Eres mi persona favorita, Jill, y sé que lo harás bien.

—Pero, Livie, estoy segura de que saldremos de esta.

—No, Jill —dijo con vehemencia—. No lo haré.

—Tus padres, Harrison... —dijo con un nudo en la garganta, acariciándole el pelo y apretándole la mano. Finalmente, comprendió. Lo vio en sus ojos que se apagaban lentamente.

—Mis padres son muy mayores y Harrison... él no la querrá. Tienes que ser tú.

Jill sorbió por la nariz y asintió con un movimiento de la cabeza. Tenía los ojos nublados por las lágrimas, pero, por su amiga, no lloró. Livie intentó decir algo más, pero hablar supuso un esfuerzo tan grande que cerró los ojos y se durmió. Permaneció otro rato más al lado de su amiga; Livie a veces respiraba muy deprisa y otras, su respiración era casi imperceptible.

Ya había llamado a los padres de Livie para que vinieran lo antes posible. «Ojalá lleguen a tiempo», rogó cuando comprendió las pocas esperanzas que había. Cuando un enfermero la invitó a retirarse, se quedó sentada en la sala de espera mirando la tele sin mirarla. Ya era tarde y no la dejaron ver a la bebé. Sola con sus pensamientos, la angustia que sentía era demasiado grande para que su cuerpo fuera capaz de soportarla. Finalmente, la máscara cedió y todo se desmoronó. El dolor la golpeó como un mazazo y casi se dobló sobre sí misma rindiéndose a él. Entonces,

lloró como hacía años que no lo hacía. Lloraba amargamente, como si todas las lágrimas contenidas a lo largo de su vida se escaparan por fin de su alma. Esa vez necesitaba ayuda, no podría hacerlo sola. El celular estaba por quedarse sin batería y, antes de que eso ocurriera, se tragó el orgullo y marcó el número de Matt.

Otra vez, él cortó la llamada.

Jill se paseó por la sala de espera durante varias horas. Natalie se acercaba cada tanto para hacerle compañía. No le daba falsas esperanzas, pero le aseguró que había muchos casos en que la eclampsia no era mortal y la paciente se recuperaba. La política del hospital no permitía visitas en cuidados intensivos por más de quince minutos cada dos horas, pero Jill contaba con ayuda interna. Durante la madrugada, acompañó a Livie en el incómodo asiento a un lado de su cama. Las enfermeras entraban de forma regular a comprobar los signos vitales. Pero no le decían nada positivo sobre la evolución de su amiga.

Los padres de Livie llegaron poco antes del amanecer y acompañaron a su hija durante largo rato, aunque no tuvieron la suerte de Jill y apenas lograron intercambiar algunas frases coherentes. Antes de que abandonaran la habitación, una convulsión de las fuertes zamarreó el cuerpo de Livie y las enfermeras y los médicos corrieron para ponerla de costado contra las barandas de metal. El equipo de médicos se esforzó para ponerle la cánula de mayo y lograron mantenerle libre las vías aéreas. Volvieron a suministrarle medicación para evitar una nueva convulsión.

Antes de acabar su turno de guardia, Natalie se acercó a los padres de Livie y a ella. Les explicó que el cuerpo de Livie estaba atravesando una falla multisistémica y era cuestión de horas para que ocurriera lo peor.

Se abrazaron y lloraron desconsoladamente. Jill decidió darles la intimidad que necesitaban. Fue a la cafetería por un café y se sentó en una de las mesas. En la pantalla del televisor, el programa de la mañana interrumpió su programación para dar noticias de última hora. Según la presentadora, la distinguida Marion Bellcap Parabel había fallecido mientras descansaba. La pantalla se inundó de imágenes de sus familiares y allegados que llegaban al funeral. Repetían especialmente las de sus tres nietos, entre los que estaba Matt. Cuando terminó el café, pasó a ver a la bebé. La hija de Livie estaba rozagante y más bella que el día anterior. Una enfermera de Neo le enseñó a sostener de forma correcta a un bebé y también le explicó cómo debía darle el biberón para que no tuviera cólicos. Jill absorbía toda la información que le proporcionaban mientras acariciaba la cabecita de la hija de Livie. Antes de que Natalie se fuera, intentó convencerla de que moviera los hilos y permitiera que Livie conociera a su hija. Lo único que logró fue arrancarle una promesa.

Bryan reemplazó a Natalie en su papel de contacto interno. También era colega de Livie y la quería mucho. Él fue quien ayudó a la madre de Livie a llevar a la bebé hasta la habitación de cuidados intensivos.

—Un minuto —dijo resignado ante la insistencia de Jill—. Y sigo pensando que es una locura, no puedo creer que me hayas convencido.

—No tienes idea de cuanto te lo te lo agradezco —respondió Jill cuando la madre de Livie entró con la bebé.

Pasado ese minuto, Jill entró a la habitación y sacó a la bebé de allí para llevarla con las enfermeras. Pudo ver que Livie estaba consciente y hablaba con su mamá. Su amiga tenía lágrimas de felicidad en los ojos y no se le escapó el «gracias» que balbuceó antes de que saliera de la habitación.

## Capítulo 17

Jill introdujo la cabeza en el dormitorio y se cercioró de que Meredith estuviera durmiendo para darse una ducha rápida. Luego, mientras se servía una taza de café, se felicitó a sí misma por lo silenciosa y rápida que había sido. Recién despuntaba el sol por el horizonte, pero ella llevaba horas despierta. Así habían sido sus días, últimamente. Juntando todas las cabeceadas, apenas dormía un par de horas en total. Pese a los buenos augurios de las enfermeras de Neo, Meredith no hacía otra cosa que llorar. La bebé solo dormía lapsos de apenas veinte minutos y, cuando Jill estaba a punto de dormirse volvía a reclamar su atención. Apoyó la taza de café sobre la mesa baja de la sala y se sentó en el sillón que le había servido de cama durante los últimos meses. Descansó la cabeza contra el respaldo y abrió la *laptop*.

Habían pasado dos semanas desde que el cuerpo de Livie no resistió más y había sucumbido a la muerte con un paro cardiorrespiratorio, luego de batallar en cuidados intensivos durante tres largos días en los que no se había despegado de su lado. El corazón de Jill estaba destrozado. Luego del entierro regresó al apartamento para no encontrar mejor consuelo que el de la casa sin su presencia. A ella le estaba costando salir adelante, tanto así que el solo ir a comprar leche para recién nacidos era todo un reto para su alma.

El entierro fue un momento duro y necesitó de toda su fuerza interior para no desplomarse. Livie era muy querida por sus colegas y antiguos compañeros de universidad y mucha gente fue a decirle el último adiós. Incluso Harrison tuvo el descaro de asistir hasta que Jill lo llevó a un lado y lo invitó a retirarse. Fue discreta, pero para nada amable. Utilizó uno de los apelativos que mejor le cabían, «cerdo repugnante», entre otros, por supuesto. Sin embargo, debería de habérselo pensado mejor porque pronto tendría que volver a verlo. Antes de caer en coma, Livie explicó a sus padres la decisión que había tomado respecto de su hija y también le pidió a Jill que hablara con el padre de Meredith.

—Habla con Harrison —le había dicho su amiga ya al final de la lucha—. Él no la querrá, pero tal vez... tal vez quiera conocer a su hija. —Jill había querido zamarrear a Livie. En las últimas respiraciones continuaba con la esperanza de encontrar bondad en gente que no la tenía y malgastaba los últimos alientos—. Debes darle la oportunidad... Es un buen padre con sus otros hijos. Si él... Si él se rehúsa... nunca le... jamás se lo digas a Meredith.

—Lo prometo, Livie.

Había postergado hablar con Harrison. Incluso, barajó la posibilidad de no hacerlo. Ella no era Livie y no guardaba falsas expectativas respecto de él. No le costaría mucho; Meredith llevaba solo el apellido materno y los padres de ella, por expreso deseo de su amiga, habían empezado a hacer los trámites a favor de Jill. Pero tenía que hablar con él. No tenía excusas, salvo que no quería hacerlo porque la negativa de Harrison sería otro golpe fatal para su desarmada alma maltrecha. Ella sabía que no estaba entera para hacerle frente tal y como él se lo merecía.

Además, estaba convencida de que lo estaba haciendo todo mal. Meredith, como Livie quiso llamar a su hija, no paraba de llorar y ella se sentía una completa inútil. Sabía que tenía que reponerse, pero incluso pestañear le costaba trabajo. Estaba en piloto automático y no sabía cuánto más podría aguantar así.

Aunque ahora tenía mucho tiempo, estaba exhausta. Ya no trabajaba más en Arns, Logf & Asociados. Resultó que no fueron tan comprensivos como ella hubiera esperado y, cuando se comunicó con su jefa para explicar lo sucedido, Rachel le sugirió que se ahorrara las excusas y que retirara sus pertenencias en recepción. Para su sorpresa, había aceptado su despido con una tranquila conformidad e inusitada indiferencia. Cuando su angustia fue mayor a su orgullo, volvió a intentar contactarse con Matt y le envió un mensaje: «te necesito»; las dos tildes se pusieron azules, pero no hubo respuesta.

En su soledad, le hubiera gustado compartir sus problemas con él. O solo tener su presencia cerca para infundirle el valor que le estaba faltando. Él sabría qué decirle para darle apoyo, él no la dejaría caer. Hubiera sido un alivio tener a Matt sentado en la cocina tomando el café con ella. La habría consolado hablándole de los días duros que le tocaría vivir, pero alentándola para seguir adelante. «Sí, eso hubiera sido agradable», pensó con nostalgia por lo que nunca sucedería. Matt estaba ocupado. Según la prensa del corazón, Matt Dybron no guardaba los colmillos ni siquiera en el funeral de su abuela. Lo habían visto muy cerca de una de las *socialités* de la elite neoyorquina. En los blogs y publicaciones de Instagram con más visitas, había fotos de él ayudándola a bajar del auto en el que la había ido a buscar tantas veces, otras en las que caminaban fuera del funeral con la mano de él apoyada en la espalda de ella. «Hacen una linda pareja», admitió Jill mientras pulsaba el botón de la *laptop* y volvía a ver las fotos por decimonovena vez. Hacía unos días atrás, Matt la había vuelto a llamar, sin embargo, ella se sentía paralizada por una asombrosa apatía. En su interior no había lugar para el enojo, la bronca o el desamor, sino para desamparo que había jurado que no volvería a sentir jamás. Él se había puesto tan insistente que tuvo que apagar el celular y aún no había vuelto a encenderlo. No quería hablar con nadie. «Jill, necesitarás vivir dos vidas para conseguir olvidarlo», reconoció y fue hasta la heladera a buscar el desayuno. Encontró una zanahoria medio mustia y le dio un mordisco.

La reunión con Harrison fue peor de lo que esperaba. Y Jill deseó haber tenido fuerzas para mandarlo al garete. Primero dejó a Meredith al cuidado de una niñera que le habían recomendado y, aunque parecía de lo más competente, se sintió la peor persona del mundo. Meredith era tan bebé y, a pesar de que ella se sentía toda una inútil en la materia, no confiaba en nadie más para

que la cuidara. Intranquila como estaba, se tomó solo una hora para encontrar a Harrison y hablar con él. Intentó llamarlo al celular, pero el muy cobarde cortó la llamada cuando le dijo de quién se trataba. Luego fue a buscarlo al trabajo. Jill sabía que Harrison trabajaba en la empresa de su suegro y no querría un escándalo allí. Justamente por eso, le aseguró a su secretaria que montaría una escena si él no la recibía.

Tal y como ella esperaba, Harrison no tenía el más mínimo interés en conocer a Meredith. Ni siquiera preguntó cómo se llamaba, si lloraba mucho o si necesitaba algo de él. No, nada de eso le importó. En cambio, sí prestó atención y estuvo de acuerdo cuando Jill señaló que necesitaría algún tipo de documento en el que él renunciaba, expresamente, a todo derecho sobre Meredith. Él agregó que necesitaba una cláusula de confidencialidad. Jill estaba triste pero no derrotada y aún podía pensar con claridad. No permitiría que Harrison le quitara a Meredith en un futuro.

Cuando regresó al apartamento, la niñera le aseguró que Meredith estaba en perfecto estado de salud y dormía plácidamente.

—Tomó un biberón con la medida que indicaste y acabo de cambiarle el pañal —le informó la canguro.

—¿Lloró mucho? —preguntó.

—Se impacientó un poco cuando tuvo que esperar a que calentara el biberón —contestó echándose a reír.

—Sí, sé de lo que hablas.

Jill le pagó a la canguro y fue a saludar a Meredith. Le dio un vuelco al corazón ver a la bebé en el medio de la enorme cama. Parecía tan diminuta y desprotegida que sintió que se le estrujaba el corazón. Meredith solo contaba con ella en este mundo y ella no estaba dispuesta a fallar. Sin embargo, más fácil era prometerlo y asegurarlo que llevarlo a cabo.

Durante los días que siguieron, vivió en una especie de vacío. Era incapaz de pensar con claridad y daba vueltas a los problemas sin llegar a ninguna conclusión válida. Comía poco y dormía menos aún. Jamás pensó que tal nivel de agotamiento pudiera producir dolor físico o que la falta de sueño podría traducirse en mil agujetas que le pinchaban el cuero cabelludo. Se miró al espejo, una cara cenicienta, con las mejillas hundidas y sombras moradas en los ojos le devolvió mirada por mirada. No reconoció la imagen que se reflejaba. Estaba a un soplido de derrumbarse. Todo su autocontrol había desaparecido por el cansancio y la tristeza que anidaba en ella.

Habían pasado veinticuatro horas desde la última vez que Jill durmió más de quince minutos seguidos y Meredith había llorado veinticinco. Le resultaba prácticamente imposible distinguir si había vivido cien mil días o un mismo día cien mil veces. Hiciera lo que hiciera, la bebé no se calmaba y se sentía una completa inútil, como nunca se había sentido en toda su vida. Meredith estaba bien de salud, así se lo hizo saber el pediatra cuando la llevó al control hacía dos días. Jill ya había intentado todo: le comprobó la temperatura, le dio el biberón, la bañó, le cambió el pañal, incluso le revisó la boca por si le estaban saliendo los dientes, a pesar de que en los sitios de Internet especializados en la materia decía que faltaban unos meses para que eso sucediera.



También la alzó y la colocó boca abajo contra su palma como había leído, pero eso tampoco resultó. Se sentó en la cama con la bebé en brazos y se recostó contra el respaldo.

Mientras Meredith lloraba, cerró los ojos. Le dolía ver a su alrededor. Había pedazos de su amiga allí por donde mirara y, simplemente, era demasiado doloroso. Incluso le dolía el corazón al sostener Meredith. «Esto tendrías que estar haciéndolo tú. Este es tu lugar y yo soy una intrusa», se repetía una y mil veces.

—Te prometo que mejoraré. Yo no te fallaré —susurró mientras sus lágrimas caían sobre la cabecita de la bebé.

Meredith no se calmaba. Jill estaba a punto de llamar al consultorio del pediatra cuando recordó que su madre las paseaba en el auto cuando Suellen era bebé y tenía un día fatal. «El auto es la mecedora perfecta», aseguraba su madre. Se aferró a la idea como si fuera la última gota de agua en el desierto y se dispuso a preparar el bolso con tres mudas de ropa, varios pañales y un par de biberones. No estaba siendo exagerada, solo dudaba de que Meredith se durmiera en una vuelta a la manzana, como le sucedía a su hermana cuando era bebé. Casi desistió de la idea cuando recordó que debía sujetarla a la sillita. Meredith se convertía en un incordio cuando se trataba de quedarse quieta y le complicaba la tarea. Movía los bracitos y daba patadas con las piernecitas saliéndose de las agarraderas antes de que Jill consiguiera trabar las hebillas. Colocó a Meredith en la sillita y, luego de varios intentos, logró sujetarla correctamente. Se colgó el bolso de pañales al hombro y salió del apartamento. El asiento pesaba unos veinticinco kilos, por lo menos, y le costaba trabajo trasladarlo, pero no se rindió. El ascensor la dejó en la cochera del edificio. Destrabó las puertas del vehículo y colocó, con eficacia, la sillita en el asiento trasero mirando hacia atrás. Cuando la había llevado al consultorio del pediatra, Jill pudo comprobar que la incomodaba no poder ver el rostro de la bebé mientras manejaba. Sin embargo, no haría nada al respecto porque las instrucciones decían claramente que la forma más segura de viajar era esa.

Al cabo de unos quince minutos, se reencontró con el silencio. Era increíble que manejar, algo que a ella no le agradaba en lo más mínimo, resultara tan relajante para los bebés. En apenas diez cuadras Meredith dejó de llorar, poco a poco, hasta que los hipidos desaparecieron por completo. Sin rumbo definido, tal como estaba su vida, tomó la interestatal y continuó manejando. Ella no era impulsiva, pero estaba segura de una sola cosa, no volvería a ese apartamento. Los minutos pasaron y se convirtieron en horas. Paradójicamente, a medida que se alejaba, el ánimo le mejoraba. Hizo algunas paradas para cambiar a la bebé y alimentarla sin ponerse a pensar que lo que hacía era una locura. Cuando el paisaje de Gretna le dio la bienvenida, bajó la ventanilla y sintió la niebla temprana humedecer su rostro. Soltó un suspiro cuando los olores de la arboleda que rodeaba Gretna inundaron sus sentidos.

—Meredith, hemos llegado —comentó con una sonrisa enorme en los labios.

Jill era consciente de que lo que hacía era una locura. Pero, desconociendo el porqué, estaba segura de que era lo correcto. Algo muy dentro de ella le decía que tenía que estar allí, en ese

lugar. Allí había recuerdos felices y rastros de Livie que podía tolerar. Por primera vez en semanas, la densa niebla que la había abrumado comenzaba a disiparse y sintió que las cosas podían mejorar. Solo iba a tomarse unos días –tal vez un par de semanas– para reunir valor, volver a armarse y comenzar de nuevo. Aún no había constructores y la casa seguía intacta. «Eso es empezar con el pie derecho», se animó Jill. Tomó la llave de repuesto que estaba escondida donde siempre, debajo de la segunda maceta y abrió la puerta. Al parecer, Matt no había vuelto a Gretna porque la casa estaba tal y como la habían dejado.

Ya no hacía tanto frío y abrió las ventanas para ventilar el ambiente, aunque se aseguró de poner a Meredith a salvo de las corrientes de aire. Antes de que se hiciera noche cerrada, fue al pueblo y compró lo que hacía falta para pasar unos días. También paró en una tienda a comprar algo de ropa para ella, aunque no debía gastar de más y ser medida con el dinero. Conservaba algunos ahorros en su cuenta que le servirían durante algunos meses hasta que consiguiera un nuevo empleo. Antes de regresar del pueblo, se desvió para visitar a la señora Robben. La anciana vecina estaba más pequeña y encorvada de lo que recordaba. Su rostro era un pergamino de arrugas, algunos surcos eran bien profundos, mientras que otros, no tanto. El cabello era totalmente cano, eso no había cambiado en absoluto; siempre había sido así, tal como la vitalidad que la caracterizaba y aún conservaba inalterada. La señora Robben la invitó a cenar y, aunque dudó en aceptar, la anciana la animó a quedarse. Luego de la comida, le contó lo que había sucedido con Livie y sintió gratitud con esta anciana señora que no la presionó para hablar más de lo que ella le había contado. Jill aún no estaba preparada para ello y la anciana lo comprendió sin necesidad de palabras. En cambio, sí le aconsejó sobre Meredith. Ella había criado a seis hijos y sabía de lo que hablaba. Jill asimiló todo lo que le decía como si se tratara de las palabras de una sabia.

—Horarios. Debes atenerte a los horarios. Es importante establecer la rutina con los niños. Y no tengas miedo, niña. Los bebés son como los animales salvajes, huelen el miedo. Pero, a diferencia de los animales, ellos no quieren que sientas miedo, para eso están ellos, que son nuevitos en este mundo.

Jill tenía muchas dudas y la cantidad de información que había disponible en Internet la mareaba. Había tantas voces a favor y en contra de un mismo tema que ya no sabía qué hacer.

—Señora Robben, aún no compré la cuna y no sé...

—¿Dónde duerme? —preguntó con Meredith acurrucada en el brazo.

—Duerme conmigo, pero apenas puedo cerrar un ojo porque tengo miedo de aplastarla y además leí que...

—Niña, no hay un manual para esto. Pero no creo que le seas útil si no duermes. Tal vez lo soluciones poniendo la cuna en la misma habitación que la tuya. Yo hice eso con uno de mis hijos. Verás, los hijos son todos distintos. —La anciana hizo un gesto con la mano libre—. Hay unos que necesitan su espacio ni bien llegan a este mundo, hay otros que te necesitan cerca y otros que te necesitan pegados a su piel. Al principio todo depende del bebé, luego los vas guiando. Y esta

hija tuya será diferente al próximo que tengas.

—Oh, no. Yo no tendré hijos.

—Ya verás que cuando se te pase el miedo conseguirás disfrutar de esta bebé y de los que vendrán. Jill, no hay nada más bello que acompañar a un bebé hasta que necesite volar solo. Sobre todo, en los primeros años. Ya te lo dije, son nuevos en este mundo y, a medida que descubren el mundo, tú descubres un mundo nuevo junto a ellos.

No era de extrañar que la señora Robben no concibiera que una mujer no quisiera ser madre. Era comprensible, dado su edad y su experiencia. Por eso Jill no se sintió ofendida o atacada ante sus palabras. Antes de despedirse, la anciana la invitó a una partida de canasta al día siguiente y Jill aceptó con gusto.

Los días pasaban y, paulatinamente, Jill comenzó a sanar. Al menos eso quería creer. Nunca antes había tenido tanto tiempo libre y, con la ayuda de la anciana, le estaba tomando la mano a Meredith. La bebé y ella estaban estrechando el vínculo que sería inquebrantable de por vida, como si estuviera atada a su alma. Cada día era un logro para su confianza y ahora estaba prácticamente segura de que ella no había sido la peor opción para la niña. Todos los días se levantaba al alba y, mientras Meredith tomaba la primera mamadera del día, ella la contemplaba bañada por los débiles rayos del sol que se filtraban por las ventanas, cada vez más enamorada de aquella diminuta criatura. Cuando no estaba atendiendo a la bebé, haraganeaba en algún sillón con un libro entre las manos hasta la hora del almuerzo. Luego se dedicaba a acomodar la casa y a sacar las hierbas malas del jardín. Antes de la hora del baño, la niña y ella disfrutaban del aire limpio de montaña. Incluso había sacado el juego de sillas exteriores al porche y sentarse allí, envueltas en gruesas mantas, a contemplar el sol, que se escondía detrás de las cimas, era su actividad preferida. No había teléfonos, conexión de Internet ni señal de celular. Solo la niña, Gretna y ella. Cada tanto, algo de tristeza que se filtraba por las grietas de los muros que estaba levantando. Antes de que el silencio de las noches se tornara aplastante, Jill cenaba algo ligero y se iba a dormir bien temprano porque la soledad se volvía insistente en la penumbra nocturna y las noches parecían interminablemente oscuras.

Ese patrón establecido que se repetía día tras día convirtió su vida en una amable monotonía que permitía su existencia interrumpida solo por alguna compra en el pueblo. Rara vez intercambiaba más de algunas pocas palabras con alguien que no fuera la señora Robben, a quien visitaba con regularidad.

Había dejado de prestarle importancia a su aspecto, no usaba maquillaje para ocultar las ojeras y, como Meredith dormía un poco mejor, ya no se le marcaban tanto. El tiempo pasado al sol y al aire libre arreglando el jardín habían hecho resurgir las tenues pecas del puente de su nariz y ya no la avergonzaban. Pensó en el futuro, pero no desesperó y concluyó que el destino había maniobrado a su favor. Jamás podría haber cuidado de Meredith con la presión de su trabajo y hubiera acabado por hacer ambas cosas mal. Más adelante, conseguiría otro trabajo y volvería a ascender. No sería como el puesto que tenía en Arns, Logf & Asociados, pero ya no era una

principiante y defendería la experiencia adquirida.

«Definitivamente, todo irá bien», se alentó Jill, que no podía sacudirse del todo las cadenas de la melancolía.

## Capítulo 18

Matt salió del ascensor y recorrió el pasillo, de estilo industrial y en forma de H, a grandes zancadas hasta llegar a un apartamento situado casi al final. Levantó el puño y aporreó la madera de la puerta con decisión. Ya tendría tiempo de explicar cómo había conseguido la dirección. Por ahora, solo quería ver a Jill y explicarle todo lo que había sucedido. Primero falleció su abuela Marion, que fue la única figura materna que tuvo, luego estuvo todo el tema del testamento, reuniones con los abogados y la familia. Si bien su abuela había dejado todo ordenado, existían formalidades que debían respetarse. Para cuando logró conectarse con el mundo real, se encontró con fotos de él en las páginas de los tabloides. Lo estaban haciendo picadillo. Él no estaba en Mustique disfrutando de la playa con la insoportable de Chantall, como la prensa había publicado, estaba en Boston removiendo cielo y tierra para encontrarla.

—Jill, abre la puerta —dijo Matt y golpeó nuevamente.

Él la había llamado incontables veces. Ella no solo no había respondido, sino que luego había apagado el celular. Al principio se había cabreado, pero ahora solo quería encontrarla. Antes de ir allí, la buscó en el apartamento de Livie y en las oficinas. Pero no había rastros de Jill por ningún lado. Además, cuando fue a Arns, Logf & Asociados, la secretaria le informó que no trabajaba más allí. Todo eso le olía como los mil demonios. El solo hecho de saber que ella lo había necesitado y él no había podido estar ahí para ella despertaba en él una emoción a la que no le importaba ponerle nombre: tenía pánico. Por primera vez en su vida sentía miedo, tenía miedo profundo de que le hubiera pasado algo. Ya había superado el hecho de que ella significara tanto para él. Solo esperaba encontrarla tras esa puerta y, luego de abrazarla, le retorcería el pescuezo. Con el puño suspendido en el aire para golpear nuevamente, un tipo en calzones y descalzo abrió la puerta. Matt ni siquiera dudó por un instante de quién se trataba.

—¿Aún estás aquí? —le recriminó a David, que recién se despertaba y no entendía ni cómo se llamaba.

Matt pasó por delante de él hecho una furia. El muy telele ni amagó a frenar al extraño que se colaba en el apartamento. Cuando por fin reaccionó, quiso llamar a la policía.

—Ni lo intentes —advirtió con una serenidad escalofriante que obligó a David a cortar la llamada—, solo dime donde está Jill.

—¿Jill?

—Busco a Jill. Jill Prine, quien debería estar viviendo aquí. Diablos, ¿no tienes ni una pizca de dignidad? —Matt dirigió una mirada asesina a David—. Duerme en el sofá de Livie. Maldita sea, compórtate como un hombre.

—¿Eres amigo de Jill? —quiso saber David.

—Soy su novio. Ahora, ¿dónde diablos está?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —David estuvo a punto de plantearle que él tampoco lo sabía, pero no se animó. El tipo era demasiado grande para él y parecía peligroso.

—La última vez que la vi fue en el funeral de Livie —dijo David tras un momento de tenso silencio.

—¿Livie falleció? —preguntó Matt con un respiro ahogado—. ¿Cuándo sucedió?

—Hace unas semanas, no recuerdo bien. Para ser su novio no sabes mucho de lo que le ocurre —dijo David queriéndole picar el orgullo.

Era una suerte para él que Matt estuviera atónito por la muerte de Livie, de lo contrario, tan borde como estaba, nada ni nadie habría impedido que lo moliera a golpes.

—¿Qué diablos fue lo que sucedió? —soltó furioso.

David le explicó lo poco que sabía del asunto de Livie. Matt salió pitando de allí, en el camino llamó a Jonathan Wilkes, el detective que utilizaba cada vez que necesitaba averiguar algo.

—Quiero todo lo que puedas conseguir de Jill Prine. Se la tragó la puta tierra y hace semanas que nadie sabe de ella. Apresúrate —exigió con una tranquila pero implacable tenacidad.

Cuando colgó con el detective, Matt volvió a marcar el número de Jill y, como hacía semanas, saltó al buzón de voz.

Estacionó frente al apartamento de Livie, cuando se dio cuenta de que era inútil esperar allí, regresó a su habitación del hotel. Estaba sentado detrás del escritorio de la *suite* que ocupaba en el Boston Harbor Hotel a la espera del llamado del detective. Su estado de ánimo pasó de la bronca a la frustración y, luego, a la preocupación. Wilkes aún no había vuelto a comunicarse con él y ya no le quedaban más lugares donde buscar. Estaba atado de pies y manos, y eso no le gustaba. El celular vibró sobre el escritorio, Matt alzó la vista de la pantalla del ordenador con el ceño ligeramente fruncido. Llevaba trabajando más de tres horas solo para ocupar la mente en algo, de lo contrario, habría perdido la cabeza por completo. Atendió sin mirar la pantalla.

—Mi gran señor Dybron, Mark al otro lado de la línea.

Al oír la voz del decorador de interiores, amigo de Fran, la esposa de su hermano mayor, soltó un juramento entre dientes. No era la llamada que estaba esperando. Mark era una joya destacada en interiorismo y lo había contratado para redecorar Gretna. Hacía unas semanas le había comprado la propiedad a su hermano Jake, que se la había vendido a regañadientes alegando que le haría perder millones. Igualó el precio que Jake había pagado y solo se la vendió cuando le arrancó la promesa de que le encontraría otra propiedad con similar ubicación.

—Tuve un lugar en mi ocupadísima agenda antes de lo previsto y vine a ver esta cabaña de

montaña que le compraste a Jake. No es por sembrar cizaña y dividir las aguas entre los hermanos, pero te han estafado. Te aseguro, cielito, Gretna no es más que una choza y, si consigo sacar algo bueno de esto, será considerado mi obra maestra. —Matt se frotó la unión del puente nasal con el lagrimal, le estaba por dar una jaqueca tremenda y le costaba seguirle el ritmo a la conversación. Mark era de los que hablaba mucho y muy rápido, casi sin pausas—. Además de lo horroroso que es este lugar, aunque supongo que con nieve sería de lo más encantador y también en otoño con el follaje, hay un detalle: si bien no soy paisajista, me considero un experto *amateur* en el tema y te aconsejaría que plantes otras variedades de árboles para matizar los tonos; verás, Matt, creo que está toda la gama del verde aquí y le faltaría otro toque, aunque...

—Mark, estoy en medio de una situación —cortó en seco Matt—. Podemos hablar de matizar el verde en otra ocasión.

—Sí, cierto. Aguarda, Matt —interrumpió antes de que cortara la comunicación—, caramelito, también necesitaría que me envíes una foto de ese torso tuyo, sin camisa, por supuesto. Puedes agregar un poquitín de aceite para que...

—Adiós Mark...

—No me puedes culpar por intentarlo. Pero, cariñín, hay otro problemilla. Resulta que estoy a medio camino de la entrada y le estaba comentando a Olivier, el *chauffeur*, que no sabría si podría sacar algo de este condenado lugar cuando...

—No quiero ser grosero, pero voy a colgar... —informó Matt conteniendo la oleada de exasperación que lo invadía mientras Mark continuaba con su perorata interminable.

—Una mujer muy pintoresca vive en la choza. Las condiciones de este lugar inhabitable son inhumanas y tuve que contenerme para no gritarle que tenga cuidado con el techo. Eso está a punto de derrumbarse. —Mark estaba exagerando, como era usual en él.

Matt se paró en seco y se puso de pie de forma tan brusca que la silla cayó para atrás. Cómo no se le había ocurrido antes.

—Deberías ver el contraste que hacemos, yo con mis pantalones de *animal print*, aquellos que usé cuando tuve que sacarte de la cárcel, ¿lo recuerdas?

Por supuesto que Matt lo recordaba. Había sucedido hacía un par de años, pero jamás pasó tanta vergüenza en toda su vida. Se había pasado de copas y, cuando eso sucedía, Matt se tornaba un tanto beligerante. Estaba en una de esas terrazas pijas que pululan como insectos de verano en Manhattan cuando vio que un tipo se había puesto pesado con una mujer. Matt no conocía a la mujer en cuestión, pero veía que el hombre no entendía negativas y la incomodaba con su insistencia. Matt se acercó a la mesa y le pidió al tipo que la dejara en paz. El muy tarado lanzó un puñetazo que apenas rozó a Matt en la oreja. Él ni siquiera le dio tiempo a reaccionar y no erró un solo golpe. El tipo terminó inconsciente en el suelo y él, tras las rejas.

Llamó a Jake para que lo sacara del calabozo donde lo habían metido, pero el muy cabrón, en lugar de ir él, mandó a los mejores amigos de su mujer. Mark y John eran una parejita de gais adorable y les estaba agradecido por haberse encargado de sacarlo de allí. Todo eso habría estado

bien por Matt si no fuera porque Mark fue a buscarlo con unos ajustados pantalones de animal print, un cinturón rojo, una camisa de seda blanca y unas gafas al estilo de Elton John de los años setenta. En la estación de policías aún recordaban la escena.

—... de llamar a la policía, aunque no parece una intrusa y te juro, Matt, por los clavos de Cristo, que puedo parecer un debilucho, pero esta mujer al estilo Heidi no me asusta.

—¿Llamaste a la policía?

—Si no te conociera, pensaría que eres solo un cuerpo bonito. Te dije «antes de llamar a la policía». —Mark habló deliberadamente lento—. ¿Acaso no oyes lo que hablo?

—Hablas demasiado, Mark. No llames a nadie. ¿Hablaste con ella?

—Aún estoy en el auto, cariñín. ¿Te dije que esta choza mete miedo? No exagero, Matt. Pero, despreocúpate, una vez que renegociemos mis honorarios, haré que Gretna brille. Esto es todo un desafío, ¿cierto, Olivier? Tú no lo puedes ver, pero mi *chauffeu* acaba de coincidir conmigo.

Jonathan Wilkes, el detective, lo llamó cuando estaba arriba del jet rumbo a Vermont. Si tenía alguna duda, se evaporó cuando recibió el resumen de los últimos consumos de la tarjeta de Jill. Había realizado algunas compras en el pueblo de Stowe. La última con fecha del día anterior.



## Capítulo 19

Matt tenía una camioneta de alquiler que lo esperaba cuando bajó del avión privado. Rápidamente, emprendió viaje a Gretna. Tenía los nudillos blancos de lo fuerte que apretaba el volante y tuvo la leve sensación de que el trayecto se había alargado desde la última vez que lo había recorrido. Apuró el acelerador más allá del límite permitido y, para cuando hubo atravesado el camino de grava hasta la entrada de Gretna, el corazón le palpitaba con la fuerza de un caballo desbocado. Necesitaba verla y tocarla, saber que estaba bien.

Prácticamente, se bajó de la camioneta andando de un salto y se dirigió rumbo a la casa. Atravesó el umbral a toda prisa, pero lo que vio lo obligó a detenerse en seco y la respiración se le quedó atorada en la garganta. Jill se había quedado dormida en la mecedora a un lado del ventanal. Los últimos rayos del sol se filtraban por la ventana e inundaban su piel como si estuviera atrapada en un caleidoscopio de colores. La trenza se le había deshecho y los mechones sueltos que le enmarcaban el rostro tenían distintos matices de castaño filtrados por los rayos del crepúsculo. Algunos eran tan claros que parecían del color del caramelo y otros tan oscuros como el chocolate. No llevaba una gota de maquillaje, vestía solo una de sus viejas sudaderas, que le quedaba enorme, y se le había bajado la costura por uno de los hombros. Quiso acercarse a besar la piel del hombro, pero se contuvo, no quería despertarla. Aún en sueños, Jill se acomodó en la mecedora, el algodón gastado de la camiseta se tensó marcando la redondez de los pechos discretos. De pronto, todo el enojo y la preocupación que le había causado su desaparición se esfumaron.

Incapaz de estar lejos de ella por más tiempo, se acercó e inclinó la cabeza para acariciar con la nariz la suave curva de su cuello y la piel del hombro. Mientras Matt la acariciaba, Jill deambuló haciendo equilibrio entre el ensueño y la realidad para levantar la vista hacia esos ojos que la miraban con una ternura infinita. Ni siquiera se alarmó, estaba soñando con Matt, como tantas otras veces. A continuación, arrodillándose él se puso a su altura, apoyó las manos en los brazos de la mecedora y buscó su boca, primero jugueteó con el labio superior para luego entretenerse con el inferior. La caricia era tan real que la hizo estremecerse de los pies a la cabeza y la hizo despertar de golpe. Jill abrió los ojos de par en par y clavó la mirada en sus ojos, que esa vez eran del color de un mar turquesa. Dubitativa, acercó las yemas de los dedos a las minúsculas arrugas que se le formaban en los extremos de los ojos y daban fe del sentido del

humor de Matt.

—Oh, por Dios, eres tú... estás aquí —exclamó Jill con sorpresa. El pulso le latía desenfrenado debajo de la piel de las muñecas—. ¿Matt?

—Sí, Jill, soy yo. —Su tono de voz era sereno y profundo, muy diferente al que utilizaba Jill, que no lograba pensar con claridad.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarte —respondió Matt.

—No puedes estar aquí. Tienes que irte.

—Por supuesto que no y no puedes echarme. Me costó mucho dar contigo, cariño —dijo y un destello de humor iluminó su mirada.

—Y yo que pensé que estabas demasiado ocupado —reprochó.

—Antes de sacar cualquier conclusión precipitada deberías oírme, abogada.

Jill se levantó de la mecedora y se paró frente a la gran ventana. Contempló durante un breve instante a través de ella antes de continuar. La transición del crudo invierno a la prístina primavera no había culminado y la nieve no había desaparecido por completo en algunos claros. En su mayoría, el follaje continuaba desnudo, esquelético, sin la nieve que vistiera las ramas. El verde de los abedules era opaco y cansino, aunque Jill sabía que pronto adquirirían el tono estridente que a ella más le gustaba. Más allá de la vista, las aguas del arroyo que cruzaba Gretna ya estaban brumosas anticipándose a la neblina que caería durante la noche.

—Tal vez no quería que me encontraras —respondió Jill elevando con orgullo la barbilla.

Ella no lo quería allí. Había trazado un plan de vida nuevo en su cabeza y Matt no figuraba en él. Por fin veía un halo de esperanza en todo lo que sucedía y no podría superarlo con el corazón destrozado. Su relación con Matt era impredecible y estaba completamente segura de que, cuando pasara la novedad, él se aburriría y volvería a su antigua vida. Así como un leopardo no puede cambiar sus manchas, Matt tampoco podría cambiar. Jugaría al novio y llegaría a ser el novio perfecto, porque Matt pondría el corazón en ello, como hacía con todo lo que emprendía. Sin embargo, ella estaba convencida de que al cabo de una temporada cansaría de jugar a los novios. Él mismo se lo había dicho cuando se conocieron y ella no se creía con el poder de domar a nadie, mucho menos a Matthew Dybron. Aunque estaba segura de que esta era la despedida final, tan solo su presencia la atormentaba y la sitiaba con emociones que no quería ni podía controlar. Cualquier mujer metida en el embrollo en que estaba ella, con una bebé que mantener, aprender a cuidar y atravesando el duelo por la muerte de su amiga, encontraría el coraje y la dignidad para resistirse a un hombre como él. Es más, ni siquiera tendría tiempo para pensar en ello. «Pero yo no», se reclamó con furia Jill. Cuando se trataba de Matt, ella era arcilla en sus manos, que él podía moldear a su antojo. Sabía que compraría todas las excusas que él le diera, independientemente de si eran buenas o malas, creíbles o no. Y, a pesar de saber que Matt era el único capaz de derrumbarla por completo, ella solo deseaba fundirse en sus brazos. Se preguntó, desesperada por comprender, por qué no había sentido lo mismo con nadie más y le repugnó su

debilidad. Tenía que recordar que él no había estado allí para ella cuando más lo necesitó. Matt le había fallado como lo hicieron su padre, su madre e incluso en su amargura Jill sentía que Livie también le había fallado. Alejándose de Matt, esquivaría las balas que le rematarían el corazón porque, con Meredith en su vida, no podía permitirse terminar destruida.

Sin apartar los ojos de la espalda de ella, Matt se alejó unos pasos dándole el espacio que ella necesitaba para calmarse. Él comprendía que estuviera enojada por todo lo que la prensa había dicho y también entendía que estuviera abatida por la muerte de Livie. Pero él aún estaba furioso porque había desaparecido. Solo quería consolarla y ella le había robado esa oportunidad escondiéndose y huyendo de él.

Por el rabillo del ojo, Jill vio que Matt apoyó la cadera contra el respaldo del sillón y cruzó los brazos a la altura del pecho a la espera de una explicación. La mirada especulativa de él se deslizó desde su cabello revuelto hasta las torneadas piernas apenas cubiertas, sin olvidarse de posarse en la redondez de sus pechos, que estaban libres de sujetador y que ostentaban los erguidos pezones. Jill se giró y enfrentó su mirada. Apretó los dedos en sus labios hasta que le dolieron porque le hormigueaban con ansias de más. Matt se dio cuenta y supo que Jill respondía a él, aun cuando no quisiera.

A Jill le tomó unos instantes controlar la respiración para que no le temblara la voz. Lo que iba a hacer sería una de las cosas más difíciles que le habían tocado en la vida, más cuando Matt estaba convencido de que lo lograrían. Debía hacerlo rápido para que fuera eficaz. Aunque tenía mil preguntas para hacerle y explicaciones para darle, solo había cabida para una certeza: no quería a Matt en su vida. Para ellos, no había un después de Gretna.

—Lo siento, Matt. Nuestra aventura terminó aquí. No podemos continuar viéndonos —soltó Jill con brusquedad—. Así que vete por donde viniste.

—Cariño, ¿por qué me tratas tan mal? —La voz de él era un suspiro tan tierno que la hizo temblar.

Pasando por alto los deseos de Jill, Matt se irguió del respaldo del sillón con la elegancia de un felino y muy despacio volvió a acercarse a ella. Estaba tan cerca que su aliento agitó los mechones que caían sobre la frente.

—Con el trabajo que me costó dar contigo.

En un esfuerzo titánico, ella se mantuvo en el lugar con la frente alta, el cuerpo en tensión y las rodillas flojas. Matt con una mano la tomó del cuello y la contempló durante lo que a ella le pareció una eternidad. Buscó sus labios y ella se esforzó por no devolverle la caricia de su lengua. A medida que la besaba, deslizaba la otra mano espalda abajo y cuando la detuvo ejerció una suave presión para acercarla más a él.

—Sé que quieres besarme. Hazlo, cariño. Bésame —suplicó Matt, separando apenas los labios de los de ella y acariciando su piel.

Jill se sintió derrotada. Sencillamente, le resultó imposible resistirse y se acopló a Matt. Por el esfuerzo de mantenerse firme, había cerrado las manos en dos puños que se abrieron para

convertirse en palmas y treparon por su pecho hasta aferrarse al cuello. Matt la abrazó a la altura de la cadera y la apretó más contra él. Los pies de ella apenas rozaban el suelo.

Sintió la caricia profunda y tierna de su lengua separar sus labios. Matt comenzó a jugar con el interior de su boca y le arrancó un gemido tímido cuando ajustó la inclinación de la cabeza de Jill para tener un mejor acceso. Él la besaba, mordisqueaba sus labios, su piel y ella apenas podía mantenerse firme. Tuvo que sostenerse de sus hombros para no perder el equilibrio y, apoyada en Matt, respondió con la misma fogosidad. Las manos de él volaron debajo de la sudadera buscando la piel de la cintura. Lentamente y sin dejar un palmo de piel sin rozar, las manos llegaron hasta sus senos. Jill jadeó agradecida. Se le habían endurecido los pezones y los sentía pesados. El deseo la hizo estremecerse de pies a cabeza y todo rastro de cordura abandonó su mente.

El ataque cesó de repente en el momento y Matt se apartó de ella como si quemara. Jill casi pierde el equilibrio cuando él se alejó. Con la respiración agitada se dirigió a la escalera y subiendo los peldaños de dos en dos fue hasta la habitación en donde Meredith dormía hasta hacía unos instantes. Ella lo siguió pisándole los talones.

—¿Qué diablos haces con este bebé? —Demasiado tarde se percató de la brusquedad de sus palabras y vio desconcertado que Jill rompía en llanto, con lo que se encontró en la disyuntiva de a quién consolar primero.

Matt se decantó por la bebé, que claramente tenía hambre porque, entre alarido y alarido, buscaba un biberón inexistente. Con la bebé apoyada en su hombro, se acercó a Jill, la abrazó y percibió, con orgullo masculino, que se relajaba entre sus brazos.

—No llores, cariño. Necesito que te calmes y me cuentes lo que sucedió. Pero antes, muéstrame donde están las cosas para alimentar a este demonio pelirrojo.

Momentos más tarde, Matt apareció en el umbral con el aspecto sereno y aplomado de siempre, aún con una bebé en brazos. Mientras tanto, Jill ya se había repuesto y permaneció sentada en el borde de la cama observándolo mientras él alimentaba a Meredith. Debía reconocer que lo hacía mejor que ella, sin embargo, no pudo evitar darle algunas directivas.

—Debes asegurarte de inclinar bien el biberón, si no, los cólicos no la dejarán dormir esta noche.

Matt no respondió, se limitó a contemplarla fijamente y, para su desasosiego, algo en su mirada la tranquilizó. Ella detestó sentir que su sola presencia colmara de calidez su corazón. Le devolvió la mirada y fue consciente de que, a pesar de todo, no había mentido cuando dijo que lo necesitaba. En un intento desesperado de autoprotección, se apartó de él y, contemplando los intrincados veteados de la madera del suelo, le contó lo sucedido a partir del día que internaron a Livie. La cadencia uniforme de su voz probaba que había alcanzado una especie de entendimiento con el dolor. Ya no lloraba desconsolada como los primeros días. La muerte de su amiga era una tristeza demasiado grande para el llanto, esa clase de dolor se anclaba y vivía en el corazón por siempre. Por el rabillo del ojo vio que Matt acomodaba a Meredith en la cama y se sentaba a su lado. Ella, que hasta el momento había creído que era tarde para buscar consuelo en sus brazos, se

encontró en su regazo apoyando la mejilla en su pecho. Él inclinó la cabeza y depositó un beso en la suave curva de uno de sus hombros. La ligera e inocente caricia pareció romperla y Jill se encontró llorando como si no hubiera llorado ya lo suficiente. Ella estaba perdida ante esta nueva versión de ella misma. Jill acostumbraba a reprimir sus sentimientos, pero últimamente no se creía con la capacidad de hacerlo y le costaba ser amiga de su nueva versión. Su vida estaba patas para arriba y todo se le había ido de las manos. En algún lugar del camino, había perdido la batalla, y la máscara de suficiencia que había alcanzado hasta cierto momento había desaparecido para siempre. En su lugar estaba la Jill vulnerable y con miedo, llena de inseguridades ante el futuro. Pero no quiso pensar más en eso. Matt la apretó entre sus brazos y la contuvo.

—Llora, cariño —susurró.

—No quiero, lo siento. Ya sé que no gano nada llorando.

—No me asustan tus lágrimas —la tranquilizó—. Desahógate. Llora todo lo que quieras.

Y Jill así lo hizo.

—Oh, Matt. Livie tendría que estar aquí, viva. Criando a Meredith, viéndola crecer.

—Lo sé, cariño... —dijo Matt mientras la mecía en su regazo.

—Ese es su derecho, no el mío. Maldita sea, la quería tanto... El dolor de perderla, de no tenerla a mi lado, de que Meredith no tenga la posibilidad de conocer a su madre... Dios, Livie hubiera sido la mejor de todas... ¿Cómo pudo sucederle algo así?

Poco a poco los sollozos fueron desapareciendo hasta convertirse en un llanto suave. Cuando ella dejó de llorar, Matt tomó su rostro suavemente y la besó. El instinto protector se agolpó en su pecho y fue como si un rayo lo hubiera partido a la mitad. Nunca antes se había sentido protector de nadie salvo de sí mismo. Tal vez un poco con su hermana Carol, pero tampoco, reconoció cuando lo pensó mejor. Jake había hecho el trabajo de hermano mayor al pie de la letra y lo había desligado a él de la tarea. Hasta el momento, Matt había vivido su vida preocupándose solo por él mismo. Sin embargo, con Jill todo era distinto. Quería haber estado allí para ella, quería haberla acompañado durante todo ese duro proceso que aún estaba atravesando.

—Siento no haber estado ahí para ti —dijo y sus labios rozaron su frente.

—Tuviste tu dosis de tristeza, también —aseguró Jill refiriéndose a la muerte de la abuela de Matt.

—Es verdad, Marion fue como una madre para mí.

Luego de unos instantes en silencio Matt agregó:

—Tienes que saber que nada de lo que dicen los tabloides es verdad.

—No tienes que explicarme nada.

—Sí, Jill debo hacerlo. Según la prensa, en estos momentos estoy en una playa paradisíaca, pero lo único que hice fue buscarte por cielo y tierra.

—Matt, no hace falta. —Finalmente, Matt comprendió—. Ya no importa. No hay lugar para ti en mi vida. No más.

—Estás loca si piensas que puedes apartarme en estos momentos —aseguró él.

—Matt, debes apartarte. No hay espacio para una relación en mi vida. No puedo arriesgarme a salir herida y sé que, si lo nuestro no funciona, no quedaría nada de mí —dijo Jill desnudando su corazón—. No puedo permitirme fallar, no puedo fallarle a Meredith. Ella es mi prioridad. No voy a fallarle a Livie.

—Entonces deja que sea la prioridad de ambos. Jill, no me apartaré. Quiero que confíes en mí. Quiero ser capaz de contarte todo y quiero saber todo de ti. Y no me conformaré con menos. — Matt la tomó por la nuca y la acercó a él, le besó los cabellos y respiró hondo. Jill sintió las cálidas oleadas de su aliento en los labios. Había perdido la arrogancia que lo caracterizaba y, por primera vez, Jill lo vio vulnerable—. Hueles a primavera y tienes esas ocurrencias locas de que todo saldrá como tú lo planeaste... Creo, Jill, que hasta planeas cuándo ir al baño —dijo con una sonrisa en los labios—. Y me encanta ver cómo te ahogas en un vaso de agua cuando todos tus planes se van al garete y, aun así, sales adelante. Jill, creo que... me estoy enamorando de ti. Me guste o no, te guste o no, es lo que sucede. Me estoy enamorando de ti —repitió palabra por palabra—. Tendrás que encontrar la manera de aceptarlo y lidiar con ello, así como yo lo hago. Todo esto también en nuevo para mí.

Matt corrió los restos de la trenza de Jill hacia la espalda y le masajeó los hombros antes de deslizar las manos por la piel de sus brazos. Con una mano, tomó las de ella y, tras sujetarlas por detrás de la espalda, lo que obligó a Jill a arquearse contra él, inclinó la cabeza y le rozó el cuello con los labios. La calidez del beso le provocó un hormigueo que recorrió el largo de su columna. Él siguió besándole ese punto, mientras que con la mano libre la acariciaba por encima de la sudadera. Cogió un pezón y Jill sintió que se acaloraba por debajo del delgado algodón. Soltó un gemido cuando Matt lo pellizcó con suavidad y, acto seguido, la mano de él voló por debajo de la tela para sentir la piel. Cuando eso no fue suficiente, levantó la sudadera y dejó a la vista el par de senos. Jill se estremeció por el choque de la temperatura de su cuerpo y la del ambiente. Matt se giró y vio a Meredith dormida en la cama. Los dos temblaban de la cabeza a los pies, demasiado excitados como para detenerse. Jill lo escuchó susurrar algo, pero tan aturdida como estaba, no lo comprendió. Matt la alzó de su regazo y, en volandas, la llevó a la otra habitación.

—Llámame conservador, pero no me gustan los testigos.

A su paso, Matt encendió las luces del pasillo. La habitación contigua quedó iluminada por el tenue resplandor que se filtraba a través de la puerta abierta. La sentó en el borde de la cama y comenzaron a desnudarse. Necesitan tocarse, saborearse. Pronto, la ropa se convirtió en un montoncito en el piso. Matt la arrastró hasta el centro del colchón y se deslizó sobre ella acariciándole los pechos con la boca y la entrepierna con el muslo. Él la torturaba besándola y acariciándola por todas partes, pero sin penetrarla. Buscaba las zonas más sensibles y recreándose en ellas la hacía arder de deseo. Jill también tocaba y saboreaba. Sus cuerpos, entrelazados, rodaron por el colchón en una lucha sensual. Matt la instó a colocarse de espaldas y le separó las piernas todo lo que fue capaz. Mientras su boca ahondaba en la de ella, se hundió en ella con una lenta y profunda embestida. Jill gimió de gozo por la invasión y la suave carne

interior rodeó el miembro. Matt comenzó a moverse lentamente; cada penetración, una tras otra, traspasaba sus fronteras derribando todo a su paso. Él la tocaba como hablándole, haciéndole sentir que el roce de sus cuerpos era una nueva forma de lenguaje. Las prisas del principio se convirtieron en ternura y ambos se encontraron con la oportunidad de consolar y ser consolados. Jill no había sido la única que había necesitado a Matt como un respiro de ahogado. Él, aunque su orgullo le impedía reconocerlo, también la había necesitado. Jill llegó a la conclusión de que algo en su interior cambiaba cada vez que hacía el amor con Matt porque le entregaba un poquito más de esa parte que resguardaba protegida de los otros.

Ninguno de los dos recordó cuántas veces se amaron esa noche. Parecía como si hubieran estado separados por años y sus cuerpos tuvieran que ponerse al corriente. Meredith se levantó dos veces esa noche y Matt la ayudó en ambas ocasiones. Como era la primera noche que Meredith dormía sola, Jill estaba intranquila.

—Rodará y caerá de la cama —aseguró Jill.

—No lo creo, Jill. Duérmete.

Jill cerró los ojos e intentó dormir, pero al cabo de diez minutos se dirigió a la habitación donde dormía Meredith. Por lo que había leído en las innumerables páginas de Internet que visitó, la bebé aún no contaba con las semanas suficientes para voltearse. Pero, como todas las madres, Jill pensaba que Meredith era una adelantada, así que estaba convencida que los parámetros normales aplicables a los demás no le servían a ella.

—Por todos los santos, Jill, vuelve a la cama. —La voz de Matt le llegaba amortiguada desde el corredor—. Cariño, no se va a caer.

Recién cuando Matt hizo una especie de muro de contención con todas las almohadas y mantas que encontró, Jill logró descansar tranquila.

## Capítulo 20

Cualquiera podría asegurar que nadie rivalizaba con los poderes de persuasión de Matt, porque solo en cuestión de horas había conseguido que Jill se olvidara de los planes que había elaborado en su cabeza y lo siguiera a Nueva York. Poco después del amanecer, empacaron lo poco que Jill había traído y emprendieron viaje.

El mes siguiente transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. La relación entre ambos se estrechó a tal punto que Jill no recordaba lo que era vivir sin él. Matt era listo y, como si se tratara de un proceso natural, integró a Jill y a Meredith a su círculo, sin espantarla y evitando poner en evidencia lo evidente. También la acompañó en el proceso del duelo y de su estrenada condición de madre. Por su parte, Jill se acomodó fácilmente a él y los dos hicieron lo propio con Meredith. Todas las noches dormían abrazados, ya sea con los cuerpos lánguidos por la pasión o exhaustos por atender a una bebé con exceso de energía y asombrosa capacidad pulmonar. Los fines de semana pasaban la tarde en algún parque o Matt las llevaba a algunos de sus lugares favoritos de la ciudad. En la cabecita de Jill, todos esos cambios en su vida eran temporales y los vivía como en una burbuja que en cualquier momento se desintegraría.

También tuvieron sus momentos de pareja. Un jueves, cuando se despertó, Matt ya se había marchado. Algo extraño, ya que a él le costaba madrugar y era ella quien tenía que arrancarlo de la cama para que desayunara algo decente antes de ir a la oficina. Las huellas de él estaban en la almohada, allí donde Matt había posado la cabeza. Inclino la cabeza y la olió, su presencia aún se olfateaba y su corazón se saltó un latido. A un lado, sobre las sábanas revueltas, encontró una nota. En ella Matt le avisaba que estaría fuera, sin cobertura, durante todo el día y que pasaría por ella para llevarla a tomar una copa.

Jill arregló con la señora que ayudaba a Matt con la limpieza que regresara sobre las seis para quedarse con Meredith. Betty aceptó encantada, adoraba a Meredith y le contó que utilizaría el dinero extra que recibiría por hacer de canguro para comprarle algo a su nieto, que vivía en Texas y que visitaría pronto. Jill le pagó por adelantado y agregó algunos dólares de más.

Matt la llevó a un *speakeasy* en el bajo Manhattan, al que se accedía con una contraseña que cambiaban regularmente. Los *speakeasies* eran bares clandestinos que nacieron durante la ley seca. Si bien ahora el consumo de alcohol era legal, esos bares intentaban permanecer ocultos y mantenían encendido el espíritu de aquellos años. Luego de bajar y subir varias escaleras como en



un laberinto, Matt empujó una puerta maltrecha y entraron. Detrás de aquella puerta había un mundo sacado de otro siglo. La gente bebía los cocteles en tazas, como lo hacían durante la prohibición, sentados en mullidos sofás de terciopelo bordó. Enormes cuadros al óleo colgaban de las paredes cubiertas por paneles de madera finamente labrados. Se sentaron en un reservado. En una esquina, un hombre al piano, acompañado por dos trompetas y una voz femenina cargada con la nostalgia suficiente para partir cualquier corazón sano a la mitad, eran los encargados musicalizar el bar clandestino. Durante un largo momento, Jill contempló absorta al responsable de hacer bailar las notas del piano. El hombre, un afroamericano alto y muy flaco, con el torso más largo que las piernas, ladeaba la cabeza al compás de la música. Presionaba las teclas con los ojos cerrados, con armonía y ardor, con fuerza y suavidad. Parecía como si la música corriera primero por su torrente para luego compartirla con el resto. El pianista parecía haber descubierto el secreto de la simpleza de la felicidad.

Matt la tomó de la mano y caminaron a la pista de baile mientras sonaban los primeros acordes de *It's always you*, de la versión de Chet Baker. Para sorpresa de Jill, resultó que Matt se las arreglaba bastante bien para seguir el ritmo y guiarla con seguridad por la pista. Bailaron largo rato en silencio.

—Las parejas tendrían que bailar más —soltó Jill, de pronto. Por triste que pareciera, nunca había bailado así con ningún hombre. Salvo, tal vez, en el baile de graduación. Pero esa vez no contaba. Carl, su pareja, era el otro excluido del pueblo por ser abiertamente gay—. Gracias, Matt, por esta velada. Creo que desde niña que no bailaba así. Y, si lo hice, fue porque era el príncipe azul de Suellen.

Matt asintió con un leve gesto de cabeza, atrayéndola más hacia él, la pegó a su cuerpo casi tanto que Jill pudo sentir su aliento en la sien y agregó susurrándole:

—A sus servicios para cuando guste, señorita Prine. Yo también tengo que agradecerte, hasta este momento creí que bailar *jazz* sobrio era una tortura.

Luego del bar, fueron a cenar a uno de los restaurantes más reconocidos de la ciudad. Junto a Matt, Jill descubría una parte de ella que había enterrado hacía años. Estaba disfrutando de la vida y no tenía miedo al futuro que le aguardaba, a pesar de no tenerlo bajo control y que los planes que había trazado una y otra vez desde que era adolescente se hubieran evaporado.

La agenda social de Matt era ajetreada. Le faltaban días a la semana para que cumpliera con todas las invitaciones que recibía. A diferencia de Jake, su hermano mayor, él sí disfrutaba formando parte del círculo chico. Aunque no todo era por placer, también debía concurrir a cenas y reuniones a beneficio de alguna buena causa. Jill se rio cuando él le confesó que hasta que la conoció no tenía idea de lo que era cenar en casa, mucho menos en pijamas. Esa noche, Jill lo acompañaría a una exhibición de arte en una galería reconocida internacionalmente, donde la esposa de uno de sus amigos exponía sus fotografías. Según le había dicho Matt, era usual que la primera exhibición fuera una reunión privada que luego se abría al público. Para la inauguración, los artistas y galeristas invitaban a los clientes más importantes —acaudalados, en una palabra, y

potenciales clientes, en otras— y coleccionistas, además de a sus familiares y amigos.

La exhibición ya había comenzado cuando ellos llegaron porque Jill se demoró más de lo necesario dándole instrucciones a la niñera, aunque ella era de total confianza para Matt. Betty había ido a visitar a su familia a Texas, así que Matt le pidió a Carol, su hermana, que le recomendara una canguro. En su lugar, le había enviado la niñera de sus gemelos para que pudieran salir sin Meredith. Jill aún no conocía a sus hermanos y, cuando llegara el momento, le agradecería la cortesía.

Llegaron a la exposición en Chelsea, uno de los barrios de la Gran Manzana que fácilmente enamora a propios y ajenos, plagado de arte, historia y buena cocina. Allí se dio cuenta por primera vez de lo que significaba tener un apellido en el mundo. Ni bien traspasaron las puertas, varios de los invitados se le acercaron para saludarlo. Matt estaba habituado a ese tipo de eventos y atenciones. Desplegaba su habilidad y despachaba rápidamente a aquellos con los que no tenía intención de entablar una conversación. En cambio, hablaba largo y tendido con los que sí le interesaban. En ningún momento se apartó de Jill, ya fuera porque entrelazaba sus dedos a los de ella, porque le apoyaba la palma en el bajo de la espalda o porque le susurraba algo al oído. También la incluía abiertamente en las conversaciones, con lo que lograba que no se sintiera una extraña entre tantos conocidos de los Dybron.

Luego de las charlas de cortesía, recorrieron la galería. Una de las alas estaba enteramente dedicada a la artista que inauguraba, pero en las otras se exhibían otros artistas. Algunos de ellos tan reconocidos que sus nombres le sonaban a Jill, que no era una aficionada del arte. Se acercó a un cuadro que llamó su atención por el caos que reinaba en el lienzo. Era un cuadro enorme, con manchas en colores estridentes, azules y marrones. No tenían un patrón coherente y, a pesar de ello, le costaba dejar de mirarlo. Jill dio un paso atrás para contemplarlo mejor. No lo encontraba bonito ni armonioso, en realidad, la alteraba y quería encontrar algo en él que justificara que alguien pagara una suma de dinero por llevárselo.

—¿Qué piensas? —preguntó Matt a su espalda.

—Creo que es horrible —dijo con voz apagada.

—¿De veras? —repuso Matt, deslizando la mano hasta su cadera—. ¿Qué es lo que no te convence?

—Nada.

—Aun así, te gusta —resolvió Matt, mientras la acariciaba sutilmente y los nervios de Jill se pusieron de punta. Tuvo que esforzarse para no apoyarse contra él.

—No me gusta. Me perturba. No hay relación en los colores y parecen manchas arrojadas al lienzo con bronca o... no sé... con violencia —tanteó Jill—, pero cualquiera sea la respuesta, el artista estaba borde —continuó Jill absorta en el cuadro—. Nunca vi nada igual.

—Yo tampoco —sentenció Matt al oído y le dio una palmadita en el trasero.

—¿Cuánto crees que cueste? No, no me lo digas. Es mejor que no lo sepa.

—No sé exactamente el valor de esta obra de arte en particular. Pero, por el artista, deduzco

que debe de valer sus buenos cientos de miles.

—Madre del amor hermosa —exclamó Jill—, ¡perdónalos tú, Señor, que no saben lo que hacen! —continuó y tiró de Matt para que siguieran el recorrido.

Él soltó una carcajada ante la acertada cita bíblica que usó Jill y quiso explicarse. Él mismo era un buen comprador de arte.

—Jill, el arte no es solo arte. Algunos de estas obras son una buena inversión. —Ella hizo un mohín como si no le creyera una sola palabra—. Lo creas o no, preciosa, en un par de años, estas duplicarán y hasta triplicarán su valor.

Varias parejas optaron por hacer lo mismo que ellos y recorrer el resto de la galería para admirar las obras de los demás artistas. Jill y Matt regresaron a la sala donde se realizaba la inauguración y se unieron a un grupo que estaba al lado de la barra provista para ese evento. Matt tomó dos copas de *champagne* de una bandeja y, luego de pasarle una a Jill, alzó la suya a modo de brindis.

—Felicitaciones, Amanda.

—Gracias, Matt. ¿Qué te pareció *Colosal*? Creo que quedaría fantástica en una de tus paredes.

La artista hablaba de una fotografía en sepia de dos cuerpos rectangulares, en la que se fragmentaba, en mitades iguales, el rostro de un elefante en primera plana. Los ojos del paquidermo estaban húmedos y un río salado atravesaba las enormes bolsas grises de debajo de los ojos y cruzaba los infinitos pliegues del cuero del animal. Jill sabía que el elefante era uno de los pocos animales que lloraban. Livie había sido miembro activo de varias asociaciones de lucha contra la matanza y cautiverio ilegal de animales. La había obligado a ver un documental en el que un elefante lloraba cuando los miembros de una asociación lo rescataron del cautiverio y del maltrato que recibía.

—Cuidado, Dybron, mi esposa quiere venderte algo.

—Tu esposa trata de desplumarme.

El grupo de amigos de Matt era descontracturado y divertido. Jill se sintió cómoda rápidamente. Heath, el marido de Amanda, y Matt se conocían desde hacía años y no desaprovechó la oportunidad para contarle las fechorías que les hacían a las maestras cuando eran unos niños. También le describió, en detalle, la primera borrachera de Matt. Como buen amigo, pasó por alto cualquier tema o anécdota que estuviera relacionada con las faldas. Se unieron al grupo algunas personas más, principalmente mujeres, y Jill experimentó por primera vez en toda su vida el ramalazo de los celos. Jamás se había considerado una persona celosa o posesiva propiamente dicha, ni siquiera en la adolescencia, cuando las hormonas y los intensos extremos dominan el cuerpo de los jóvenes. Sin embargo, Jill se encontró con la estrenada sensación de posesión sobre otro.

Las mujeres revoloteaban alrededor de Matt como moscas alrededor de una copa de Chablis dulce. Al principio, aquello le hizo gracia para luego cabrearla. Matt mantenía las distancias y ellas redoblaban los esfuerzos para llamar su atención. En particular, una de ellas no captaba el

claro mensaje y apoyaba su mano sobre el brazo de él cada vez que decía algo y se reía exageradamente de cualquier cosa. La había reconocido por las fotos que tantas veces vio. Chantall era una pesada y se creía con algún tipo de derecho sobre él. Cuando tuvo la oportunidad, se acercó más a Matt. Jill estaba tan crispada por la clara falta de tacto que podría haber pintado un cuadro similar al que había criticado. Ahora comprendía la necesidad del artista.

—Necesito hablar contigo, Matt. Tengo que comentarte que la prensa dice que nosotros... — insistió, pero dejó la frase inconclusa ya que la glacial expresión de Matt no la invitó a continuar.

—No hay ningún nosotros, Chantall. Y a partir de esta noche, todos los rumores quedarán sepultados.

Por primera vez desde que se unió al grupo, Chantall se percató de la presencia de Jill. La estudió y la pesó como a los boxeadores antes de subirse al *ring* y, rápidamente, la catalogó como una contrincante indigna. Jill arqueó la ceja en cuanto sus miradas se encontraron. No iba a tolerar esa falta de respeto, Matt solito tendría que apañárselas para sacársela de encima. Fue al tocador para darle la oportunidad de hacerlo sin público y, para su alivio, cuando regresaba vio que Chantall ya no estaba. Se dirigía a reunirse con Matt cuando un fotógrafo que cubría el evento los abordó para retratar a la artista junto a sus invitados.

Mientras Jill esperaba a que el fotógrafo consiguiera la imagen que quería, se acercó hasta ella una mujer. Ella era guapa, de curvas llamativas, labios abultados y una cascada de cabello oscuro como el ébano que enmarcaba un rostro carente de imperfecciones. A su lado, Jill sintió que le faltaba una libra de carne en lugares puntuales de su cuerpo. La mujer se paró a su lado y ambas observaron, en silencio, cómo el fotógrafo daba las instrucciones entre los destellos del *flash* para conseguir la foto ideal.

—No te hagas ilusiones con él. Los hombres como Matt no quieren nada permanente —dijo la mujer, sin volver el rostro. El tono de su voz era impávido, introspectivo, como si estuviera hablando con ella misma en lugar de hacerlo con una perfecta desconocida, que resultaba ser la pareja del sujeto en cuestión—. Y hazme caso, no cometas el error de enamorarte. Llegará el momento en que rogarás que te tenga en cuenta, aunque sea solo para un revolcón. Así de bajo te hará caer. Créeme, te hará sentir que tienes lo necesario para estar a su lado, para que él permanezca a tu lado. Pero eso nunca sucederá. Tienes más probabilidades de sobrevivir a las plagas de Egipto que de atrapar a Matt. Te lo pasarás genial en la cama. —La mujer le regaló una sonrisa resignada. No escondía maldad en sus palabras—. Te mimará, te llenará de regalos y atenciones. Te hará creer que eres la única en el universo para él. Pero serás la única durante esos breves instantes compartidos y, a veces, ni siquiera eso. Hazme caso, cuídate. No le deseo ese calvario a ninguna otra mujer. —Antes de que Jill pudiera siquiera mover los labios, un hombre se acercó por detrás de ellas. Se colocó a espaldas de la misteriosa mujer y le pasó por los hombros una elegante chaqueta. Él posó la mano en el hombro de ella, por sobre la chaqueta que le había colocado, y la mujer estiró la suya hasta encontrar la de él. Las alianzas gemelas delataban que estaban casados.

—¿Vamos, cariño? —preguntó la mujer a su esposo.

—Cuando gustes, Anna.

Al otro lado de la exposición, Matt no prestaba atención a las instrucciones del fotógrafo. Le fastidiaba tremendamente que lo retrataran, pero ponía su mejor cara por sus amigos.

—Se te está juntando el ganado —dijo Heath entre dientes sin dejar de mirar a la cámara.

—Ya te lo advertí —agregó Amanda, hablando entre las sonrisas que pedía el fotógrafo y mientras se corría a un costado para que la fotografía que estaba a su espalda entrara en la lente —, en algún momento todo ese lío de faldas te pasaría facturas. Si te importa tanto como presiento que lo hace, cuidala. No muchas mujeres tienen la autoestima suficiente para convivir con tu prontuario.

Matt abrió los ojos como platos. Anna se había acercado a Jill y parecía que conversaban amistosamente. Aunque él sabía que no era así, Jill estaba rígida e irradiaba tensión por cada molécula de su cuerpo. Cuando Matt llegó hasta ella, Anna ya había desaparecido. Tomó la mano de Jill y entrelazó sus dedos a los de ella. Estaban fríos y la hicieron estremecerse.

—¿Qué te dijo Anna?

—Me dio un consejo. —Hizo una pausa y esbozó una sonrisa insegura—. Uno de los buenos.

—Ah, ¿sí? —Matt la miró y torció el gesto.

—Sí, me dijo que no se me ocurra enamorarme.

Matt se acercó a su boca, inclinó la cabeza y la besó en los labios. La besó con pasión y con dulzura, como si toda la vida se le fuera en ese beso. Jill respondió a él, instantáneamente. Devolviéndole cada caricia con la lengua. Aquella muestra de pasión era una declaración pública en toda regla.

—Es un poco tarde para eso.

## Capítulo 21

Como todos los días, Meredith se despertó antes de las siete de la mañana, dispuesta a disfrutar de un día glorioso. Ningún bebé entiende que los adultos deben recuperar horas de sueño cuando se acuestan después de las dos de la madrugada. Más aún si hicieron ejercicio físico hasta caer rendidos.

—Voy a proponerle al gobernador un proyecto en que los adolescentes cuiden a un recién nacido. Te aseguro, nena, se lo pensarán dos veces antes de hacerlo sin protección —refunfuñó Matt y fue a buscarla.

Matt volvió a la cama con el diablo pelirrojo —como él se empeñaba en llamarla— y se recostó contra el respaldo mientras Meredith tomaba la mamadera que había calentado Jill. Ese día estaban de suerte y la bebé volvió a dormirse acurrucada por el calor del cuerpo de ambos. Eran casi las once de la mañana cuando el celular de Jill los arrancó cruelmente de los brazos de Morfeo. Mientras Matt se ocupaba de calmar a Meredith, Jill respondió la llamada de su hermana.

—Bichejo —dijo Jill entre bostezos mientras se desperezaba entre las sábanas.

—¿Estás durmiendo? —preguntó atónita Suellen.

—Y en pijamas —agregó Jill como si se tratara de una ofensa horrorosa.

—No lo puedo creer. Jillian Prine, ¿qué diría la abuela?

—Yo sé lo que diría: «Señorita, tendrá tiempo de descansar en el lecho de muerte. Arriba, que se acaba el día» —contestó Jill imitando el tono de reproche digno de su abuela.

Matt la miró como si hubiera perdido la cabeza y ella le dio un beso. También besó en la coronilla a Meredith, que estaba acurrucada sobre el pecho de él. La bebé apretaba la manita sobre la mejilla de Matt y pasaba sus deditos por la incipiente barba, como hipnotizada por la textura. Jill salió de la cama y volvió a desperezarse antes de ir al baño.

—Tengo noticias —lanzó su hermana—. Buenas noticias.

—Suellen, si continuas con los chismes, tendrías que plantearte regresar a...

—Me caso —soltó su hermana sin más preámbulos.

Jill se detuvo en seco y regresó sobre sus pasos olvidándose de sus ganas de ir al baño. Se sentó en la cama con una pierna doblada sobre la otra. Le tomó un instante reaccionar. Suellen era una impulsiva, siempre lo había sido, pero nunca había llegado a estos extremos.

—Jill, ¿estás ahí?

—Sí... Sí, Suellen, estoy aquí. ¿Cómo que te casas?

—Sí, Jill. Me caso y quiero que vengas a mi boda. Sé que no estás en tu mejor momento con todo lo de Livie, la búsqueda de trabajo y Meredith.

—Nada de eso, por supuesto que iré. ¿Cómo podría perderme la boda de mi bichejo? —dijo y su voz sonó preocupada—. Estoy feliz por ti, es solo que me tomaste por sorpresa. ¿Cuándo lo decidieron? Y lo más importante, ¿quién es el afortunado? —Jill sentía que había demasiados interrogantes como para que eso terminara bien.

—Jill, me caso con Maxie.

—¿Max Turner? —preguntó anonadada. Max fue el primer amor de su hermana y las cosas no habían terminado bien entre ellos.

—Ese mismo. Estoy tan feliz... Quería que fueras la primera en saberlo. Mañana nos reuniremos con la *wedding planner* para definir la fecha y el salón. Queremos que sea cuanto antes. —Jill sonrió, la felicidad de Suellen traspasaba el auricular y la contagiaba—. Ah, una cosa más —dijo antes de colgar—, invitaré a papá y a toda la descendencia Prine.

—Suellen, cariño. No creo que el mundo esté preparado para el apocalipsis —terció Jill medio en broma.

—Jill, quiero que mi matrimonio empiece limpio de mal karma.

—Podrías probar con incienso. —Jill se pasó los dedos por la nuca e intentó rascarse las ronchas que estaban por salir. La mano de Matt quitó la de ella y, en su lugar, posó sus dedos fríos, con lo que alivió el escozor inminente—. ¿Mamá lo sabe?

—No, se lo diré más cerca de la fecha para evitar la onda explosiva. Tengo que irme, Maxie está esperándome. Te enviaré la invitación por correo. Incluiré una para tu acompañante. Quiero conocer al tío que logró convertirte en una holgazana.

Jill no tuvo tiempo de recuperarse de las novedades de su hermana. Ese domingo, que pintaba de lo más tranquilo, fue interrumpido por un batallón de Dybron que los encontró matando las horas en la cama, aún en pijamas y con una bebé en el medio.

—¿Hay alguien en casa? —se oyó una voz femenina desde la sala.

—¿Fran?... Fran, tú y tu puta costumbre de no tocar timbre —reclamó Matt a viva voz y se dirigió a encontrarse con la intrusa sin molestarse siquiera en ponerse un pantalón.

—Tengo el código, ¿recuerdas? Lo uso para regar las plantas cuando tú no estás —dijo Fran, la esposa del hermano mayor de Matt, que se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Betty las riega. No sé por qué lo tienes.

—Me lo diste en caso de emergencia.

—No veo ninguna emergencia.

Jill se asomó por detrás de la puerta para ver por qué tanto alboroto.

—Hola, soy Fran —se presentó con una sonrisa agradable.

Fran era una mujer extraordinaria. No era despampanante al estilo hollywoodense actual, sino que poseía aquella belleza elegante de los años sesenta que tanto se extrañaba. Su piel, bien clara

y sedosa, contrastaba con el color castaño de sus cabellos y el de sus ojos.

—Jill, te presento a la esposa de mi hermano.

—Hey, que no tengo anillo —contestó propinándole un codazo en las costillas.

—Es por elección propia e individual de mi egoísta mujer. —Alguien más entraba por la puerta, un hombre alto y apuesto, que se acercó a Fran y la rodeó con el brazo—. No quiere hacerme feliz.

—Yo te veo muy feliz, cariño. Ella es Jill —le dijo.

—Jake —se presentó—. Encantado de conocerte. Ellos son nuestros hijos: Arabella y Benjamin.

El hermano mayor de Matt era tan alto como él, con la misma textura física y el mismo tono dorado de piel. Más allá de eso, no había más coincidencias físicas entre ambos, sin embargo, existía algo en común, como una especie de cubierta que compartían y que volvía imposible el no considerarlos de la misma familia. El parecido estaba ahí, palpable debajo de la superficie, a pesar de no compartir demasiados rasgos físicos.

—Lo soy. Pero podría serlo más. Está en tus manos, Fran —insistió Jake a su mujer, que se acercó al oído y le dijo:

—Creo que tengo un nuevo conjunto de Angient Provocateur que no viste aún.

—Por los todos los cielos, consíganse una habitación. Y una niñera a tiempo completo. Van a traumar a estos niños. ¿No es así, Arabella? —dijo Matt y rozó con el dedo índice la nariz de la pequeña, que lo miraba desde los brazos protectores de su padre—. Ven aquí, Benjamin, tengo un nuevo desafío para ti. Aprenderás a lanzar un balón de *futbol* americano antes que patear ese balón redondo de fútbol.

—Ni hablar —dijo Fran—. Es un juego muy violento, aprenderá fútbol europeo, lo lleva en la sangre y se practica en todo el mundo.

—Por Dios, Fran, ese deporte lo juegan las nenas. Jake, ¿no piensas decir nada al respecto?

—¿Acaso te perdiste la parte del conjuntito de Agent Provocateur?

—Jake, cierra el pico o no lo verás —lo reprendió Fran.

—Sí, señora —respondió y corrió a un lado los almohadones del sofá.

—¿Qué haces? —preguntó Matt en tono brusco a su hermano.

—Me siento —dijo y, efectivamente, lo hizo. A su lado sentó a su hija con suma ternura.

—No, no lo haces —dijo y tiró de Jake intentando levantarlo. Pero era como mover a una mole.

—Sí, sí lo haré. De hecho, voy a mandarle un mensaje a Carol para que venga. Es una reunión familiar.

—No, no lo es. —Matt estaba a punto de perder la paciencia y Jill lo sabía. Todos en la habitación lo sabían y era evidente que su familia lo hacía adrede.

—Yo...yo creo que sería mejor que los deje —dijo Jill—. Ha sido un placer conocerlos. Matt, iré a buscar a Meredith... te dejaré con tus...

—De ningún modo. —Jake se acomodó mejor en el sillón extendiendo los brazos por el



respaldo—. Tú eres la piedra angular. Esperamos muchos años para ver caer a este imbécil. No puedes marcharte.

—La venganza es un plato que se come frío —le dijo Fran a Matt al oído—. No fue muy inteligente de tu parte que le pidieras la niñera a Carol. Los Dybron han estado cotilleando desde entonces.

—Un error táctico —se sinceró Matt.

—Verás —dijo Jake a Jill—, mi hermano cree que soy un pelmazo por amar a mi mujer y durante años se burló de mí.

Y era cierto, Matt insistía en que era el que nunca traería a nadie a la familia. Pregonaba que sería el soltero eterno. No le interesaba formar una familia ni comprometerse con nadie.

—¿Pudiste comunicarte, Jake? —preguntó con fingida inocencia Fran. Ella también disfrutaba del espectáculo. Cuando se acercó a Jake, él la tomó de la mano y, por asombroso que resultara, Jill podía jurar que la mirada de él había cambiado, se había dulcificado.

—Sí, está en camino.

—Por todos los santos —protestó Matt y se marchó rumbo a la habitación a buscar a Meredith, a su paso rozó los labios de Jill. Quería infundirle fuerzas, sabía que las necesitaría para lidiar con su familia.

Carol golpeó la puerta y Fran le abrió.

—Estoy desnudo —respondió con Meredith en brazos regresando al punto de reunión familiar.

Jake y Fran no lograban cerrar la mandíbula, incluso Benjamín y Arabella parecieron quedarse mudo de repente. Habían esperado encontrarlo con una mujer, pero no con una bebé en su apartamento. Ninguno de los dos lograba reunir las palabras para articular una frase.

—Nada que no haya visto antes —dijo Carol, al tiempo que ingresaba al apartamento de su hermano—. Pete y los gemelos están retrasados.

—Podrías haberme encontrado desnudo. —Carol, su hermana, aún no lo había visto, estaba entretenida con Arabella y Ben, que estaban sentados al lado de sus padres sin decir ni una palabra.

—Nada nuevo bajo el sol. Solías caminar desnudo frente a mis amigas. ¿Te enteraste de las buenas nuevas?

—¿Otra vez? —respondió a sus espaldas—. Paren de procrear.

—Gracias, Matt —logró responder Fran, que al ver la incomodidad de Jill intentó cambiar la cara de sorpresa—. Soy hija única y siempre quise tener muchos hermanos. A pesar de mis insistencias, mis padres se quedaron solo conmigo. Por eso no le haré lo mismo a mis hijos. Además, se portan tan bien que ... Ben... Ben, deja eso en el lugar.

—A ese chico le hace falta mano dura —aseguró, Matt.

—Amén, por fin dices algo coherente —dijo Jake.

Finalmente, su hermana se volteó hacia él.

—¿Por dios, Matt! —exclamó Carol—, ¿qué haces con un bebé?

Jill soltó una carcajada. La familia Dybron distaba de lo que se había imaginado. Ella creía que serían más estructurados, incluso fríos y, en su lugar se encontró con una familia cercana, tal vez más que la de ella.

—Carol, te presento a Jill —dijo Fran.

—Encantada de conocerte, Jill —logró articular Carol.

—Igualmente —respondió educadamente Jill—. Ella es Meredith. Es... es mi hija y ya es hora de que la cambie —dijo Jill y se acercó a Matt, quien le entregó a la bebé.

Jill sabía que tenía que darle unos minutos a Matt para que le explicara a la familia qué hacía con una mujer y una bebé en su apartamento. No era una situación común y corriente, dejó que él se encargara de su familia. Ella ya tenía demasiado con la propia. Al cabo de un rato, Matt asomó la cabeza por la puerta y le dijo que iría a por algo para comer.

Luego de cambiar a Meredith, se reunió con Carol y Fran, que estaban sentadas en la isla de la cocina. Las damas presentes aprovecharon ese momento para intercambiar información y conocerse. Al principio, Jill se sintió cohibida por la situación. No tenía idea de cómo comportarse delante de ellos. Incluso hasta dudó ofrecerles algo para beber. La situación era de lo más incómoda y maldijo para sus adentros. Las buenas costumbres ganaron la batalla y sirvió tres vasos de té helado. Abrir la heladera como si fuera su propia casa frente a parte de la familia de Matt le costó tremendamente y agradeció tener a Meredith en brazos para evitar las miradas especulativas que seguramente le estarían lanzando. Jill estaba ocupadísima acomodándole el pañal a la bebé cuando oyó que le decían:

—Siento que hayamos aparecido así. Me dejé arrastrar por Jake y Carol —se excusó Fran.

—Sí, yo también lo lamento. Verás, nosotros somos muy unidos y hace algunas semanas que no vemos a Matt tanto como acostumbramos. Supusimos que algo ocurría. Cuando me dijo que necesitaba una niñera confirmé mis sospechas, pero la cosa es que me confundió más y tuve que compartirlo con Jake, que ideó todo este plan. Te aseguro que no esperábamos encontrarlo con compañía —agregó Carol y Fran le lanzó una mirada recriminatoria—. Bueno, tal vez sí con compañía, pero lo de la bebé fue toda una sorpresa.

Fran y Carol eran de lo más agradables y Jill estaba convencida de que se habría sentido a gusto con ellas si la situación fuera otra. Sin embargo, lo único que quería era largarse de allí. Resultaba evidente que la familia Dybron no sabía que ellas estaban viviendo con Matt y aquella revelación le dejó un sabor agridulce.

—Estábamos preocupados por él. Matt puede parecer abierto, pero en realidad es bastante cerrado —explicó Carol—. Él es un gran manipulador y pretende hacerle creer a los que lo queremos que nada lo afecta. Hace poco tiempo falleció nuestra abuela...

—Marion —confirmó Jill.

—Exacto, Marion. Ella fue como nuestra madre. No sé si Matt te contó algo de su vida. Tuvimos una infancia poco común, nuestra madre...

—Sé también sobre Lauren.

—Bueno, por lo visto, sabes muchas cosas —dijo Carol y le lanzó una mirada significativa a Fran—. En todo caso, Matt es nuestro hermano menor y queríamos asegurarnos de que estuviera bien.

—Me complace saber que encontró una mujer con la que pueda abrirse —agregó Fran—. Los hombres de la familia Dybron pueden parecer duros, pero necesitan apoyo de vez en cuando.

—Creo que en estos momentos es él quien está cumpliendo ese rol para mí —reconoció Jill, que hizo una pausa antes de obligarse a continuar—. Meredith no es mi hija biológica. Es hija de mi mejor amiga, Livie. Ella falleció por una complicación en el parto.

—Dios mío —musitó Fran con un hilo de voz.

—Lo siento mucho —dijo Carol.

—Es una responsabilidad muy grande la que estás asumiendo —aseguró Fran.

—Lo sé. También sé que no podría hacerlo sin Matt. Él me está ayudando a rearmarme.

En ese momento, la tropa que había ido por la comida entró al apartamento e interrumpió la charla justo cuando se había vuelto de lo más interesante. Luego de la cena temprana, el resto de los Dybron se marchó a sus respectivos hogares, no sin antes obligar a Jill a prometer que iría a la gala que se celebraría el mes siguiente en honor a su abuela.

## Capítulo 22

La gala Dybron Parabel se celebraría en los jardines de la casa de verano familiar, ubicada en Martha's Vineyard. Esta isla al sur de la península de Cabo Cod era codiciada por celebridades, políticos, artistas consagrados y todos aquellos que contaban con un barco o un avión para poder acceder a ella.

Jill abrió grande los ojos al contemplar Old Oak. La mansión se escondía tras un denso follaje y, desde donde estaba, podía apreciar que era de las grandes. Cuando las puertas de hierro, con las iniciales OA caladas en las rejas, se abrieron, Jill tuvo la certeza de que durante los siguientes días le echaría un vistazo de primera mano a una forma de vida que para ella existía solo en el imaginario colectivo. Una vez que la verja se cerró, el auto avanzó por un camino de adoquines bordeado de exquisitos jardines y cuidadosas explanadas.

El terreno de más de trescientos cuarenta acres contaba con casa principal, casa de huéspedes, cancha de tenis, gimnasio, cabaña de caza, establos, embarcadero, dos huertas —una de vegetales y otra de arándanos—, piscina, casa de piscina, zona de playa privada y un jardín tan cuidadosamente mantenido que no había un solo pétalo fuera de lugar.

—Cuando dijiste que era una casa de playa, no pensé que se tratara de la de Oprah Winfrey —dijo Jill, abrumada por tanta opulencia.

—Jill, Old Oak ya existía antes de que Oprah siquiera pensara en comprar una casa de playa.

—Matt, eso sonó arrogante, muy arrogante, incluso para ti.

—Esta casa la construyó mi bisabuelo, el padre de mi abuela. Old Oak pertenece a mi familia desde principios del siglo XX y seguirá siendo nuestra mientras el mundo sea mundo.

Matt condujo más allá de la entrada principal de la mansión hasta el garaje que contaba con el mismo sofisticado sistema de ingreso que su apartamento. Se elevaron las puertas y dejaron al descubierto algunas motocicletas de distintas cilindradas, dos todoterrenos y por lo menos seis coches de lujo. Antes de que bajaran del auto, dos ayudantes se acercaron hasta ellos y se ocuparon de las maletas. Debían pertenecer al plantel permanente, porque Matt los saludó con familiaridad.

—¡Qué alegría que hayan llegado! —exclamó Carol cuando fue a recibirlos y enseguida alzó a Meredith de su silla—. Este cabello está más rojo que la última vez que la vi. Fran se va a poner loca de alegría cuando los vea. Ella y los niños ya están aquí. Jake vendrá con el tío Will hoy a

última hora. Tenían unos asuntos de trabajo que no podían suspender. Conoces al tío Will, ¿verdad?

—Aún no ha tenido el placer —contestó Matt.

Jill sonrió. La hermana de Matt era una mujer rubia, de rasgos finamente marcados y ojos del color del zafiro, iguales a los de su madre. Siempre iba perfectamente arreglada, sin un solo cabello fuera de lugar, y su belleza podría resultar intimidante. Sin embargo, cuando se rompían los prejuicios, aparecía una mujer cálida y de buen corazón. Carol era agradable y amistosa, sin lugar a dudas.

—Bueno, es un tanto peculiar. Si Marion fue como nuestra madre, el tío Will fue como nuestro padre y lo adoramos por ello, pero tiene una personalidad aplastante —dijo Carol con una carcajada—. Digamos que es la persona con la que quieres sentarte cuando asistes a algún evento donde no conoces a nadie. Siempre tiene alguna anécdota para compartir y le gusta disfrutar del momento. Sin embargo, cuando se trata de su familia, tiene las ideas claras de cómo, cuándo y dónde se tienen que hacer las cosas y no tiene el buen tino de no inmiscuirse. No dudes en plantarle cara si es necesario. No debes dejar que te meta miedo, el tío Will no tiene piedad con las almas que acobarda. Vamos, tienen la habitación preparada.

Cuando Bob Dybron, el padre de Matt, falleció en un accidente de esquí siendo este apenas un niño, su hermano Will obtuvo la custodia de los tres hermanos. Por ese entonces, Lauren, la madre de los chicos, sufría de profundas depresiones y había dejado a sus hijos al cuidado de su ex esposo. Al fallecer Bob, en pos del bienestar de sus hijos, volvió a sacrificar su derecho cediéndoselo a Will, no sin antes hacerle prometer a su madre, Marion, que velaría por sus hijos. Marion hizo eso y mucho más. Tanto así que los hermanos Dybron nunca se sintieron huérfanos. Gracias a Will y a Marion, tuvieron una figura paterna y una materna presentes en sus vidas.

—¿Dónde está Pete? —preguntó Matt mientras ascendían por la escalera al segundo piso.

—Llevó a los gemelos a la playa. Estos días está evitándome. Y hace bien —reconoció Carol—. Por mi profesión, me he encargado de innumerables eventos. Algunos más importantes que este. Sin embargo, estar a cargo de la organización de la gala de la familia, cuando se trata de una tan especial como esta... Dios, quiero que salga todo perfecto. La gala de la familia era importante para la abuela Marion y quise hacer algo distinto, más íntimo, en honor a ella. Tuve la brillante idea de que fuera esta la primera vez que se celebrara en Old Oak. No conté con todos los dolores de cabeza que eso me traería. Tengo la manía de controlar todo y estoy supervisando cada detalle. Ahora mismo, Consuelo, el ama de llaves, está recibiendo los arreglos florales que tendrían que haber llegado ayer por la tarde.

Al llegar a la puerta de la habitación de Matt en Old Oak, se detuvieron. Carol le pasó la niña a Jill y regresó a recibir a otros invitados. Por lo que pudo observar Jill, a la familia Dybron le gustaba celebrar a lo grande. Se podía decir que la gala estaba dividida en dos partes. Una, antes del evento, donde la familia cercana y amistades se reunían unos días antes y compartían unos ratos distendidos en Old Oak; y otra, cuando se llevaba a cabo la gala propiamente dicha, para la

cual se armó una carpa en el medio del jardín, de cara a un estanque de agua dulce. A esa última parte, se le agregaban unos ciento cincuenta invitados más que nada tenían que ver con los lazos personales y mucho con las relaciones políticas y económicas de la familia.

A excepción del comedor formal, todas las habitaciones de la mansión tenían vista al océano Atlántico. Las ventanas de la habitación estaban abiertas y el romper de las olas contra los riscos y dunas costeras, que resguardaban la playa de los implacables vientos oceánicos, flotaba hasta Jill. Deseó sentirse bien para disfrutarlo, sin embargo, estaba exhausta, sentía las rodillas flojas y debilidad en todo el cuerpo. También tenía frío, tanto que tenía la piel de gallina, a pesar de la agradable temperatura.

—¿Te sientes bien? —preguntó preocupado Matt cuando Jill se acercó a una de las ventanas abiertas y la cerró.

—Sí, solo que tengo un poco de frío —respondió y un temblor le recorrió el cuerpo.

—Tal vez estés incubando un resfriado.

—No, solo estoy un poco cansada.

—Toma una siesta. Haré que te suban un té.

—No, gracias. Solo cerraré los ojos unos minutos y me levantaré como nueva.

Jill supo que Matt se sentó a su lado porque el colchón se hundió con su peso. Apoyó la muñeca contra la frente y luego la retiró.

—Me encantaría saber decir si tienes fiebre. Pero esto no es lo mío, iré a por un termómetro.

—No, estoy bien. Solo necesito descansar.

Cuando por fin despertó, Jill tenía un tremendo dolor de cabeza que no la dejaba abrir los ojos y la nariz tan tapada que la obligaba a respirar por la boca, algo que odiaba. Tal y como Matt había dicho, Jill tenía un resfriado padre que la obligó a guardar cama durante los siguientes días por recomendación del doctor que la revisó.

Matt se ocupó de Meredith, ya que ella ni se le acercaba para evitar contagiarla. También estuvo atento a cada molestia de Jill hasta que esta tuvo que echarlo de la habitación asegurándole que no estaba en el lecho de muerte. Fran y Carol la visitaban a intervalos regulares y se aseguraban de que estuviera todo lo cómoda que podía estar, dadas las circunstancias. Consuelo, el ama de llaves, la trataba como una niña: le subía sopas, té y se cercioraba de que tomara los medicamentos a horario. Las medicinas que le habían recetado eran fuertes y la hacían dormir gran parte del día. Llegó un momento en el que Jill no sabía si era la gripe la que causaba la debilidad que sentía o los remedios que tomaba.

La mañana misma de la gala, se sintió con un poco de fuerzas para salir de la cama. Hacía tres días que estaba encerrada en aquella habitación y comenzaba a odiarla. Mientras tomaba se segunda taza de café bien cargado, se le antojó que era una buena idea salir de allí. Necesitaba ver otro color en las paredes; otra imagen a través de las ventanas. Estaba sola en la habitación, Matt se había despertado antes del amanecer y se había ido con el resto de los hombres a navegar en el Atonnia, una actividad que quiso cancelar, pero Jill se lo prohibió terminantemente. Ya era

suficiente con que uno de ellos se perdiera toda la diversión. Cuando terminó de tomar el desayuno, se cambió el pijama por un pantalón de chándal y un *sweater*. Cogió la bandeja y se marchó escaleras abajo. Para su alivio, la casa estaba prácticamente vacía. Fran se había llevado a Meredith y a los demás niños a la playa mientras Carol terminaba de supervisar los últimos detalles de la celebración que se llevaría a cabo al anochecer. Casi a mitad de camino, se cruzó con Consuelo, que la acompañó hasta la biblioteca.

—Aquí estará bien, cambiará de aire y, al mismo tiempo, estará lejos del ruido de los preparativos. Además, mire las vistas. —Consuelo corrió las cortinas y abrió las ventanas. El perfume dulzón del jazmín penetró en el aire de la estancia—. Esta era la habitación preferida de la señora Marion. Aquí pasaba horas detrás de aquel escritorio haciendo sus cosas o en aquel sillón, siempre con un libro entre las manos. La señora Marion era una mujer importante. Todos la respetaban por quién era y por lo que hacía. Lo mismo sucedía con el señor Parabel, el esposo de la señora. Antes de trabajar para la señora Marion y el señor Philip, trabajé con otra familia igual de importante. Teníamos que bajar la vista cuando ellos pasaban y, si nos llegaban a oír, Dios mío, era mejor que nos escapáramos corriendo de allí.

—Habla con mucho cariño de la señora Parabel.

—Sí, la señora Marion fue una gran mujer —afirmó el ama de llaves y abandonó la habitación para seguir con sus tareas.

Con un suspiro de deleite, Jill se hizo un ovillo en uno de los sillones que estaba junto al ventanal y rápidamente se sumió en un plácido letargo. De vez en cuando, el amable silencio era interrumpido por el canto de las calandrias, que marcaban su territorio. Estaba medio adormilada como un gato cuando las voces de un grupo de hombres penetraron el silencio y clamaron su atención.

—Tengo que felicitarte, muchacho. Estás haciendo un buen trabajo. Las propuestas que presentaste fueron bien recibidas por el mercado. La reacción fue buena, muy buena —Will Dybron felicitó a su sobrino.

—Alguien tenía que hacerlo, el CEO tenía la mente de un octogenario.

A Jill se le aceleró el corazón con solo oír la voz de Matt. ¿Cuándo iba a pasar esa etapa en que dejara de sentirse así?, pensó. Con la caricia de la brisa del océano en su rostro, cerró los ojos y agradeció tenerlo en su vida. Ese tiempo le hubiera resultado demasiado difícil sin él. Matt se había convertido en el pilar a partir del cual podía volver a armarse luego de tantos cambios. Los hombres hablaban de negocios, acciones, alzas y depresiones del mercado, cosas que Jill no comprendía, ese no era su campo, sin embargo, continuaba atenta porque le resultaba placentero disfrutar de esa voz profunda que tantas sensaciones era capaz de despertarle. Con Matt se sentía viva, más viva de lo que se había sentido nunca; también reía más de lo que recordaba haberlo hecho en demasiado tiempo. Él era capaz de arrancarla de los lugares oscuros en los que se metía cuando pensaba en Livie, a quien aún no podía recordar sin que alguna que otra lágrima le humedeciera los ojos. Una reflexión hiló con otra y la llevó a pensarlo con Meredith. Él la

cuidaba tanto como ella, estaban aprendiendo juntos. Podría haberse apartado, podría haberla dejado sola, tal y como ella se lo había pedido, pero Matt se había quedado.

—...fue excelente en las décadas pasadas, pero necesitábamos nuevas ideas. Los tiempos que corren no esperan. Necesitamos un plan B para recuperar el terreno perdido y continuar siendo funcionales dentro de diez o quince años —explicó Matt hablando por arriba del tintineo de los cubitos de hielo mientras se servía un vaso de whisky—. Si no entendemos eso, de esa compañía solo nos quedará el nombre.

—Hiciste bien en sacarlo —coincidió Jake.

—Se marchó con un buen cheque —dijo Matt.

—Acorde a su dedicación durante todos estos años —comentó, Pete que formaba parte del conglomerado de empresas y fideicomisos de los Dybron-Parabel en representación de su esposa—. Por cierto, ¿a quién pusiste a cargo?

—A mí. —La respuesta de Matt tomó por sorpresa a Pete, que se atragantó con el *whisky* y se quemó la garganta.

—¿Te encuentras bien, Pete? —preguntó Jake con fingida preocupación.

—Sí, solo que me resulta extraño este nuevo interés que tiene tu hermano en reflatar una empresa de la familia. ¿Qué pasó con eso de ensuciarse las manos solo lo suficiente para no disminuir el fideicomiso?

—Tengo debilidad por las causas perdidas. Además, alguno de nosotros tenía que hacerlo si quería que el abuelo Parabel dejara de revolverse en su tumba. —Como era usual, Matt despreciaba sus logros y enmascaraba las buenas intenciones—. Esto lo hago por el futuro de vuestra descendencia. Si no estuviera metiendo mano, la próxima generación bien podría irse olvidando de que alguna vez hicimos algo además de especular con bonos y acciones.

—Hablando de descendencia, muchacho. ¿Quién es esa mujer y la bebé de la que pareces el padre? —preguntó el tío Will.

—Se llama Jill y la bebé es Meredith.

—Espero que sepas lo que haces, chico —advirtió el tío de Matt.

—Ya no soy un crío, tío.

—Diablos, no, estás en un curso intensivo para convertirte en un adulto responsable.

—No te metas en esto, Jake. Sé lo que hago —advirtió Matt.

—Entonces hazte a un lado, aún estás a tiempo Matt —dijo Pete.

—Tal vez crees que sepas lo que haces, pero eres un Dybron. Y te conozco más que a mis propias hijas. Andas por ahí, jugando al padre abnegado de una cría que no es tuya y al esposo fiel de una mujer que conoces ¿hace cuántas semanas, Matt?

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Matt cortante.

—Digamos que compartes mi entusiasmo por los buenos placeres de la vida y sé cómo terminará esto. ¡Por todos los santos, Jake! Ahórrate las idioteces sobre el matrimonio —explotó el tío Will cuando Jake iba a soltar algo. Will era conocido por ser cínico y para nada sentimental.



No permitía que sus sentimientos gobernaran su vida, tanto así que arañando los sesenta ya ni recordaba lo que era sentir algo. Matt compartía ambas características con él—. Matt es un lobo sin dueña, como yo. Y los hombres como nosotros no creemos, queremos, ni necesitamos un matrimonio por amor, esa ilusión se la dejamos a las camareras. Nos podemos casar, sí, pero en un matrimonio que nunca supondrá un obstáculo para nuestro estilo de vida, ¿cierto, muchacho? — Matt no dijo nada, solo levanto el vaso a modo de brindis y lo bebió de un trago—. Solo recuerda una cosa: los escándalos son divertidos cuando no se tratan de nuestra familia.

—Jill no hará ningún escándalo—espetó con brusquedad. Su hermano le dirigió una mirada incrédula, pero tuvo el buen tino de reservarse las observaciones—. Cuando acabe será pacíficamente. Jill no es una de las que están atrás de la billetera o una entrevista en algún programa matutino.

—Esa clase de mujeres son las que más deberían de preocuparte, muchacho. Son las que plantean exigencias emocionales y no las puedes conformar con un abultado cheque de despedida o un papelucho en alguna película de cuarta —sentenció el tío Will.

Los hombres continuaron hablando, incluso Jake dijo algo sobre un perro faldero. Sin embargo, la cabeza de Matt estaba a miles de millas de allí. De repente, sintió como si le hubieran asestado un golpe en la boca del estómago. Las palabras que dijo y también las que calló le corroyeron la boca del estómago. Malditos fueran por meterse en su vida y aconsejarlo. ¿Quién demonios se creía Pete diciéndole que debía dejar en paz a Jill? La idea de no tenerla en su vida, a ella o a Meredith, le hizo sentir que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. ¿Eran tan idiotas que no veían que él estaba loco por ellas? Pero el idiota era él debido a su condenada vanidad masculina, que no le permitía aceptar sus sentimientos abiertamente. El temor a mostrarse débil lo había empujado a hablar así delante de los hombres de su familia. Él no se permitía mostrarse endeble, ni siquiera cuando era solo un niño, nunca había llorado cuando se caía o se golpeaba. Era el menor en una familia de hombres con grandes logros a cuestas. Así que tuvo que abrirse paso a los empujones entre titanes. Él había conseguido su lugar, pero siempre demostrando que nada ni nadie podía alterarlo y escondiendo lo importante que era el reconocimiento de su familia. Principalmente de los dos héroes de su infancia: su hermano y su tío. Todo eso ya había quedado muy atrás en el tiempo. Pero era como si hubiera aprendido que debía de estar más allá de las emociones y de los sentimientos si quería sobresalir en esa familia de notables. Reconocer ante los demás que Jill y Meredith le importaban, en su troglodita cabecita, era como reconocerse débil. Sobre todo, según los parámetros del tío Will, que depositaba en sus sobrinos todas las expectativas de su legado en este mundo. Los Dybron querían al tío Will, pero Carol y Jake chocaban constantemente con él. William Dybron tenía las cosas claras para él y para todos los demás. Sabía de qué manera debían hacerse las cosas, cómo debían vivir y qué decisiones tomar. Hasta el momento, no se había enfrentado a Matt porque ninguna ocasión lo había requerido. Sin embargo, Matt tenía sus planes y el ruido de afuera no los haría cambiar por nada. En eso también eran parecidos; ambos, tercos como una mula. El anillo de compromiso que guardaba en un cajón

del vestidor hablaba por sí solo.

Jill se quedó boquiabierta, estaban hablando de ella. No le gustó la sensación que le despertó oír a otras personas hablar de su relación con Matt. ¿Qué sabían ellos de su relación? ¿Quién se creía William Dybron para opinar sobre ella? ¿Sobre lo que sucedería cuando lo de ellos acabara? Pero menos le gustó el sabor agrio que le dejó oír a Matt hablar de ello. Las palabras de la mujer que se le había acercado en la galería de arte hicieron nido en el centro del pecho: «Hazme caso, no cometas el error de enamorarte». Intentó mantener la compostura debatiéndose entre la indignación que le había producido la descripción de ella y «esa clase de mujeres» que había hecho William Dybron y la certeza de saber que estaba perdiendo el control de su vida. Con toda la dignidad que tenía caminó hasta la puerta haciendo un esfuerzo por no tambalearse y se aferró el pomo con fuerza antes de salir de la estancia.

## Capítulo 23

Para el mediodía, Jill ya se sentía lo suficientemente repuesta como para compartir el almuerzo con Matt y su familia. Por lo que le había contado Carol en una de sus visitas, algunos amigos íntimos habían sido invitados antes también. Con eso en mente, descartó los tejanos y optó por el clásico vestido hasta las rodillas.

En todas las habitaciones por las que pasó, se cruzó con personal que estaba haciendo alguna tarea y ultimando detalles. Las escaleras de madera estaban siendo enceradas y pulidas; los picaportes, lustrados; en el comedor, dos mujeres se encargaban de sacarle brillo a los cubiertos de plata ley. Atravesó los ventanales que daban a la terraza posterior de Old Oak, donde se habían preparado largas mesas para servir el almuerzo informal. Titubeante, Jill bajó las escalinatas de la terraza mientras buscaba a Matt entre los invitados. Para su asombro, los Dybron y sus íntimos resultaron ser una multitud, para un almuerzo informal eran bastante más de los que ella había creído. Por lo menos había cuarenta personas distribuidas por el jardín en grupos más pequeños.

A un costado del sendero que llevaba a la playa había un árbol donde habían construido una casa de madera. Allí algunos niños jugaban a los piratas mientras otros se columpiaban tan alto que Jill tuvo un poco de vértigo por efecto contagio. Entre esas risotadas, lloriqueos y luchas sin cuartel por botines de oro inexistentes divisó el cabello pelirrojo de Meredith y se dirigió hacia ella. Le resultaba casi increíble que la hubiera extrañado tanto. Pasaron solo tres días desde que la había sostenido en brazos, pero a ella se le antojó una eternidad. Al parecer, a Meredith le sucedió lo mismo, porque en cuanto la vio comenzó a moverse impacientarse en su cochecito.

—Hola, diablura —dijo Jill al tiempo que desabrochaba las hebillas del cinturón protector y la alzaba.

—Jill, ¿te sientes mejor? —preguntó Fran cuando la vio.

—Sí, bastante bien. Gracias por cuidar de Meredith mientras estaba enferma —les dijo a ambas.

—Ha sido un placer, aunque debo confesar que fue una tarea difícil. Al parecer, Matt no estaba de acuerdo en cómo la alzábamos, cómo le dábamos la mamadera o cómo le cambiábamos el pañal. Requirió de toda nuestra paciencia que no lo hiciéramos desaparecer. Incluso Berta estuvo a punto de cortarlo en pedacitos y arrojarlo al Atlántico.

—Puedo imaginarlo —dijo Jill mientras acomodaba a Meredith contra el hombro—. Está todo

hermoso, Carol.

—Gracias, Jill. Estoy deseando que sea mañana por la mañana. Me alegro que te sientas mejor.

Poco después, un grupo de animadores vestidos de guías de la sabana africana se llevaron a los niños a un espacio preparado para ellos. Carol había asignado un lugar cuyo tema era, por supuesto, el safari e incluía comida con forma de animales, vasos temáticos y personal que los entretenía y cuidaba.

—Creo que esta vez exageraste —sentenció Jill.

—Lo sé. —Carol hizo una mueca—. Por suerte, le hice caso a Peter y cancelé los *jeeps*. Eso hubiera sido demasiado.

—Ustedes los Dybron tienen una forma exagerada de hacer las cosas. Una vez — continuó Fran, al tiempo que se levantaba del banco en donde estaba sentada, y las tres comenzaron a caminar hacia donde se encontraban los demás familiares e invitados— Jake reservó todo un hotel para tener intimidad y pedirme matrimonio.

—¿Y qué le dijiste?

—Que algún día le diría que sí, pero que ese no era su día de suerte.

—Te gusta hacerlo sufrir —confirmó Carol.

—Disfruto haciéndolo sufrir —reconoció Fran divertida—, no me gusta que siempre obtenga lo que quiere.

—Bueno, no estás haciendo un buen trabajo porque...

El celular de Jill sonó en el bolsillo de su pantalón. Les hizo una señal con la mano a Carol y a Fran para que no la esperaran, lo más probable era que fuera su hermana, que la llamaba para ponerla al tanto de los preparativos para su boda. Cambió de posición a Meredith y atendió.

—Con la señorita Jillian Prine, por favor —dijo la voz de un hombre al otro lado del teléfono.

—Con ella habla.

—Un gusto, soy Mark Thurner, representante de la firma Westacam y asociados. Estamos interesados en ofrecerle un puesto en nuestro estudio.

Jill estaba al tanto de qué significaba Westacam entre los abogados. Si Arns, Logf & asociados figuraba entre los cien estudios más importantes del país, Westacam era las ligas mayores ocupando un puesto entre las veinticinco firmas más importantes.

—¿Señorita Prine, continúa en la línea? —preguntó impaciente el hombre.

—Sí, aquí estoy.

—Señorita Prine, iré sin rodeos, estamos al tanto de que Arn, Logf & Asociados la dejó ir y en Westacam queremos que se una a nuestras filas. ¿Le parece que nos reunamos el martes de la semana que viene a las ocho y treinta?

—Sí, por supuesto.

—Le dejaré el acceso autorizado, solo tiene que anunciarse en la recepción del piso cuarenta del edificio The Pru.

—Muchas gracias, ahí estaré.

Jill tuvo que contenerse para no saltar de la alegría. Cuando se recibió, ni siquiera se había atrevido a aplicar para el bufete Westacam. Era uno de los más antiguos y tradicionales de Boston. Westacam era el viejo Boston. Generalmente, la firma escogía a sus abogados por portación de apellido y el correspondiente respaldo académico. Como Jill carecía del apellido, había optado por firmas dinámicas y bien posicionadas donde tenía más posibilidades de ascender. Esa era una de las oportunidades que siempre había soñado y no cabía en ella de la alegría por que ellos la hubieran buscado. Sintió algo parecido al orgullo propio por todo lo que había trabajado. Al parecer, tanto esfuerzo y dedicación habían rendido sus frutos.

En la terraza posterior de Old Oak vio a Matt. Hablaba con una pareja. Su postura era relajada, tenía una de sus manos metida en el bolsillo del pantalón y reía animadamente. Desde donde se encontraba, Jill no podía distinguir claramente las facciones, pero no lo necesitó, ya que reconoció la figura de la mujer. Se trataba de Anna, aquella que se le había acercado en la galería. Ella estaba impresionante en un vestido de tarde rojo que recatadamente realizaba sus atributos y disimulaba los defectos prácticamente inexistentes. El rostro de Anna era de aquel atractivo que les encanta a los hombres, pero sin ser vulgar. Ojos y melena oscuros y alargados, mirada intrigante, pómulos marcados y una sonrisa perfecta debajo de los labios. Además, tenía el cuerpo exultante donde debía de serlo y sin un gramo de grasa en aquellos lugares indicados. Era la chica que un hombre presentaría con orgullo tanto en casa de la madre como en la de sus amigos. Le resultó extraño que ese mismo día, más temprano, las palabras que esa mujer le había dicho se le hubieran venido a la mente, casi como una premonición de su presencia. Un escalofrío recorrió todo el largo de su espalda. Jill no era supersticiosa, pero sintió como si la hubiera evocado con sus pensamientos.

En ese momento, como si supiera que lo estaba buscando, Matt levantó la vista y se encontró con la de ella. Rápidamente, sacó la mano del bolsillo, palmeó al hombre en el brazo a modo de despedida y echó a andar con paso firme. Cuando las alcanzó, tomó a Meredith de los brazos de Jill y pasó el brazo libre por sus hombros mientras los tres caminaban hasta donde el personal ya se encontraba sirviendo la comida y se sentaron en sus lugares. Bandejas de biscotes de almendras, camembert y tomates confitados; *shots* de ceviche; cazuelas de mollejas crocantes al limón y demás exquisiteces les eran ofrecidos a los comensales sin pausa. Las conversaciones fluían a su alrededor, pero Jill no participaba en ellas. Su mente permanecía anclada entre las palabras de Anne y el llamado de Westacam. Para su desgracia la proximidad de Anna y Collin, su marido, no la ayudaban. Se había sentado frente a ellos. Ellos formaban una pareja armoniosamente bella a los ojos. Collin era un hombre guapo, no tan musculoso o alto como Matt, sino que su cuerpo era más del estilo de los fibrosos, como el de un luchador de peso liviano. Tenía la mandíbula cuadrada con una hendidura en la barbilla. Sus ojos, casi negros, derrochaban sensualidad.

Anna parecía decidida a conversar sobre personas e historias en las que Matt y ella eran los protagonistas. No había correlación alguna en los relatos, Anna saltaba de una historia a otra sin

ton ni son. Que si Matt la había animado a saltar de una cala de varios metros de altura en una playa de Grecia, cuando fueron de vacaciones. Que si Carol se había puesto contenta cuando ella le contó que salía con su hermano. Que si fueron a Coachella y se encontraron que tal o cual amigo. En fin, durante casi una hora, Jill se vio obligada a oír alguna historia bonita sobre ellos.

—¿Recuerdas la vez que estábamos en la fiesta de cumpleaños de Ian Levinston y una tormenta hizo volar por los aires las mesas y tuvimos que correr todos a refugiarnos? Matt tuvo que prestarme su chaqueta porque el vestido se había empapado y se me transparentaba. ¿Recuerdas, Matt?

—Sí, Anna —espetó Matt con voz fría. El enojo de Matt iba en aumento. Pero era un estratega hábil y comprendió que no dominaba la situación. No iba a exponer a Anna y confiaba en que su marido la sacara de allí pronto.

—Oh, ¿y aquella vez con los Manfields? Cariño, tú conoces a los Manfields —dijo Anna a su esposo—. ¿Lisa y Tony?

—Sí, Anna, creo que algún rostro se me viene a la cabeza. —El tono de voz de Collin sonó tan frío como el de Matt.

—Lisa y Tony Manfields, Collin. Por supuesto que los conoces —insistió Anna con hilaridad—. En fin, no viene al caso porque Jill no los conoce. El asunto es que son íntimos amigos nuestros.

—¿De quién? —preguntó Jill, harta de la conversación.

—Nuestros... Matt y míos.

—Lo siento, es que me perdí en alguna parte...

—Da igual, Matt me invitó a acompañarlo al aniversario de casados de Will y Teresa. Fue una celebración a lo grande, como es usual en Tessa. —Anna usó el diminutivo adrede—. Nos tocó compartir la mesa con los Manfields. Oh, Matt...qué noche mágica pasamos los cuatro. Lisa y yo bebimos unas copas de *champagne* de más, estábamos un poco mareadas y salimos a tomar aire a la terraza. Entonces ellos...

—Anna, no creo que a nadie le interese oír otra de tus historias —interrumpió Matt al tiempo que le pasaba un brazo por encima de los hombros a Jill y la acercaba a él—, son de años atrás. Sobre todo, teniendo en cuenta que debes tener unas cuantas nuevas con tu marido.

—Oh, sí, pero ni se acercan a lo divertidas que son las que tengo contigo. Jill, te aseguro que Matt es siempre el chico más divertido de las fiestas. En fin —insistió Anna y continuó—, estábamos las dos en la terraza tomando aire fresco para que se nos desembote la cabeza, cuando se nos unieron Matt y Tony. Ellos llegaron con una botella cada uno y cuatro copas de *champagne*. Matt le pagó a uno de los camareros para que nos trajera algo de la comida que servían adentro y repusiera las botellas vacías. Resultó que se fueron uniendo más y más personas y la fiesta quedó vacía de gente joven. Matt había organizado una tremenda juerga mientras Teresa daba el discurso por su aniversario. Llegó un punto en que había más invitados con nosotros que sentados en las mesas. ¿Recuerdas, Matt?

Por encima de la cabeza de Jill, a quien había acercado hasta tenerla casi sentada en su regazo, vio que Collin había llegado al límite de humillaciones.

—Disculpen —dijo Collin de mal modo, arrojó la servilleta blanca sobre la cazuela a medio terminar y se perdió tras las puertas de la casa.

—Oh, cariño... —dijo Anna a la espalda de su marido—. Creo que algo le ha molestado.

—¿No me digas? —replicó Matt—. ¿No tienes idea de lo que será?

—Oh, Matt, ¿tú también estás enojado?

—No, Anna. Avergonzado se ajustaría más.

—Debería ir tras él —dijo Anna mientras estiraba la copa para que se la rellenaran.

—Aleja esa botella de la señora Adams —atajó Matt al camarero—. Ve tras tu esposo, Anna. Merece una disculpa.

Cuando Anna abandonó la mesa, Matt despegó a Jill de su abrazo y la hizo girar para que quedaran frente a frente. Le dio un rápido beso en los labios, como midiendo su reacción.

—Eso fue incómodo.

—Al parecer, en este sector de la mesa se reunieron los sabiondos —ironizó Jill.

—Lo siento, no tendrías que haber pasado por esto.

—¿Quién es ella, Matt?

—Anna y yo salimos durante un tiempo. Fue hace un par de años atrás. Nunca fue nada serio y, cuando no funcionó, cada uno siguió con su vida.

—Necesito un poco más, de verdad, no entiendo nada. ¿Qué pasó entre ustedes?

—Nada —dijo y se meció los cabellos—. Ella... ella quiso cosas que yo estaba seguro de no querer. Nunca. Y se lo dejé en claro.

—¿Qué cosas?

—Anna quería una relación exclusiva y duradera. Ella quería casarse, tener hijos.

—¿Y?

—Y yo le dije que nunca podría ofrecerle eso, ni a ella ni a nadie.

## Capítulo 24

Jill se contempló en el espejo de pie que había en el vestidor. La mujer que se reflejaba era ella y, al mismo tiempo, no se reconocía. El vestido de *chiffón* plisado caía más allá de sus zapatos y formaba una especie de charco sobre el que flotaba. El escote en V era del estilo *plunging*, abierto hasta la altura de la cintura, donde finalizaba en una delgada cinta de *strass* que le ajustaba el cuerpo. El vestido era color malva pálido y combinaba perfectamente con el blanco marfil de su piel. Había algo en todo el conjunto que hacía realzar sus facciones y su mirada. Estilistas y profesionales de la moda, colegas de Fran que —al igual que ella— trabajaban para la firma Boebs, la habían maquillado y peinado. Jill nunca se había sentido tan seductora ni tan elegante.

Fue una agradable sorpresa que el vestido le quedara como un guante. Cuando Jill salió de bañarse se encontró con una caja color verde esmeralda arriba de las sábanas revueltas de la cama, donde hacía tan solo un rato Matt la había amado. Había sido una de esas veces donde se siente distinto. Ya fuera porque hacía días que no hacían el amor o porque la intuición o el sexto sentido de Matt le advirtieron que algo iba mal. Matt había sido exigente con ella, como reclamándole una entrega completa. Al principio, había caos en su interior. Jill estaba con la mente en lo que había sucedido ese día: la conversación de Matt con su familia, la llamada de Westacam y lo que implicaba que decidiera aceptar el trabajo en la firma, Anna y Matt, la suntuosidad y opulencia a la que estaban acostumbrados los Dybron y su círculo, en el que ella nada tenía que hacer. Todo la agobiaba. Pero Matt no se rindió a dejarla cavilando, la arrancó a tirones de allí hablándole con ternura, amándola con pasión y exigiendo lo mismo de ella. Volviendo a cambiar una y otra vez las bases sobre las que Jill se había apoyado durante tanto tiempo. Para Jill había resultado fácil alegrarse por el trabajo soñado cuando Matt no estaba cerca, sin embargo, así tan unidos como estaban, en un abrir y cerrar de ojos la llamada de Westacam se había vuelto desechable.

Al abrir la caja que cobijaba el vestido no supo apreciar su corte y delicadeza. Tampoco fue justa con el color, que le pareció soso y que se apagaría con el color tan blanco de su piel. Incluso dudó que fuera bien para la ocasión y agradeció a sus adentros contar con su propio vestido, un tanto más simple y discreto. Fue una tonta en dudar del exquisito gusto de Matt. Estaba enfrascada en la imagen que reflejaba el espejo y no lo oyó entrar.

—Pareces un ángel —susurró Matt.



Jill alzó la vista y por el espejo se encontró con la figura de Matt a sus espaldas, que la recorrió muy despacio con la mirada. Ella hizo su parte también. Matt en esmoquin constituía una visión impresionante.

—¿No es demasiado? —preguntó insegura Jill. Los nervios la traicionaban y sentía que miles de mariposas revoloteaban en su estómago. Le parecía que iba a la fiesta de los premios Oscar en lugar de a una gala a beneficio en honor a Marion Parabel.

—Estás perfecta —aseguró Matt.

—Estoy nerviosa —afirmó y apoyó la palma de su mano en el estómago.

Matt se acercó a ella por detrás y rodeándola por la cintura cubrió su mano con la de él. Bajó la cabeza y en voz muy baja le dijo al oído:

—Lo harás bien, solo haz lo que hago yo: comenzar a beber ni bien pongo un pie en la carpa. — Su boca descendió hasta el cuello—. Eso hará que te relajes y, cuando eso no sea suficiente, estoy seguro de que encontraré algún lugar lo suficientemente oscuro y apartado para hacer mi parte.

—Eres todo un caballero.

—A sus servicios, como siempre. ¿Estás lista, cariño?

—Dame unos minutos. Pasaré a ver a Meredith y luego podremos bajar.

La gigantesca carpa blanca que Jill había visto al mediodía, casi de pasada y sin prestarle demasiada atención, parecía un castillo de sueños. Cientos de lucecitas blancas adornaban el techo y enormes arreglos de peonías y lirios blancos colgaban como suspendidos sobre las mesas y sillas vestidas también de blanco impoluto. En el extremo opuesto a la entrada había un escenario para las distintas *performances* organizadas. Habría un cuadro de ballet, otro circense al estilo antiguo y la frutilla del postre era un secreto que Carol guardaba bajo siete llaves. Un púlpito de madera había sido colocado en el escenario y desde allí el anfitrión de la gala, que resultaba ser un miembro permanente del *staff* de SNL, animaría a los invitados. En un rincón de la carpa, docenas de velas encendidas parpadeaban al lado de la orquesta de cuerdas contratada para la velada. La mayoría de los invitados ya estaban repartidos en sus lugares. Tanto hombres como mujeres vestían sus mejores galas. El perfume francés se mezclaba en el aire con el aroma dulzón de los lirios. En un apartado cercano a un centro floral que parecía una escalera hecha de tiernas rosas, hortensias y peonías, había un sector para la prensa que cubría el evento.

Como había sucedido en la galería, varias personas se acercaron a saludar a Matt. También, tal y como había sucedido aquella vez, Matt despachó hábilmente a unos y conversó con otros. Tomados de la mano, Matt la presentaba a quienes se le acercaban. Avanzaban muy lentamente debido a las interrupciones. Antes de llegar a la mesa que les tocaba, Matt se desvió al bar, donde estaban sus hermanos. Carol fue la primera en saludarlos, vestía un vestido dorado ajustado al cuerpo y parecía tan fresca como recién llegada de unas vacaciones y no como la persona detrás de todos y cada uno de los detalles. Fran los recibió con su característica sonrisa. También llevaba un vestido de gala, un tanto más atrevido que el de Carol, pero igual de elegante. Cuando

Pete y Jake se acercaron a ellos, un fotógrafo no tardó en retratarlos. Hizo bien, los tres hombres juntos eran una gloria y, seguramente, un ejército de mujeres apreciaría el detalle.

—Matt, caramelo, siempre es un placer para mis ojos verte. Procura que la próxima vez sea sin camisa. Hazme ese favor, ¿quieres?

Jill se giró hacia la voz que había hecho el comentario; se encontró con un hombre de estatura mediana, cabello castaño claro y ojos dulces del color del caramelo. Le sorprendió ver que llevaba el esmoquin de terciopelo ribeteado de color burdeos con innegable soltura.

—Mark, deja en paz a Matt. Jill, te presento a Mark —dijo Fran adelantándose a presentarlos y pasándole una copa de *champagne* que ella simulaba beber porque aún no quería que se conociera la noticia de su embarazo—. Tienes que disculparlo, desde hace años que siente un amor incontenible por Matt y no puede cerrar el pico.

—Bueno, por lo visto no es el único. —Los nervios traicionaron a Jill y se le escapó el comentario.

Carol y Fran intercambiaron una mirada desconcertada. Por suerte, Mark respondió antes de que pudieran preguntarle algo.

—No es amor, cielito. Son dos ojos en la cara. Si no lo quiero para casarme, solo para admirar.

—¿Ya estás molestando al pobre hombre? Soy John, marido de Mark.

—Jill, él es John Boebs, que además de ser mi jefe es como mi hermano.

—Primero, tu hermano y después, tu jefe. Así sucedieron las cosas, aunque no tengo en claro quién manda a quién.

—Fran, por supuesto —afirmó Mark—. Y yo también soy como su hermano.

—Un placer conocerte —continuó John pasando por alto el comentario de Mark, ya estaba acostumbrado a su estridente personalidad y sabía cuándo había que prestar atención y cuándo dejarlo pasar—. Tengo entendido que eres la afortunada que atrapó a Matt. Creí que no viviría para ver ese día.

—Oh, cariño, me apiado de ti. Te deseo toda la suerte del mundo, la necesitarás —acotó Mark y se fue a saludar a otra pareja que recién llegaba.

Ese año, Carol había distribuido a los hermanos Dybron en distintas mesas para que un representante de la familia ocupara las mesas con las personalidades más importantes que habían sido invitadas. El mar de invitados era heterogéneo, desde ex presidentes, senadores, congresistas, jefes de la industria, dueños de bancos y fondos comunes de inversión hasta *celebrities* y personalidades del mundo de los medios.

A ellos les tocó sentarse con un grupo de emprendedores jóvenes que habían lanzado al mercado aplicaciones y *start ups* exitosas. En otra ocasión y, sin Matt como escolta, Jill se hubiera sentido intimidada al estar rodeada de esas personas. La conversación fluyó entretenida, Matt era veterano en ese tipo de eventos y supo hacer su parte al pie de la letra, tal y como su hermana se lo había pedido. Carol quería que esa gala en honor a su abuela batiera la recaudación de las galas anteriores. «Memorable», fue la palabra que utilizó.

De reojo y con disimulo, Jill escrutó las mesas hasta que encontró la de Anna y su marido. La expresión del rostro de Anne era seria y estaba sentada en el borde de la silla, como si estuviera preparada para huir en cualquier momento. Cuando sus miradas se cruzaron, Anne permaneció inmóvil y, tras contemplarse mutuamente durante largo rato, Jill desvió la mirada.

La comida era exquisita, el vino era grandioso y ella estaba decidida a disfrutar de esa gala junto a Matt. Luego comer el postre, unas frutas de estación confitadas adornadas con oro comestible y un pudín de chocolate belga al estilo inglés acompañado por higos marinados en ron, el ambiente se relajó por completo ayudado, también, por el irreverente anfitrión, que no poseía filtro a la hora de las bromas. Algunas personas se agregaron a la mesa mientras que otras fueron a saludar a invitados ubicados en otras mesas. Otros estaban interesados en recorrer los jardines de la propiedad y en ver a los caballos. Así, la gala fue descontracturándose.

—Cariño, ven, quiero presentarte a algunos amigos de la familia —dijo Matt y tiró de su mano para que se levantara.

Caminaron tomados de la mano hasta la mesa donde se encontraban Jake y Fran. A ellos les había tocado con miembros de la política y, al parecer, a Jake le costaba disimular el aburrimiento. Luego de intercambiar algunas frases con las damas de la mesa, Fran y Jill se disculparon y fueron hasta el tocador.

—Mataré a Carol por ponernos en esa mesa. Es como estar en medio de un debate político sin la posibilidad de cambiar de canal —se quejó Fran cuando atravesaron las puertas de la casa.

—Recuerda desplegar tu encanto, hazlo por Carol.

—Ella es la razón por la que aún no nos hemos marchado —aseguró Fran.

—Jake no siente afinidad con este tipo de eventos, ¿cierto?

—No, qué va. Los odia, independientemente de si se trata de su familia o no. Siempre que puede, inventa alguna excusa. Con los años, ha ido aprendiendo a sobrellevarlo mejor.

—Creo que iré a echarle un vistazo a Meredith.

—Yo iré a ver a Ben y a Arabella. Durmieron demasiada siesta y apuesto lo que quieras a que aún están despiertos a estas horas.

## Capítulo 25

La pelirroja cabecita de Meredith era lo único que sobresalía de entre las mantas de la cuna que la cobijaba. Jill cerró la puerta tras ella, se acercó sigilosamente, con cuidado de amortizar el ruido de sus tacones sobre la moqueta. Apoyó los codos en la baranda de la cuna y la observó. Esa cosita diminuta había transformado los preceptos que tenía sobre el amor. Sabía que el amor que sentía por Meredith jamás caducaría. Por el contrario, crecía día a día, así como lo hacía ella. Sonrió como una tonta. Meredith dormía tan profundamente que le parecía irreal que fuera tan inquieta cuando estaba despierta. Le acarició los cabellos y la bebé soltó un profundo suspiro. «Déjala dormir en paz, Jill», se retó a sí misma y se quedó contemplándola un rato más. Había algo tranquilizador en el sueño de los niños.

—Tienes una hija preciosa.

La voz de Anna la arrancó de un tirón de su burbuja de pensamientos. Alzó la vista y la vio de pie con la espalda apoyada contra la puerta. No se había animado a entrar del todo y sostenía el pomo con las dos manos por detrás. Esa mujer era en manojos de sensualidad. Jill admiró su vestido. Era negro ébano, como sus cabellos, y se ajustaba a las curvas de su cuerpo. Curvas que Matt conocía como la palma de su mano. Sintió que los celos subían desde las entrañas hasta la garganta y que harían explosión de un momento a otro. Le fastidió sentirse así. Ella siempre había sido segura de sí misma, ya era una adulta hecha y derecha, ninguna mujer ni ningún hombre deberían de tener el poder de hacer sentir a nadie de esa manera. Inconscientemente, carraspeó para alejarlos. No entraría en ese juego perverso. No se convertiría en esa clase de mujer que se peleaba con otra por un hombre.

—Gracias —contestó de forma lacónica.

Luego de un breve silencio, Anna se acercó unos pasos hasta la cuna bajo la mirada desconfiada de Jill.

—Realmente es preciosa.

Jill no le respondió. Sabía por demás que Anna la había seguido por otra cosa. Estaba allí no para hablar de Meredith, sino de Matt.

—¿Qué quieres, Anna? —preguntó con más brusquedad de la pretendida.

—Quiero pedirte disculpas por cómo me comporté durante el almuerzo. ¿Podríamos hablar? O, al menos, oír lo que tengo para decirte —dijo Anna al ver que Jill no estaba dispuesta a las

cortesías previas.

Eso sí que Jill no se lo esperaba. No sabía qué tramaba esa mujer, pero no le parecía bien hablar con Anna mientras Meredith dormía. Descartó la habitación que compartía con Matt por obvias razones y con la decisión de dar por finalizado todo lo que tuviera que ver con ella, Jill bajó las escaleras con Anna siguiendo sus pasos, hacia la otra habitación que conocía en esa casa que no era la suya. Las puertas de la biblioteca estaban entre abiertas y, luego de comprobar que estaba vacía, entró.

Anna se sentó en uno de los sillones y Jill hizo lo propio ocupando el sillón que estaba frente a ella perdiendo la esperanza de que fuera un encuentro breve.

—Bueno, creo que me toca empezar —dijo Anna casi en un suspiro y Jill asintió. Si no fuera por el temblor en la voz, nada delataba que estaba nerviosa—. Cuando me acerqué a ti en la galería fui sincera.

—Lo sé —coincidió Jill.

—Tal vez te preguntes por qué te cuento lo que estoy a punto de contarte. Yo me hago la misma pregunta. Aún no lo tengo claro, creo... creo que es por una razón egoísta de mi parte. Quiero que sepas quién es Matt. También quiero que sepas que lo amaré por siempre. A pesar de todo.

Se produjo una repentina tensión en la habitación, en la que las mujeres tomaron veredas opuestas. Aunque Jill no la veía como una contrincante con la que luchar por un premio, Anna sí lo hacía. Antes de que Jill pudiera decir algo al respecto, Anna comenzó a hablar.

—Yo era compañera de Carol en las clases de cocina. Había venido de Londres a estudiar en el Instituto Culinario. —La voz de Anna volvió a ser la misma que cuando le habló en la galería, impersonal y monótona. Sus ojos miraban a la nada, ausentes del presente y contemplando los cuadros del pasado con lujo de detalles—. Nos hicimos amigas y en uno de sus cumpleaños conocí a su familia. Me enamoré perdidamente de Matt. Me encandiló con su forma de ser, a pesar de que él era todo lo yo solía odiar en un hombre: el típico macho que no espera nada de la vida, simplemente lo toma; reo cuando tiene que serlo y tierno en las ocasiones correctas. Inteligente, divertido. En fin, todas cosas que tú ya sabes. Con Matt sentí que vivía por primera vez. Hubo un antes y un después de que lo conocí. Fue todo muy rápido y yo creí flotar en una nube. Soporté que saliera con otras mujeres, que a veces me llamara y a veces, no. Sabía que él no estaba interesado en formalizar, solo en divertirse. Era joven, apuesto y con todas las mujeres a sus pies. Era lógico que pensara así. Pero hubo un tiempo en el que compartíamos tantos momentos juntos... Él me llevaba a fiestas, a cumpleaños, compartía con sus amigos, parecíamos una pareja. Tal vez fue solo mi imaginación. —Anna hablaba con pena—. Yo estaba segura de que, tarde o temprano, terminaríamos juntos. Quería casarme con él, darle hijos. Cuando obtuve el título tuve que regresar a Inglaterra. Pero yo no quería volver, no quería apartarme de él. Unas semanas antes de que finalizara el curso, le planteé la posibilidad de mudarnos juntos. Pensé que era el momento ideal de avanzar. Cuando me dijo rotundamente que no, cedí y le planteé que pensaba conseguir un trabajo en la ciudad de Nueva York.

—Anna, no sigas más —dijo Matt, que apareció por el umbral de la puerta.

Luego de unos segundos de tenso silencio, Anna continuó:

—Él me contestó que no tendría que cambiar mi vida por un simple ligue. Matt me dejó en claro qué significaba en su vida desde un principio. Yo, por mi parte, conservaba las esperanzas. Siempre las tuve. Esa misma noche Matt me rompió el corazón y luego de romperlo se fue de juerga con unos amigos y regresó a la madrugada con una mujer en cada brazo. Volví a Inglaterra y unas semanas después descubrí que estaba embarazada.

—No sigas, Anna. No es el momento ni el lugar para hablar de ello. —Esa vez, la voz de Matt fue como un ruego doloroso.

—Déjala terminar —respondió Jill y atisbó que Matt cerraba la puerta y caminaba hacia ellas.

—A pesar de venir de una familia tradicional, había decidido continuar con el embarazo. Fue toda una guerra con mi familia. Una guerra en la que me habría venido bien un poco de apoyo. Pero Matt solo se limitó a depositar una pornográfica suma de dinero en mi cuenta bancaria. La alegría de tener un hijo de él me duró poco. Antes de llegar a la octava semana perdí el embarazo. Por la madrugada, un dolor en el vientre me despertó y fui a Emergencias. Estuve internada dos días. Sola, sin más compañía que la señora de la camilla de al lado. Un tiempo después conocí a Collin. Él estaba por trabajo en Londres y fue a cenar al restaurante donde yo era la asistente del chef. A pesar de saber que no estaba enamorada, a pesar de saber que no lo quería, a pesar de que el dolor que sentía dentro no había sanado, lo seguí a los Estados Unidos y nos casamos. Él sí me ofreció todo lo que Matt me negó, sin embargo, no fue suficiente. Una noche, como una tonta lo llamé para encontrarnos. Sabes, Matt tiene la habilidad de metérsese debajo de la piel y, una vez que sucede, es imposible arrancarlo. Así fue que siempre volvía a él. Porque que yo estuviera casada no le impedía llamarme cuando necesitaba un revolcón o hablar con alguna amiga y a mí nada ni nadie me impedía responderle. Lo hacía con gusto. Porque lo que había pasado entre nosotros para él ya había quedado en el olvido.

—Por todos los santos, Matt. Eres un imbécil —lo retó Jill.

—Sí, ya lo sabes.

—Me gustaría echarle la culpa de todo a él, pero no puedo. Esa primera vez que nos reencontramos, Matt quiso hablar del embarazo y yo no quise. Sabía que, si teníamos esa conversación, no habría vuelta atrás. Además, ya lo había perdonado, incluso sin siquiera pedírmelo. Así fue como cada tanto volvíamos a estar juntos, eso sí, nunca jamás volvió a confiar en mí. Llámenme loca, pero llegó un momento en mi vida en que me conformaba con saber que no podía cambiarme. —Anna clavó la mirada en Matt dirigiéndose a él—. Me conformaba con saber que siempre regresabas a mí y estaba convencida de que algún día te darías cuenta de que somos el uno para el otro.

—Anna, nunca te mentí. Nunca te prometí nada —aseguró Matt—. Siempre supiste cómo eran las cosas conmigo. Sabías qué podías esperar de mí.

—Es verdad. Siempre lo dijiste y eso podía tolerarlo, pero cuando te vi con ella, cuando vi

cómo la mirabas... —Ahora las lágrimas le humedecían las mejillas y todo rastro de control se escurrió con ellas—. ¿Por qué nunca me miraste de esa forma? ¿Por qué no me cuidaste de la misma forma que a ella? Llevaba a tu bebé en mi vientre, Matt. ¿Por qué le ofreces a ella todo lo que me negaste siempre?

La expresión de dolor en sus ojos le partió el corazón a Jill.

De repente, alguien abrió la puerta de la biblioteca y los encontró en un incómodo silencio. Matt, quien hasta entonces tenía la mirada clavada en el rostro de Jill, desvió la vista hacia la puerta y se encontró con la figura de su hermano recortada en el umbral. Jake llevaba en la mano un vaso corto de *whiskey* y los dos hombres intercambiaron miradas.

—Lamento importunarlos —dijo Jake con un tono de voz muy controlado y sumamente formal pasando por alto la dramática escena que se desplegaba ante él—, pero deben dar por terminada esta amena reunión privada. La presentación del Circo del Sol está a punto de terminar y, según el itinerario que nos dio Carol, le siguen el discurso de ella y más litros de *champagne* y buena comida. ¡Hurra!

Matt y Jill se levantaron al unísono de sus asientos como si tuvieran un resorte en el trasero. Cuando pasó por su lado, Matt le arrebató el vaso de la mano a Jake y se lo bebió de un solo trago.

—Necesitaré más de estos —dijo a su hermano.

—Apuesto a que sí.

Jill sintió la mano de Matt deslizarse en la suya y los dedos entrelazarse con los suyos, pero no los apretó. Caminó sin mostrar reacción alguna, asimilando, a cada paso, las palabras de Anna, con la carne de gallina en la nuca. Todo la había afectado: la desesperación contenida en el tono de voz, el sufrimiento por el que había pasado y la empatía que la mujer le despertaba. Ella no sería otra víctima más y el caparazón volvía a su sitio.

Matt y Jill volvieron a ocupar su mesa. El anfitrión contratado para conducir la gala a beneficio estaba finalizando su rutina. Con chistes y burlas, alentaba a los invitados a aumentar las donaciones que hacían. En las pantallas del escenario, las cifras de las donaciones cambiaban rápidamente y la lista de las mesas que más donaban aparecía en un primer plano. En otra pantalla, había un gráfico que les indicaba a los invitados la evolución del aumento de las donaciones a lo largo de los años. El anfitrión le dio el pie a Carol para subir al escenario.

Los focos iluminaron el camino de Carol arriba del escenario. La cruda luz blanca que caía sobre su rostro volvía sus facciones más duras y frías. Parecía una reina de hielo, que se dirigía a sus súbditos. Nada más lejos de la realidad.

—Buenas noches, en nombre de la familia Dybron Parabel, agradecemos que esta noche nos acompañen una vez más. Esta es una gala distinta. Es de público conocimiento que nos vimos forzados a retrasarla por el fallecimiento de Marion Belcap Parabel. Para ustedes, una mujer adelantada a su época, innovadora, tenaz. Para mí, para nosotros, su familia, nuestra adorada

abuela: un pilar y un ejemplo a seguir. A pesar de la tristeza que sentimos ante su partida, y tal y como a ella le habría gustado, estos momentos sirven para tomar impulso. Por eso, con mucho orgullo, la familia Parabel Dybron anuncia la creación de una nueva fundación en honor a...»

—Oh, por todos los cielos, ¿qué demonios...? —Carol maldijo a viva voz en el micrófono y todos los invitados, periodistas y fotógrafos se giraron en sus asientos para ver lo que ocurría.

Como algo inevitable al transcurso de lo que iba siendo la noche, el escándalo que el tío Will vaticinó finalmente sucedió.

—¡Dybron! —gritó Collin a mitad de camino mientras se desabrochaba las mangas de la camisa y se las arremangaba.

Matt, Jake y el tío Will se giraron al mismo tiempo.

—Tranquilos. Es para mí.

Los ojos de Collin se habían dilatado por la adrenalina que brotaba de su interior y parecían refulgir con sed de sangre.

—Te mataré, desgraciado. Juro que te asesinaré. —De la garganta se le escapó un gruñido y comenzó a correr en dirección a Matt como un toro bravo.

Jill se percató de que una feroz tensión se apoderaba del cuerpo de Matt. Durante un instante, el aire se electrizó y el tiempo pareció detenerse. Si Collin era un toro, Matt era un jaguar a la espera para atacar a muerte a su presa. El murmullo de la multitud de invitados se intensificó hasta que se armó un alboroto. Las mujeres lanzaban vehementes exclamaciones de temor, los hombres se paraban en sus sillas para no perderse detalle de la pelea y los celulares y las cámaras entraron en acción.

—Matt, espera... —dijo Jill sin dejar de observar a Collin, que ya estaba a unos cuatro metros de distancia.

Matt ya estaba listo para atacar cuando Collin llegó hasta él. Sin embargo, y para sorpresa de algunos —incluida la propia Jill— y decepción de otros, lo único que hizo fue detener los puños de Collin con los brazos. Los movimientos eran defensivos. Matt se corría a un lado o a otro de acuerdo de donde viniera el puño de Collin.

—Pelea, cobarde. Pelea, te voy a despellejar —insistió Collin.

Un puño cargado de ira chocó de lleno contra su mandíbula y Matt cayó para atrás sobre la mesa e hizo saltar todo por los aires. Collin aprovechó ese momento para volver a atacar a Matt, que estaba en una posición desventajosa, y fue ahí cuando todo cambió. Matt se giró a tiempo y de un solo movimiento volvió a pararse. Tomó a Collin por el cuello de la camisa y le asestó una andanada de puñetazos. El *ring* se amplió. Anna apareció justo cuando Matt arrojaba de una segunda combinación a Collin y arruinaba la escalera de rosas, hortensias y peonías que tantos dolores de cabeza le había traído a Carol. Los fotógrafos se daban empujones y codazos, pisoteando las flores, para obtener el mejor ángulo.

A diferencia de la mayoría de las mujeres, Jill no se había movido de su silla ni se había trepado a ella para ver mejor la pelea. La falda del vestido estaba manchada con el vino y el



*champagne* que saltó de las copas cuando Matt cayó sobre la mesa. Los gritos exultantes le decían que Matt estaba respondiendo a la altura de lo que se esperaba de él. Jake se acercó hasta a ella con otro vaso de *whiskey* en la mano.

—Espera a ver Acción de gracias con los Dybron. Somos especialistas en reuniones familiares —comentó Jake muy tranquilo.

—¿No intentarás detener la pelea? —inquirió Jill.

—Solo un momento antes a que lo mate, solo para evitar que vaya preso. No es de caballeros atacar por detrás —reafirmó indignado.

Por encima del bullicio de la gresca se oían los gritos de Anna, que intentaba rescatar a su marido de los puños de Matt.

—Y creo que ya es hora. —Jake le pasó el vaso que sostenía en una de sus manos, con toda la parsimonia se quitó el saco y, luego de intercambiar miradas con Pete, que estaba consolando a su esposa por el desastre que había hecho Matt de su gala, los dos hombres se dirigieron a paso firme a dar por finalizado el espectáculo.

Fran se acercó a ella seguida de Carol. Ambas mujeres se pararon a cada uno de sus costados. Jill parecía envuelta en una triste melancolía. Realmente, no se esperaba nada parecido a eso.

—Siento mucho que haya terminado así —le dijo Fran a Carol.

—Si ese desgraciado no mata a Matt, lo haré yo con mis propias manos.

—Lo siento, voy a... tengo que...

Las dos mujeres Dybron comprendieron a Jill, de inmediato.

—Ven, puedes salir por acá —le dijo Carol y le señaló la salida de atrás del escenario.

## Capítulo 26

Jill se refugió en la habitación que compartía con Matt. Había tenido que buscar a Meredith para abrazarla y cuidarla. Necesitaba desviar la atención de alguna forma. No se sentía cómoda dentro de su piel. Matt apareció en la habitación; aunque estaba desaliñado y magullado, estaba bastante más entero de lo que Jill había esperado. Tenía los faldones de la camisa por fuera de los pantalones y algunas gotas de sangre y manchas de comida interrumpían lo que otrora había sido un blanco impoluto. El pómulo derecho estaba hinchado y los nudillos de su mano izquierda estaban rojos e inflamados.

—Buen trabajo. Fue una buena pelea, te felicito —dijo Jill mirándolo a los ojos—. Cuando salí de allí estabas ganando.

—Necesito hablar contigo —dijo al tiempo que arrojaba el saco sobre la cama.

—Y yo necesito un tiempo a solas —replicó Jill con voz tensa.

Matt asintió y agregó:

—Estaré esperándote abajo —dijo y se fue.

Poco después de que se fuera Matt, Carol tocó a su puerta. Tenía los ojos rojos, ya se había bañado y llevaba una bata de seda floreada sobre el pijama que hacía juego.

—¿Puedo pasar?

—Claro —aseguró Jill y Carol se sentó a su lado en la cama.

—Vine a pedirte disculpas.

—¿Disculpas? Carol, ¿de qué hablas? —preguntó incrédula Jill.

—Me siento en parte responsable por lo que sucedió.

—No, Carol. Tú no hiciste nada más que hacerme sentir bien durante estos días. Te disculparía en nombre de tu hermano, pero eso es algo que tiene que hacer él solito.

—Yo invité a Anna y a Collin. Anna es mi amiga y...

—Y tú no tienes la culpa de lo que hizo tu hermano con ella —razonó Jill.

—Aun así... Créeme, si hubiera sabido que ellos continuaron viéndose, jamás la habría invitado estando tú. También sé que se te acercó para hablar. No sé lo que te dijo, pero lo imagino y no me gustaría estar en tus zapatos ni en los de Collin. Ella perdió la cabeza. Verlos a Matt y a ti, verlo a él comportarse como ella siempre soñó que se comportara con ella creo que fue demasiado. La situación la presionó más de lo que pudo aguantar y perdió la cabeza. Estoy tan enfadada con

ella...

—Sí, entiendo de lo que hablas —aseguró Jill, que conocía esa clase de locuras de primera mano—. Carol, ¿puedes decirme de qué va todo esto? Me siento una advenediza, todo el mundo conoce la historia de ellos dos. Pero yo solo tengo las piezas sueltas.

—Verás, siento que traiciono a mi hermano contándotelo, pero creo que mereces conocer la verdad y en serio necesito que entiendas que, si hubiera sabido... si hubiera tenido la mínima sospecha de que ellos habían continuado su relación... de que Anna engañaba a su marido con Matt, jamás la hubiera invitado, jamás te habría expuesto de esa manera, ni a ti, ni a nadie.

—Carol, te creo —contestó Jill.

Carol lanzó un suspiro resignado y continuó:

—Anna y Matt tuvieron un romance hace varios años. Al principio, todos pensamos que iban a casarse, por lo menos, ella estaba convencida de ello y así se lo hacía saber a todo el mundo. Pero Matt estaba lejos de esas intenciones. Sabes lo que piensa del matrimonio y de atarse a alguien. Siempre se lo dijo a Anna y a los cuatro vientos. Iban y volvían. Matt la colocó en una posición que no corresponde. Anna estaba enamorada, tal vez aún continúe enamorada, o al menos eso piensa. Para Matt, lo de ellos no iba más allá que un lígüe y así se lo hizo saber. Después de cierto tiempo, Anna se cansó de esperarlo, de verlo cambiar de parejas, aunque ella siempre estaba en el medio. En un arranque de furia, o porque se empezó a querer, aún no lo sé, decidió que debía continuar con su vida. Regresó a su hogar, conoció a Collin y se casaron rápidamente. —Jill se percató de que a Carol también le faltaban piezas del rompecabezas—. Pero al parecer el casamiento de ellos no supuso un cambio en la relación de ella y Matt. Matt la llamaba, ella lo llamaba y se encontraban. Anna se convenció de que Matt jamás podría estar en serio con nadie, que él no había nacido para eso. Ella no tenía problemas con que las mujeres le entregaran su corazón, Matt es conocido por desecharlos y seguir adelante. El problema apareció en cuando supo que Matt se había enamorado.

—Yo no estoy tan segura de que Matt esté enamorado, creo que soy un capricho más del benjamín de tu familia.

—¿Realmente crees eso? ¿Has visto cómo te mira mi hermano?

—Igual, ya no tiene importancia. Todo lo sucedido me sirvió para comprender que lo nuestro jamás podría funcionar.

—Conozco a mi hermano y sé qué siente algo por ti. Algo que jamás sintió por nadie más. No lo quiero defender, viste con tus propios ojos lo imbécil que puede llegar a ser, pero creo que está loco por ti.

—Eso ya no importa —respondió Jill mirando a Meredith—. Me ofrecieron un trabajo en Boston y lo aceptaré. Ya lo decidí.

—¿Matt lo sabe?

—Aún no. Pero se lo diré pronto.

Jill se dio un baño y se cambió el vestido arruinado antes de ir a buscar a Matt. Lo encontró en

el salón familiar. Estaba repantigado en un sillón estilo chester que había detrás de una enorme mesa de billar, con una bolsa de espinaca congelada en el rostro y un vaso de *whiskey* posado sobre el estómago.

—¿Los Dybron están cortos de presupuesto y no hay hielo en la nevera?

—Jill... —dijo sorprendido Matt, que no la había oído entrar.

—¿Eso duele tanto como parece?

—No mucho. Solo diré que Carol fue más certera que Collin y estaba más enojada.

Jill se acercó a él y se sentó en el brazo del sillón. Sin cambiar de posición, Matt quiso cogerla de la mano, pero ella la retiró antes.

—Jill, lo siento por todo. Esto no debería de haber resultado así. Entiendo que estés enfadada...

—No estoy enfadada —interrumpió Jill con la tranquilidad de alguien que ya tiene una decisión tomada.

—Deberías estarlo. Lo siento, de veras.

—Matt, no necesito que me pidas perdón. No quiero que me pidas perdón —aseguró al tiempo que se paraba y se alejaba de él—. Entiendo que tuviste un pasado, no quiero decir que esté saltando de alegría por lo que hiciste o por cómo te comportaste, pero esta es tu vida.

—Yo estaría furioso en tu lugar.

—Solo intento ser comprensiva —respondió y él arqueó una ceja—. Eso no quiere decir que acepte y comparta tus estándares éticos y morales.

—Vaya, eres la primera abogada que conozco que habla de moralidad y de ética. Lo de Anna fue sexo —replicó él entre dientes, como si Jill le hubiera dado una bofetada—, sexo insignificante y nada más.

—Lo que para ti es sexo insignificante, para Anna y para quién sabe cuántas más, era mucho más que eso —dijo ella con ferocidad y Matt vislumbró por solo un instante lo furiosa que estaba con él. Rápidamente, Jill atenuó el tono—. Y yo no me convertiré en una de ellas.

El rostro de Matt se endureció. Tomó el contenido del vaso y luego estiró el brazo para apoyarlo en el paño verde de la mesa de billar.

—Exactamente ¿qué quieres decir con eso? —preguntó dejando a un lado la bolsa de espinaca congelada y sentándose.

—Me ofrecieron un puesto en Westacam y lo voy a aceptar —dijo Jill e hizo un esfuerzo titánico para no llenar el silencio que siguió. Finalmente agregó—: Es la oportunidad laboral que siempre he esperado, Westacam & Asociados es una firma muy importante y ellos... —Sonó trémula mientras paseaba por la habitación porque no podía quedarse quieta.

—Sé perfectamente quiénes son. —La voz fría, casi siniestra, de Matt la hizo detenerse en seco. Algo en su actitud cambió tangiblemente, tanto que a Jill le resultaba novedosa. Matt siempre actuaba como si nada le importara realmente. Como si nada ni nadie fuera lo suficientemente importante como para que Matthew Dybron perdiera la capa de calma arrogante que siempre vestía. Sin embargo, esa actitud había desaparecido. Estaba cabreado y no conseguía ocultarlo.

—No aceptarás ese trabajo.

—¿Por qué?

—Porque tienes una vida a cuatrocientas millas de ese puesto, ¿te parece suficiente? Además, porque esa no es la razón verdadera por la que aceptas ese maldito trabajo. Y no me vengas con el cuentito de la oportunidad laboral porque en Nueva York hay decenas, qué digo, cientos de estudios mejores que ese. Tú no te marchas por eso.

—¿No? Y cuál sería la razón, entonces.

—Porque eres una cobarde. Tienes tanto miedo de que lo nuestro no funcione, tanto miedo de involucrarte de lleno y que lo nuestro no resulte que huyes antes de que eso suceda. Te escapas de mí... de nosotros porque tienes pánico de salir lastimada y prefieres irte antes de que sea tarde. —Él arqueó una ceja con actitud sarcástica. A Jill le molestaba que fuera tan seguro de sí mismo cuando era de ella de quién hablaba—. Pero, cariño, ya es tarde para eso. Yo soy tan parte de tu vida como tú de la mía.

Ambos aguardaron en silencio durante un rato midiéndose con las miradas.

—Puedo conseguirte cualquier empleo que quieras en la ciudad de Nueva York. Hasta puedo agilizar los trámites para que consigas ejercer en el estado de Nueva York. Diablos... —Hizo una pausa antes de añadir entre dientes—: Si hasta puedo comprar el examen si quieres.

—Debes de estar bromeando —contestó sin dar crédito. Estaba pasmada por el despliegue machista de Matt. Era esa la razón por la que se alejaba de los hombres como él. Matt era de esos que se creían con el derecho de digitar la vida de los demás a su antojo. Jill era más de los tibios como David, se sentía cómoda con hombres así. Él no tenía derecho a decirle qué hacer con su vida.

—No estoy bromeando, solo quiero que sepas cómo son las cosas. No aceptarás ese trabajo —dijo categórico.

Matt la estaba mangoneando, entrometiéndose en sus decisiones. Él no tenía derecho a decirle lo que podía hacer y lo que no. La furia no la dejaba respirar normalmente y explotó. Nunca gritaba en las discusiones porque le recordaba a su madre, pero Matt la había sacado de las casillas, así que oyó que su voz se había elevado.

—¿Qué pasa contigo, Matt? Es mi vida, es mi carrera y con ella hago lo que se me antoja. Si tengo ganas de aceptar un empleo en Alaska porque creo que es lo mejor para mí, lo haré y no te lo preguntaré. No estoy huyendo de ti, estoy haciendo lo que considero lo mejor para mí. Y lo mejor para mí en estos momentos es ese empleo y alejarme de ti.

—Tranquilízate —dijo Matt acercándose a ella.

—Déjame tranquila y, para que sepas, no es que crea que terminaré como Anna, sino que estoy segura de que terminaré como ella si me quedo y eso... eso no lo puedo permitir —respondió ella y se dirigió hacia la puerta.

Jill intentó abrir la puerta, pero él la cerró de un golpe con la palma de la mano. La apretó contra ella y la besó con furia. La boca de Matt era demasiado dura sobre los labios de Jill. Él

nunca la había besado de esa forma. La situación lo había empujado más allá de sus límites y, paradójicamente, parecía querer demostrarle cuán enojado estaba con ella a besos.

—Tienes que dejarme tomar mis propias decisiones.

—No cuando se trata de huir de mí.

—Yo no huyo de ti. Solo me protejo, así es como viví siempre y no cambiaré mi forma de ser por ti —exclamó ella.

Ella intentó alejarse, pero como siempre su cuerpo reaccionaba y respondía a las demandas de Matt. Sabía que no debería de ceder al duro roce de su lengua, pero le despertaba sensaciones tan deliciosas que eran demasiado intensas como para resistirse. Todas sus emociones se empaparon de deseo y Jill se dejó ir con ellas. Mientras jugueteaba con su lengua, ella se iba derritiendo en sus manos y se apoyaba en él. Ambos habían perdido todo rastro de sentido común y se habían olvidado de donde estaban.

Matt la alzó y ella le rodeó la cadera con las piernas. Sin dilación, la tumbó sobre la mesa de billar y, mientras se echaba encima de ella, Jill notó que su cuerpo temblaba por el deseo y la furia. Matt le levantó la falda y corrió a un lado las bragas. Hundió un dedo y luego dos. Mientras lo hacía no separó su boca de ella. Metió la mano libre por debajo de la blusa y acarició los pechos por encima de la fina tela del sujetador. Mientras la torturaba, Jill desabrochó los botones de la camisa y, cuando no aguantó más, tiró de ella e hizo soltar uno de los botones. Jill le echó los brazos al cuello al tiempo que arqueaba la espalda sobre la dura madera forrada de verde para ofrecerle los pechos. El aceptó con gusto la ofrenda y los mordisqueó, los lamió, los chupó saboreándolos. Los gemidos de Jill se mezclaban con el tic tac del antiguo reloj que estaba al otro lado de la habitación. Ella cerró los ojos, casi sin fuerzas cuando Matt pasó el pulgar por el clítoris. Desesperada por sentirlo dentro, porque se hundiera en su carne, Jill forcejeó con la hebilla del cinturón. La erección dura y firme se percibía debajo de la fina lanilla del pantalón de vestir. Matt siseó cuando ella lo liberó y acarició en toda su longitud.

Para Jill, los momentos siguientes fueron como una nebulosa imprecisa. En el frenesí de la pasión que los embargaba, Matt tiró de las bragas con fuerza y las rompió. Ella gimió cuando sintió que su miembro duro y caliente exigía entrar. La tierna carne cedió a la presión y Matt se hundió bien profundo en su interior. Ella clavó las uñas en la espalda para luego relajarse entre sus brazos. Matt le recorría la piel con los labios y se empujaba en su interior con un ritmo fuerte que la sacudía y la hacía jadear. El continuó con ese ritmo, penetrándola más y más, hasta que los espasmos del orgasmo la conquistaron. Matt volvió a buscar su boca y su lengua silenció los gritos de placer que le arrancaba. La embistió con fuerza por última vez y se quedó inmóvil conteniendo la respiración cuando se derramó dentro de ella.

Se quedaron un buen rato sin moverse, unidos sus cuerpos de la forma más íntima. Con la respiración recuperada, Matt la ayudó a incorporarse sobre la mesa. La abrazó con fuerza contra su pecho y soltó una maldición. Ella evitaba mirarlo, pero Matt la obligó cuando tomó su rostro entre las manos.

—No te irás a ninguna parte. ¡Maldita sea! —Hablaban en voz baja y urgente entre besos—. No dejaré que huyas...

Jill iba a hablar, pero calló cuando oyó unas voces detrás de la puerta. Se quedó paralizada por temor a que alguien entrara y descubriera lo que habían estado haciendo. Las voces pasaron de largo y ella soltó la respiración. Apenas quedaban rastros del orgasmo en su cuerpo y el cerebro de Jill comenzaba a funcionar normalmente.

—Matt, es una decisión tomada. Volveré a Boston —dijo y se marchó de regreso a la habitación.

## Capítulo 27

Durante las siguientes semanas, Matt pasó largas horas entre las paredes de la oficina que una vez había sido de su abuelo Phillip. Agradeció para sus adentros el cambio de escenario porque era justo lo que necesitaba. Para su total asombro, resultaba catártico. No se había desentendido de Stone Capital, ese era su niño mimado, sin embargo, tenía todas sus energías puestas en reflotar la vapuleada empresa familiar productora de acero. Además, era la primera vez que trabajaba en algo con la presión de tener que hacerlo bien. En los fondos de inversión se trata de correr riesgos, poner los huevos en la canasta correcta —varias canastas correctas—, comerte al otro cuando estaba más débil y pitar en el momento indicado. Esa era la clave. En cambio, allí debía de reestructurar la empresa desde las bases. Ya había elaborado un plan de negocios: eliminaría administradores, demasiadas manos dirigiendo un mismo pastel; actualizaría las anticuadas fundidoras; ampliaría el horizonte ofreciendo el acero a la industria aeroespacial e intentaría resucitar el contrato caído años atrás con la industria de defensa. Ya tenía un equipo trabajando en la estrategia de *marketing*.

Pero antes de que la empresa volviera a rendir a plena capacidad, debía de sortear una pequeña gran piedra. Grindall afrontaba la compra hostil que una empresa fantasma estaba intentando hacer desde hacía meses. Toda la experiencia adquirida por Matt en Stone Capital era oro en polvo dadas las circunstancias. La empresa interesada lo había hecho tan bien que, hasta que casi fue demasiado tarde, Matt no se dio cuenta de lo que sucedía. El paquete de acciones en manos del público estaba siendo comprado casi a paso de hormiga por un solo fideicomiso. Si ese fideicomiso lograba hacerse de todas las acciones públicas, tendría derecho a voto y un lugar decisivo en la junta directiva. Eso Matt no podía permitirlo.

—Gracias, Alice —le dijo Matt a su asistente luego de terminada la presentación de los gráficos. Estaba reunido con dos de sus asesores más confiables y decidirían el siguiente paso a dar—. Verán que la situación no es la ideal. Pero confío en que capearemos la tormenta y llegaremos a buen puerto.

—¿Quieres que frenemos todas las innovaciones programadas? —preguntó Alan, uno de los asesores.

—No del todo. Desacelera la marcha y, lo principal, límpiame a mí del medio. Den marcha atrás con mi nombramiento como CEO; filtren a la prensa que no estoy en condiciones de aceptar



ningún nombramiento. Díganles que no soy fiable, que voy de fiesta en fiesta, háganme quedar mal. Dados los últimos acontecimientos —reflexionó tranquilamente Matt al recordar lo que la prensa opinaba de él—, no les costará hacérselos creer. Yo me encargo de que la junta no acepte mi candidatura. No se pueden enterar de que estamos metiendo mano porque las acciones subirían de precio.

—¿Y eso no es lo que queremos? —quiso saber el otro asesor mientras se aflojaba el nudo de la corbata. No se esperaba esa noticia.

—Sí, pero antes recompraremos las acciones que quedan en el mercado.

—Eso significa adquirir más deuda. Es muy riesgoso, por no decir suicida. La empresa ya está al límite y, si adquirimos más deuda, en caso de que algún banco loco nos financie, estaríamos en aprietos para pagarla —razonó el mismo asesor.

—Es un riesgo que debemos correr. Además, si adquirimos más deuda —insistió Matt—, las acciones bajan, somos menos apetecibles y los fondos de inversión correrían en tropel para vendérselas a alguien. Y ese alguien somos nosotros. Lo único que tiene que importarnos es que nadie se entere de que la familia Dybron se ha vuelto a interesar en la descuidada empresa familiar. Eso —enfaticó Matt— sí que sería el suicidio de todo el plan.

—Sugiero dejar la plantilla de empleados y administradores tal y como está hasta que se resuelva lo de la compra hostil. Si hacemos cambios, levantaremos sospechas—dijo Alan.

—Muy bien. Alan, ocúpate de eso y tú —le dijo al otro—, encárgate de la recompra de las acciones. Lo ideal es que creemos tres empresas fantasmas para llevar a cabo la compra total. Tomaremos un préstamo sindicado.

—¿Qué banco prefieres que lo administre?

—Háblalo con Pete, él sabrá cuál nos conviene más.

—De acuerdo —contestó Alan—. Matt, no deben verte por aquí.

—Lo sé —aseguró—. Tú serás mis ojos hasta que pase la tormenta.

Cuando los asesores se hubieron marchado, Matt hizo girar su sillón de cara a la ventana. La vista no era buena. Estaba en Nueva Jersey, en la orilla opuesta al lado lindo del río Hudson. No tenía nada en particular en contra de Nueva Jersey, pero no le agradaba. Las oficinas de Grindall estaban en un edificio cuadrado de cinco pisos, muy del estilo industrial de los años setenta, con las plazas de aparcamiento alrededor. No había zonas verdes parquizadas ni espacios recreativos para que los empleados se distendieran, como era la moda en Cupertino. Tampoco tenía Manhattan a sus pies, como sucedía en el piso cuarenta y cinco de la torre donde estaba su oficina. Aun así, no quería irse de allí. No quería volver a su apartamento. Desde que Jill y Meredith se habían marchado, lo encontraba demasiado grande, demasiado silencioso, demasiado ordenado. Y él se sentía demasiado perdido sin ellas. El solo pensar en Jill le hacía hervir la sangre, aún estaba furioso con ella. Se levantó del sillón y caminó unos pasos hasta una mesita baja que tenía una botella de *whiskey* y algunos vasos. Con una copa en una mano y la botella de Macallan en la otra, volvió a la ventana. Esa vez no se sentó. Era noche cerrada y el aparcamiento estaba

prácticamente vacío.

«¿Qué estará haciendo la muy cobarde en esos momentos?», se preguntó Matt. Apretó con fuerza el vaso que sostenía en la mano y se lo bebió de un trago.

El resplandor de la solitaria luz del salón se filtraba por la puerta abierta de la habitación donde dormía Meredith. Jill se había acercado a darle un beso. Eran pasadas las siete y recién llegaba luego de una jornada casi interminable en la oficina. Encontró a Meredith profundamente dormida en su cuna, arropada y con su manta azul preferida sujeta entre las manitas. Hacía casi dos meses que trabajaba para Westacam & Asociados y trabajar allí era mejor de lo que se había imaginado, incluso. Además de haber conseguido un nuevo empleo, Jill, finalmente, había vuelto a su apartamento. David se había mudado y ella pudo volver a establecerse en lo que llamaba su hogar. Por su parte, Meredith avanzaba a pasos agigantados. Ya no lloraba tanto y junto con la niñera, Hellen, habían decidido adentrarla en el arte de la paciencia y estaban consiguiendo buenos resultados; era eso o ellas se habían acostumbrado ya a sus demandas.

Hellen era un ángel caído del cielo. Apareció justo cuando ella más la necesitaba. Cuando Jill regresó a Boston contactó a la niñera que había cuidado de Meredith cuando tuvo que encontrarse con Harrison. Pero ella no podía cubrir todas las horas que Jill necesitaba. Sin perder los nervios –o casi–, llamó a varias agencias que ofrecían personal de asistencia y niñeras. Al cabo de varias entrevistas desastrosas, en las que pensó que no lograría encontrar a la persona idónea para cuidar a Meredith, apareció su salvadora. Hellen rondaba los cincuenta años y había trabajado con dos familias antes. Con la primera, había estado cinco años y con la segunda, más de quince. Eso hablaba de lo buena que era en su trabajo: nadie en su sano juicio deja ir a una buena niñera. A pesar de que la última familia le había ofrecido otro puesto, ella lo rechazó. Hellen afirmaba convencida que, cuando sus niños se marchaban a la universidad, no tenía sentido que se quedara en la casa. Su trabajo estaba hecho.

Hellen tenía una hija que vivía y trabajaba en Nueva York y casi todos los fines de semana iba a visitarla. En Boston, vivía en las afueras, a una buena hora y diez de allí, por lo que Jill tenía pensado comprar un diván para que pudiera quedarse a dormir y, en los días en los que ella se retrasaba, no tuviera que volver a su casa tan tarde. Aun cuando no hubiera dicho una palabra al respecto, Jill sabía que merecía cobrar más de lo que le pagaba. Ella deseaba pagarle más, Dios era testigo de que Hellen se lo ganaba y, ni bien pudiera, le aumentaría el sueldo.

Mientras se sentaba en la mesa del comedor con el plato de estofado de pollo caliente que le había dejado en el horno, Jill no pudo más que agradecerle al cielo el haberla encontrado. Hellen no solo cuidaba a Meredith, sino que era como una madre con ella; siempre preocupada porque comiera bien y durmiera lo suficiente. Le encantaba tenerla cerca. Finalmente, y luego de un tiempo, parecía que la vida de Jill Prine estaba encausándose nuevamente. Tal y como ella había pretendido. Y, a pesar de que no tenía tendencia al abatimiento, le inquietaba descubrir que, aunque marchaba sobre rieles, todo había perdido el lustre. El malestar se le había asentado en las

entrañas y, si bien lo analizaba, las razones de dicha congoja escapaban al sentido común. Todo estaba perfectamente bien en su vida, sin embargo, su corazón tenía claro lo que sucedía. Había perdido a Livie, su única verdadera amiga —eso ya lo había aceptado y lo soportaba porque aún conservaba una parte del alma de Livie viva en Meredith—, trabajaba para el estudio de abogados que siempre había soñado y había conseguido volver a su apartamento. Aun así, nada de eso era suficiente para ella. Se sentía una tremenda egoísta. Allí fuera en el mundo, había personas, hombres y mujeres, que no tenían un techo sobre sus cabezas, no tenían un trabajo soñado como ella o un plato de comida caliente esperándolos. Se repetía una y mil veces lo agradecida que debía de ser con la vida. Pero no se lo creía.

Jill se paró de la silla y fue hasta la cocina. Apoyó el plato a medio comer sobre la encimera resuelta a hacer algo. Caminó unos pasos hasta el dormitorio; no se molestó en encender la luz. A oscuras tanteó la mesa de luz, abrió la segunda gaveta y rebuscó en su interior. Rápidamente encontró lo que buscaba: la lista que había hecho cuando tenía solo dieciséis años. Ya a esa edad tenía bien claro qué hacer con su vida. Más claro que ahora. Sabía en quién quería convertirse. También sabía en qué —o en quién— no quería convertirse.

La había escrito durante la noche en que pensó que todo se desmoronaría y se juró a sí misma cumplirla, siempre. Jill nunca jamás olvidaría la desesperación que sintió cuando entró a su casa y vio el telegrama del banco en la mesita del recibidor.

Su madre había dejado de ocuparse de la correspondencia y las boletas impagas; cartas y telegramas se amontonaban allí donde una vez su padre dejaba las llaves cuando volvía del trabajo. Había pasado tan poco tiempo de eso, pero tanto había cambiado. Su padre ya no regresaba a esa casa de trabajar, tampoco trabajaba en el lugar donde solía hacerlo. Aparentemente, lo habían despedido y se le había ocurrido una gran idea de inversión apostando todo lo que tenía. Cuando lo llamaba para que les mandara dinero para pagar las cuentas y comprar comida, Arthur le pedía que aguantaran un poco más. Le decía que pronto les haría llegar algo de dinero y que no se preocupara tanto, que el lavadero de autos que había abierto pronto rendiría y se llenarían de plata. El lavadero fue un fiasco y pronto hubo que cerrarlo dejando más deudas que antes.

Jill revisó los sobres y, a pesar de que ninguno era para ella, los abrió. Ya sabía lo de los servicios, la semana anterior les habían cortado la electricidad por falta de pago y ella tuvo que recorrer las sesenta millas que las separaban de la casa de su abuela para ir a buscar el dinero para pagar la boleta. Pero su abuela no estaba en condiciones de prestarles más dinero del que ya les había dado y en esa situación no podría ayudarlas. Jill escondió el rostro entre las manos. Estaba cansada de todo. Le hartaba la incertidumbre que las agobiaba día tras día. Los gurús económicos continuamente dan recetas y consejos para evitar este tipo de hecatombes. Las repiten hasta el hartazgo: «el primer paso para salir del pozo es dejar de cavar», «la regla número uno es “no pierdas dinero”. La segunda regla es “nunca olvidarte de la primera”». Sin embargo, es más fácil pregonarlo que ponerlo en práctica. Cuando estás dentro del pozo, a veces, para sobrevivir,

tienes que seguir cavando. A muy temprana edad y por fuerza mayor, Jill aprendió que la vida pendía de un frágil equilibrio y, una vez que la balanza se sacudía, era solo una cuestión de tiempo que todo se fuera al diablo. En el caso de las Prine, parecía que ese equilibrio dependía puramente de la destreza de un elefante parado sobre una de sus patas en una banqueta de circo, que hacía girar los platillos de la vida tambaleándose constantemente. Claro estaba que bastaba solo la caricia de una brisa para que eso ocurriera. Lo desgraciado de la vida es que cuando sucedía, no se estrellaba uno solo; no señor, se estrellaban todos de una vez. Jill creía que lo suyo había sido como el libro infantil *Una serie de eventos desafortunados*.

El problema con las Prine era que esos eventos desafortunados parecían no tener fin. Si no era el corte de electricidad por falta de pago una semana, era el aviso del banco sobre la ejecución de la hipoteca la otra. Si no era que Suellen se enfermaba y tenían que conseguir dinero para los remedios, era que había que comprar zapatillas nuevas. Y todos los días era hacerlo sola porque su madre no tenía fuerzas para pensar en esos problemas sin terminar gritando sobre su padre. Y por más que gritara y pataleara en contra de su padre, no se solucionaban los problemas que tenían. Jill dejó el telegrama enviado por el banco sobre la mesa. Sin saber qué más hacer rezó. No pidió que el chico por el que estaba colada se fijara en ella, no existía ese muchacho. Solo pidió un poco de estabilidad en su vida. Necesitaba saber que el techo que tenía sobre su cabeza no desaparecería. Necesitaba saber que, al mes siguiente, tendrían el dinero para pagar las facturas.

Jill sacudió la cabeza, alejando los recuerdos amargos y volviendo al presente. Aunque se la sabía de memoria, cada tanto, especialmente en los momentos importantes de su vida, volvía a releerla. Y cuando lo hacía, siempre se sentía mejor. Esa lista funcionaba como un bálsamo. Como cuando consiguió la beca para la universidad o cuando aprobó el examen con honores para ejercer como abogada. También cuando consiguió el puesto en Arns o cuando alquiló el primer apartamento prestándole más atención a lo que le gustaba y no tanto a su presupuesto.

Tomó la hoja entre sus manos. Era una hoja de cuaderno rayada, sin ninguna otra decoración más que su propia caligrafía. El paso del tiempo la había vuelto amarillenta y un tanto más rugosa al tacto.

Abandonar Forsyth y no volver nunca más.

Conseguir una beca para una buena universidad.

NUNCA recibir un aviso de corte de luz o de teléfono o de lo que sea.

Entrar en la escuela de leyes.

Conseguir un puesto en un estudio de abogados importante.

Comprar mi propia casa con un parque y una cafetería cerca.

Sentar jurisprudencia con alguno de mis casos.

Ayudar a Suellen, siempre.

Conocer Italia.

Confiar solo en mí.

No creer en los hombres ni en el amor.

No depender de nadie.  
Nunca jamás convertirme en mi mamá.  
Nunca jamás olvidarme de esta lista.

Por primera vez desde que la había escrito, releer la lista no tuvo el efecto deseado. Ya no sentía el entusiasmo de antaño por tachar metas profesionales. Ni tampoco encontraba verdadero motivo para deslomarse día tras día. Con mucho pesar, Jill descubrió que todo aquello que había dado sentido a sus días durante tantos años había desaparecido. Fijó la vista en la lista de nuevo. Sintió pena por la niña y la adolescente que fue. No había dibujo de corazones o nombres de chicos que le gustaban. No había sueños de casamiento con un príncipe azul o hijos imaginarios. Solo metas a alcanzar. Algunas le parecían tan tontas que le arrancaron una sonrisa. No lo había hecho tan mal hasta el momento. Volvió a guardar la lista en el cajón y lo cerró con fuerza.

De vuelta a la cocina, Jill estaba más desahuciada que antes. Con el plato de comida tibia —casi fría— en la mano, se acercó hasta la ventana. Era noche cerrada y, en la oscuridad, su mente la trasladó instantáneamente a la última conversación con Matt. Aunque estaba convencida de haber hecho lo correcto, procuraba no volver allí. Recodar la última conversación que habían tenido era demasiado doloroso. Sin embargo, Matt era como un conjuro con espíritu propio y podía sentir cómo se empujaba a sí misma las duras palabras que le había dicho.

—Estás borracho —dijo Jill cuando atisbó a Matt apoyado contra el canto de la puerta mientras llenaba una maleta con su ropa y la de Meredith. Lo hacía sin orden ni preocupación. Solo rápidamente, antes de perder el coraje de marcharse de allí. Él tenía un vaso en una mano y la botella en la otra.

—No, aún no. Pero pienso estarlo, dame una hora —contestó Matt y volvió a llenar el vaso con *whiskey*. No eran los usuales dos dedos de líquido ambarino que tomaba.

—Matt, no quiero que nuestra última conversación sea así.

—Jill, cariño, si crees que esta será la última vez que me verás, es que eres una ingenua y crees en el hada de los dientes.

Jill revoleó los ojos, harta de su actitud. Pasó por delante de Matt, fue hasta la cocina a buscar las mamaderas y demás cosas que quedaban de Meredith.

—Ven, siéntate un segundo —le dijo Matt cuando ella volvió a pasar por delante de él. Le tomó la mano y la llevó a la sala.

Matt la acompañó hasta uno de los dos silloncitos individuales y ella se sentó con las dos mamaderas entre las manos.

—Matt, no creo que sea conveniente...

—Calla, Jill. Ya te oí lo suficiente en Old Oak. Ahora te toca a ti. Y, si eres capaz de oírme durante un minuto sin interrumpirme, sin explicar una y otra vez las razones lógicas por las que quieres marcharte, entenderás lo que siento.

Jill se calló, escuchó la tranquilidad de su voz y la rudeza que asomaba tras las palabras. Era la primera vez que le hablaba de aquel modo y, en su mente, volvió a coincidir con la conclusión a la

que llegó sobre él cuando lo conoció: Matt era un hombre inteligente y cualquiera que lo subestimara por su belleza o actitud y le diera un tranco de ventaja sería un tonto.

—Jill, cariño, tienes a un hombre que te ama todo lo que un hombre puede de amar a una mujer. En el pasado tuve mis fallas, sí, es verdad —reconoció—, pero jamás contigo. Desde que te conocí, me comporté como un verdadero hombre. Porque quise, porque te amo.

A Jill le dolió en el alma que la primera vez que le decía esas palabras, los lastimaran tanto a ambos y fuera en el marco de una despedida.

—Volví a buscarte porque no podía arrancarte de mi cabeza. Volví a buscarte cuando huiste de mí por faltar a una cita. Creíste en todas las chorradas que decían los periódicos cuando lo único que hacía era buscarte por todos lados. Quise simplificarte la vida cuando, de un momento a otro, la tuya había cambiado por completo. Quise ser el hombre que necesitabas en ese momento. Cuidé y cuido a Meredith, y créeme que la amo como si fuera carne de mi carne. Te cuido a ti porque te convertiste en carne de mi carne también. Pero, llegado el momento de la verdad, nada de eso es suficiente para ti, ¿cierto? —Antes de que Jill pudiera meter bocado, Matt continuó imponiéndole silencio—. Sé que me amas, Jill. Estoy seguro de lo que sientes. Me da pena, qué digo, siento rabia de que no confíes en lo que yo siento por ti. A pesar de que una y mil veces te demostré lo contrario. Jill, cariño, tienes que creer que puedes ser amada. Y, hasta que no sientas que mereces ese amor, hasta que no sepas que puedes ser amada por completo, tienes razón. Lo nuestro no tiene futuro. Porque yo no viviré mi vida, nuestra vida, creyendo que al primer inconveniente tú huirás de nosotros. No quiero eso para ti o para mí. Hasta el momento has vivido una vida basada en la seguridad. Perdiste años de tu vida al lado de un hombre al cual no amabas solo porque sabías que no corrías riesgos. David no suponía ningún peligro para ti. En cambio, yo sí. Si me eliges, tendrás que dárme todo. No me conformo con menos. Si te quedas con lo seguro, tendrás la vida aburrida que te imaginaste y siempre quisiste. Sin dolor, sin lágrimas, sin altibajos, pero sin saber lo que es ser amada. Y tampoco sabrás lo que es amar porque, cariño, me amas. Tú lo sabes, solo que no quieres aceptarlo. Me amas con toda tu alma y por eso me alejas. Soy un riesgo para tu alma. Yo ya lo acepté, la pelota está en tu cancha. Apostar por nosotros será como caerte de un séptimo piso, pero, Jill, yo te atraparé. Hasta ahora viviste tu vida alejándote de la incertidumbre y, oye, aquí delante tienes una gran complicación. Yo estoy a un paso de distancia, pero tendrás que animarte a dar ese paso. Y vengo con todo, Jill, casamiento, hijos y comeremos perdices por siempre. No toleraré más inseguridades de tu parte. No ocuparé jamás un segundo lugar en tu lista de prioridades. Tú eres mi prioridad, la familia que formemos juntos también lo será y, si no estás lista para eso, ni lo intentemos porque será perder el tiempo.

Él la miró con piedad porque ella aún no se había percatado del origen de sus miedos. Todo se reducía al abandono y a sus inseguridades.

—Si piensas que huyendo de mí aliviarás tus heridas e inseguridades, tienes mucho camino por recorrer. Pero debes hacerlo sola. Y, cuando vuelvas, lo harás con todo. Tienes que dar ese salto de fe.

Jill se tragó las lágrimas, pero estas no pasaron más allá de la garganta y se anidaron ahí formando un nudo que la asfixiaba. Las amargas palabras de Matt habían causado más daño del pretendido. Matt se paró de repente y apoyó un estuche de terciopelo en la mesa baja del living que los separaba. Dentro estaba el solitario de Van Cleef & Arpels que su padre le había regalado a su madre cuando le pidió casamiento en una sencilla sala del hospital de Milán.

—Dios sabe que no lo quería hacer así. Pero ten en claro que, cuando vuelvas, será para casarte, vivir conmigo como mi esposa y formar una familia. Quiero hijos, Jill. Muchos niños que corra por allí y los quiero contigo. —Se acercó a ella y la besó. No estaba enfadado, ni siquiera había un rastro de duda en su tono. Estaba convencido de lo que quería, de lo que tomaría de esta vida y no se conformaría con menos. Sabía lo que pasaría. Le daría el tiempo que ella necesitaba. Con suma ternura, apartó los cabellos que cubrían sus hombros y los hizo para atrás. La abrazó y acarició la curva de la mejilla con la nariz—. Hueles a agua de gardenia, Jill —dijo y le robó otro beso fugaz—. Te lo dije una vez y lo repito, no me van las medias tintas. Será todo o nada esta vez. No vuelvas si no estás dispuesta a eso, cariño. Así que vuelve a Boston, encuéntrate y conquista el mundo. Intenta ser feliz con eso. Yo no pasaré años de mi vida pensando que tú te sientes insegura. Recuérdalo mientras te aclaras.

Resultó inquietante verlo tan relajado, su voz tranquila y cansina, mientras que la atmósfera que los rodeaba, y Jill en particular, estaba cargada de la tensión de la despedida. Luego de volver a besarla, Matt se marchó del apartamento y eso fue todo para ellos.

Habían pasado dos meses, cinco días y algunas horas desde la última vez que lo había visto en carne y hueso —eso solo porque su mente lo conjuraba constantemente—, pero ¿quién estaba contando?, se preguntó Jill mientras llevaba el plato al fregadero y luego fue a dormir para afrontar un nuevo mismo día que el anterior.

## Capítulo 28

—**H**ola, ya llegué —dijo Jill al tiempo que abría la puerta del apartamento y entraba a toda prisa—. Hellen... ¿Hellen, están listas?

—Ya casi estamos, Jill —contestó la niñera, que estaba terminando de cambiarle el pañal a Meredith.

—Lo siento, Hellen. Se me hizo tarde. Dios, tengo que apresurarme o perderemos el avión.

Jill se metió en su habitación. Tuvo apenas tiempo para darse una ducha rápida y cambiarse la ropa de la oficina por otras más cómodas para viajar. Cuando salió de su habitación, el Uber ya estaba esperando abajo.

—Creo que estamos listas, que Dios nos ayude con Meredith en el aire.

—Ya verás que saldrá todo bien, será un viaje corto —la tranquilizó Helen, que la acompañaría durante el fin de semana que duraba la celebración.

—¿Tenemos todo?

—Sí, tenemos todo.

Volvió a revisar su cartera. Tenía los documentos de viaje, los pasajes electrónicos bajados en el celular, la dirección del rancho y las reservas que le había enviado su hermana. Jill hizo un esfuerzo físico por parecer tranquila. Contra todos los pronósticos, Suellen —o su eficiente organizadora de bodas— había logrado lo imposible: celebrar una boda con apenas tres meses de planificación. En esos caóticos meses, surgieron varios contratiempos, pero como Suellen y Maxie eran flexibles en todo menos en la fecha, lograron sortearlos fácilmente. ¿Qué importancia tenía si la boda se hacía en un rancho en el corazón del desierto californiano? ¿O que el vestido de novia de Suellen fuera uno que compró de segunda mano porque ningún diseñador llegaba a confeccionarle uno a tiempo? Lo positivo del vestido de novia de segunda mano era que la mujer que se lo vendió le auguró buena suerte. Ella y su esposo habían estado felizmente casados por más de treinta años. En fin, todos y cada uno de los obstáculos que habían surgido fueron solucionados en pos del amor que Suellen y Maxie se tenían.

Jill formaba parte del cortejo de damas de honor. Para su desencanto, no pudo visitar a su hermana antes de la boda. Tampoco pudo hacer las pruebas de vestido ni acompañó a su hermana tanto como ella hubiera querido. «Si solo lo hubiera hecho con más tiempo, podría haberme organizado mejor», reprochó mentalmente Jill a su hermana. Aunque Jill debía admitir que las



otras damas de honor y el futuro marido, sobre todo, lo habían hecho muy bien sin ella. Cada vez que hacía una videollamada, su hermana estaba radiante e increíblemente tranquila. Tenía ese brillo en la mirada y en la piel que solo la dopamina del amor lograba en las mujeres. Sin lugar a dudas, no existía mejor tratamiento estético que un buen caso de enamoramiento para lucir radiante. De eso ella podía hablar largo y tendido. Cuando estaba con Matt, Jill notaba ese cambio. Se miraba al espejo y había algo distinto en ella; como un no sé qué imposible de identificar que la hacía brillar como si hubiera florecido. Era una transformación que surgía desde adentro y se reflejaba en el exterior. Sin dudas no era la dieta, porque estando con Matt su neurosis estaba como en un punto muerto tirando a reversa. Además, si bien Matt comía sano, no le hacía asco a ningún tipo de carne o harinas ni tampoco se preocupaba porque las frutas y verduras fueran libres de agrotóxicos y fertilizantes químicos. Era un cambio, en realidad, una mejoría. Sin embargo, toda moneda consta de dos caras y todo ese fulgor que el amor te regala, el desamor te lo quita el doble. Pareciera que fuera un refrán con una enseñanza maldita, pero era la pura verdad y las ojeras violáceas debajo de sus ojos o el tono cetrino de su piel eran dignos recordatorios de la moraleja.

Jill se obligó a no pensar en Matt. En su lugar se dedicó a continuar mortificándose por el reencuentro de sus padres.

Hacía semanas que la preocupación por el reencuentro con sus padres en el casamiento de su hermana no la dejaba pegar un ojo. Ella solo deseaba que se evitaran durante los días que estuvieran juntos. También estaba intranquila por el traslado en avión con Meredith. Suellen se casaba en un rancho a tres mil millas de Boston. Era un vuelo corto, de cinco o seis horas, hasta Los Ángeles y después dos horas en auto hasta el rancho, pero era algo nuevo para Meredith y ella, con los ánimos crispados como los tenía, le transmitía todas sus inseguridades. En síntesis, hacía dos semanas que las dos eran un incordio.

Meredith durmió las seis horas que duró el vuelo. Mientras tanto Jill volvió a no pegar un ojo a pesar de lo mucho que lo necesitaba. Durante el vuelo, tuvo tiempo para pensar en el rápido casamiento de su hermana. Suellen no estaba embarazada. Ella se lo habría contado, pero aun así Jill tenía sus dudas. Lo cierto era que su hermana no se dejaba arrastrar por las inseguridades y se dejaba guiar por los sentimientos naturales. Para Jill, Suellen solía apresurarse en todo lo que hacía, en cambio, su hermana afirmaba que se guiaba por el instinto.

Por otra parte, Maxie y ella eran viejos conocidos, pensó Jill. Eso la dejaba un tanto más tranquila. Habían salido durante la prepa, el primer amor de cada uno, y se habían reencontrado cuando ambos paseaban sus perros por el parque. Lo increíble era que no se hubieran cruzado antes porque resultó que vivían en el mismo barrio y solían frecuentar los mismos lugares. Si hasta tenían algunos amigos en común. Según lo que le había contado Suellen, la tarde en la que se volvieron a ver hablaron durante horas y parecía como si nunca se hubieran separado. Al cabo de dos semanas así, ambos se convencieron de que no podían vivir el uno sin el otro. Se comprometieron y fijaron fecha rápidamente.

Jill hubiera querido llegar unos días antes para poder hablar con su hermana al respecto. ¿Era posible que todo fuera así de rápido o así de simple? Sí, tal vez era así. Le resultó imposible no volver a pensar en su relación con Matt. Ella sabía que jamás amaría a otro como lo amaba a él; ojalá ella también pudiera lanzarse al futuro, sin temores. Ojalá ella también pudiera guiarse por sus instintos, dejar todo de lado y hacer oídos sordos a las dudas... una solitaria lágrima cayó por la mejilla, interrumpida por los suaves ronquidos de Hellen, que estaba sentada a su lado. Jill la miró con envidia. Había gente que ni bien subía a un avión tenía la capacidad de despejar la mente y dormirse, como si apretaran un interruptor. Ella no era una de esas. Ya fuera un vuelo de dos horas o uno de quince, siempre estaba despierta.

Mientras el avión se acercaba a destino, Jill se ponía cada vez más inquieta. Su madre no era de fiar con efectos punzantes a su disposición; si hasta el cuchillo para untar la mantequilla podría ser letal en sus manos si su padre estaba revoloteando en el mismo lugar. Jill temía que se abrieran las puertas de los infiernos cuando se saludaran. La nula confianza que tenía en ellos no era infundada, ambos eran demasiado egoístas y no tendrían el don de gente suficiente para apartar el foco de ellos, de todas sus mierdas pasadas, y saludarse con amabilidad. Dios, realmente esperaba que logaran comportarse porque no se creía capaz de soportar sus chorradas y que arruinaran el casamiento de su hermana. Apoyó las manos en el estómago, el nudo que allí había parecía tensarse cada vez más.

El trayecto hasta el hotel fue tranquilo. Al parecer, Suellen se había apiadado de ella y le había enviado un coche. Jill agradeció no tener que manejar por terreno desconocido. Cuando bajaron del avión, un hombre de saco y corbata negra las esperaba con un cartel con su nombre entre las manos. Hellen y ella se hicieron cruces porque, al cabo de un rato, Meredith volvió a dormirse. A menuda hora lograrían acostarla esa noche, pensó resignada. Jill nunca olvidaba las palabras de la señora Robben y seguía los horarios a rajatablas. Resultó que Hellen opinaba de igual manera.

A medida que el auto se alejaba de Los Ángeles en dirección oeste por la Interestatal 10, el terreno se hacía más y más árido. La vegetación era de un verde amarronado y, fácilmente, se confundía con las rocas del desierto. De esas había miles y de todos los tamaños. Incluso había pequeñas colinas formadas puramente por rocas, que el paso del tiempo y la inclemencia del clima habían moldeado.

—Bienvenidas a Rancho Silver Moon. Señorita Prine, sus habitaciones ya están listas —le informó el conserje del rancho cuando se acercaron al mostrador.

Un asistente las ayudó con las maletas y las acompañó hasta la *suite*. Jill se encontró con que era mucho más espaciosa de lo que suponía.

—Siempre dije que los de la Costa Oeste saben vivir bien.

Jill había reservado una habitación con dos camas, que compartiría con Helen y Meredith, pero, en su lugar, le dieron una *suite* espaciosa, con vistas al inmenso desierto. El dormitorio de Hellen estaba separado del de ella, comunicados entre sí, y ambos tenían baño privado. Luego de desempacar las maletas que había traído, Jill bañó a Meredith antes de cambiarle la ropa. El

clima de Boston era diametralmente opuesto al agobiante calor del desierto, por suerte, había empacado la ropa adecuada. Aunque, solo por si las dudas, había incluido alguna que otra ropita de manga larga. Cuando la hubo cambiado, Hellen ya estaba bañada y también vestida con ropa bien liviana. Ahora era su turno, con deleite se metió bajo el agua de la ducha. Le faltaba para terminar cuando llamaron a la puerta de la habitación. Hellen ya se había apresurado a abrirla y oyó la voz de un hombre amortiguada por la puerta cerrada. Tal vez era Maxie, que se acercaba para darles la bienvenida. Pero rastros de la conversación llegaban a sus oídos. Ese no se trataba del futuro esposo de su hermana.

—¿Qué alegría verte! —exclamó Hellen y le dio un cariñoso abrazo al recién llegado.

—Hellen, ¿cómo estás? ¿Tuvieron un buen vuelo?

—Sí, Meredith durmió la mayor parte del tiempo. Parece como si hubiera nacido en un avión.

—¿Matt? —preguntó desde la ducha.

—Sí, Jill —dijo mientras avanzaba por la habitación.

Cuando creyó oír la voz de Matt, salió del baño con el cabello a medio lavar, el cuerpo a medio secar y envuelto en una toalla. El aspecto de Matt era impresionante. Ya lo había visto de traje, cuando tenía una reunión en la oficina, y también en esmoquin, pero verlo en vivo y en directo después de tanto tiempo y en traje formal era otro cantar. Matt era una combinación perfecta de chico malo y elegancia, que no llegaba a traducirse del todo en el papel de las revistas o en la pantalla de la computadora. Lo llevaba con tanta naturalidad que parecía que calzara unos tejanos y unos polos, pero no perdía el halo distinguidamente atrevida que lo envolvía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jill.

—Estoy invitado, ¿recuerdas? Además, supuse que necesitabas compañía.

Le tomó unos instantes asimilar la presencia de Matt. Para Jill, dos meses eran casi tres años lejos de él. Y le costaba hilar y ordenar sus pensamientos y palabras, sobre todo con él en la misma habitación que ella. La piel se le había puesto de pollo y no precisamente por culpa del frío. Parecía que su piel quería tocarlo, los diminutos vellos de sus brazos estaban estirados en su dirección como si pugnarán por acercarse a él. Pero algo de la conversación amortiguada que oyó antes la sacó de su ensimismamiento.

—Un momento, ¿ustedes dos se conocen?

La culpabilidad de Hellen se reflejaba en sus ojos y no hizo falta que hubiera respuestas. Antes de que pudiera decir algo, Matt cogió el guante.

—Hellen trabajó en la casa de unos amigos. Prácticamente los crio y bastante mejor que si lo hubieran hecho sus propios padres. La había contratado antes de que te fueras y no creí necesario dejarla ir.

Mientras que él hablaba, Meredith sonreía y estiraba los brazos a Matt, que no tardó en sacársela de los brazos a Hellen. Era claro que lo conocía, lo reconocía y se impacientaba por estar cerca de él.

—Tú necesitabas encontrarte, Meredith no dijo nada —dijo con suficiencia y un deje de enojo

en la voz. El rostro de la niña pareció iluminarse cuando él le prestó atención. Meredith le sonreía y apoyaba sus manecitas en el rostro.

—La veías y mucho —protestó Jill.

Hacia unas semanas que Meredith había dejado de sonreírle a todo el mundo. Se mostraba contenta con las caras conocidas, en cambio, cuando oía una voz que no conocía o un rostro que no le era familiar, solía largarse a llorar y esconder el rostro en su hombro o en el de Hellen. Nada de eso sucedió con Matt.

—Por supuesto que la veía ¿No es así Mer? —aclaró Matt sin siquiera intentar fingir culpabilidad—. Date prisa, estás retrasada.

—Sí, lo siento, es que...

Le costó mover los pies para irse de allí y terminar de prepararse. Le encantó verlos juntos y no quería perderse ese momento de interacción entre ambos. Cuando ella se marchó del apartamento de Matt, Meredith tenía casi tres meses y hacía lo mismo que todos los bebés de esa edad: su única preocupación era comer, dormir y llorar muchísimo. Había logrado sostener la cabecita cuando la acostaban boca abajo y también les agarraba los dedos y tiraba de ellos cuando no la miraban. Pero no más que eso. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, Meredith crecía y avanzaba a pasos agigantados. Incluso, Jill notaba diferencias entre un día y otro. Con cinco meses cumplidos, Meredith se reía a carcajadas, daba vueltas y se giraba sobre su cuerpo, de modo que Jill no la podía dejar sola en la cama o en el cambiador. También se enojaba y gruñía cuando no lograba coger alguna cosa que Jill había colocado cerca para estimular sus movimientos y ya sabía utilizar el llanto para llamar la atención, aunque esa destreza había nacido con ella.

Matt acostó a Meredith sobre la cama, él también se había acostado y descansaba su peso sobre un costado con el brazo flexionado y la cabeza apoyada sobre una mano. Por su altura, ocupaba todo el largo de la cama y Meredith parecía un poroto a su lado. Con la mano libre, le hacía cosquillas a Meredith en la barriga. Ella daba patadas al aire mientras reía y gorgoteaba como si mantuviera una conversación de lo más divertida con él. Incluso, Jill hasta creyó que Meredith reía más alto que cuando las monerías se las hacía ella. El pulso se le aceleró y sintió la sangre bombear debajo de la fina piel de las muñecas. Se obligó a volver al baño a terminar de lavarse el cabello. Luego de secarse el cuerpo, se secó el cabello y apenas tuvo tiempo para darle forma. Su vestido era sencillo, pero elegante. Se aplicó apenas un poco de rubor, *rouge* en los labios y máscara de pestañas. El espejo le devolvió mirada por mirada y ella negó con la cabeza. «Debería sentirme enojada», se regañó. Matt era un metomentodo y no tenía derecho a hacer lo que hizo con Hellen ni con Meredith, pero, por alguna razón que escapaba a su comprensión, no lograba encontrar ese enfado que él se merecía por lo que había hecho.

## Capítulo 29

El rancho era de estilo californiano y los terracotas, amarillos y naranjas dominaban la recepción y las áreas comunes. El salón donde se servía la cena era de menores dimensiones que el destinado al festejo que se celebraría al día siguiente, aun así, resultaba extraordinario. La boda continuaba el patrón del desierto californiano y su hermana le había dado el toque bohemio que la caracterizaba. Una enorme araña rústica colgaba sobre una única mesa larga destinada para los privilegiados que asistían al ensayo. La luz que llegaba al mantel bordado era tenue y dorada. Se mezclaba con las sombras que formaban las velas, que estaban escondidas entre unas ramas que iban de una punta a la otra, a lo largo de la mesa. Jill y Matt atravesaron las puertas. Un tacón se le clavó en una de las maderas y le hizo perder el equilibrio, pero Matt la sujetó por la cintura y no la dejó caer. Ese era el primer contacto que tenían. Matt no había intentado besarla, ni siquiera le había acariciado la nuca como solía hacerlo ni rozado sus labios en las sienes. Jill se percató de lo mucho que él la tocaba cuando estaban juntos. Siempre sentía el roce de su mano en el cuello, el calor de su brazo cuando se lo pasaba por los hombros, la suavidad de sus labios contra su cuello o sus cabellos. No la tocaba como un paso previo para hacer el amor, su manoseo no correspondía a eso simplemente. Matt era un hombre de contacto, de piel, era un hombre físico más que de palabras. Jill echaba en falta eso además de todo lo que ya lo extrañaba. Y lo extrañaba tanto que hasta le dolía la piel y quería arrancársela de a jirones.

A medida que entraban, Jill reconoció a varios de los invitados. Otros rostros le sonaban familiares, pero se le escapaban los nombres. A un lado del bar, estaban reunidos los padrinos del novio. Jill distinguió a algunos de los chicos del pueblo, que habían sido compañeros de Maxie y Suellen en el instituto. Sentada en uno de los taburetes y con un vaso de soda en la mano, vio a su madre, que charlaba con la madre del novio. En esos momentos, su madre parecía tan rígida y suficiente que le costaba vincularla con la imagen que recordaba de ella. Joanna ya no parecía la mujer rota que cargaba todo en los hombros de su hija adolescente porque no podía con su vida. Aunque con su padre al otro lado de ese mismo salón, Jill nunca sabría si su madre estaba totalmente recuperada o era solo una fachada para demostrarle quién sabe qué a su miserable ex marido. Con un paneo visual rápido, buscó a su padre. Lo encontró coqueteando y haciendo el tonto con una de las mozas. Seguramente, con varios años menos, su padre debía de haber sido guapo. También sabía ser encantador y Jill podía entender por qué le había resultado fácil la

conquista. Sin embargo, ahora, con la cintura ancha y rostro hinchado por el evidente exceso de alcohol, parecía un chiste de aquel hombre que ella había idealizado tanto cuando era chica. No pudo evitar sentir un poco de asco y vergüenza ajena al ser testigo de la desagradable escena. La camarera quería continuar con su trabajo, pero él le había apoyado una mano en el brazo y le impedía irse. Continuaba hablándole y ella se alejaba a medida que él se acercaba. «Esto será un desastre», temió Jill y se le evaporaron las fuerzas y el coraje de golpe. Considerando seriamente la retirada, se frenó a mitad del salón y tuvo que esforzarse para no largarse a correr. Cuando estuvo a punto de hacerlo, sintió la mano de Matt rodear la suya y entrelazar los dedos.

—*Audentes fortuna iuvat*. La suerte le sonríe a los audaces, Jill —la espoleó Matt cuando notó que le costaba respirar—. Si voy a tratar con los Prine, necesitare un respaldo.

Matt oyó que Jill soltaba la respiración y avanzaron unos pasos. Desde donde estaba, Jill reparó en su hermana. Suellen estaba rodeada por familiares del novio, quien estaba pegado a su costado. Jill no había visto a Maxie desde hacía una década, por lo menos, y no quedaba nada del muchachito enclenque y torpe que perseguía a su hermana por todos lados. Él le sacaba dos cabezas a Suellen y había ganado masa muscular. Sin embargo, aún conservaba la sonrisa pícaro y miraba a su hermana como si no existiera nadie más en este mundo, eso no había cambiado. Suellen alzó la vista y la vio. Tenía un brillo particular en los ojos y Jill sintió que parte de los nervios cedían. Su hermana estaba bien, se la veía feliz y todo iba a salir estupendamente. Maxie inclinó su cabeza y Suellen le dijo algo al oído a su futuro esposo para luego abrirse paso entre los que la rodeaban. A un tempo de considerarse una corrida propiamente dicha, fue al encuentro de Jill con los brazos extendidos y se fundieron en un abrazo de oso tan fuerte como cuando eran niñas y buscaban el consuelo entre ellas.

—Hola, bichejo.

—Jill, viniste.

Matt le había soltado la mano cuando ella se abrazó con su hermana y no volvió a cogérsela. Suellen la tomó por las manos y las apretó bien fuerte entre las suyas.

—Por supuesto que iba a venir. Por nada del mundo me perdería este día. Bueno, el de mañana.

—Jill, sé que esto es difícil para ti.

—Suellen, es tu boda. No hablemos de cosas tristes.

—No sabes lo feliz que me pone que estés conmigo. No sabía si lograrías hacerlo, con todo lo de Livie, Meredith, el trabajo nuevo. Estoy muy feliz de tenerte aquí. Te quiero tanto.

—Yo también te quiero.

Se abrazaron nuevamente y Jill tuvo que pellizcarse la punta de los ojos para no llorar.

—Y este caballero de aquí debe de ser Matt —dijo Suellen volteándose hacia él—. Por fin nos conocemos.

—Lo mismo digo.

—Había oído sobre ti, incluso hablamos por teléfono, me alegra finalmente conocerte.

—Muchas felicidades.

—¿Ustedes hablaron? —preguntó Jill.

—Tuvo la amable deferencia de confirmar su asistencia —dijo Suellen, que le guiñó un ojo y se marchó a saludar al último contingente de la familia de Maxie que había entrado al salón. Los Prine eran dos gatos locos en comparación con la multitudinaria familia de él.

Jill no tuvo mucho tiempo para disfrutar de la felicidad que le provocaba el reencuentro con su hermana. Cuando su madre la vio salió disparada y ya se acercaba a ella. Inconscientemente, se pegó a Matt y el gesto no le pasó desapercibido.

—Jill, deberías de haber venido antes —le reclamó mientras la cotizaba con la mirada.

—Hola, mamá. Siempre es lindo volver a verte.

—Hubieras tenido tiempo para ir a la peluquería. Mira lo que son tus cabellos, Jillian Bonnie Prine. Están las otras hijas de tu padre y no quieres quedar como el pato feo de la familia.

—Y me preguntas por qué no paso las navidades contigo.

—Allí están —continuó Joanne y las contempló disimuladamente—, no puedo creer que tu hermana las haya invitado. Tienes que decirle algo al respecto, Jill. ¿Puedes creer que Suellen me haya hecho eso? ¿Cómo pudo invitarlas? ¿Después de todo lo que sufrimos cuando tu padre nos abandonó? Si hasta me dijo que le había enviado la invitación a la última esposa de tu padre, pero...

Matt permanecía al lado de Jill, pero Joanna ni siquiera había reparado en él. Cuando fue suficiente, la interrumpió.

—Buenas noches, señora Lee. Soy Matt, es un placer conocerla.

Joanne lo miró de arriba abajo sopesando al candidato de su hija. La incredulidad se le notaba en el rostro y eso hizo avergonzar a Jill. Ella no creía que su madre reconociera o vinculara el apellido con el hombre que la acompañaba, pero a Matt le sobraba el buen nombre y le bastaba con la actitud y la apariencia. Y, por la expresión en el rostro de su madre, Matt era demasiado para su hija.

—¿Y en calidad de qué acompañas a mi hija? Mira —agregó Joanne con un suspiro de fastidio—, no hace falta que me contestes. Solo límitate a acompañarla hasta el final de la ceremonia y no huyas con la primera que se te cruce dejándola en ridículo. Es lo único que te pido.

—Señora, no tengo claro si me insulta a mí o, lo que es peor, insulta a su hija.

—Matt, déjala. Ya estoy acostumbrada —dijo Jill—. Mamá, me cuesta creer que insistas en que me case cuando tienes tan mal concepto de los hombres y a ti te ha resultado bastante mal.

—Todo iba de maravillas hasta que metiste tus narices donde no debías.

—Oh, por el señor de Dios, esto es demasiado para mí. No puedo creer que sigas pensando así. —Jill tuvo que contenerse para no gritarle. Su madre tenía el don de sacarla de las casillas—. Esto es exactamente por lo que nunca voy a visitarte. Esto y porque no tolero todos tus...

—Damas —la interrumpió Matt—, a pesar de que soy partidario de las peleas entre chicas, las prefiero en un cuadrilátero y con lodo. Es la ceremonia de tu hermana, Jill.

Jill calló, pero su madre solo cambió de dardo.

—Hablé con David. Me enteré de su rompimiento por tu hermana porque ni siquiera me llamas por teléfono.

—¿Cómo te atreviste a hacer eso? —reclamó Jill, indignada y avergonzada por partes iguales. Su madre la ignoró y continuó retándola.

—Al fin de cuentas siempre tuve razón y tú continúas pasando por alto mis consejos —le habló a Jill para luego voltear la cabeza y hablarle a Matt—. Me cansé de decirle que debe dejar de pensar en su carrera y sentar cabeza. Ya no me hago falsas ilusiones, querido, sé bien que mi hija mayor se quedará para vestir santos. Y encima, ahora tiene una hija. Ese es el fin de su vida amorosa, si conseguir un marido es difícil siendo joven y soltera, imagínate lo que es cuando pisas los treinta y tienes una hija. Pero hablaré de eso más tarde contigo, jovencita, estás a tiempo de enmendar tu error.

—Mamá, Meredith no...

—Señora Lee. —Matt hizo acopio de toda la paciencia que tenía para no mandarla al carajo, pero ya había tenido suficiente—. Meredith no es ningún error y a cualquier hombre que piense que una madre soltera es una carga, esa mujer le queda grande. Ahora, le aconsejo que disfrute de la velada, tiene una hija que sí se casa y, por lo que veo, ese es uno de sus sueños cumplidos —terció Matt con la sonrisa imperturbable en el rostro y se alejó con Jill hacia la barra.

Jill había empezado a hiperventilar y no había siquiera hecho cinco metros, ¿cuánto más tendría que aguantar? Todavía le faltaba un día entero con su familia.

—Toma. —Matt le ofreció un vaso con lo mismo que él tomaba. Jill lo miró como si hubiera perdido la cabeza. Ella jamás tomaba bebidas tan fuertes como el *whiskey* —. Bébelo, lo necesitas. Hazlo despacio, si no, te escocerá la garganta. Y yo necesitaré por lo menos tres más. —Matt lo bebió de un solo trago, casi sin saborearlo—. Dios santo, tu madre es una patada en el trasero. Me compadezco de ti y yo que pensé que una infancia sin padres había sido dura. Créeme, en comparación contigo, vivía en la tierra de Nunca Jamás.

Para alivio de Jill, al cabo de unos instantes, Hellen apareció con Meredith. Ese peso extra que implicaba llevarla en brazos o el carrito con el que la transportaba ya formaba parte de ella y sentía que le faltaba algo sin Meredith a su lado. Jill centró la atención en la niña. Se la presentó a aquellos que se acercaron a conocerla haciendo un breve y memorizado resumen de la historia que las unía. Ella sabía que no podía adentrarse en los detalles porque no lo resistiría. Ya llegaría el día en el que lograría hablar de Livie sin que se le resquebrajara la voz, pero aún no. Cuando algún que otro metiche le preguntaba de más, Matt siempre salía en su rescate.

Luego de que la organizadora de bodas hubiera tachado todo del itinerario, los ánimos se distendieron. El de todos los invitados menos el de Jill. Momentos antes del postre, Meredith se durmió en los brazos de Matt y él la llevó hasta la *suite* para acostarla. Jill se sintió indefensa sin su compañía. Él era como un escudo protector. Su padre eligió ese preciso momento para acercarse a ella.

—Hola, papá.



—Jill, qué grande que está mi niña —dijo y se acercó a abrazarla como si entre ellos no existieran suficientes llamadas sin responder, años de desidia, ausencias, navidades y cumpleaños que los separaran. Su intento de abrazo resultó incómodo para ambos y Jill se alejó rápidamente. El aliento de su padre olía a alcohol y arrastraba las palabras—. Cuéntale a tu padre qué ha estado haciendo mi niña preferida. A que ya eres socia en ese importante estudio de abogados para el que trabajas —dijo y le tomó la nariz entre los dedos como cuando era una niña.

—No, papá. Nada más lejos que eso, me despidieron.

—Ah, no importa. Ellos se lo pierden —la alentó su padre. La frase le pareció tan impersonal que parecía como si estuviera hablando del clima con un extraño.

Jill no replicó y se esforzó por adoptar un aire despreocupado, era lo único que podía hacer porque sabía que no aportaba mucho en la conversación entre padre e hija. Pero la verdad era que se sentía cada vez más incómoda y deseaba que su padre se alejara de ella.

—¿Saludaste a tus hermanas? —preguntó Arthur—. Tienes que conocerlas.

—Lo haré —prometió Jill.

Otro silencio incómodo se instaló entre padre e hija y Arthur Prine pronto lo interrumpió.

—Cielos, Jill —dijo y exhaló una carcajada—. Deberías de haberme contado que tienes una hija, sabes lo mucho que me gustan los niños. Podría ir a visitarlas y llevarla al parque... Diablos, Jill, soy abuelo. ¿Qué, ibas a esperar a que tuviera trece años para contármelo? —Su padre podía fingir muy bien el ligero enfado que no sentía. Él sabía que tenía que hacer algún comentario al respecto, pero a Jill le indignó que justamente fuera sobre ser partícipe de la vida de Meredith cuando ni siquiera sabía que la madre biológica de Mer no era ella. Jill había pasado el punto exacto de la cortesía y todo el resentimiento antiguo mezclado con el dolor resurgió en sus entrañas.

—Papá, realmente prefiero mantener alejada a Meredith de tus promesas vacías. Ya les has arruinado la vida a suficientes niños, ¿no te parece?

—Jill, tranquilízate, que no fue para tanto. Exageras, como cuando eras una niña. Mira a tu hermana, lo bien que lo ha superado. Tienes la tendencia a magnificar todo, igual que Joanne. Eso es, tú eres tan intensa como tu madre. Y tu viejo te dará un consejo que espero que no olvides. No atosigues a los hombres, mira cómo le fue a tu madre.

Eso le dolió como si le hubiera escupido el rostro. Hizo memoria rápidamente. ¿Ella exageraba? ¿En serio le había dicho eso? ¿Acaso su padre se atrevió a decir que ella se parecía a su madre? Jill no era parecida a su madre, ella no era intensa y su vida no giraba en torno a nadie. Era independiente y segura de sí misma, o algo parecido al menos, se consoló. Solo que era ella la que había sido testigo de la debacle de su madre, de la de su hogar, se había hecho cargo de su hermana y de su madre. No era justo lo que recibía a cambio de su padre. Estaba colmada de deficiencias, inseguridades y miedos, todo eso era cierto, pero solo por el afán de jamás convertirse en ninguno de sus dos progenitores. Sintió lástima por ese hombre que no conocía nada de su hija.

—Mira, hija, tienes que aceptar que tu padre no es perfecto.

—No me digas... —se limitó a coincidir Jill y le dio un buen trago a su copa de *champagne*

—Y los hombres... —su padre continuó con el consejo que nadie le había pedido—. Los hombres necesitamos algo de cuerda. Llámalo nuestro tiempo fuera. Los hombres tenemos demasiadas presiones: los hijos...

—Tú de esos tienes varios —murmuró Jill.

—Las esposas...

—De esas también tienes varias —dijo mientras le robaba de la bandeja otra copa para reemplazar la suya vacía, al camarero que pasó detrás de su silla.

—Las cuentas...

—De eso no sé si sabes mucho.

—Las distracciones... tú me entiendes a qué me refiero —dijo el padre de Jill y le guiñó un ojo. Ella creyó que vomitaría—. Todo eso es demasiado y encima las tenemos a ustedes, que se quejan constantemente en la nuca. Tengo varias ex esposas y siempre pasa la misma cantinela, ustedes quieren al hombre perfecto y tienen que entender que el hombre perfecto no existe. Los hombres no somos perfectos, ese hombre no existe. No hay un solo hombre en este planeta que pueda con todo lo que ustedes pretenden.

Jill estaba segura de que no resistiría un segundo más todas las estupideces de su padre. Estaba borracho y no era un borracho alegre, era de los pesados. Alzó la cabeza y, justo en ese momento, Matt regresaba al salón. El corazón le dio un brinco y solo con verlo sintió que una calidez, parecida al primer sol de otoño, le conquistaba el corazón. Sintió que el coraje retornaba a su cuerpo. Ella, que siempre había encontrado fuerzas en sus propias flaquezas, se encontró recibéndola de otra persona. Y eso no la asustó.

—Tienes razón, papá. Solo existen los perfectamente imperfectos —contestó y le sonrió a Matt cuando sus miradas se cruzaron.

Matt se sentó a su lado y apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Jill. Ella hizo las correspondientes presentaciones y su padre no disimuló su regocijo cuando confirmó que Matt pertenecía a la familia Dybron. Ella tuvo que darle crédito porque sabía desenvolverse excelentemente en todas las situaciones. Sobre todo, cuando su padre no sesgaba en sus intentos de aconsejarle sobre capitales y mercados en los que debería invertir. Así como todo el mundo, su padre estaba al corriente del patrimonio de la reconocida familia. Pero, cuando su padre cruzó el límite de lo moral, pidiéndole que invirtiera en un genial plan de negocios que tenía, Jill no pudo soportarlo más y se hundió en la silla.

—Señor Prine...

—Llámame Arthur, Matt.

—Arthur, a pesar de la entretenida conversación, me temo que debemos dejarlo.

—Pero si la noche es joven —insistió su padre.

—Nos espera un día largo, mañana. Jill, cariño, vamos a descansar.

—Sí, por favor —agradeció Jill.

Matt y Jill saludaron a los futuros marido y mujer y atravesaron el salón hasta el vestíbulo, que estaba silencioso por lo tardía de la hora. Eran solo tres pisos, pero los tacones y el cansancio la hicieron inclinarse por el ascensor. Matt apretó el botón y ambos esperaron; ella, con ansias por estar con él y Matt, con su serenidad característica. Cuando se abrieron las puertas, Jill entró a toda prisa. Tenían tanto de qué hablar. Una vez dentro del moderno habitáculo de acero inoxidable y espejos, se volvió y advirtió que Matt estaba parado al otro lado de las puertas. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón y, para su sorpresa, no atinó a acompañarla.

—¿Subes? —preguntó Jill dubitativa.

—No, tomaré una copa en el bar —contestó Matt y esperó a que se cerraran las puertas.

## Capítulo 30

Jill pulsó el botón de su piso, los dedos le temblaron y las puertas de aluminio cepillado del ascensor se cerraron. Ella perdió el equilibrio cuando el aparato comenzó el rápido ascenso hasta su piso y tuvo que sujetarse de la baranda metálica. Matt la había dejado sola. Durante toda la velada Jill había esperado ese momento para estar con él. Cada minuto que pasaba sentada en la mesa, se ponía más y más ansiosa, expectante de cuándo sucedería, cuándo le daría ese beso que le quitara el aliento o cuándo haría algún comentario subido de tono que dejara ver lo caliente que estaba y cuánto la había extrañado. Sin embargo, más allá de los escuetos contactos para infundirle valor, no la tocó, no la besó, no nada. Justo cuando pensó que ya no le quedaba nada más por perder, perdió más. Se sacó los tacones y salió en cuanto se abrieron las puertas. Camino a su *suite* se derrumbó. No fue capaz de abrir la puerta y encontrarse con la cama vacía cuando lo que ella necesitaba era a Matt a su lado. Así que se quedó parada, con los pies anclados en el suelo de moqueta a un lado de la puerta. Apoyó la espalda en la fría y dura pared y se dejó caer. Momentos más tarde, unos invitados pasaron por delante y la miraron con curiosidad. Debía de ser todo un espectáculo, seguramente pensaron que estaba borracha. Sin embargo, ni siquiera eso la impulsó a moverse.

El zumbido del aire acondicionado que funcionaba a plena capacidad para alivianar el calor del desierto californiano amortiguaba su tristeza. Cada tanto el «ting» del elevador, que paraba en algún piso, coincidía con sus hipidos.

—¿Jill? —La voz de Suellen se estrelló contra las paredes del corredor.

Cuando la encontró sentada sobre el piso de moqueta, se sobresaltó. Jill parecía una indigente sentada con las piernas cruzadas y la cabeza gacha. El peinado se le había desarmado, tenía el rostro sucio por el maquillaje corrido y los ojos rojos e hinchados. Suellen se puso en cuclillas y le habló con ternura como si se tratara de una niña. Con el mismo tono de voz que solía utilizar ella cuando la consolaba.

—Jill, cariño, ¿qué haces en el medio del pasillo?

Jill la miró a los ojos y se tomó unos instantes para contestar.

—Que estas lágrimas no te engañen, estoy realmente feliz por tu casamiento —explicó Jill a su hermana mientras sorbía por la nariz.

—Ya lo sé, Jill. No es eso lo que me inquieta. —Suellen se sentó a su lado y, pasando el brazo

por los hombros de su hermana, la atrajo a su costado—. Yo quisiera saber qué haremos para deshinchar los ojos y así puedas presidir el cortejo de mis damas de honor. Mamá te asesinará.

—¿Tan mal estoy?

—Eres un desastre —aseguró Suellen, que tomó un espejo de la cartera y se lo tendió a Jill.

—Peor de lo que imaginé. Levántate, que arrugarás el vestido —dijo Jill.

—Eso tampoco me preocupa. Además, ya cumplió su propósito.

—¿Qué haces aquí? Deberías de estar con los demás invitados.

—Ya se fueron todos.

—Entonces deberías de estar descansando.

—No podría pegar un ojo.

—No te irás de aquí y me dejarás sola ¿cierto?

Suellen negó con un escueto gesto de la cabeza.

—Cuéntame qué te sucede —dijo con ternura.

—Demasiadas cosas, bichejo.

—Puedo imaginarlo, aunque... yo creo que es solo una.

—Oh, Suellen, ver a Matt después de tantos meses me hizo darme cuenta de lo mucho que me duele no tenerlo.

—Es muy fácil creer que podrás superar a alguien cuando no lo ves, Jill. El verdadero desafío está en creer que no lo amas cuando tienes al alcance de la mano su voz, su sonrisa, sus miradas, sus manos...

—Siempre fuiste una romántica. Creo que tienes razón, ahora, dime, ¿en qué momento mi bichejo creció tanto? —Se produjo una larga pausa en la que se dijeron todo con un abrazo.

—Meredith es una bebé preciosa. Va a tener su carácter.

—Sí, lo sé. Es todo un desafío. Ahora, dime, ¿está mal que me sienta orgullosa por ti como si fuera una madre?

—Dado que tú fuiste más mi madre que mi hermana, lo tienes permitido. Además, mamá está más borde que lo normal, así que estaré encantada de que ejerzas tu poder sobre ella.

—Sí, estuve con ella. Por cierto, ¿en qué estabas pensando cuando invitaste a todos los Prine? Esto puede terminar en desastre.

—Beth es hermosa. Y Saralynn no se queda en la retaguardia, tiene lo suyo. Ambas sacaron lo mejor de sus madres —aseguró Suellen en referencia a sus medias hermanas.

—Yo solo quiero esconderme debajo de una baldosa cuando Beth está en la misma habitación que yo.

—No seas ridícula, tienes tus encantos. Mira —dijo luego de pensarlo un instante—, creo que es hora de hacer lo que mamá no pudo. Los Prine tenemos que soltar y amigarnos con nuestro pasado. Este es un comienzo para mí y lo quiero limpio de mochilas. Tú deberías de hacer lo mismo.

—Solo espero que este comienzo no termine en masacre.

—Aún no cruzaron una palabra —dijo Suellen refiriéndose a sus padres.

—Espero que siga así.

Las hermanas estuvieron un rato en un cómodo silencio. Suellen conocía a su hermana como nadie y sabía que no había que presionarla. También sabía que Jill debía hablar con alguien sobre lo que sentía por Matt.

—Cuéntame, ¿qué hace Matt aquí si lo de ustedes está tan zanjado como decías?

—Eso me gustaría que me lo aclares tú, traidora. Te dije que vendría sola —protestó Jill.

—Aparentemente, él no coincidía contigo y, muy acertadamente, pensó que necesitabas respaldo.

—Fue Hellen.

—¿Qué hay con la niñera?

—Hellen es la que le debe de haber contado que estaba nerviosa por el reencuentro con mamá y papá. Ella es su topo.

—¿Acaso estás en la KGB?

—No, tonta —rio Jill ante la ocurrencia de su hermana—. Hellen es contratada por Matt. Yo no lo supe hasta hoy. Pero debería de haberme dado cuenta. Una niñera tan buena como ella no podría trabajar por la miseria que le pago.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer con qué?

—Jill... —Su hermana se estaba exasperando—. Con Matt. No puedes dejar ir a un hombre que te mira de la forma en que lo hace él.

—A veces con eso no alcanza.

—Jill...

—Lo amo.

—Eso lo sabemos todos.

—Él se quiere casar.

—Ouch —dijo porque conocía demasiado a su hermana.

—Y quiere hijos.

—Doble ouch. Aunque yo no me preocuparía mucho, seguramente, cambió de opinión luego de conocer a los Prine.

—Yo... yo no creo que pueda. A veces con el amor no alcanza.

—Mira que dices bobadas —se enojó Suellen—. Solo puedo decirte una cosa, fui testigo de tu amor por David, si eso pudo llamarse amor alguna vez, y jamás vi lo que vi en tus ojos hoy. Tú... tú vibras distinto cuando estás con Matt. No sé cómo explicarlo... —Su hermana se afanaba por encontrar las palabras que describieran lo que ella había visto—. Pero, aunque pienses que él te hará perder tu independencia, tu identidad y todo eso que quieres ser, yo creo que vuelvo a encontrar a mi hermana. Él te devolvió esa parte de Jill que perdiste cuando tuviste que hacerte cargo de la casa, de mamá y de mí.

—Me hace sentir vulnerable, Suellen.

—¿Y cuál es el problema? Mira —continuó su hermana—, el amor es muy fácil a pesar de que a ti te gusta complicarlo. Simplemente, imagínate toda una vida sin él.

Jill recordó esos últimos meses sin Matt. Levantándose de la cama día tras día solo porque Meredith estaba en su vida. El dolor había remitido hasta convertirse en algo presente y vagamente soportable. El sufrimiento por la muerte de Livie y por la separación de Matt se había confundido fundiéndose en uno solo. Al principio, se concentró en Meredith y en el trabajo para huir del dolor. Sin embargo, no fue suficiente. No se sentía completa desde que Matt faltaba en sus días. Consciente de eso su alma le decía que cediera, pero los demonios de su mente la encadenaban.

—No podría. No lo conseguiría. Mi vida sería una tortura como lo fue hasta ahora —confesó, Jill.

—Entonces no hay nada más que pensar. Pero apresúrate a dejárselo en claro. No creo que sea de los que esperan sentados el tren. No lo arruines; mejor dicho, no dejes que mamá y papá lo arruinen. Esta es tu vida, solo ten el coraje de vivirla.

## Capítulo 31

Fue una de las noches más oscuras y largas de su vida. Jill entró a la *suite* y, luego de quitarse el maquillaje y ponerse el pijama, se tiró en la enorme cama con toda la intención de dormir unas horas y hablar con Matt después del desayuno. Pero no lograba dejar de pensar en él, quien seguramente ya estaría durmiendo. «Y si fueras un poco inteligente, deberías estar haciendo lo mismo», se regañó Jill. Tenía que dormir algo, en unas horas se casaba su hermana y le sería imposible arreglar el desastre que era su rostro hinchado. Cerró los ojos, parpadeó cien veces, tal y como había visto en un programa de televisión. Sintonizó un aburrido documental con la ilusión de que la voz monótona del locutor en *off* lograra tranquilizarla, pero nada consiguió que se durmiera. Los números rojos del reloj de la mesa de luz avanzaban sin piedad mientras que ella, inquieta, se revolvía entre las sábanas. Cuando no pudo contenerse más, salió de la habitación al pasillo.

La *suite* de Matt estaba dando vuelta al corredor y aporreó la puerta con ganas, decidida a hacerlo hasta despertarlo. Se detuvo cuando él abrió la puerta de repente y casi hizo que se cayera hacia adelante. Matt estaba despierto. Aún no se había cambiado, llevaba la camisa desabrochada y los faldones por fuera.

—¿Sabes que hice con mi primer sueldo del bufete? —preguntó Jill con vehemencia sin siquiera decir hola.

Matt negó con la cabeza. Le regaló una de sus miradas socarronas, luego se hizo a un lado para dejarla pasar y Jill entró como una tromba antes de perder el coraje que la había llevado hasta allí. Matt apoyó la cadera contra el borde de un escritorio que había a un lado y la invitó a sentarse. Pero Jill estaba rebosante de adrenalina y no podía quedarse quieta. Matt dejó el vaso sobre la madera envejecida y cruzó los brazos a la altura del pecho esperando a que Jill continuara.

—Se lo di a mi padre. Vino a verme. Hacía años que no nos veíamos, ni siquiera un maldito llamado. Estaba quebrado, había perdido el trabajo y tenía deudas. Le di mi primer cheque. Entero. Me dio las gracias, me dijo todo lo buena hija que era y todas las estupideces que suele decir cuando quiere sacarte algo. Dijo que él no merecía una hija como yo, que era más dinero del que necesitaba. Mientras lo decía, doblaba el cheque y se lo metía en el bolsillo de la camisa. Nunca más me llamó. Nunca más le interesó saber cómo estaba, ni siquiera me preguntó si



necesitaba el dinero de vuelta. Simplemente, lo tomó y no volví a saber de él. Suellen logró ubicarlo luego de un tiempo. Ella y su insistencia en cerrar heridas. A veces creo que ella es un poco como era Livie, que creía en las causas perdidas. Historias como aquella, tengo miles. Puedo contarte cuando nos llegaba un desalojo tras otro y él simplemente no devolvía mis llamadas. O cuando Suellen se quedaba al lado del teléfono toda la tarde de su cumpleaños mientras esperaba la llamada de su padre. Me sobran los dedos de una mano para contar las veces que nos llamó. Y eso incluye las navidades. —Jill sorbió por la nariz. Las palabras se le atropellaban una tras otra y se convertían en una catarata. No sabía por qué le contaba todo eso, ni siquiera sabía si se lo estaba contando a él o solo a ella misma. Jill se sentó en la cama. Tenía la respiración agitada y el rostro acalorado. Se obligó a serenarse—. ¿Sabes lo que es preguntarte, día tras día, por qué no fuimos suficientes para un llamado en los cumpleaños? ¿Sabes lo que fue, día tras día, apuntalar a tu madre cuando ella tendría que habernos apuntalado a nosotras? ¿Cómo podría tener fe en alguien más que no fuera yo? Explicámelo —exigió con la voz estrangulada, colmada por la angustia—. Y cada día reafirmaba mi poca fe en los demás. Y estaba bien así. No era feliz, pero estaba conforme conmigo y con mi vacía vida. Hasta que apareciste tú. Tú... tú me haces creer que puede ser distinto. Tú me demuestras, incluso a mis espaldas, que puede ser distinto. Tú que entiendes hasta mis silencios y mis gestos. Y a mí me cuesta tanto creer que sea verdad que solo pienso en cuándo va a terminar. Porque cuando algo es tan pero tan bueno como es lo nuestro, el final solo puede ser horrible. Porque ¿y si no lo logramos? ¿Por qué podría yo lograrlo? —Jill se acercó a él y lo golpeó en el pecho cuando la impotencia y la angustia la desbordaron al igual que las lágrimas—. ¿Por qué tuviste que aparecer y hacerme acariciar felicidad? Ahora quiero más. Porque ya no sé lo que es vivir si no lo hago junto a ti. Y no quiero hacerlo, pero tengo tanto miedo, Matt. Tanto miedo de estar contigo y más miedo tengo de estar sin ti. —Jill calló por un instante. No recibía la respuesta. Matt no la abrazaba ni la besaba. Tampoco le decía que le perdonaba que hubiera sido tan cobarde—. Siento... siento que hablo demasiado y tú no dices nada. No sé lo que piensas y se me escapa el valor y todo el coraje con el que vine y... —Ella fingió una sonrisa que desnudaba toda la inquietud que sentía. Lo miró profundamente a los ojos, en busca de algún signo que le diera a entender que a Matt le importaba algo de todo eso. El rostro de Matt seguía impassible y ella temía haber malinterpretado su presencia. Ella había hecho tripas corazón y se había animado a desnudarle su alma. Él seguía sin replicar nada y ella hacía agua con las palabras, incapaz de terminar una frase—. Y si... si no dices nada es que no concuerdas conmigo y no deseas saber nada de mí... Lo entiendo... yo, en serio, lo entiendo... Tal vez lo pensaste mejor y piensas... Yo realmente lo entiendo.

Matt acercó una silla, se sentó con las piernas abiertas y esperó a que ella siguiera hablando. El corazón de Jill empezaba a naufragar cuando de pronto vio un brillo divertido en sus ojos.

—Matt, di algo, por favor. —Jill esbozó un amago de sonrisa con la voz trémula de puro nervios.

Matt tomó el ruedo del camión, la acercó hasta él y la colocó entre sus piernas. Tocó el

algodón de la sudadera que usaba Jill, suave y gastado de tantos lavados.

—¿Cuántas de estas te has llevado? —preguntó él con la voz suave como el terciopelo.

—Algunas, aunque ya no conservan tu aroma.

—Eso no está bien, tendré que facilitarte algunas más —contestó y su voz se había convertido en una caricia para ella. Limpió con los pulgares las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Jill—. Los términos no cambiaron, Jill. Es todo o nada.

Matt metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó algo de él. Cuando la abrió, el mismo resplandeciente solitario montado en un aro de platino descansaba en su palma. Jill soltó una exclamación ahogada y las piernas le fallaron, cayó de rodillas al suelo entre las piernas de él, que aún estaba sentado. Matt bajó de la silla y también se sentó sobre sus rodillas. Buscó su mirada y, sin apartar sus ojos de ella, le tendió el anillo. Jill apoyó las manos extendidas a la altura del corazón de él, podía sentir cómo le latía con fuerza.

—Me da miedo, Matt. Me da terror que signifiqués tanto para mí y que seas todo todo lo que necesito. Intenté hacerlo sola, realmente lo intenté. Pero me di cuenta de que no quiero hacerlo sin ti —dijo con ojos implorantes—. Te amo, Matt, y es como si me faltara el aire cuando no estás conmigo.

Jill se sentía frágil reconociendo sus miedos. Soltó un suspiro cansino, Matt le recostó la cabeza en el pecho y le besó la coronilla. Una vez dentro de su abrazo su cuerpo se relajó y se sintió en paz.

—Cariño, yo supe dónde perteneces desde el primer momento en que te vi. Pero vengo con todo el paquete. Te lo dije el día en que te marchaste. Será casamiento, muchos hijos y comeremos perdices por siempre. ¿Podrás soportarlo? —preguntó él.

Con una mano, Jill acarició su rostro y levantó la cara. Buscó su boca y lo besó como si la vida se le fuera en ello. Él le devolvía el beso con el mismo fervor y ambos se derritieron en los labios del otro.

—¿Debo asumir que eso es un sí? —preguntó Matt en un susurro entre beso y beso.

—Señor Dybron, si usted quiere un sí, debería de hacer la pregunta primero.

—Jillian Bonnie Prine, ¿aceptas casarte conmigo?

—Por supuesto que sí.

## Epílogo

Querida mamá Livie:

Hoy cumplo catorce años. Mamá y papá me prepararon una fiesta enorme con mis amigos en el parque de casa. A pesar de no haberte tenido nunca conmigo, sé que siempre estás junto a nosotros.

Mamá Jill me contó mucho sobre ti. Siempre hay fotos tuyas en la casa y las va cambiando cada tanto. Me contó muchas cosas sobre el tiempo que vivieron juntas y siempre me dice que espera que algún día yo tenga una amistad como la que tuvieron ustedes.

Mamá es la mejor, pero papá es lo más. Tengo tres hermanos que a veces –la mayoría del tiempo– son una lata, pero los adoro y nos divertimos mucho juntos. Como cuando nuestros papás se ponen cursis, hacemos morisquetas y saltamos atrás de ellos. Eso sucede todo el tiempo, pero más cuando es la fecha del aniversario de casados de ellos. Ufff, parecen unos adolescentes. Se ponen a bailar su canción que, por si no lo sabes, es con la que se casaron: *Make you feel my love*, de Bob Dylan. Igual, según mamá, prefiere la versión de Adele. La ponen a todo volumen y la tenemos que escuchar una y otra vez. Por supuesto, se casaron un 14 de febrero, ¿cómo si no? Son tan cursis.

Cada aniversario, papá siempre prepara algo especial. Nunca es lo mismo. A veces nos incluyen en los planes y otras veces van solos. Un año nos fuimos a acampar todos juntos a Montana y vimos las estrellas. Otro año reservó toda una villa en el sur de Francia para ellos. Otro año volvieron a casarse –de mentira, porque ya están casados ¿cierto?–. En fin, yo no le cuento esto a mis amigas porque me da un poco de vergüenza que mis padres sean así, aunque en el fondo –muy en el fondo– me gusta. Lo que nunca cambia, y todos los años es lo mismo, es que repiten los votos que se dijeron cuando se casaron. Ya me los sé de memoria.

Mamá dice con voz rara, y casi llorando, todos los años:

«Matt, me juntaste pieza a pieza y me restauraste. Te amo más de lo que puedas imaginar. Sé que mi vida eres tú y no me asusta. No tengo miedo, me hace feliz que así sea. Yo soy porque tú eres. Soy tu esposa y lo seré en lo que nos queda de vida y en todas las que vendrán».

Papá dice, con la voz también un poco rara:

«Jillian Bonnie Prine, cariño, siempre voy a amarte. Te prometo que seré la razón por la que nunca dudarás del comeremos perdices por siempre. Te entrego este anillo para que cada día en que lo veas recuerdes que haría cualquier cosa por hacerte feliz».

Ahora ya sabes lo que tenemos que soportar mis hermanos y yo. Solo espero que cuando se pongan viejos dejen de hacernos pasar vergüenza.

¡Ah! Por cierto, casi me olvido. Mamá Livie, mamá Jill me contó que cuando yo nací ella no estaba segura de poder criarme bien. Tenía miedo de no ser lo suficientemente buena y que tú le dijiste que no habría otra opción mejor que ella. Ni siquiera los abuelos, que también son los mejores. Quiero decirte una cosa: tenías razón, mamá Livie.

Te quiero con todito mi corazón,

Mer

## Agradecimientos

En este libro recibí la ayuda y el apoyo de muchas personas. En primer lugar, gracias Google. No sé cómo lo hacían las escritoras de antes. Ahora, fuera de broma, gracias a Natalia Ochuzzi, una vieja amiga del colegio primario que en la actualidad es una obstetra de esas que sienten pasión por lo que hacen. Me ayudó en todo el camino del embarazo y enfermedad de Livie, respondiendo una y otra vez las preguntas y dudas que me surgieron. ¡Gracias, Naty! Hablando de amigas, no puedo dejar de agradecer a mi gran amiga Sol. Ella es la lectora final de los libros, encuentra los errores y discordancias que se me pasan por alto. Infinitas gracias por tu tiempo. Solcete, te adoro. Y no hay una Sol sin una Lau. Lali, gracias por todos los almuerzos. Sos mi filtro. Amigas, agradezco siempre que nuestros caminos se hayan cruzado, no soy yo sin ustedes. No podría olvidarme de mi hermana, Tatiana Petruki. Además de hermana, también amiga. Y, además de hermana y amiga, piedra angular en cada libro que escribo. Ella es la socia principal de esta aventura, una compañera ideal. Es la que me alienta, quien recibe cada capítulo, colabora, pide y/o plantea reformulaciones y mejora con sus valoraciones e ideas cada libro. No existirían los Dybron si no fuera por ella. Gracias, Coquis. No quiero olvidarme de Lola Gude y su equipo de profesionales. Gracias, Lola, admiro tu profesionalidad y dedicación. Por último, pero no menos importantes, a las lectoras que siguen con tanto entusiasmo las historias de esta familia. ¡Gracias!

Si te ha gustado  
*Después de Gretna*  
te recomendamos comenzar a leer  
*El secreto de lady Sophia*  
de *Kathia Iblis*



Prólogo

## *E*scocia, 1858

### *Tierras del clan Cameron*

La pequeña Sophie Douglas observaba escondida en lo alto de las escaleras; escuchaba a la perfección la discusión que se estaba llevando a cabo en el gran salón. Aunque no comprendía mucho, sabía que se trataba de un acuerdo matrimonial. Lo que nadie aún sabía era quién era la elegida.

Dado que no era inusual que las promesas ocurrieran cuando ambas partes eran todavía infantes, la reunión no era algo inusual, excepto porque parecía que los ánimos cada vez se alteraban más.

—El abuelo no tiene idea de lo que está haciendo.

—Cállate, Nevin. El *laird* Finlay es el mejor de todos —declaró su primo Joshua mirando a su hermano con disgusto.

—¿El mejor? Eso es mentira. Si así fuera tendríamos más tierras, más ganado, y mi padre no tendría que trabajar tanto.

—¿Trabajar? Tu padre lo único que hace es visitar a las putas del pueblo y beber hasta que tu madre envía a alguno de sus soldados a que lo arrastren de regreso a casa —soltó Deirdre, la hermana mayor de Sophie, con sorna.

—¡Eso es mentira! Finlay lo obliga a hacer todo eso.

—Nadie obliga a un hombre a acostarse con una mujer. Deja de ser tan tarado, Nevin —volvió a intervenir Joshua dándole un empujón—. Todo lo que el abuelo hace es para protegernos y darnos un futuro mejor. Desde la guerra que las cosas no han sido fáciles, al menos así podemos sobrevivir.

—Cuando sea grande, voy tomar el control del clan y nadie va a poder decirme lo que tengo o no que hacer. Incluso voy a hacer que Deirdre sea mi esposa y Sophie, mi amante. O mejor aún, no me casaré con ninguna y ambas serán mis amantes para hacerles lo que quiera.

—¡Nevin!

La pequeña Sophie había comprendido lo suficiente de sus palabras y, antes de que Joshua pudiera intervenir, ella se había levantado de su asiento en las escaleras y, sin darle tiempo a reaccionar, cerró la mano hasta convertirla en un puño y lo estrelló contra el rostro de su primo, que, sorprendido, perdió el equilibrio y rodó un par de escalones hasta que los adultos notaron la conmoción.

—¿Quién fue? —Angus, el padre de Joshua y Nevin parecía furioso.

—Fui yo, padre. Él estaba hablando sin sentido —saltó el joven, pero Sophie lo apartó de un empujón y se detuvo frente a su tío.

—Nevin dijo que va a tomar el lugar del abuelo Finlay y que Deirdre y yo vamos a ser sus amantes para hacer con nosotras lo que quiera —declaró sin siquiera sopesar lo que sus palabras iban a causar.

Lo próximo que supo fue que Nevin era sacado de la oreja del salón por su madre mientras su abuelo la recogía en sus brazos y se la llevaba a su estudio.

—¿Hice algo malo, abuelo?

—No, mi niña.

—¿Entonces porque la tía estaba tan enojada?

—Porque el que hizo algo malo fue Nevin, tú hiciste lo que debías, mi pequeña. Defendiste a la familia.

—Y siempre lo voy a hacer, abuelo.

—Así me gusta, mi tesoro. —El anciano la depositó en el interior del estudio—. Ahora, ven, ya es hora de que hablemos algo.

\*\*\*

Cunando recibió la misiva de su primo Joshua, lo último que Sophie esperó fue lo que descubrió apenas llegó al hogar Cameron en las Tierras Altas. No solo era preocupante el tema de la salud de su abuelo, sino que descubrir que su hermana Deirdre había tenido un hijo y lo había dejado abandonado, sabiendo lo vulnerable que estaba el clan sin la presencia siempre sólida y atemporal de su abuelo, hacía que le dieran ganas de arrancarle todos los pelos de la cabeza.

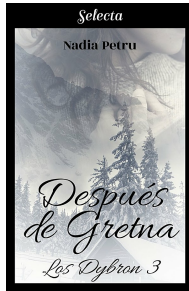
Probablemente por eso accedió al loco plan de su primo cuando le sugirió huir con el pequeño querubín. Sabía que era del clan MacLeon, él se lo había dejado escrito en una nota, pero eso era todo. Y las relaciones entre ese clan y los Cameron no eran lo suficientemente buenas como para que ella solicitase asilo con ellos.

Desesperada, y luego de mucho pensarlo, aprovechó la primera tormenta que apareció y, con ayuda de Joshua, se embarcó en el primer navío con rumbo a Londres. Sabía que el viaje podía ser largo, pero, aun así, no se arrepentía de su decisión.

La familia era lo más importante, y si para eso tenía que fingir ser la madre del pequeño e indefenso niño, lo haría.



## Después de Gretna



Jill Prine es una mujer independiente con un único propósito: ascender en su carrera como abogada -especialista en divorcios- y convertirse en socia del prestigioso bufete de abogados para el que trabaja.

Todo marcha sobre ruedas acorde al plan de vida que escribió cuando tenía apenas dieciséis años. Un día, y contra todo pronóstico, una tormenta de nieve la obliga a pasar unos cuantos días encerrada en Gretna, una granja de montaña, junto a Matthew Dybron.

Toda mujer con un mínimo de sensatez sabe que acercarse a Matt Dybron es letal para cualquier corazón desprevenido. Matt está convencido de que involucrarse con una mujer como Jill le dará más de un dolor de cabeza.

Sin embargo, la fuerte atracción que sienten los desborda y hacen un pacto: lo que sucede en Gretna se queda en Gretna.

Jill está tranquila, enamorarse no figura en su plan de vida...

Matt está tranquilo, jamás le ha importado alguien lo suficiente como para volver buscarla...

**Nadia Petru** es Traductora Pública en idioma inglés. Desde su graduación trabaja como freelancer en el campo de la traducción y el subtitulado. Desde muy pequeña es una apasionada de la lectura y es raro no verla con un libro. Lee todo lo que cae entre sus manos, pero es adicta a las novelas románticas, un género que adora y defiende a capa y espada.

Siempre soñó con poner en tinta las historias que aparecen en su cabeza y poder compartirlas con otras ávidas lectoras del romance como ella. Vive en las afueras de Buenos Aires, junto a su esposo y sus dos hijos

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Nadia Petru

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-41-0

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Después de Gretna

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nadia Petru

Créditos